
Eva Alexander
Duchess
Camino de amor 1

# Duchess

*Camino de Amor 1*

Eva Alexander

**Independently published**

Derechos de autor © 2025 Eva Alexander

Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia—excepto en el caso de Elsa. Ella está basada en una persona real, y sinceramente, nadie más podría compararse.

Elsa ha sido mi roca durante todo este tiempo, y cualquier personaje que siquiera se parezca a ella es solo un pequeño homenaje a su grandeza. Ella es la mejor, y si crees reconocerla en las páginas, probablemente tengas razón porque ha estado conmigo en las buenas y en las malas.

Los personajes, eventos y lugares de este libro son productos de la imaginación de la autora o, en el caso de Elsa, la inspiración para todo lo bueno. Cualquier parecido con personas reales, empresas o ubicaciones es totalmente accidental. Excepto Elsa, que es absolutamente única. .

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Eva Alexander

*Para PaS...*

*Sois la mejor alianza del mundo, la más divertida y la más imparable. Habéis sido mis compañeros en cada misión loca, mi risa durante las batallas más duras y mi apoyo cuando el juego se volvió demasiado real.*
*Brindemos por muchas más aventuras, por chistes que solo nosotros entendemos y por nunca, jamás rendirnos, no importa cuántas veces se congele la pantalla.*
*No sois solo mi alianza; sois mi familia.*

*Para Grace...*
*Gracias por prestarme tu nombre y tu esencia. Has sido la chispa que encendió esta historia, el corazón detrás de cada palabra y la fuerza detrás de cada capítulo. Escribirte en existencia ha sido una de las partes más hermosas de este viaje. Eres más que solo un personaje, eres una parte de mí, y estaré eternamente agradecida por tu inspiración, tu gracia y tu valentía. Este libro no sería lo mismo sin ti.*
*Siempre y para siempre.*

# Capítulo 1

## *Grace*

No es que el universo conspirara en mi contra. Es que el universo y yo teníamos un pacto silencioso: yo fingía que todo estaba bien y él, de vez en cuando, me recordaba que no.

Como esa noche. Esa noche absurda en la que decidí, por razones que aún me eran desconocidas, aceptar una cita a ciegas. Sí, a estas alturas del siglo veintiuno, con aplicaciones, algoritmos y hasta inteligencia artificial que puede predecir con quién tendrás hijos guapos, yo decidí confiar en el criterio cuestionable de una amiga.

La idea era sencilla: cena en un restaurante moderno, buena comida, conversación amena, risas y tal vez una chispa. Lo que obtuve fue un monólogo sobre criptomonedas, teorías conspirativas sobre la Luna (según él, era hueca) y una opinión muy firme sobre por qué los postres eran una trampa del sistema para controlar al proletariado.

Cuando finalmente me excusé para ir al baño, mi alma ya había abandonado el cuerpo tres veces. Miré mi reflejo en el espejo con resignación y me pregunté, por quincuagésima vez esa semana, en qué momento exacto de mi vida se había jodido mi criterio.

—Grace, él es encantador en persona, te va a encantar —me había dicho Penny, con esa voz de "yo sé lo que hago" que solía utilizar antes de cada catástrofe anunciada.

Encantador. Claro. Si tu idea de encantador era un tipo que usaba calcetines con sandalias y creía que el calentamiento global era una conspiración de las empresas de aire acondicionado.

Respiré hondo, me recogí el cabello en una coleta y decidí que, al menos, no iba a dejar que esa noche fuera un completo desperdicio.

Saqué el móvil, abrí la app del juego y ahí estaban: mis mensajes. Mis amigos. Mi mundo real.

Duchess conectada, escribió uno de ellos.

Y sí, Duchess era yo. Reina de un imperio virtual, estratega implacable, dueña de castillos y corazones ajenos. En la vida real podía tener citas con lunáticos, pero en el juego, en el juego era intocable.

—Cinco minutos más —murmuré, mientras mis dedos volaban sobre la pantalla.

Claro que cinco minutos se convirtieron en veinte y cuando volví a la mesa, mi cita ya se había ido. No dejó nota, ni mensaje. Solo la cuenta. Clásico.

Pagué, salí del restaurante y me prometí, por enésima vez, que no volvería a confiar en nadie que usara la frase "tiene buena energía" como justificación para emparejarme con alguien.

Esa noche, al llegar a casa, me puse el pijama más suave, preparé una taza de té y me conecté al juego. Y ahí estaba él. Duke.

El jugador misterioso. El aliado inesperado. El chico que me sacaba sonrisas con un solo mensaje y me hacía dudar si en realidad seguía siendo una persona cuerda.

*Duke*: ¿Sobreviviste a la cita con el profeta de la Luna?

*Duchess*: Casi. Estoy convencida de que intentaba convertirme a su culto.

*Duke*: Menos mal que regresaste a la civilización. Hay una guerra esperándote.

*Duchess*: Y tú.

No respondí eso. Lo pensé. Pero no lo escribí. Aún.

Porque, aunque no lo sabía en ese momento, esa noche no fue un desperdicio. Fue el principio del fin de mi vieja vida.

Al día siguiente, me desperté con una sonrisa estúpida que no se me borró ni después del segundo café.

¿Realidad? Dudosa.

¿Consecuencias? Probables.

¿Importaba? No.

Había soñado con él, había besado al tipo con la sonrisa de infarto y la voz que debería ser ilegal. Duke.

Me fui al trabajo y la sonrisa no se me borró,

Y ahora estaba en mi escritorio. Con ojeras nivel siete de diez, intentando que mi cara no dijera que pasé la noche soñando con un dios y no estoy bien. Spoiler: no lo logré.

Y por si el universo no estuviera ya en mi contra, apareció la verdadera villana de mi historia. No, no es metafórico. Es real. Tiene nombre.

Karen.

Y no, no es broma. Mi jefa se llama Karen. El cliché camina, respira y tiene poder sobre mi contrato laboral.

Estaba harta de mi jefa. No a niveles criminales —todavía—, pero si alguien la empujaba accidentalmente por las escaleras, yo me ofrecería voluntaria para testificar que fue el destino.

Vive para el drama de oficina, el control absoluto y los post-its pasivo-agresivos. Y hoy, como cada martes desde el inicio de los tiempos, decidió arruinarme la vida.

—Grace, ¿puedes pasar a mi despacho?

Traducción: ven a que te humille en privado porque hacerlo en público ya se considera abuso laboral en algunos países.

Caminé detrás de ella como una buena soldado camino al paredón. Ojos sobre mí, cuchicheos en estéreo. No es que me importara demasiado; he sobrevivido cosas peores. Como la cena de Navidad con mi familia. O mi ex. O los pantalones blancos en día de lluvia.

Karen cerró la puerta con ese clic que sonó más amenazante que un juicio de alimentos. Ni ofreció asiento ni un mísero café. Clase, cero.

—¿Te puedo preguntar en qué estás pensando últimamente?

Claro que puedes, reina del control. Justo ahora estoy pensando en si ese ficus de la esquina está muerto o simplemente ha decidido rendirse. Como yo.

Pero solo asentí. Sonrisa neutra. Trago de saliva. Guerra silenciosa.

—Tu entrega del rediseño fue floja —dijo, con esa voz suya que suena como si siempre estuviera oliendo algo podrido—. Incompleta. Irregular. No se parece en nada a tu nivel habitual.

Bien. Ofensiva directa. Sin anestesia.

—Lo sé —respondí, bajando la mirada lo justo para que no notara que estaba matándola con láseres imaginarios.

No podía explicarle que había tenido dos semanas de insomnio, un ataque existencial, y una sobredosis de series de crimen real porque necesitaba distraerme de mis ganas de llorar.

—He tenido unos días complicados —añadí con mi mejor voz de no estoy colapsando, solo me estoy reinventando—. Pero ya estoy enfocada de nuevo. Hoy mismo lo corrijo.

Karen me escaneó como si buscara mentiras en mi ADN.

—Grace, aquí no trabajamos con segundas oportunidades. Trabajamos con entregas. ¿Entendido?

—Entendido —mentí. Porque lo único que entendía era que necesitaba chocolate, vino o un ataque de amnesia.

Llevaba cinco años aquí. Cinco. No sé si eso me hace leal o masoquista. Vine a Sídney para estudiar ingeniería y escapar de mi familia en el proceso. Fue la mejor decisión de mi vida, seguida de muy cerca por aprender a bloquear números sin remordimiento.

Pero últimamente estaba agotada. No el cansancio bonito de *ay, he trabajado mucho*. No. Esto era agotamiento nivel *no me reconozco ni en el espejo.*

Abrí la puerta del despacho y el aire de oficina me golpeó con la fuerza emocional de un calcetín húmedo. El ficus, por cierto, seguía deprimido. Le lancé una mirada de solidaridad vegetal antes de salir del despacho.

Volví a mi escritorio con esa sonrisa corporativa de *todo está bien* que se me da tan bien como respirar.

Y justo cuando pensaba que podía sentarme y fingir normalidad, apareció Penny.

Ella no preguntó si estaba bien. Me lo vio en los ojos. Tenía la mirada lista: esa mezcla de amiga leal y radar emocional de alto nivel.

Y yo, bueno. Yo solo quería ser Duchess un rato. Donde el caos tenía sentido. Donde alguien, al menos, me escuchaba sin pedir gráficos de productividad a cambio.

—¿Qué te dijo? —susurró, acercándose.

—Lo de siempre. Que decepcioné al universo y probablemente a mis ancestros —dije, bajito, con una media sonrisa. El humor siempre era mi vendaje más rápido.

Penny me escaneó el rostro como si pudiera detectar grietas invisibles. Se notaba que quería seguir preguntando, pero sabía cuándo dejarme espacio.

—¿Quieres un té? ¿Chocolate? ¿Huir del país?

—Voy a ir por un té. Uno de esos verdes que saben a pasto mojado y mala vida. Me va a hacer bien.

Ella sonrió y me apretó el brazo con cariño.

—Te cubro si a Karen le apetece de nuevo gritarle a alguien. Con suerte, esta vez será al espejo.

Le devolví la sonrisa. Esa era Penny: el tipo de persona que haría una barricada con post-its y una grapadora si eso pudiera salvarte del día.

Me senté en mi escritorio, me puse los auriculares —sin música, solo defensa emocional— y abrí Figma como si nada hubiera pasado.

Respirar. Sonreír. Entregar.

Convertirme, como siempre, en la empleada competente, la amiga confiable, la que nunca está demasiado cansada ni demasiado rota.

Y al final del día, cuando el último correo esté enviado y la pantalla se apague, podré ser yo.

O algo parecido a mí.

Salí de la oficina con el sol bajando detrás de los edificios, pintando todo de ese naranja melancólico que hace que incluso los lunes se vean poéticos.

Puse los auriculares, pero no puse música. A veces necesitaba el silencio con marco, como si el mundo tuviera banda sonora, pero yo no estuviera en la escena.

No me subí al tren. No tomé un Uber.

Caminé.

Desde Surry Hills hasta Newtown hay casi cinco kilómetros, pero ese tramo era mi línea de separación entre quien era en la oficina y quien podía ser en casa. El cuerpo se movía solo; ya conocía cada

semáforo, cada tienda de segunda mano, cada cafetería que olía a pan quemado y a sueños de escritor fracasado.

La ciudad se iba vaciando, los ruidos cambiaban. Las bocinas se apagaban, los pájaros empezaban a hablar entre ellos, y la gente ya no corría: caminaba como si por fin recordara que tenía piernas y no ruedas.

Yo también.

Pasé frente a una librería con el escaparate iluminado. Un gato blanco dormía en una caja junto a una pila de Murakamis. No necesitaba libros hoy.

Necesitaba llegar.

Cuando vi la fachada familiar —esa con la pintura desconchada y la buganvilla trepando como si también quisiera escapar— supe que podía soltar los hombros. Que podía cerrar la puerta. Que podía apagar el mundo.

Metí la llave en la cerradura. Dos vueltas. Un clic. Y la seguridad de estar sola.

Mi casa. Mi aire. Mi silencio.

Al entrar, dejé las llaves sobre la mesa del pasillo, en el mismo sitio exacto donde siempre caen. Era una costumbre sin sentido, pero la repetición me daba una sensación de control que me calmaba.

Sacudí la chaqueta, me quité los zapatos y dejé que el ruido de la ciudad fuera engullido por el silencio de mis paredes.

Miré hacia la planta junto a la ventana. La regaba, la cuidaba, aunque no me hablara. El momento frente a ella, con sus hojas algo marchitas, me recordaba que al menos algo necesitaba de mí.

Y eso era todo lo que pedía: algo que dependiera de mí sin pedirme explicaciones ni respuestas.

Suspiré y me fui directa a la cocina a preparar agua para un té. Mientras esperaba, me deshice de las joyas: los anillos de cobre, las pulseras de plata, los pendientes de perlas. Una especie de ritual. Quitarme la armadura.

Pasé por la pequeña sala de estar. El sofá desordenado, los cojines amontonados como si hubieran tenido una pelea entre ellos.

La mesa de café con manchas de café (irónico, lo sé). Libros por todas partes, sin orden, sin criterio.

No tenía mucho, pero era mío. Trabajo, algo de tiempo para mí y, si el universo estaba de buenas, un poco de paz.

La luz del atardecer se colaba por las cortinas como si quisiera quedarse un rato más. Se sentía más cálida de lo que yo me sentía por dentro.

Fui al baño. La ducha caliente me envolvió. El vapor cubrió el espejo. La ciudad se desdibujó un poco más.

Lo hacía todos los días: dejar atrás la oficina, las palabras de Karen, los correos sin responder.

Bajo el agua, cerré los ojos y me permití no pensar.

Cuando terminé, me puse ropa cómoda: camiseta vieja y pantalones de algodón. Me serví una copa de vino. No tenía nada que celebrar, pero me la había ganado.

Di un sorbo, dejando que el líquido bajara lento por la garganta. Me dejé caer en el sofá, el móvil en la mano.

Ahora sí.

Ahora podía ser yo misma.

Sonriendo, toqué el icono del juego en la pantalla y el mundo se abrió ante mí.

La interfaz cargó con sus sonidos familiares. Tenía mil tareas pendientes: tropas, mejoras, bestias por cazar. Pero eso podía esperar.

Fui directo al chat de la alianza y escribí un Hola.

Lo hice más por rutina que por otra cosa.

Entonces vi el punto rojo.

El punto rojo.

Ese que brillaba con impaciencia, como si supiera que yo también lo esperaba.

Mensaje personal.

Lo abrí.

Y ahí estaba.

El mensaje de Duke para mí. Para Duchess.

Duchess no era solo un nombre. Era mi escape.

La parte de mí que no pedía permiso, que no se disculpaba por ganar.

No era la más fuerte ni la más temida, pero sí la que sabía cuándo atacar y cuándo callar.

Mientras Grace obedecía órdenes, completaba entregas y sobrevivía a ascensores llenos de gente que respiraba demasiado fuerte, Duchess dirigía, bromeaba, provocaba, quemaba.

Incluso con los hombres, el cambio era radical.

Grace era prudente. Duchess era fuego con GPS.

Y no lo hacía por gustar. Lo hacía porque podía.

Porque en ese mundo, las reglas eran otras.

Y allí, yo las escribía.

A veces pensaba que Grace era el disfraz.

Que la verdadera era esta. La que reía, la que competía, la que tenía un ejército de amigos virtuales y una reputación ganada a punta de estrategia.

Pero no me detenía mucho a analizarlo.

Lo importante era que, por un rato, podía ser ella.

Y eso, algunas noches, bastaba.

*Duke*: ¿Qué tal tu día, nena? Aparte de tener la satisfacción de destruirme ayer, claro.

*Duchess*: Oh, ya sabes, lo de siempre. Reuniones eternas, correos que se multiplican como conejos, y un par de intentos fallidos de no odiar a mi jefa.

*Duke*: Típico. ¿Algún drama en la oficina o todo dentro del rango habitual de locura?

*Duchess*: Un poco de caos, como siempre. Karen estaba a un grito de perder el control, pero me mantuve fuera de su radar. Pequeña victoria.

*Duke*: Jajaja, qué conveniente. Mientras tanto, yo aquí enterrando 200k de tropas. Gracias, por cierto.

*Duchess*: Uy. ¿Acaso nadie te dijo que esto es la ley del más fuerte? La próxima vez traigo palomitas.

*Duke*: La próxima vez lo pensaré dos veces antes de confiar en tu carita de yo no fui.

*Duchess*: Empatía es para los débiles. Yo solo me preocupo por mi alianza y por ganar con estilo.

*Duke*: Tu estilo me va a dejar calvo, Duchess.

*Duchess*: Al menos lo bueno de tenerte de enemigo es que nunca me aburro. Y me haces reír, eso siempre cuenta.

*Duke*: Me alegra ser tu entretenimiento gratuito. Pero recuerda que te debo una. No siempre me verás sonriendo, nena.

*Duchess*: Siempre te recordaré como el tipo que no pudo defender su ciudad. Otra vez.

*Duke*: Ya verás. Esto no ha terminado.

*Duchess*: Lo sé. Que duermas bien, Duke. No olvides reforzar esa defensa. Y piénsate lo de unirte a PaL.

Path of love. Camino de amor. La mejor alianza del juego.

Vale, no éramos los mejores, pero por los que mejor se lo pasaban.

*Duke*: Lo pensaré… Te veré en el campo de batalla, nena.

Cerré el chat con una sonrisa de esas que se te quedan pegadas, aunque tengas la nevera vacía y los vaqueros un botón más estrechos que ayer.

Debería cenar algo. O poner esa lavadora que llevaba dos días amenazando con convertirse en ser vivo. Pero…

Cazar diez bestias más para el evento sonaba mucho más productivo.

Elsa seguía en primer puesto, como siempre. Nadie la bajaba de ahí sin declarar la tercera guerra mundial.

Aias estaba segundo, pero le daba igual. Si alguien lo adelantaba, gritaba en mayúsculas y amenazaba con irse de la alianza.

Spoiler: nunca se iba.

Mientras lanzaba ataques, eché un ojo al chat de PaL. Iba tan rápido que tuve que pausar para seguirles el ritmo.

*Kookie*: PaL, mandad tropas al evento. No quiero ver a nadie sin puntos esta semana.

*Elsa*: Traducción: si no lo hacéis, Kookie grita.

*Lukas*: Pero tú eres la que grita, ¿no, Elsa?

*Aias*: YO ESTOY TRABAJANDO Y AÚN ASÍ HAGO LAS MISIONES. ¿CUÁL ES VUESTRA EXCUSA?

*Elsa*: Que mejorases el calefactor no te da licencia para gritar todo el día.

*Aias*: ¡ME LO GANÉ CON SANGRE!

*Duchess*: ¿Otra vez llorando por perder el primer ataque ayer?

*Aias*: Perdí 150k de tropas. No fue una derrota. FUE UNA MASACRE.

*Elsa*: Se viene drama. ¿Alguien tiene palomitas?

*Kookie*: Duchess, por favor, vete a cazar más y deja que Aias conserve algo de dignidad.

*Duchess*: Juro que solo cazo bestias. No egos.

*Lukas*: Duchess MVP del drama y del top 3 de caza.

*Aias*: Reconsiderando mi permanencia en esta alianza de traidores.

Sonreí, negando con la cabeza, y volví al mapa para enviar a mi equipo a por otra bestia. Solo me quedaban tres para asegurar el tercer lugar.

Estaba riéndome sola frente al móvil —culpa de Lukas y su eterna mala suerte en el minijuego del evento— cuando escuché tres golpecitos en la puerta.

No timbre. No golpes de *soy tu vecino molesto*.

Golpecitos suaves. Urgentes.

Justo el tipo de cosa que no esperas cuando estás en chándal, con una copa de vino en la mano y el top de caza asegurado.

Fruncí el ceño y dejé el móvil sobre la mesa, todavía con la sonrisa a medio formar. No solía tener visitas, y mucho menos sin avisar. Me calcé las pantuflas —esas con orejas de conejo que una vez prometí tirar y nunca lo hice— y crucé el piso.

Cuando abrí, me encontré con la cara preocupada de Natalie, mi vecina del piso de al lado.

—Grace, lo siento mucho —dijo, con la voz ya temblorosa—. ¿Puedes ayudarme un segundo?

Su cabello castaño estaba recogido de prisa, y traía una mochila colgando de un solo hombro. Detrás de ella, de pie y medio escondida, estaba Emma, su hija, con un abrigo rosado que le quedaba enorme y un peluche apretado contra el pecho como si fuera un escudo.

—Claro —respondí, apoyándome en el marco de la puerta—. ¿Qué pasa?

—Es mi hijo —explicó rápido—. Se ha despertado con fiebre muy alta y vomitando. Tengo que llevarlo al hospital y no tengo con quién dejar a Emma. Mi madre no contesta, y el padre bueno, ya sabes, no está. ¿Podrías quedarte con ella un rato? Prometo que no será mucho.

Tragué saliva. La idea de tener a una niña de seis años en casa me agarró desprevenida, pero no podía decir que no. Natalie nunca me pedía nada, y su desesperación era tan palpable que me dolía mirarla.

—Por supuesto —dije, con una sonrisa tranquilizadora de esas que finges bien solo cuando estás improvisando el 100 %—. Emma, ¿quieres venir a ver mi planta? Creo que necesita que alguien la mire con más cariño que yo.

Emma asintió en silencio, y Natalie suspiró como si le acabara de quitar un peso de encima.

—Gracias, de verdad. Te debo una enorme.

La vi alejarse por el pasillo, cargando a su hijo envuelto en una manta. Cerré la puerta con cuidado y me volví hacia la pequeña, que seguía aferrada a su peluche como si no terminara de fiarse del todo.

—Bueno, Emma ¿te gusta el té? —pregunté, con la mejor voz de niñera improvisada.

—Solo si es dulce —respondió bajito.

Reí suavemente y le hice un gesto para que me siguiera a la cocina. Preparé una infusión suave con miel mientras ella se sentaba en la silla más alta, balanceando los pies en el aire.

Me miraba con la curiosidad silenciosa de quien está evaluando todo, pero sin miedo. Solo cautela. La misma con la que yo miraba a los adultos cuando era niña. Y eso me removió un poco más de lo que esperaba.

Le serví el té en mi taza con dibujos de gatos —mi favorita, pero no se lo dije— y puse un par de galletas al lado. Ella no dijo nada, solo se quedó ahí, bebiendo en silencio, observándolo todo.

Volví al sofá, aunque esta vez sin tanta urgencia. El juego seguía abierto, la interfaz parpadeando con notificaciones, pero por primera vez en mucho rato, no me importaban tanto.

Miré a Emma de reojo. Se parecía a Natalie, pero tenía los ojos de su padre, creo. Nunca lo conocí, pero una vez lo vi gritándole por teléfono en el pasillo. No hizo falta saber más.

—¿Tienes hijos? —preguntó de repente.

Casi derramé el vino.

—No, cielo —dije, limpiándome con disimulo—. Solo una planta. Y ya me cuesta mantenerla viva.

—¿Y no estás sola?

Esa pregunta. Directa, limpia, sin doble fondo. Me dejó un segundo sin aire.

—No del todo —respondí, con una sonrisa suave—. A veces tengo compañía. Solo que es diferente.

Emma asintió, como si eso tuviera todo el sentido del mundo.

—¿Dibujamos?

Saqué hojas y lápices de colores de un cajón olvidado. Emma se sentó en la alfombra y empezó a dibujar con entusiasmo. Yo recogí las tazas, apagué algunas luces, dejé el móvil sin revisar sobre la mesa.

La noche había cambiado el ritmo de mi piso, llenándolo de algo nuevo. No de caos. No de tensión. De vida.

Me senté a su lado y garabateé con ella. No dibujaba bien, pero Emma se reía con cada intento mío. En ese momento pensé que tal vez no se trataba de hacer las cosas bien, sino de estar. De ser útil. Como con mi planta, pero con voz y con risa.

Natalie volvió pasadas las diez. El niño tenía una infección viral y lo dejarían en observación unas horas. Emma corrió a abrazarla, y Natalie me miró con lágrimas en los ojos.

—No sé cómo agradecerte —dijo.

—Tranquila —respondí—. Nos divertimos.

Cuando se fueron, el silencio volvió. Pero no era el de siempre. Era más suave. Más ligero.

Miré mi móvil y vi un nuevo mensaje privado de Duke.

No lo abrí. Aún no.

Fui a la cocina, fregué las tazas, guardé los lápices. Luego, y solo entonces, me dejé caer en el sofá otra vez.

Ahora sí.

Podía seguir jugando.

Pero algo, no sabía bien qué, había cambiado.

# Capítulo 2

## *Grace*

La mañana siguiente seguí mi rutina de siempre. Me desperté a las seis, intenté hacer yoga durante media hora, pero no pude concentrarme. El último mensaje de Duke me tenía dando vueltas como si fuera una adolescente en pleno drama de instituto.

O sea, hablamos sobre atacar una instalación y luego desapareció.

Ni un adiós, ni un *buenas noches*, ni siquiera un *que duermas bien, nena.*

Nada.

Y eso no era normal en él.

Sí, me había acostumbrado a su atención. A tenerlo ahí. Siempre.

Cada vez que me conectaba, ahí estaba. Cada vez que quería bromear, él respondía. Incluso cuando necesitaba recursos y le atacaba la ciudad, ahí estaba.

Y no, no se enfadaba. Tampoco iba a quejarse al chat general como otros jugadores, esos que se ofenden por todo y hacen drama por ataques fuera de evento.

Porque sí, está mal visto. No está prohibido, pero es como comer pizza con piña: no se recomienda.

Después de ducharme y ponerme un vestido ligero, era viernes y los viernes eran casual Friday, también conocidos como *me pongo lo primero que encuentro y rezo para no cruzarme con el CEO*, me senté en la cocina con mi café y mi tostada integral.

Todo muy saludable, todo muy responsable. Y completamente inútil, porque mi cabeza seguía en otra parte.

Abrí el juego.

Nada.

Un montón de puntos rojos. Kookie y Lukas llenando el chat con estrategias y quejas. Denci dejando cotilleos y caos, como siempre.

Pero de Duke cero.

¿Habré dicho algo que lo molestó?

¿Le pasó algo?

¿Estaba bien?

La verdad es que no sabía nada de su vida.

Ni siquiera su nombre real.

Solo que vivía en Los Ángeles, Estados Unidos.

Dónde trabajaba, si estaba casado, si tenía hijos, si coleccionaba sellos o cadáveres en el sótano, nada.

Solo su edad. Y eso porque Aias me lo había dicho sin querer: Duke tenía treinta y cinco. Tres más que yo.

Y, aun así, su ausencia me pesaba como si me faltara el aire.

No solo un jugador. No solo un compañero de batallas.

Otra rutina que sostenía mis días sin que yo lo supiera.

La mañana se escurrió entre correos sin alma, reuniones que pudieron haber sido emojis, y un informe que me dieron ganas de imprimir solo para quemarlo.

A las doce en punto, cerré el portátil y salí rumbo a mi cita médica. Ginecología. La revisión anual. Ese momento glorioso del calendario que une la vulnerabilidad con la bata abierta por la espalda. Como pagar impuestos, pero con eco estéril.

El centro médico no quedaba lejos. Caminé bajo el sol suave de primavera con sandalias cómodas y el falso optimismo de quien quiere fingir que está todo bien. Por un momento funcionó.

Hasta que entré al consultorio.

Mi ginecólogo, hombre mayor, cara de cartón y mirada que evitaba el contacto visual como si fuera un deporte olímpico, me escuchó decir que mis cólicos eran cada vez peores, que a veces no podía ni levantarme de la cama. Que algo no iba bien.

—Es normal —dijo, sin levantar la vista del teclado—. Algunas mujeres tienen ciclos más dolorosos. Tómate un ibuprofeno si te molesta mucho.

Fin de la consulta. Ni ecografía. Ni análisis. Ni una mísera pregunta.

Solo condescendencia en forma de voz y una sensación amarga en el pecho.

Salí de ahí sintiéndome invisible. Peor que cuando entras a una tienda, dices *hola* y te ignoran como si fueras el perchero.

Me fui caminando hasta una cafetería cerca del trabajo. No tenía hambre, pero pedí una ensalada porque era lo correcto. Y una limonada sin azúcar, porque aparentemente el castigo no era suficiente.

Saqué el móvil, más por reflejo que por ganas.

Tenía un mensaje de Kookie.

*Kookie*: ¿Vas a participar en el evento de esta noche? Las recompensas van a estar buenas y las necesitas si quieres mejorar el equipo de Jessie.

No contesté.

Tenía también dos llamadas perdidas de mi hermano. Y un mensaje.

*Llámame. En serio.*

Lo ignoré. No porque no me importara. Sino porque no tenía energía para lidiar con eso. No todavía.

Volví al juego y escribí algo breve para Kookie:

*Duchess*: Depende. Si Duke aparece, me anoto porque le debo una. Si no, me quedo al mando de la alianza.

Puse el móvil boca abajo.

La ensalada llegó. El aderezo sabía a cartón y la lechuga estaba tibia. Masticaba sin ganas, mirando por la ventana como si esperara que algo interesante pasara. Spoiler: no pasó.

El resto de la tarde fue igual. Aburrida. Rutinaria.

Y cada tanto, revisaba el móvil como si eso fuera a cambiar algo.

Duke seguía sin aparecer.

Salí del trabajo y me enfadé. Con él. Conmigo. Con el mundo.

¡Era solo un tipo de un juego!

Ni lo conocía. Ni siquiera sabía si existía de verdad.

¿Por qué diablos me afectaba tanto?

Compré pizza. Con extra de queso. Porque era viernes, estaba de mal humor y las ensaladas no resuelven traumas.

Llegué a casa. Ducha rápida. Pijama. Sofá.

Abrí el juego. Jugué poco, hablé más.

Bromeé con Kookie. Flirteé un poco con Aias. Ignoré a Elsa como si fuera arte.

Y Duke, Duke no apareció.

Me fui a la cama de mal humor y me desperté peor. No porque hubiera tenido pesadillas, sino porque tenía un cuchillo imaginario clavado en la parte baja del abdomen.

Tardé unos segundos en entender lo que estaba pasando.

Cólicos.

No de los suaves. No de esos que puedes ignorar mientras preparas café y finges que la vida es bella.

De esos que te obligan a quedarte quieta, respirando por la boca, con los músculos tensos como si alguien hubiera decidido torcerte el alma desde dentro.

Me acurruqué en la cama, abrazando el edredón como si pudiera protegerme del dolor. Extendí la mano al móvil.

Las siete.

No tan tarde. Pero no pensaba moverme.

Notificaciones.

Una más de mi hermano.

Un mensaje de Kookie.

Ninguno de Duke.

Apoyé el teléfono en el pecho, cerré los ojos y me quedé ahí, en el limbo entre la rabia y la autocompasión. Intentando no pensar, no frustrarme, no llorar.

La medicina que me había dado mi brillante ginecólogo de ayer no me hacía ni cosquillas.

Ibuprofeno.

Como lanzar un granito de arroz a un incendio y esperar que apague las llamas.

Tuve que obligarme a salir de la cama. Lo hice a medias, medio doblada como una anciana de cien años. Llegué al baño, lidié con lo necesario, y con dos ibuprofenos en el estómago y medio vaso de agua, volví a caer en la cama como si acabara de cruzar el desierto.

Y justo entonces, claro, llegó el mensaje.

*Duke*: Buenos días, nena.

Exploté.

Tuve que resistir el impulso de lanzar el teléfono contra la pared. El dolor me lo impidió. Ironías del cuerpo humano.

*Duchess*: ¡Vete al diablo!

¿Justo? No. ¿Merecido? Tal vez. El dolor me volvía una versión monstruosa de mí misma. No me enorgullezco, pero tampoco me disculpo.

*Duke*: Grace, ¿qué pasa?

*Duchess*: Nada. Déjame en paz.

*Duke*: +1 (323) 879-5479. LLÁMAME. AHORA.

Perdón, ¿qué?

*Duchess*: Espera aguantando la respiración.

*Duke*: ¡AHORA, GRACE!

Y ahí fue cuando me congelé.

¿Sabía mi nombre?

¿Yo se lo había dicho? No.

¿Kookie? No.

Solo había una posibilidad lógica y respondía al nombre de Aias, ese traidor con sonrisa de dios griego y lengua de serpiente.

Tendría que hablar con él. Con palabras. O puñetazos verbales.

Pero antes, tenía que mandar al diablo a Duke como correspondía.

Y sin pensar en la factura telefónica ni en sí podría articular una oración coherente sin gemir de dolor, marqué el número.

Código de área 323.

Los Ángeles.

Perfectamente él.

Contestó antes del primer tono.

—Grace —dijo.

Y su voz me atravesó.

Grave. Ronca. Cálida.

El tipo de voz que podría narrar novelas eróticas en audiolibros de pago y ganar premios solo por respirar.

Me recorrió el pecho. El vientre. Zonas más delicadas.

Muy delicadas.

—No me mandes —dije, seca, con la voz cargada de furia y calambres—. A menos que seas mi jefe. ¿Entiendes?

—Puedo mandarte cuando quiera —respondió, y tenía esa arrogancia seductora que en otro contexto sería adorable. Hoy, era peligrosa.

—En tus sueños.

—Ay, cariño, ya te tuve ahí. No puedo esperar a tenerte en mi cama, y te prometo que vas a disfrutar cumpliendo mis órdenes.

—Vete a la mierda, Duke.

—Ya fui. No es nada divertido. Ahora dime qué te pasa —ordenó.

Y antes de que pudiera fingir que no pasaba nada, añadió:

—Y no digas nada a menos que quieras que me presente en tu puerta en dos horas.

—¿No sabía que existían aviones supersónicos Los Ángeles–Sídney?

—Grace —dijo, con una paciencia forzada—, deja de hacerte la lista. Dímelo.

Y entonces estallé.

—Dolor, Duke. Dolor. ¿Sabes lo que es sentir que te parten en dos desde dentro? Como si alguien te estuviera arrancando algo esencial a puñaladas lentas. Eso. Es. Lo que. Me. Pasa. Cada. Mes.

Me quedé sin aire.

Y sin filtro.

Y sin armadura.

Del otro lado, silencio. Y luego, su voz más baja, más humana:

—Jesús, nena, lo siento.

Y lo decía en serio.

Pude sentirlo.

Su voz ya no era un arma, era un abrigo.

Y por un momento, me olvidé del dolor. O al menos se hizo más pequeño. Porque su preocupación era real. Tan real como la forma en que me hacía sentir vista.

—¿Qué te ayuda normalmente? —insistió.

No supe qué decir de inmediato.

Mi garganta estaba cerrada, no por el dolor, sino por algo más profundo. Una emoción nueva. Cruda.

—Café. Calor —susurré.

—Vale. Ve a por un café mientras hablamos, ¿sí?

—¿Duke? ¿Acabas de oírme? Me cuesta estar tumbada. Si me levanto, me parto en dos. No pienso ir a prepararme un maldito café.

Se escuchó un gruñido. Frustración pura.

—Dame tu dirección.

Solté una carcajada, tos entrecortada: no estaba para grandes risas, pero la idea de dictarle mi dirección a un hombre al que no había visto ni en foto era tan descabellada que me aflojaba el dolor un par de milímetros.

¿Este hombre estaba loco? ¿En serio?

Sí, por lo visto yo era capaz de desarrollar sentimientos por un tipo al que apenas conocía, pero ¿darle mi dirección? ¡Dios, no! No era tan tonta.

Lo bueno es que no se lo tomó mal.

—Grace, ¿ya?

—No. Dame unos minutos más —dije todavía riéndome.

—Necesitas café, y si estuviera más cerca, te lo prepararía yo mismo. Pero como eso no es posible, por favor, permíteme hacer esto por ti.

Mi corazón dio un salto. Literalmente.

Sentí un calor en el pecho, como una taza recién servida, y un cosquilleo suave me recorrió el cuerpo.

La amabilidad y yo no éramos amigas íntimas. La descubrí demasiado tarde en la vida. Y aún no me acostumbraba a ella.

—Gracias, Duke.

Hubo una pausa.

—Dean —corrigió él, en voz baja.

Oh.

Dean.

Le sentaba bien el nombre.

Sólido, real. Más íntimo que Duke.

—Ok, Dean.

—Dime el lugar más cercano a tu casa que haga entregas —me pidió, directo, decidido.

No sabía qué estaba planeando exactamente, pero le di el nombre de una tienda que estaba a dos bloques de mi edificio.

No era lujosa, pero casi.

Vendían productos ecológicos, hechos ahí mismo, desde pasteles rojo intenso hasta pan de corteza dorada y crujiente, con una miga tan suave como los pétalos de una rosa.

Y el café, el café era lo más cercano al cielo que había probado. No me lo podía permitir cada día. Ganaba bien, pero no tan bien.

Por eso solía evitar pasar por delante para no caer en la tentación.

Excepto el primer sábado de cada mes. Ese día desayunaba ahí por puro capricho. Porque sí. Porque me lo merecía.

—Tengo que colgar, nena —dijo Dean—, pero te llamaré más tarde. Cuídate, ¿vale?

Y colgó antes de que pudiera decir nada más.

Me quedé con el móvil en la mano, aun sintiendo su voz vibrar en mi oído.

Dean.

Dean me cuidaba desde otro continente.

Apenas dos minutos después de que Dean colgara, sonó mi móvil. Número local. Extrañada, contesté.

—¿Grace? —preguntó una voz amable al otro lado—. Llamamos de The Green Pantry. Tenemos un pedido a su nombre, pero falta la dirección exacta. ¿Podría confirmarla, por favor?

Tardé un segundo en reaccionar.

Dean.

—Ah, sí. Claro. Es Brindle Avenue, número 87, piso 4B. Tienen que tocar el segundo timbre —dije, aún un poco incrédula.

—Perfecto. Estaremos allí en unos quince minutos. ¡Que tenga buen día!

Colgué sin poder evitar una sonrisa. Una sonrisa real.

El tipo estaba a medio planeta de distancia y aun así se las arreglaba para hacerme sentir cuidada.

En serio, ¿quién demonios era Dean?

Me obligué a quedarme en la cama. El ibuprofeno empezaba a hacer efecto, aunque el dolor seguía ahí, como una niebla densa en

mi vientre.

Quince minutos después, sonó el timbre.

Me arrastré hasta la puerta con la dignidad de un gato atropellado. El repartidor, diecinueve años, sonrisa de anuncio, cero noción de mis dramas internos, me alargó una bolsa y una caja forrada en papel.

—¡Entrega para Grace!

Al revisarlas sobre la mesa de la cocina, me encontré con: un café con leche de avena (mi favorito), zumo natural de naranja con jengibre, pan de masa madre recién horneado, un croissant relleno de chocolate negro, un pequeño pastel de zanahoria con una etiqueta que decía *Para cuando te duela todo* y una bolsita de té de manzanilla con una nota escrita a mano: *Por si el café no es suficiente. —D.*

Sip. Llorar por un desayuno era un nuevo punto bajo en mis estadísticas… y, aun así, lo rocé.

Tomé el primer sorbo; el mundo giró dos grados hacia el lado amable. Marqué su número antes de que la razón me detuviera.

—¿Cómo sabías lo del pastel de zanahoria? —pregunté, la voz rota en confeti.

—No lo sabía. Intuición, supongo. ¿Te llegó todo?

—Todo y algo que no venía en la bolsa.

—¿El qué?

—La sensación de que alguien me tiene en la cabeza, Dean. Eso.

Silencio. De esos mullidos. Nada incómodo.

—Acostúmbrate —dijo, grave—. No pienso dejarte sola con el ibuprofeno y el sarcasmo.

Ese comentario se instaló en mi pecho como una manta eléctrica. Ladeé la cabeza, sonriendo a la nada.

—Gracias —susurré—. Es la primera vez que alguien me cuida sin pedir explicaciones ni facturas.

—Gracias a ti por dejarte cuidar. Ahora termina ese café y ponte algo caliente en el vientre. Llamo en un rato.

Colgamos. Me senté en el borde de la cama con la taza entre las manos y la certeza absurda de que algo había cambiado de coordenadas.

Duke se llamaba Dean, vivía a trece mil kilómetros, y, aun así, acababa de colarse en mi vida real con un croissant y una nota escrita a mano.

Y por primera vez en mucho tiempo, el dolor no era lo único que me latía dentro.

El café se acabó, el ibuprofeno surtió el milagro mínimo de dejarme respirar, y el aroma a pan horneado convirtió mi mini-piso en una cafetería clandestina. Entre bocado y bocado, abrí el chat de la alianza, dispuesta a presumir mi desayuno-milagro y a contar hasta diez antes de admitir, siquiera ante mí, que quizá estaba empezando a enamorarme de una voz con código de área 323.

A media tarde, mientras me acomodaba en el sofá con una bolsa térmica sobre el vientre y el último bocado del pastel en la boca, abrí el juego por costumbre.

Enseguida vi algo esperándome. Un punto rojo. Bueno, varios. Uno en el chat general, otro en el de la alianza y, luego, uno especial. Uno de él.

Suspiré y toqué el icono.

*Duke*: Descansa, nena. No necesitas matarte hoy. Cuando puedas, usa este código: HEROLOVE2025. Para que mejores a tus héroes antes de que te dé otra paliza en la arena.

Me tapé la boca con la mano para reprimir la sonrisa.

El tipo no paraba.

Copié el código, fui al menú de mi cuenta y lo ingresé. Instantáneamente, recibí una lluvia de recursos: gemas, piezas de equipo legendario, potenciadores de entrenamiento.

—Maldito seas, Duke —murmuré con el corazón contento—. O Dean. Lo que seas.

Toqué el perfil de Jessie, mejoré sus gafas, sus botas, y dejé salir un pequeño grito de victoria al superar los cincuenta millones de poder.

—A ver si me ganas ahora, imbécil encantador.

Y ahí estaba otra vez: la sonrisa tonta, el calor por dentro, y ese suspiro que no daba por dolor sino por otra cosa. Algo que, poco a poco, iba tomando forma.

*Duchess*: ¿Así que ahora intentas ganarte mi corazón con códigos de regalo, Duke?

*Duke:* ¿Funciona?

*Duchess*: No voy a mentir. El pastel ayudó. El pan también. El café, bueno, eso casi me hace llorar. Pero el código… Te estás pasando de listo.

*Duke*: ¿Lloraste por un café? Dios, quiero verte llorar por cosas más bonitas.

*Duches*s: Oh, por favor. ¿No puedes dejar de ser intenso al menos cinco minutos?

*Duke*: No contigo. No me sale. Eres como, no sé, una misión legendaria: difícil, confusa, pero si la completas, te cambia la cuenta.

*Duchess*: A mí me suenas más como uno de esos NPCs que hablan demasiado antes de darte la recompensa.

*Duke*: ¿Y aun así me hablas cada día? Curioso, ¿eh?

Me eché a reír. En voz alta esta vez. El dolor no había desaparecido del todo, pero se sentía más soportable cuando mi atención estaba en el chat y no en mis entrañas.

*Duchess*: ¿Sabes qué, Dean? Si me ganas en la próxima batalla, voy a declarar mi eterno amor por ti en el chat.

*Duke*: ¿Eso incluye mayúsculas dramáticas y corazones rosas?

*Duchess*: Solo si me humillas con estilo.

*Duke*: Estoy más motivado que nunca. Prepárate.

Me quedé mirando la pantalla, sin dejar de sonreír, pero algo había cambiado.

La charla había terminado con un tono juguetón, sí, pero bajo las bromas y los coqueteos, algo más se asentaba en mi pecho.

Una atracción. Un cosquilleo. Una calidez que aún no podía nombrar.

Y quizá no quería, todavía no.

Dejé el teléfono sobre el pecho y miré al techo.

¿En qué se estaba convirtiendo esto?

¿En qué se estaba convirtiendo él?

Era una voz en mi oído, una línea de código al otro lado del mundo, un desconocido con la sincronización perfecta y un nombre que, de repente, parecía demasiado real.

Debería haberme asustado.

En cambio, me sentí vista.

En cuanto el dolor comenzó a aflojar, me obligué a levantarme. Me moví despacio, como si mi cuerpo fuera un edificio frágil después de un terremoto. Recogí un poco la casa: los platos que había dejado en la cocina, las tazas vacías, el cojín tirado en el suelo. No hice mucho, pero al menos sentí que tenía algo bajo control.

Entonces vibró el móvil.

Una llamada de Paul.

La pantalla parpadeaba con su nombre, y el corazón me dio un vuelco que nada tenía que ver con ternura o cariño. Lo dejé sonar hasta que se cortó. Me giré y seguí doblando una manta sobre el sofá, como si ignorarlo fuera una especie de escudo protector.

Un minuto más tarde llegó el mensaje:

*Paul*: Si no me contestas hoy, te juro que... No lo hagas, Grace.

Me quedé mirando la pantalla, sin moverme. Mis dedos se apretaron alrededor del móvil con fuerza.

No ahora.

No hoy.

Volví a dejar el teléfono boca abajo sobre la mesa del comedor y me fui al baño a lavarme la cara. El vapor del agua caliente y la calma temporal que me había traído Dean no iban a arruinarse por Paul.

No todavía.

# Capítulo 3

## *Grace*

El domingo amaneció más luminoso de lo habitual, con el sol colándose entre las cortinas y un silencio de esos que invitan a hacerse el muerto por unas horas más. Pero yo tenía un compromiso.

Rachel me había organizado un brunch con *un amigo que te va a encantar*, palabras suyas, no mías.

Protesté, por supuesto. Le dije que no era el momento, que tenía mil cosas que hacer (mentira), que me dolía el alma (verdad), que tenía un ritual de limpieza espiritual (mentira otra vez), pero Rachel era como un vendaval con agenda: imparable. Igual que Penny.

Y aunque dudaba seriamente de su vocación como celestina, la quería demasiado para decirle que no.

Así que me vestí sin ganas, pero con cierto esmero: vestido suelto, chaqueta de lino, delineador suave y mi anillo favorito, ese que me hacía sentir un poco más fuerte, como si llevara un escudo dorado en el dedo anular.

El sitio era bonito. Demasiado bonito.

Un café escondido en una calle lateral, con mesas al aire libre y decoración digna de Pinterest: madera clara, flores silvestres, luz natural filtrada con precisión quirúrgica y olor a café recién hecho que perdonaba cualquier falta.

Y él ya estaba ahí cuando llegué.

Alto. Moreno. Camisa perfectamente planchada. Sonrisa fácil, de esas que parecen ensayadas, pero igual funcionan.

Se levantó para saludarme, me tendió la mano con seguridad y dijo:

—Hola, Grace. Rachel me dijo que eras increíble, pero creo que se quedó corta.

Encantador. O por lo menos bien entrenado.

Nos sentamos. Hablamos.

De libros, trabajo, viajes, películas.

Tenía opiniones interesantes, usaba bien las palabras, y había algo elegante en la forma en que doblaba la servilleta sobre la pierna. Me reí un par de veces. Él también. Todo fluía con naturalidad.

Pero no había chispa.

Ni mariposas, ni electricidad, ni ese pequeño sobresalto que se siente cuando la conexión va más allá de lo lógico.

Lo supe con certeza cuando dijo:

—No me gustan los juegos. No tengo paciencia para eso. La gente se los toma demasiado en serio.

Apreté la sonrisa.

Pensé en Duke.

En el drama. En el caos. En la adrenalina compartida por una pantalla.

Pensé en cómo me había hecho reír incluso cuando el cuerpo me dolía.

Pensé, con algo de vergüenza, que sí, me gustaban los juegos.

Me gustaban las batallas.

Y me gustaba él.

Ben me cayó bien. Me gustó su voz, su forma de explicarse, su manera de escuchar. Incluso pagó el café con un gesto amable y sin condescendencia.

Pero cuando nos despedimos, supe que no volvería a verlo.

Y me sentí bien con eso.

Al llegar a casa, me quité los zapatos, solté el bolso en el suelo y me dejé caer en el sofá con un suspiro largo. El móvil vibró justo cuando me acomodaba, pero no era un mensaje. Era una llamada.

—¿Y bien? —dijo Rachel apenas descolgué—. ¿Le vas a poner su apellido a tus hijos o qué?

Sonreí. Dejé que el silencio hiciera su trabajo.

—Era muy majo —dije por fin—. Inteligente. Guapo. Educado.

—¿Pero?

—Pero no es para mí.

—¿¡Qué!? —protestó—. ¡Si parecía sacado de una película! Hablaba de arte, de ciencia… ¡sabía lo que era la Segunda República Española!

—Sí, todo eso está muy bien. Pero no me hizo reír cuando no quería reírme.

Silencio al otro lado.

—¿Y ese es el criterio ahora?

—Y no me dieron ganas de besarlo, aunque pudiera. ¿Te vale eso?

Hubo otro silencio. Más largo esta vez.

—Ay, Grace —suspiró, y su voz se volvió suave—. Estás perdida por alguien.

No respondí.

Solo colgué con calma, dejé el móvil sobre el pecho y cerré los ojos.

Tal vez tenía razón.

Tal vez ya lo estaba.

El resto de la tarde fue una mezcla de tareas caseras sin entusiasmo: ropa que doblé sin doblar del todo, platos que lavé sin querer lavarlos. Mientras tanto, el reloj avanzaba. Y sí, esta noche tocaba evento.

Uno importante.

Kookie lo había dicho claro: *Si te apuntas y no vienes, la próxima estás fuera*.

Me conecté justo a tiempo. El chat de la alianza estaba en llamas.

Todo el mundo hablaba a la vez: que si los refuerzos, que si mi hospital está lleno, que si la conexión, que si me falta energía, que si me faltan ganas…

Lo de siempre.

Yo ya estaba en mi sitio. Segunda línea. Refuerzo rápido.

Lo justo para entrar, golpear y salir con estilo.

*Duchess*: Estoy lista. ¿Qué hacemos primero? ¿Vamos por el castillo o esperamos que APY ataque primero?

*Kookie*: Vamos por la torre, pero todos esperad el ataque de Aias. Él entra primero.

*Elsa*: Denci, tú entras después. Duchess, tú y Lukas, tercera oleada.

*Aias*: Ya oíste a la jefa.

Sonreí frente a la pantalla. Aias estaba en modo simpático. Muy simpático.

De inmediato, empezó con una lista interminable de las virtudes de Elsa.

No me gustaba.

O sea, el flirteo era parte del juego, sí. Y divertido, claro. Pero Elsa no me gustaba para Aias.

Siempre fue fría conmigo. Recuerdo que cuando me uní a la alianza, le pedí ayuda para un evento y me contestó como si le estuviera pidiendo un riñón.

Ya sé que eso no es suficiente para odiar a alguien.

Pero tenía un presentimiento con ella.

Y lo raro era que todos la adoraban. Todos.

Menos yo.

La batalla arrancó.

Y el caos se apoderó de la pantalla.

Estrategia, errores, curas, héroes equivocados, gritos (en mayúsculas), emojis en llamas.

Pero esa energía única del equipo, esa locura compartida, era lo que lo valía todo.

Aunque, de fondo, yo no dejaba de pensar en Dean.

En su voz.

En su pastel de zanahoria.

Y en lo poco que necesitaba ya para sonreír.

No había pasado ni media hora desde el inicio del evento cuando mi pantalla se iluminó con fuego.

¡Tu ciudad está siendo atacada!

—¿Qué demonios? —murmuré.

*Duchess*: ¡Me están atacando los de MLI!

*Aias:* ¿¡Qué!? ¿Están locos?

*Kookie*: No están en el castillo. Nos están saboteando. No pueden con el castillo, así que atacan ciudades.

No podía usar escudo porque estaba participando en el evento. Y ellos lo sabían. Todos lo sabían. Era una jugada sucia, pero técnicamente no ilegal.

—¡Malditos!

Salté al chat general. Y sí, ahí estaban.

*MLI-Max*: Pobrecita Duchess. ¿Demasiado frágil para la guerra?

*MLI-Nina*: Que se vaya a hacer yoga o a buscar novio de carne y hueso.

*Duchess*: Prefiero buscar neuronas, pero no creo encontrarlas en MLI.

*MLI-Max*: Oh, qué carácter. ¿Así te has ganado el R4 en PAS?

*Duke*: No hables de lo que no sabes, idiota.

Quise defenderme más, pero Kookie me pidió que no alimentara a los trolls. Tenía razón. El castillo era la prioridad, y ellos estaban desesperados.

Además, tardaría poco en curar las tropas, así que solo era una molestia temporal. Pero jodía.

La torre sur cayó dos minutos después. La mía. Duke había sido quien envió el ataque final.

*Duke*: La declaración, por favor.

*Duchess*: ¡Fue solo una torre! No tenías que golpearme justo cuando tenía más de la mitad de las tropas en el hospital.

*Duke*: Sin excusas. Yo gané. Lo prometiste.

Declarar mi amor por él en el chat después de lo que pasó con MLI...

Bufé. No iba a darles el placer. Ni loca. Pero sí, una promesa era una promesa.

Entré al chat de la alianza. Solo los miembros de PaL podían leerlo.

*Duchess*: Declaro oficialmente que he perdido el corazón por un idiota que se hace llamar Duke y que cree que ganarme una torre equivale a ganarme entera.

*Aias*: ¿¡Qué!? ¡Lo sabía!

*Kookie*: Alguien que haga una captura de pantalla antes de que se arrepienta.

Sonreí.

Dean no lo leería. Tal vez nunca lo supiera.

El evento terminó y cada uno volvió a su vida.

Yo me calcé unas zapatillas, me puse una chaqueta ligera y salí a caminar. El parque estaba tranquilo, con el cielo teñido de tonos dorados por el atardecer. Aún dolía un poco el cuerpo, y la cabeza, por el evento, pero el aire fresco me sentaba bien.

Apenas había recorrido dos manzanas cuando el móvil vibró. Dean.

—¿Estás libre o interrumpo una de tus aventuras de espía internacional? —preguntó con ese tono burlón que me arrancaba sonrisas sin querer.

—Solo paseo. Necesitaba aire fresco y olvidar la torre que me robaste.

—Ay, nena, aún con eso. Vas a tener que superarlo.

—Nunca.

Rio, y su risa era cálida, masculina, con un punto ronco que me llegaba directo al estómago.

—¿Ya tomaste café hoy? —preguntó él.

—Sí, uno esta mañana y otro hace una hora. ¿Tú?

—Tres, y estoy considerando un cuarto. Negro como el alma de un troll de MLI.

Me reí.

—Te vas a quedar sin sueño.

—¿Y tú cómo lo tomas?

—Con leche, sin azúcar. Como una persona decente.

—Discrepo, pero te respeto —respondió con fingido tono solemne.

Caminé un poco más y me senté en una banca. Hacía rato que no hablaba así con alguien. Sin tensión, sin segundas intenciones. Solo conexión.

—¿Lees? —le pregunté, acomodándome en la banca como si él estuviera a mi lado y no al otro lado del maldito planeta.

—Mucho. Sobre todo, ciencia ficción y algo de fantasía. Aunque últimamente releo lo mismo, porque tengo poco tiempo. ¿Tú?

—Romántica empedernida —admití sin vergüenza—. De las que aman los clichés si están bien escritos. Me gustan los enemigos a

amantes, los reencuentros y la tensión no resuelta.

—Ah, la tensión no resuelta. Nuestra especialidad.

—Por favor. Tú no sabes nada de tensión.

—¿Estás segura? Porque yo estoy aquí, con el móvil en la mano, en medio de una reunión aburridísima, soñando con oírte reír otra vez. Y tú, mientras tanto, paseas por un parque, pensando en mí. Eso, nena, es tensión no resuelta.

Rodé los ojos con una sonrisa.

Era tan descarado que daba la vuelta y resultaba encantador.

—Te vas a romper el ego de tanto inflarlo —le dije.

—Solo digo la verdad. ¿O me vas a decir que no pensaste en mí después del brunch?

Me congelé.

¿Cómo sabía del brunch?

—¿Cómo…?

—Adivino profesional —dijo, divertido—. O, ya sabes, Rachel me mandó una foto con el mensaje "Mírala, está en negación total". Supuse que eras tú.

—Voy a matarla.

—Demasiado tarde. Ya la tengo en mi lista de contactos. Me cae bien.

—No lo dudes. Ella también quiere ponerte en la lista... negra.

Se rio de nuevo, más fuerte esta vez.

Y yo... yo ya no sabía si estaba hablando con Dean o soñando despierta con alguien que simplemente me hablaba como nadie lo había hecho antes.

—¿Y? —preguntó después de un pequeño silencio.

—¿Y qué?

—¿Hubo chispa con el galán del brunch?

Me mordí el labio. Dudé un segundo.

—Era majo —admití—. Pero no. No había chispa. Me gustó su voz, su manera de hablar… pero no sentí nada. Y cuando me dijo que no le gustaban los juegos...

—¿Te lo cargaste ahí mismo?

—No, pero me lo imaginé siendo aplastado por un ejército de bárbaros.

—Sádica —murmuró con admiración.

—Realista. Me gustan los juegos. Me gusta el caos. Y me gustas tú —solté, sin pensar.

Silencio.

Uno largo. Incómodo para otra persona, pero no con Dean. Con él, hasta el silencio decía cosas.

—Dilo otra vez —pidió, en voz baja.

—¿Que me gustas?

—Sí. Solo que esta vez imagina que estoy ahí, justo frente a ti. Que te estoy mirando. Que puedo tocarte la cara. Que te acabo de robar otra torre.

Me eché a reír, porque qué más podía hacer.

—Eres un idiota.

—Sí. Pero soy tu idiota. ¿No?

Negué con la cabeza, sola en la banca, con el sol cayendo detrás de los árboles.

—Lo estás haciendo muy difícil para que me mantenga cuerda.

—De eso se trata. Que te vuelvas un poco loca. Por mí.

Otra pausa.

Pero esta vez no fue vacía.

Fue cargada. De eso que no se nombra. De eso que da miedo.

—Dean…

—Dime, nena.

—¿Qué estamos haciendo?

Su respuesta fue inmediata.

—Algo que no se puede frenar.

Y ahí supe que tenía razón.

Porque esto ya no era un juego.

Y yo ya no era solo Duchess.

Era Grace.

Y estaba cayendo.

Muy, muy fuerte.

El silencio duró poco.

—Si estuvieras aquí —dijo Dean, su voz más grave, más lenta—, te invitaría a cenar. Nada de sitios caros ni elegantes. Un restaurante de esos con luces tenues, manteles de tela y música suave de fondo.

Sonreí mientras caminaba entre los árboles del parque, la brisa fresca jugando con mi cabello.

—¿Y qué pediríamos? —pregunté.

—Algo con queso. Siempre queso. Y vino. El postre sería helado, aunque hiciera frío.

—¿Y después? —susurré, bajando la voz sin darme cuenta.

—Después te llevaría a casa. No te besaría en la puerta. No todavía. Te tomaría de la mano mientras caminamos, y cuando estuviéramos frente a tu edificio, solo me quedaría ahí. Esperando.

—¿Esperando qué?

—Esperando a que me dijeras que quieres que suba. Que te prepare café en la mañana. Que me quede un rato más.

Me detuve un segundo en medio del sendero de grava. Cerré los ojos.

Joder.

¡Este hombre!

—¿Y si yo dijera que sí? —pregunté.

—Entonces sería muy, muy difícil ser un caballero, nena.

Reí bajito.

—Vale, mi turno —dije—. Si tú estuvieras aquí, esta noche te pondría a prueba.

—¿A prueba? ¿Cómo?

—Llevaría un vestido rojo. Corto, pero no demasiado. Ajustado. De tirantes finos. Y sandalias. Nada más. Nada debajo.

—¿Nada debajo? —repitió, y su voz ya no sonaba burlona. Sonaba más grave. Como si le acabara de quitar el aire.

Sonreí sola, caminando despacio entre los árboles, disfrutando de la imagen que le estaba regalando.

—Nada —repetí—. Y luego te miraría desde la puerta. Te preguntaría si tienes calor. Y tú no sabrías qué responder, porque yo ya estaría jugando con el borde del vestido.

Lo escuché exhalar. Casi un suspiro. De esos que se sienten más en la piel que en los oídos.

—Grace…

—¿Sí?

—¿Qué estás intentando hacerme?

—Nada. Solo conversación ligera para una noche de domingo —respondí con inocencia que no me creía ni yo.

Hubo un silencio tenso, cargado de imágenes que cruzaron océanos y pantallas. Podía imaginármelo con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el respaldo, una mano en la nuca, la otra en el muslo. Calor subiendo. No solo el suyo. El mío también.

—Dios, nena —murmuró—. Si me llegas a decir esas cosas en persona, te juro que no respondo de mí.

—¿Y si eso es justo lo que quiero?

Silencio. Más largo esta vez. Más denso.

—Ahora mismo estoy a nada de buscar un vuelo —dijo al fin—. Lo estoy viendo. Literalmente. Estoy con el portátil abierto. Me conoces desde hace semanas y ya estás arruinando mi concentración, mi autocontrol y mis defensas.

—Entonces vamos bien.

—Grace…

—¿Sí?

—No bromees con eso. Porque puedo hacerlo.

—¿El qué?

—Coger ese avión. Buscarte. Tocarte. Comprobar si tus labios saben dulces como tu voz. Si tus ojos de verdad son como los imagino.

Y ahí estaba otra vez. El silencio. Pero ahora era mío.

Porque quería decirle sí. Quería decirle ven. Quería decirle no tardes.

Pero también quería protegerme. Y, quizás, estirarlo un poco más. Esa tensión. Esa electricidad que te recorre sin necesidad de tocar.

—No lo hagas todavía —dije al fin, con suavidad—. Aún no.

—¿Por qué?

—Porque estoy empezando a creerte. Y eso da más miedo que cualquier otra cosa.

No me respondió de inmediato.

—Vale —dijo por fin—. No todavía. Pero pronto. ¿Me escuchas, Grace?

—Te escucho, Dean.

—Y cuando llegue ese día, no vas a querer que me vaya.

Tragué saliva.

Y supe que tenía razón.

Porque si seguía hablando así…

Yo tampoco iba a querer que se fuera nunca.

Silencio. Denso. Cargado de imágenes que ninguno se atrevía a nombrar.

—Grace, si sigues así, reservo un vuelo —gruñó—. Y esta vez no es broma.

—Deja de exagerar —reí… con un temblor poco disimulado en la garganta.

—¿Puedo pedirte algo?

—Depende.

—Una foto. Solo una pista de cómo luces.

Alcé la cara; el sol jugueteaba entre las hojas y me cegaba lo justo para darme valor.

—¿Una foto? No. Quédate con mi versión narrada.

—Recuérdame.

Me salió una carcajada.

—Soy alta, piel clara tirando a inquietantemente sana, ojos digamos verdes.

Mentira. Azules, casi grises cuando llueve.

—Caderas marcadas, piernas largas; si me lo curro, podría pasar por ángel de Victoria's Secret.

Mentira dos. Mi relación con el helado me lo impide… y no pienso romperla.

—¿Y el pelo?

—Corto. Oscuro como la noche.

Mentira número tres: es largo, ondulado y mezcla de rubio viejo y cobre testarudo.

Silencio al otro lado. Después, un suspiro que me calentó la nuca a kilómetros de distancia.

—¡Joder, Grace! —rugió con voz ronca—. ¿De verdad no vas a mandarme esa foto?

—Muy segura.

Y sonreí. No podía evitarlo.

Colgué. Seguí caminando hasta que el atardecer se enfrió de golpe. En casa, improvisé una cena rápida—tostada de aguacate y queso, culpa suya—, eché un vistazo al juego y reforcé un par de edificios. Cerrar sesión tendría que bastar para calmarme. Spoiler: no bastó.

En la cama di más vueltas que la ropa en la secadora. Cerraba los ojos y lo único que veía era su voz (sí, su voz) prometiéndome café al amanecer.

Resoplé, agarré el móvil solo para mirar. Duke estaba conectado. La sonrisa me escapó antes de poder censurarla. Sin pensarlo, ataqué su ciudad: un toque limpio, sin héroes top; pura provocación.

No pasó un minuto antes de que el teléfono vibrara.

—Si querías mi atención, nena, bastaba con pedirla —gruñó, medio divertido, medio exhausto.

Me tapé la cara para contener la risa.

—Estabas conectado. No pude resistir.

—Eres un desastre.

—Y tú, un exagerado.

—Te extraño.

Tragué saliva.

—No se puede extrañar lo que no se ha tenido.

—Ah, ¿no? —Silencio—. Entonces ven a buscarlo.

Colgó.

Me quedé con el móvil en el pecho, su nombre brillando entre notificaciones. Su voz grave decía *te extraño* como si fuera lo más normal del mundo; como si la distancia, los husos horarios y los apodos no existieran.

Suspiré.

Esto iba más allá de un juego y un par de chistes privados. Lo esperaba. Buscaba su alias entre los conectados. Sonreía como idiota cuando lo veía en línea.

¿Y si mañana desaparecía? ¿Si borraba su cuenta o, peor, perdía el interés?

No sabía cómo encajar esa posibilidad. Porque, sin darme cuenta, me estaba acostumbrando a él.

Demasiado.

Tanto que ya lo buscaba, incluso en mis sueños.

# Capítulo 4

## *Grace*

El despertador sonó a las seis y media. Como siempre. Me di la vuelta, lo apagué y me quedé ahí, mirando el techo, preguntándome por qué el fin de semana duraba lo mismo que un bostezo mal cronometrado.

Ducha rápida. Coleta mediocre. Blusa blanca, vaqueros oscuros, zapatillas cómodas. Nada especial, pero pasaba el filtro de humana presentable. Al menos trabajaba desde casa. Los lunes eran para informes, llamadas eternas y fingir que el mundo no se estaba incendiando.

A las nueve y cuarto decidí que merecía una recompensa. Café. Del bueno. Mientras esperaba en la cafetería de la esquina, saqué el móvil y le escribí.

*Grace*: El café está rico, pero te juro que no es tan bueno como el que me imaginé que me harías tú.

Tardó menos de un minuto.

*Dean*: ¿Y cómo te lo imaginaste? ¿Desnudo, solo con el delantal, sirviéndotelo en la cama?

Rodé los ojos, pero sonreía como idiota.

*Grace*: Por supuesto que no. También llevabas calcetines.

*Dean*: Clase, ante todo.

Volví a mi escritorio con la taza caliente entre las manos y una sonrisa que no me cabía en la cara. Respondí correos, casi apagué un incendio con un cliente. Justo cuando pensaba salir a comer, otro mensaje apareció.

*Dean*: ¿Ya almorzaste o estás fingiendo que el café cuenta como comida?

Grace: Camino a por un wrap y una ensalada. Soy una adulta funcional. A veces.

*Dean*: Mándame una foto. Del wrap, obvio. Tengo que asegurarme de que te alimentas bien. No quiero que te me desmayes en plena batalla.

Reí en voz baja mientras caminaba por la calle. El sol brillaba. El cielo parecía nuevo. Por un momento, todo estaba en su sitio.

Spoiler: no iba a durar.

Volví del almuerzo con esa sensación rara. Como si algo esperara al otro lado de la calle. Y ahí estaba.

Paul.

Apoyado contra una farola, brazos cruzados, mandíbula tensa como si masticara piedras. Traje impoluto. Cara de funeral. El mismo porte de nuestro padre, pero más pulido. Y los ojos de mamá: claros, cortantes, incómodos.

Suspiré.

—¿Qué haces aquí, Paul?

—¿En serio? ¿Eso es lo primero que vas a decirme? —arqueó una ceja—. No contestas a las llamadas, no respondes a los mensajes. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Pensé que lo entenderías después de las primeras veinte veces. No quiero hablar contigo.

—No empieces con eso, Grace.

—¿Con qué? ¿Con lo de tener límites?

Se enderezó. Me siguió cuando empecé a subir los escalones de la entrada.

—Papá está enfermo. ¿O tampoco te importa?

—No es que no me importe. Es que no cambia nada.

—¿Cuándo piensas ir a verlos?

Me detuve. Me giré despacio, sin levantar la voz.

—No pienso ir. Y lo sabes. Lo sabéis todos desde hace diez años.

—Estás siendo cruel. Ellos están...

—No soy cruel. Soy clara. Lo que hicieron no tiene perdón. No el mío. No voy a jugar a la familia feliz ni a fingir que todo fue un malentendido. No lo fue.

Se calló. Un segundo.

—¿Y crees que eso te hace mejor? ¿Por hacerte la víctima toda tu vida? ¿Cuántos años más vas a seguir con este numerito?

Me ardieron las mejillas. Pero no le di ese gusto.

—No es un numerito. Es lo que me mantiene en pie. Lo que me permite respirar sin colapsar cada vez que escucho su nombre. ¿Y sabes qué? Me está yendo bastante bien.

Paul soltó una risa sin rastro de alegría.

—¿Y esconderte aquí es mejor? ¿Eso es lo que llamas una vida?

Lo miré. No con rabia. No con dolor. Con lástima.

—No te culpo por no entenderlo. Tú te quedaste. Tú elegiste creer en ellos. Yo elegí salvarme.

Abrí la puerta. Entré sin mirar atrás.

Su rabia no era mi problema.

Ya no.

Solté el bolso en el sofá y los zapatos junto a la puerta. Como si eso pudiera aliviar el peso en el pecho. Abrí la agenda del móvil. Mi dedo se detuvo sobre su nombre.

Dean.

Quise llamarlo. Contarle lo que había pasado. Que el día era una mierda. Que solo necesitaba su voz. Un mal chiste. Algo sobre alianzas y queso.

Pero no lo hice.

Porque no debía.

Porque por muy cerca que lo sintiera, seguía siendo un extraño. Un avatar detrás de una pantalla. Uno que, como todos los demás, podía desaparecer. Podía herirme.

Dejé el móvil boca abajo sobre la mesa del comedor.

Y me fui al baño a mojarme la cara.

A fingir que no dolía.

Diez minutos después, estaba llamando a Rachel.

—¿Puedes salvarme de una noche de mierda?

—¿Estás ya en mi puerta o pido un taxi para encontrarme contigo?

—Te paso ubicación. Cócteles, risas, y ni una palabra sobre mi familia.

—Trato hecho.

Salí poco después. Vaqueros ajustados, chaqueta de cuero, labios rojo sangre. Por dentro me sentía hueca, pero por fuera parecía

tener el control. Como siempre. O al menos, como había aprendido a fingirlo.

Subí al taxi y, por puro impulso masoquista, abrí el juego.

Una notificación roja. Chat privado.

Fruncí el ceño.

*MLI-DarkHound*: Así que te escondes en PaL porque no tienes agallas para pelear sola.

¿Perdón?

*MLI-DarkHound*: La princesa del castillo. ¿Quién te crees que eres? Mejor mantente lejos de las guerras si no quieres que te reventemos la ciudad. O algo peor.

Otro.

*MLI-DarkHound*: Aias no podrá salvarte siempre, cariño. Duke tampoco. Ni siquiera Chim.

Me quedé inmóvil, con el móvil en la mano como si acabara de explotar. Las luces de la ciudad pasaban rápidas por la ventana, pero yo ya no veía nada. Solo el mensaje. Solo ese nombre.

¿Qué demonios era esto?

¿Una amenaza real?

¿Un imbécil aburrido?

Sentí una punzada de ansiedad, justo ahí, en el pecho. Esa mezcla asquerosa de impotencia y rabia. Porque una cosa era jugar. Reírse. Competir. Y otra, muy distinta, era esto.

Esto era pasarse de la raya.

El bar estaba lleno, pero no de esa manera insoportable. Más bien acogedor. Pequeño. Luz cálida colgando del techo como luciérnagas domesticadas. Gente riendo. Copas tintineando. El tipo de lugar donde te dan ganas de mentir diciendo que todo va bien.

Rachel ya estaba en una mesa junto a la ventana, con dos copas de vino y esa sonrisa suya que era mitad bálsamo, mitad advertencia.

—Dime que me necesitas para algo más que ponerme al día con los dramas de tu familia —dijo al verme.

—Te necesito para fingir que tengo una vida social. Nivel experto.

Me dejé caer frente a ella. Como siempre, me escaneó con los ojos como si pudiera ver el código fuente de mis emociones.

—¿Te dijo algo Paul?

—Lo de siempre. Que soy una egoísta. Que vivo en una burbuja. Que debería sentirme culpable por no visitar a las dos personas que decidieron arruinarme la infancia.

Rachel apretó los labios. No dijo nada. Solo alzó su copa.

—A brindar, entonces. Por sobrevivir. Por elegirnos. Por no dejarnos joder por el pasado.

Chocamos las copas. El primer sorbo supo a descanso. A tregua temporal.

Hablamos de nada importante: su nuevo compañero de trabajo, según ella, una mezcla entre idiota funcional y posible novio, una boda a la que no sabía si ir sola o llevar a un acompañante imaginario para marcar territorio, y cómo siempre acabábamos en este bar, como si fuera un checkpoint emocional.

El móvil vibró. Lo ignoré. Muy a lo Grace.

Unos minutos después, se acercaron dos hombres. Altos. Sonrisas fáciles. Uno con barba recortada. El otro con risa contagiosa y pinta de saber cuándo callar, lo cual ya era raro en este mundo.

—¿Podemos invitarle a una copa o ya están demasiado entretenidas? —preguntó el de la barba.

Rachel se inclinó hacia mí y susurró:

—No parecen asesinos.

—Tampoco tú —dije, con media sonrisa.

Aceptamos.

Las siguientes copas llegaron con bromas estúpidas, miradas prolongadas, y ese coqueteo suave que no compromete a nada, pero te recuerda que sigues viva.

Y por un rato, uno breve, pero real, me olvidé del mundo.

Hasta del juego.

Hasta de él.

Hasta que vibró de nuevo el teléfono.

*MLI-DarkHound*: El rojo te queda bien, pero me gustabas más con el vestido blanco del otro día.

El estómago se me congeló. Aparté la copa y fingí mirar el reloj. Rachel me taladró con la mirada.

—¿Todo bien?

—Sí, es solo un mensaje del trabajo. Un pesado.

Mentira. ¿Cuándo me volví tan experta en soltar mentiras con purpurina?

Seguí sonriendo cuando Rachel reía, asentí cuando los tipos contaban cualquier anécdota, pero mi cabeza ya no estaba allí.

Vibración.

*MLI-DarkHound*: ¿No crees que es tarde para andar sola con esa chaqueta de cuero y esos vaqueros ajustados? Mejor vete a casa, nena.

Alcé la vista hacia la calle, más allá del cristal. Coches que pasaban, un grupo de adolescentes, dos mujeres con bolsas y una figura apoyada en un poste, móvil en mano, como si me estuviera midiendo desde lejos.

—Me voy —solté, en seco.

Rachel parpadeó.

—¿Cómo?

—No me encuentro bien. Demasiado vino o no sé. Necesito aire.

No esperé respuesta. Metí el móvil en el bolso y casi corrí fuera. Pedí un taxi en la esquina; las manos me temblaban cuando di mi dirección. Mientras el coche avanzaba entre escaparates y farolas, sentí esa punzada en la nuca, ese instinto que te susurra *te están mirando*.

No era paranoia. No esta vez.

Alguien sabía quién era. Sabía cómo iba vestida. Y sabía dónde encontrarme.

Apenas cerré la puerta de mi piso, me descalcé y eché el cerrojo con dos vueltas. El corazón iba como un tambor. Saqué el móvil. Abrí el juego. Duke estaba conectado, cómo no, pero pasé de largo. No iba a convertir cada susto en un *sálvame, caballero digital*.

En su lugar, tecleé a Aias.

*Duchess*: ¿Tienes un minuto?

Tardó un poco.

*Aias*: Siempre para ti. ¿Qué pasa?

*Duchess*: Necesito información de MLI. En serio.

Silencio.

*Aias*: ¿Te atacaron otra vez?

*Duchess*: No. Esto es distinto. Mira.

Copié los mensajes, uno tras otro.

Tardó en contestar. Pude imaginar su ceño fruncido al otro lado del planeta.

*Aias*: Joder.

*Duchess*: ¿Conoces a DarkHound?

*Aias*: Sé quién es. Está en el grupito más tóxico de MLI: machistas, bocazas, siempre al filo de las normas. Se han quejado mil veces, pero como no cruzan la línea técnica…

*Duchess*: Pues este la ha cruzado. Me vio en la calle. Sabía lo que llevaba puesto.

*Aias*: ¿Segura?

*Duchess*: Tan segura que salí del bar directo a un taxi. No fue una alucinación.

Otra pausa. Pude sentirle masticando cada palabra antes de enviarla.

*Aias*: ¿Quieres que lo expongamos? Puedo hablar con Chim.

Chim lo quemaría, día sí y día también, pero eso no arreglaría el problema. Solo echaría más gasolina al fuego.

*Duchess*: No quiero hacerlo sin pruebas. Solo necesito saber si sabes algo más. ¿Ha tenido otros problemas?

*Aias*: Lo han reportado por insultos en privado. Nada que escalara. La alianza lo protege. Son como una jauría. Se creen dueños del juego.

*Duchess:* Me siento estúpida. Es solo un juego.

*Aias*: No lo es cuando alguien te hace sentir miedo. Eso ya no tiene nada que ver con el juego. ¿Quieres que hablemos con Elsa? Ella tiene muchos contactos.

*Duchess*: No todavía. Si ve que estoy reaccionando, puede escalar más.

*Aias*: Vale. Pero si vuelve a escribirte algo, lo reportamos. Dame el tiempo, capturas, lo que sea.

*Duchess*: Gracias, Aias. En serio.

*Aias*: No me des las gracias. Eres parte del equipo. Nadie jode a una de las nuestras. Y menos así.

Me quedé un rato mirando la pantalla, sin hacer nada. No ataqué. No recolecté recursos. Solo dejé que las luces del mapa parpadearan como si eso pudiera calmarme.

Pero esa noche dormí con el móvil bajo la almohada.

Y la certeza de que alguien, en algún lugar, me seguía mirando.

Los días siguientes fueron eternos. El trabajo no ayudaba. No lograba concentrarme. El café me sabía a agua de lluvia vieja. Y aunque sonreía en las reuniones, aunque bromeaba con Rachel por mensaje, había algo en mí que estaba siempre tenso.

Porque él seguía ahí.

Cada noche. Sin falta.

*DarkHound*: Bonito color de labios hoy. ¿Cereza?

*DarkHound*: Deberías usar ese abrigo más seguido. Te hace ver… accesible.

*DarkHound*: ¿No saludas a tus admiradores en el parque?

Cada mensaje era una aguja. No importaba la hora. No importaba si usaba una cuenta secundaria. Siempre me encontraba. Siempre sabía.

Y eso me partía por dentro.

Hablé con Aias casi todos los días.

*Duchess*: Me está volviendo loca. Ya no puedo ni salir tranquila.

*Aias*: ¿Has visto a alguien? ¿Algo raro? ¿Un nombre?

*Duchess*: Nada. Es como si desapareciera en cuanto me giro.

Entonces, en una conversación casual con Kookie empecé a dudar.

*Kookie*: ¿Cuánto sabes de Duke?

Me quedé helada.

*Duchess*: ¿A qué te refieres?

*Kookie*: Nada, solo quiero saber tu opinión. Quiere venir a PaL. Tú hablas con él fuera del juego. ¿Lo conoces de verdad?

El estómago se me cerró de golpe. Como una puerta que no se abre desde dentro.

Dean.

Duke.

¿Y si…?

Revisé el chat. Las conversaciones. Las bromas. Las llamadas. Había cosas que encajaban. Y otras que no tanto.

La duda se instaló. Y la duda, cuando entra, no se va sin quemar algo.

Esa noche no le hablé. No respondí. No abrí su chat. No me atreví.

Imaginé su cara frente a mi silencio. Su confusión. Su decepción.

Pero no podía más.

El miedo tenía más peso que todo lo demás.

Dormí mal. Desperté peor. El miedo se me había quedado pegado al pecho.

Y entonces, vibró el móvil.

Dean.

Contesté al tercer tono.

—Hola —dije, con una voz que no era mía.

—Grace —su voz era grave, más seria de lo habitual—. ¿Todo bien?

Cerré los ojos.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Porque llevas tres días evitándome. No respondes en el juego. No me escribes. Y cuando estás, estás lejos.

Me puse de pie. Empecé a caminar. No podía tener esta conversación sentada.

—Estuve ocupada.

—No conmigo. No así.

Silencio.

—¿Hice algo? Si dije algo que te molestó...

—No —lo interrumpí—. No hiciste nada. Solo no estoy segura de en quién puedo confiar ahora mismo.

Un latido más.

—¿Te refieres a mí?

Tragué saliva.

—No lo sé. Alguien me está acosando. En el juego. Me escribe cosas personales. Muy personales. Sabe cómo me visto. Dónde estoy. Cosas que nadie más debería saber.

Silencio.

—¿Y piensas que puedo ser yo?

—¡No lo sé! —exploté—. No debería pensarlo, pero alguien me lo insinuó y ahora no puedo sacarlo de la cabeza. ¡No sé quién eres, Dean! Sé cómo suena tu risa. Sé cómo me haces reír. Pero no sé nada más.

Él respiró hondo. Dolido.

—Grace, no soy yo. Te lo juro. No soy ese tipo. Me duele que lo creas, pero entiendo el miedo.

Me senté. Las manos aferradas a la taza.

—Lo siento. No quiero dudar. Pero ya me equivoqué una vez. No puedo repetirlo.

—¿Otra vez?

—No quiero hablar de eso.

Silencio. Esta vez más suave. Como si supiera que tenía que darme espacio.

—No voy a presionarte. Pero si necesitas pruebas, lo que quieras. Mi nombre real. Mi ubicación. Una videollamada. Te lo doy. Lo que sea, con tal de que sepas que no soy él.

Me mordí el labio. No sabía si quería verle la cara. Si podía.

Pero su voz…

—No sé lo que quiero —susurré.

—Averígualo. Yo voy a estar aquí. Esperando.

Cortó.

Me quedé con el teléfono en la mano. El corazón en la garganta. La cabeza en guerra.

¿Y si no era él?

¿Y si sí?

La duda era una gota constante. Un tambor bajo la piel.

Cerré las cortinas. Encendí todas las luces. Comprobé dos veces que la puerta del balcón estaba cerrada.

Era ridículo, lo sabía. Pero el miedo no necesita lógica. Solo necesita espacio.

Volví al sofá. Me acurruqué con el móvil apretado contra el pecho.

Pensé en llamar otra vez. En contarle todo. En confiar.

Pero no lo hice.

Me levanté. Cerré el portátil. Apagué las luces.
Me encerré en el cuarto con la ropa puesta.
Y esa noche, esa noche dormí con los ojos abiertos.

# Capítulo 5

## *Grace*

El sol se colaba tímido entre las cortinas y, por un segundo, pensé en quedarme en la cama. No por sueño, sino porque salir era ofrecerme en bandeja al mundo, ponerme una diana en la espalda y rezar para que nadie disparara.

Me senté al borde del colchón, rodillas contra el pecho, y esperé a que el temblor en los brazos cediera. La razón me decía que, probablemente, nada ocurriría; el instinto, en cambio, gritaba lo contrario.

Fui hasta el armario y lo abrí como quien levanta la tapa de un cofre lleno de armas.

Primero elegí unos vaqueros anchos, un suéter gris sin forma y una gorra. Uniforme «modo fantasma»: no me mires, no me hables, no me encuentres.

Pero mientras me preparaba para esa invisibilidad reconfortante, algo se rebeló.

No.

No iba a dejar que el miedo dictara mi vestuario.

Volví a doblar el suéter y saqué un vestido negro hasta la rodilla, ceñido a la cintura, mangas abullonadas. Lo combiné con botas y mi abrigo beige favorito. El pulso temblón hizo difícil el delineado, pero lo conseguí; antes de salir, pinté mis labios de rojo. Porque me gusta. Porque me devuelve la vida.

En la calle miré a ambos lados, igual que una cría aprendiendo a cruzar. Nada raro, pero el corazón galopaba. Caminé sin detenerme hasta Pantry & Bloom, mi refugio de madera clara, vajilla artesanal y bollería que huele a abrazo.

Pedí un café y tostada de aguacate con tomate. Me instalé junto a la ventana, el sol acariciándome la piel.

Saqué el móvil. Dudé. ¿Abrir el juego y arriesgar otro mensaje? No. Lo dejé boca abajo. Quería un rato de calma, aunque fuese prestada.

Había dado solo dos sorbos cuando lo sentí. El aire cambió de densidad, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

Estaba dos mesas más allá, leyendo. Alto, insultantemente seguro de sí mismo. Cabello oscuro con mechones rebeldes en las sienes, piel dorada como miel al sol de invierno, mandíbula esculpida con mala intención y labios que no deberían ser legales antes del mediodía.

Y los ojos… los malditos ojos: claros, incisivos, el tipo de mirada que no esquiva, que sostiene. Que ve.

Y me vio.

Los dedos se me apretaron a la taza; el calor del café no logró disimular el fuego en mis mejillas. Porque él no solo me vio: me miró.

Y sonrió. Lento, como si acabara de reconocer algo en mí.

Aparté la mirada, muy digna, muy torpe, y de pronto tenía quince años otra vez, con el pulso fuera de control y un cosquilleo absurdo en la nuca.

¿Qué demonios me pasa?

Respiré hondo. Solo un desconocido muy guapo. Punto.

Pero cuando levanté la vista, seguía mirándome. Como si también se estuviera haciendo preguntas. Como si, tal vez, él también sintiera algo.

El corazón me saltó contra las costillas.

Y, por primera vez en días, no fue miedo lo que sentí. Fue la pura e inesperada posibilidad de que el mundo, dianas y disparos incluidos, todavía tuviera algo bueno reservado para mí.

Justo cuando pensaba que no podía ponerme más nerviosa, el móvil vibró sobre la mesa.

Dean.

Su nombre iluminó la pantalla con esa luz absurda que solo aparece cuando alguien te importa más de lo que estás dispuesta a admitir. Lo tomé sin pensar. Aunque sí, con una pequeña punzada de

culpa clavada justo entre las costillas porque me había quedado embobada mirando a otro hombre.

Ni siquiera lo conocía. Ni siquiera me había hablado. Solo lo había mirado.

Una vez. O tres. Pero ¿quién cuenta?

Me llevé el teléfono al oído, y mientras lo hacía, mis ojos, movidos por algo más fuerte que la lógica, buscaron de nuevo su mesa. Solo una última mirada. Solo para...

Me congelé.

Él también tenía el móvil pegado al oído.

Y me miraba. Directo. Sin pestañear.

Y entonces lo escuché.

—Hola, nena.

La voz.

Esa voz. La que conocía de sobra. La que me había susurrado bromas, quejas, planes absurdos y alguna que otra fantasía en medio de guerras virtuales. La que me había acompañado en noches de insomnio y en días de mierda.

Ahora salía de su boca.

Del hombre más guapo que había visto en mi vida.

El que estaba a dos mesas de la mía.

El que me miraba como si supiera exactamente quién era yo.

Mi boca se abrió, pero nada salió.

Lo vi sonreír. Esa sonrisa lenta, casi peligrosa, que empezaba en un rincón de los labios y se extendía como una promesa. Sus ojos brillaban con ese destello entre travieso y tierno que ya conocía. Que ya era mío.

—¿Grace? —repitió en mi oído.

—Dean... —susurré. El corazón me tamborileaba en el pecho como si tuviera algo que demostrar—. ¿Eres tú?

Se levantó. Colgó. Guardó el teléfono con calma. Cerró el libro. Dejó unos billetes bajo la taza.

Y empezó a caminar hacia mí.

Con ese andar suyo. Seguro, elegante, como si el mundo girara exactamente al ritmo que él marcaba.

Como si todo esto, él, yo, la mesa junto a la ventana hubiera estado planeado desde el primer mensaje.

—Supongo que ahora ya no tengo que pedirte una foto —dijo, y su voz en persona era incluso mejor—. Estás preciosa.

Me quedé sentada. Inmóvil. Entre el shock, la incredulidad y una especie de alegría tan intensa que no sabía ni cómo sostenerla.

Dean. Duke. Estaba aquí.

Era real.

Y estaba a punto de sentarse frente a mí.

No pensé. No analicé. No me contuve.

Después del miedo, del insomnio, de los mensajes, de sentirme vigilada y sola.

Cuando lo tuve ahí, frente a mí, con esos ojos que ya eran conocidos, pero ahora también eran presentes, solo pude hacer una cosa.

Me puse de pie tan deprisa que casi tiré la silla y me lancé hacia él.

Él no dudó. Me recibió con los brazos abiertos, como si lo hubiera estado esperando. Me abrazó con fuerza, con firmeza, con una seguridad que no podía fingirse.

Y fue ahí, justo ahí, donde se me rompió algo por dentro.

No en mil pedazos. Solo en uno. Ese que había estado aguantando demasiado.

Lloré.

No fue un llanto escandaloso. No hice ruido. Pero las lágrimas salieron igual, sin permiso, sin aviso. Se colaron entre nosotros como si también quisieran ese abrazo.

Hundí la cara contra su pecho y lo dejé estar. Él no se movió. No dijo nada. Solo me sostuvo. Fuerte. Seguro.

Como si eso fuera lo único que tenía que hacer en el mundo.

Cuando me separé un poco, no me soltó. Sus brazos seguían envolviéndome, como un escudo. Yo tenía la cabeza gacha, las mejillas mojadas, las manos temblorosas. Me sentía pequeña, y eso no me gustaba.

Entonces, con una lentitud que me rompió un poquito más, levantó una mano y me tocó la barbilla.

Su dedo, suave.

Su voz, más.

—Grace… —murmuró, como si dijera mi nombre por primera vez en voz alta, como si lo saboreara.

Me obligó a mirarlo.

Y cuando nuestros ojos se encontraron, no vi lástima. No vi sorpresa.

Vi calidez.

Verdad.

Y un poco de alivio, como si él también necesitara este momento tanto como yo.

—Estás bien ahora —dijo bajito—. Estoy aquí.

Y, por primera vez en mucho tiempo, le creí.

No porque lo dijera bonito.

No porque me abrazara fuerte.

Sino porque su voz, su presencia, su mirada, me lo dijeron todo.

Nos quedamos ahí, en medio de la cafetería, envueltos en un abrazo que empezó como un impulso y acabó pareciendo una necesidad. Un refugio con forma humana. Finalmente me separé, respirando hondo, con el corazón aún apretado en el pecho.

Dean me miró con el ceño fruncido.

—No has comido —dijo, como si fuera un crimen federal.

Negué con la cabeza. El hambre era lo último en mi lista de prioridades.

Pero él no se movió ni un centímetro.

—Pues vas a comer. Toda esa energía que usas para humillarme en la arena necesita combustible —añadió, con esa sonrisa suya, suave y letal.

Solté una risa pequeña, como si me costara sacarla del cuerpo. Y un poco sí.

Nos sentamos. Dean le hizo una señal a la camarera antes de que pudiera abrir la boca, y pidió café para los dos, más un par de cosas del menú sin consultarme en lo más mínimo.

—¿Y si no me apetece nada de eso? —pregunté, alzando una ceja.

—Entonces me lo como yo —dijo, tan tranquilo que me dieron ganas de besarlo o lanzarle la taza. No estaba segura de cuál.

Lo observé. No podía no hacerlo. Estaba ahí. En serio ahí. Dean. Duke. En carne, hueso y esa voz que ya se me había metido debajo de la piel.

Tenía presencia. Esa palabra que no significa nada hasta que te topas con alguien que la tiene. Cálido, sólido. Como un ancla en un día de tormenta.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —pregunté al fin, apoyando los codos en la mesa sin tocar aún el café recién llegado.

Me miró como si la respuesta fuera obvia.

—Me hablaste de este sitio. Dijiste que era tu lugar cuando necesitabas pensar. Que venías sola, pedías café, y mirabas por la ventana. Me acordé.

Tragué saliva.

—Podrías haber estado esperando horas. Días. ¿Y si no venía?

Sonrió. Esa sonrisa. La que debería venir con advertencia.

—Hubiera esperado una eternidad.

Cliché. Maldito cliché.

Pero mi corazón igual dio ese salto estúpido y entusiasta, como si no entendiera que estamos en peligro emocional.

—Dios, Duke… —dije, llevándome la mano a la cara—. Eso fue cursi.

—Lo sé —rio—. Pero funcionó, ¿no?

Y sí. Maldita sea, funcionó.

No dejaba de sonreír. Como una idiota enamorada en pleno acto de negación.

Miré el vapor del café como si pudiera esconderme ahí, intentando organizar las mil preguntas que me daban vueltas en la cabeza. Algunas ridículas. Otras, más grandes que yo.

Pero al final, una salió sola.

—¿Por qué estás aquí, Dean?

Levanté la mirada y sus ojos ya estaban en los míos. Fijos. Serios. Nada de juego esta vez.

—¿Por qué viniste?

No contestó enseguida. Tomó un sorbo de café, lo dejó con cuidado sobre el plato, y entonces habló.

—Porque necesitabas que viniera.

Y esa voz... joder.

Tenía textura. Como si pudiera tocarse.

Me mordí el labio.

—No te lo pedí.

—No hacía falta. —Se encogió de hombros, como si fuera lo más obvio del mundo—. Grace, el juego es el juego. Pero esto —señaló el espacio entre nosotros, el café, la calle, mi realidad— esto no lo es. Esto es tu vida. Y no voy a quedarme mirando mientras alguien intenta arrastrarte al miedo.

Tragué saliva. Parpadeé rápido. Me concentré en cualquier cosa menos en él.

—No puedes protegerme de todo. No es tu deber.

—No —asintió—. Pero puedo intentarlo.

Bajó la voz, y cada palabra fue como un ancla lanzada al fondo del pecho.

—No sé quién es el imbécil que te acosa. Aún. Pero te juro que no vas a enfrentarlo sola.

Sus palabras eran fuego y manta. Dolor y alivio. Todo junto.

—¿Y nosotros? —pregunté, más bajito—. ¿Fantasía o realidad?

Porque en el juego, lo máximo que podía perder eran puntos. Aquí... podía perderlo todo.

Duke apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia mí. Esta vez, sin filtros.

Su voz fue otra cosa. Un roce. Un golpe. Un disparo suave.

—Grace, si esto fuera solo fantasía, no estaría aquí. No habría cruzado medio país sin saber si siquiera querías verme. No habría pasado noches enteras sin dormir, deseando estar en tu puerta cada vez que no contestabas.

El corazón me latía tan fuerte que no escuchaba otra cosa.

—Esto no es un juego —continuó—. Yo no estoy jugando contigo. Y si alguien cree que puede seguirte, asustarte, joderte, va a tener que pasar por mí.

Su mirada era afilada. Intensa.

Y por un segundo, me dio miedo.

Pero no de él.

Miedo de lo mucho que quería quedarme justo donde estaba.

—¿Y si me arrepiento? —pregunté en un susurro.

—Entonces te dejo ir —dijo, sin parpadear—. Pero no sin pelear. No sin que sepas quién soy, lo que siento, y lo que estaría dispuesto a hacer por ti.

Y ahí sí, me temblaron las manos.

Porque ese no era el Duke de las bromas.

Era un hombre real. Con cuerpo, voz y presencia.

Y todo en él decía: cuidado. O te vas a enamorar.

Y lo peor es que ya era tarde para eso.

# Capítulo 6

## *Grace*

Salimos de la cafetería sin rumbo fijo. Me hubiera gustado quedarme ahí, envuelta en el olor a café y el calor de su mirada, pero no era justo. Había gente esperando mesa, y yo sabía bien lo que era esperar algo que no llega.

Así que salimos.

Dean —Duke— caminaba a mi lado con las manos en los bolsillos de su chaqueta, y yo intentaba concentrarme en cualquier cosa que no fuera él. En el aire templado. En el sol que se filtraba entre los árboles. En las sombras suaves que el día dibujaba sobre el suelo. Pero todo me sabía a fondo de pantalla si lo tenía tan cerca.

Hasta ahora, él había sido una voz. Una risa al otro lado del mundo. Un sarcasmo perfectamente dosificado, una promesa disfrazada de juego. Y ahora lo tenía caminando a mi lado. Real. En 3D. Con olor, con peso, con presencia.

Más alto de lo que imaginaba. Hombros de los que cuelga el mundo y ni se quejan. Andar seguro, sin apuro, como si todo alrededor se ajustara a su ritmo.

Yo estaba acostumbrada a mirar sin que me notaran. A analizar. A medir antes de sentir. Pero con él, con él no podía dejar de mirar. La línea de su mandíbula. La barba incipiente. La forma en que sus labios se curvaban cuando pensaba en algo que lo divertía.

—¿Quieres ir al parque que está cruzando la avenida? —preguntó de pronto.

Asentí. No confiaba en mi voz. Tenía la garganta seca y las neuronas ocupadas en no desmayarse.

Cruzamos la calle y, por un segundo, sentí su mano en mi espalda. Un gesto leve. Casi nada. Pero suficiente para que mi cuerpo se encendiera como una alarma.

Yo no era así. No me afectaban tanto los gestos. No perdía el centro por un roce.

Excepto ahora.

—Este lugar me gusta —dijo al entrar al parque—. Hay algo muy honesto en los árboles, ¿no?

Lo miré de reojo. ¿Quién demonios habla así? ¿Y por qué esa voz grave hacía que hasta los árboles me parecieran más profundos?

—¿Honesto?

—Sí. No fingen. No compiten. O crecen o se secan. No hay términos medios.

Asentí. Más para distraerme que por otra cosa. Porque él me miraba mientras hablaba. Directo. Como si cada palabra mía fuera importante. Y yo olvidaba hasta respirar.

Pasamos junto a una fuente. Niños reían. El agua caía. El mundo parecía en paz. Yo no.

Yo era un incendio caminando en botas.

Él no decía nada, solo caminaba. Pero su silencio no era vacío. Era presencia. Y cada paso a su lado me hacía sentir más visible.

Se agachó para recoger el juguete de una niña pequeña y devolvérselo. Y entonces lo vi.

La curva de su cuello, la tensión leve en los hombros, cómo la camisa le caía sobre la espalda.

Tragué saliva.

Cuando se incorporó, se dio cuenta. Yo no aparté la mirada. Tampoco él.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí.

Por supuesto que no estaba bien. Estaba en caída libre. Y él lo sabía.

Seguimos bordeando el estanque. Hojas secas flotaban, el aire olía a eucalipto, y yo fingía que todo estaba bajo control.

Pero no lo estaba.

Dean no era solo guapo. Era dominante. No en el cliché gastado. Lo era en cómo ocupaba espacio sin pedir permiso. En cómo sostenía la mirada. En cómo su voz no temblaba, aunque yo sí.

Y eso, esa seguridad, me descolocaba.

—¿Y tu familia? —preguntó, con esa voz baja suya, como si no quisiera romper el aire.

Lo miré. Observaba las copas de los árboles, pero su atención estaba clavada en mí. Lo sabía.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Los ves seguido?

Mi cuerpo se tensó. Pregunta simple. Respuesta jodida.

—No —dije. Seca. Real.

Dean asintió. Solo una vez. No insistió. Pero tampoco cambió de tema.

—Yo crecí en una casa muy estricta —dijo tras unos pasos—. Padre duro. Madre más. Había que ganarse todo. Incluso el derecho a hablar. Aprendí a pelear por lo que quiero.

Se detuvo. Se giró. Me miró.

—Y ahora no me gusta perder. Ni cosas. Ni personas.

Y esa última palabra me atravesó como un cuchillo envuelto en terciopelo.

Personas.

No era una advertencia. Era una promesa.

Y yo no sabía si tenía miedo.

O si ya estaba demasiado metida como para retroceder.

Me costó sostenerle la mirada. No porque fuera cruel. Sino porque era demasiado directo. Demasiado real.

—¿Y eso te sirvió en la vida? —pregunté, con una sonrisa ladeada que sabía a defensa.

—Me hizo lo que soy.

—¿Y qué eres?

Sonrió. Pero no era la sonrisa con la que me había acostumbrado, más o menos. Esta era otra. Más lenta. Más peligrosa.

—Alguien que, cuando encuentra algo que vale la pena, no lo suelta.

El cosquilleo que me recorrió la espalda no pedía permiso. Tuve que apartar la vista. Respirar. Fingir que no me había tocado justo donde más duele.

—Grace —murmuró, con esa voz que bajaba el mundo a susurro —. No tienes que contarme nada si no quieres. Pero si algún día decides hacerlo estaré aquí.

No respondí. Porque si lo hacía, se me rompía la voz. O algo peor.

Seguimos caminando. Él a mi lado, sin invadir, sin alejarse. Ni delante ni detrás. Solo ahí. Presente. Y eso, por sí solo, ya era un regalo.

Pasamos junto a un banco vacío, bajo un árbol de ramas tan grandes que daban sombra hasta a las dudas. Él se detuvo, me miró y señaló con la cabeza.

—¿Nos sentamos?

Asentí. Me dejé caer como quien se rinde a algo inevitable. Crucé las piernas, acomodé el abrigo. Duke se sentó junto a mí, girado hacia mí. Una pierna doblada sobre el banco, el brazo estirado detrás. Postura relajada. Cuerpo alerta.

Estaba tan cerca que podía oler su colonia. Ese tipo de olor que no se olvida. Cálido. Con un punto especiado que decía *peligro* y *ven* al mismo tiempo.

—¿Por qué viniste realmente, Dean? —solté, bajando la voz. Porque de pronto necesitaba saberlo todo.

Sus ojos se clavaron en los míos sin pestañear.

—Ya te lo dije. Quería conocerte. En persona.

—¿Y ahora que lo hiciste?

Se inclinó apenas. Solo un poco. Pero lo suficiente para que mi corazón hiciera un ruido que seguro él también oyó.

—Ahora quiero más.

Tragué saliva.

—¿Más de qué?

—De ti.

Lo dijo sin titubear. Sin adornos. Como si fuera lo más lógico del mundo. Y a la vez, lo más arriesgado.

Mi cerebro intentó hablar. Buscar excusas. Argumentos. Salidas de emergencia. Pero mi cuerpo estaba en otra conversación. Una que hablaba en pulsaciones y respiraciones contenidas.

—No soy buena en esto —murmuré.

—¿En qué? —preguntó él, sin apartarse.

—En confiar. En dejar entrar a alguien.

Dean ladeó la cabeza.

—¿Y si no te pido que me dejes entrar? ¿Y si solo me quedo fuera, esperando? El tiempo que necesites. Sin presionar.

Reí, bajito. No de burla. De incredulidad.

—Eso no funciona. Nadie espera para siempre.

Él se acercó un poco más. Su rodilla rozó la mía. No fue un roce casual. Fue uno que decía: estoy aquí, no me voy a mover.

—Yo esperaría. Por ti, sí.

Lo dijo así. Sin dramatismo. Sin juramentos grandilocuentes. Como una verdad que no necesitaba demostración.

Y me desmontó.

Nos quedamos en silencio. No incómodo. No hueco. Uno lleno de cosas que no sabíamos cómo decir aún, pero que igual flotaban en el aire entre nosotros.

Yo miré hacia otro lado, hacia cualquier cosa que no fuera él: el cielo, los pájaros, unos perros corriendo a lo lejos. Me aferré a lo cotidiano como quien busca un salvavidas.

Pero sentía su mirada. Sentía sus dedos peligrosamente cerca de los míos. Y lo peor es que no quería que se alejaran. Quería alcanzarlos.

Quería más.

Y eso, justo eso, era lo peligroso.

Eso era lo que me asustaba.

Porque una parte de mí, una que había encerrado bajo siete llaves y metido en una caja sin nombre, quería hacerlo. Quería tomar su mano. Quería inclinarme y apoyarme en él.

Y si empezaba por ahí... ¿cómo iba a parar?

Me levanté antes de que pudiera hacer algo estúpido. Antes de que el impulso me ganara.

Él me siguió sin decir nada, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Caminamos un rato en silencio, dejando atrás el banco, los perros, el cielo.

Nos adentramos en una parte del parque más tranquila, donde los árboles filtraban la luz y el aire parecía otro.

Volvíamos a pasear por un sendero más sombreado, más íntimo. De esos que parecen hechos para confesiones o para besos robados. Dean caminaba a mi lado, las manos en los bolsillos, el paso tranquilo.

Pero yo ya lo conocía. Esa mandíbula tensa no era casualidad. Algo lo tenía inquieto.

El zumbido de mi móvil en el bolso me sacó de la espiral.

Lo saqué sin muchas ganas. Esperaba a Rachel, o un recordatorio tonto, cualquier cosa que me sacara de la tormenta en la que tenía las emociones hechas nudo.

Pero no.

Un solo mensaje.

*DarkHound*: Eres mía. Regresa a tu casa ahora mismo. No dejes que te toque.

Me quedé congelada.

Un escalofrío me recorrió la espalda como si alguien hubiera tirado de un hilo helado justo entre las vértebras.

Lo leí.

Una vez.

Otra.

Como si leerlo más veces fuera a convertirlo en otra cosa.

—¿Grace? —Dean ya se había girado, alerta.

—Nada —intenté decir. Mi voz sonaba rota. Como yo.

Él no compró la mentira. Solo me quitó el móvil con suavidad. Lo leyó.

Y cambió.

Su expresión se endureció como acero forjado. Esa calidez que siempre llevaba en los ojos se volvió otra cosa. Frialdad quirúrgica. Precisión. Determinación.

Esa era la mirada del hombre que lideraba ataques sin pestañear. Del que no retrocedía.

Del que no perdonaba.

—Hijo de puta —murmuró. Apenas un hilo de voz. Pero temblaba de rabia contenida—. Este tipo acaba de cruzar la línea.

Y en ese instante, lo supe.

Ya no era un juego. No era solo tensión o paranoia o miedo mal dormido.

Era real.

—¿Qué? —Intenté preguntar, pero las palabras no salían. El pánico me cerraba la garganta.

Dean me miró, su voz más firme que nunca.

—Tranquila. Yo me encargo.

Lo dijo como si ya lo hubiera decidido. Como si nada en el mundo pudiera detenerlo.

—Hablé con Aias. Me contó todo lo que tú no dijiste. Y como no iba a quedarme sentado mientras andabas por ahí con una maldita diana en la espalda… ya lo estamos buscando. Vamos a encontrarlo. Te lo prometo.

Mi pecho se apretó.

No por el miedo, que seguía ahí, latiendo como una segunda piel.

Sino porque en sus ojos no había juicio.

No había incredulidad.

Solo fuego.

Solo yo me encargo.

—Entonces deberíamos irnos —susurré, aun temblando.

Pero él negó con la cabeza.

—No. Por ahora vamos a joderlo un poco.

—¿Qué? —parpadeé, desconcertada.

Dean dio un paso más. Solo uno. Pero su proximidad me alcanzó como una ola caliente.

Él era todo: calor, amenaza, refugio. Una presencia imposible de ignorar.

—Él no quiere que te toque —dijo, con una ceja levantada y esa sonrisa torcida que significaba problemas—. Entonces…

—¿Entonces qué? —pregunté, y retrocedí medio paso, como por reflejo.

El corazón me martilleaba el pecho. Pero no era solo miedo.

Era otra cosa.

Deseo. Rencor. Furia. Todo mezclado.

—Entonces voy a hacer justo lo que no quiere —dijo. Su voz era baja. Grave. Tan cargada de intención que me quemó desde dentro

—. No pienso dejar que controle lo que haces. Lo que sientes.

No le voy a dar ese poder.

—Dean, esto no va a ayudar —intenté decir. Con la voz temblando, con las ideas enredadas.

—¿Y qué? —contestó, sin moverse—. Que sepa que no manda sobre ti. Que no te escondes. Que si alguien te toca es porque tú lo eliges. Y si me eliges a mí, nena, entonces que se joda.

Mi respiración se cortó.

¿Lo elegía?

Lo miré.

Sus ojos estaban clavados en los míos. Fijos. Sin duda.

No me empujaba. No me forzaba.

Solo estaba ahí.

Esperando.

Firme.

Y la respuesta se me subió a la garganta antes de que pudiera frenarla.

—Pero no creo que…

Y no terminé.

Porque Dean ya había decidido por los dos.

Me sujetó con una mano en la nuca. Firme. Calor contra piel.

Me atrajo hacia él con la misma facilidad con la que alguien se inclina a respirar.

Y entonces me besó.

Por un segundo, me quedé congelada.

Y entonces me rendí.

Me dejé caer en él como si mi cuerpo ya supiera lo que tenía que hacer.

Mis manos se deslizaron por su pecho, sintiendo el calor bajo la tela, el latido firme, seguro, como si todo en él dijera *estás a salvo*.

Él inclinó la cabeza, más cerca, más preciso.

Rozó mis labios con la lengua.

Suave. Medido. Como una promesa.

Abrí la boca.

Dean entró.

Y fue devastador.

Jodidamente perfecto.

No había prisa, pero tampoco duda.

Me besó como si lo hubiera estado imaginando cada noche.

Como si ya conociera mi boca y solo necesitara recordarla con los labios.

Ladeó la cabeza, me rodeó con un brazo, y me inclinó hacia él como si lo hubiera hecho mil veces. Con esa seguridad suya que me hacía temblar desde los huesos.

El beso se volvió más profundo, más oscuro.

Como un salto sin red.

Y yo salté.

Mis dedos se enredaron en su cabello, desesperados por algo más.

Mi otro brazo se cerró en torno a su cuello, arrastrándolo conmigo.

Más.

Lo quería más.

Dean me sostuvo con fuerza, me apretó contra su cuerpo.

Y yo me entregué.

Sin medida.

Sin miedo.

Como si al besarlo pudiera borrar todo lo demás.

Nuestras lenguas se encontraron.

Lo saboreé.

El café en su aliento.

Y a él.

A su esencia.

A Duke.

Gruñó.

Un sonido grave, primitivo.

Lo sentí vibrar en su garganta antes de escucharlo del todo.

Y juro que ese sonido me hizo jadear contra su boca.

Él me atrajo aún más.

Como si perdiera el control.

Como si ya no pudiera, ni quisiera, soltarme.

Nos besamos sin reglas.

Sin espacio para pensar en límites o consecuencias.

Solo eso.

Solo nosotros.

Solo ahora.

Tomamos y dimos.

Nos reconocimos.

Nos incendiamos.

Y por un instante... nada más existía.

No había mensajes amenazantes.

No había paranoia, ni oscuridad, ni esa ansiedad que me corroía por dentro.

Solo el parque de siempre.

El cuerpo duro de Duke contra el mío.

Mis manos aferradas a su chaqueta.

Su boca reclamando la mía.

Como si me hubiera estado esperando desde siempre.

Por fin.

Cuando nos separamos, lo hicimos apenas un poco.

Respirábamos el mismo aire, las frentes apoyadas, los ojos cerrados como si el mundo todavía no pudiera interrumpirnos.

Dean no dijo nada.

No necesitaba.

Yo tampoco.

Porque todo estaba dicho en ese beso.

Y, aun así, sabía que lo peor no había pasado.

Pero en ese momento… no importaba.

—Bueno… —dije, rompiendo el silencio con la voz todavía un poco temblorosa—. No estuvo mal.

Dean soltó una risa baja, grave, de esas que empiezan en el pecho y terminan erizándote la piel.

—¿No estuvo mal? —repitió, como si acabara de clavarle una daga en el orgullo—. Vas a herir mi ego, Duchess.

—Es que alguien tiene que mantenerte humilde —sonreí. Y, por primera vez en días, sentí que el miedo aflojaba. Solo un poco. Pero suficiente para respirar.

Dean se separó apenas lo justo para verme bien la cara. Sus manos seguían en mi cintura. Como si supieran que todavía no era momento de soltarnos.

—Hablas como si no acabara de besarte hasta dejarte sin aliento.

—Eso fue suerte de principiante.

—¿¿Principiante?? —frunció el ceño, fingiendo indignación—. Estaba besando a una mujer que se derretía en mis brazos.

—Mentira. Solo hacía frío.

Volvió a reír. Esta vez más suave. Más cercano. Como si por un segundo el mundo dejara de doler tanto.

—Está bien. Ya que estás tan habladora, dime: ¿cuál fue tu primer beso?

—Oh, por Dios… —puse los ojos en blanco—. Promete que no te vas a reír.

—Lo juro.

Mentira. Ya lo veía venir.

—Era un chico de mi escuela. Muy guapo. Con brackets. Y una obsesión enfermiza por Dragon Ball Z.

Dean arqueó una ceja.

—Guapo, brackets y Goku. Suena prometedor.

—Pensó que era romántico besarme justo después de tomarse un batido de chocolate. Fue viscoso. Y olía a cacao rancio.

Dean hizo una mueca. Y después estalló en carcajadas.

—¿¿Viscoso??

—Te lo juro. Casi me atraganto. Mis papilas gustativas no volvieron a confiar en mí durante años.

—Eso sí que es trauma, nena.

—¿Y tú? —le solté, cruzándome de brazos—. Ilústrame. ¿Cuál fue tu debut en el arte de besar?

Dean se encogió de hombros con esa seguridad insolente que empezaba a resultarme adictiva.

—Trece años. Fiesta del colegio. La chica me pidió que la besara para darle celos al ex. O sea, fue un beso con fines tácticos.

—Ah, claro. Estratega desde la cuna.

—Me besó otra vez, por gusto esa vez —añadió, guiñándome un ojo—. Digamos que nunca necesité rogar por una segunda cita.

—Modesto como siempre.

—Yo no miento —bajó la mirada a mis labios, más lento esta vez —. Pero este beso, este sí me va a joder la cabeza por un buen rato.

Mi sonrisa se deshizo. Porque sí. A mí también.

Y aunque el mundo siguiera hecho un desastre. Aunque el miedo siguiera ahí, agazapado.

En ese momento, lo único que quería…

Era volver a besarlo.

# Capítulo 7

## *Duke*

El beso lo había cambiado todo.

O, mejor dicho, me había cambiado a mí.

Grace no era solo una mujer con la que compartía noches de estrategia y bromas en el chat. No era solo inteligente, rápida, irónica y jodidamente brillante.

También era suave. Vulnerable.

El tipo de mujer que caminaba como si no supiera que todos la miraban, que sonreía sin darse cuenta de que encendía algo en el pecho de cualquiera.

Y lo peor era que yo ya sabía que iba a perderla.

Tal vez no hoy.

Pero eventualmente.

Porque ella era libre. Independiente.

Y yo no podía ofrecerle nada sin pedirle demasiado a cambio.

No se lo había dicho, pero sabía que estaba al borde del colapso. No dormía. Apenas comía. Ese cabrón había conseguido colarse en su cabeza. En su rutina. En su miedo.

Y eso…

Eso era inaceptable.

—Tengo una reunión —le dije, rompiendo el silencio entre nosotros mientras caminábamos de regreso a la entrada del parque —. No pude cancelarla.

—¿En la ciudad?

—No, por videollamada. Pero tengo que regresar al hotel.

—Vale, entonces… ¿adiós?

—No. Tú vienes conmigo.

Me miró como si acabara de decir algo absurdo.

—Dean…

—Ni lo intentes.

Paramos en el semáforo y giré la cara hacia ella. Estaba agotada; lo veía en su mirada.

Pero también lista para luchar. Aunque solo fuera para llevarme la contraria.

—No voy a dejarte sola —le dije, más suave, pero firme—. Me da igual lo que digas. Estás en peligro. Y hasta que sepamos quién está detrás de esto, tú no te quedas sin protección. ¿Entendido?

Grace bajó la mirada. No respondió, pero tampoco volvió a discutir.

Eso, para mí, ya era una victoria.

Paré un taxi y nos subimos. El camino hasta el hotel fue tranquilo, aunque mi mente no dejaba de darle vueltas a todo.

El hotel estaba a la altura de lo que necesitaba: silencioso, exclusivo, con suficiente seguridad como para calmarme… casi.

Había reservado la suite presidencial desde que decidí volar a Australia.

Porque si iba a vigilar a Grace, protegerla de un psicópata y mantener mis negocios en pie al mismo tiempo, iba a necesitar espacio, privacidad y control.

—Wow —murmuró Grace al entrar.

El vestíbulo era amplio, con techos altos y ventanales que mostraban la ciudad iluminada.

Pero lo mejor estaba arriba.

La suite ocupaba casi toda una planta: un salón enorme, cocina abierta, un despacho con puertas dobles y dos habitaciones con baños de mármol que podrían competir con un spa de lujo.

La vi caminar hasta el ventanal, el reflejo de las luces doradas sobre su piel.

Se giró para mirarme con los ojos grandes, un poco sorprendidos.

—¿Y tú te quedas aquí solo?

—Solo cuando no me persiguen mujeres peligrosas —respondí con una media sonrisa, intentando quitarle tensión al momento.

Ella frunció el ceño, pero sus labios se curvaron apenas.

—Dean…

—Voy al despacho —la interrumpí—. Tengo una reunión que no pude mover.

Ella asintió, pero se quedó quieta, como si quisiera decir algo más.

Me acerqué y bajé un poco la voz.

—Estás segura aquí, Grace. Hay guardias en la entrada. Cámaras. Nadie puede entrar sin que yo lo sepa.

—No me preocupa eso —dijo en voz baja—. Me preocupa que estés haciendo demasiado por mí.

Me detuve. Solo por un segundo.

—No lo hago por deber —le respondí—. Lo hago porque quiero.

Luego caminé hacia el despacho.

Antes de cerrar la puerta, la vi acomodarse en el sofá, quitándose los zapatos, abrazando uno de los cojines como si necesitara algo que la anclara.

Como si todavía no supiera si podía confiar en mí por completo.

Y lo entendía.

Pero le iba a demostrar que podía.

Y que el hijo de puta que la había amenazado había cometido un error muy grave.

Encendí la videollamada. La pantalla se iluminó con los rostros conocidos de los ejecutivos al otro lado del mundo, esperando hablar de adquisiciones, beneficios, acciones y poder.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, mi mente estaba en otra habitación.

Con ella.

La llamada comenzó con la típica charla corporativa: saludos formales, sonrisas falsas, actualizaciones innecesarias.

Pero no tenía paciencia para eso. No esa noche.

No con Grace al otro lado de la puerta, y un maldito acosador que la había convertido en objetivo.

—Señores —interrumpí, dejando mi copa de agua sobre la mesa con un golpe seco—. Ya conocen mi oferta. No ha cambiado. Han tenido tiempo de sobra para considerarla.

Las caras en la pantalla se tensaron. El CEO del otro lado, un tipo con corbata de seda y sonrisa de vendedor barato intentó ganar

tiempo.

—Dean, sabes que valoramos tu interés, pero estos procesos toman...

—Yo no juego a perder el tiempo —lo corté, mirándolo fijamente —. Mi equipo legal tiene los papeles listos. Si aceptan ahora, cerramos en 48 horas. Si no, tengo otras opciones.

Era cierto. Siempre las tenía.

Pero no quería perder ni un segundo más hablando con hombres que medían su poder por los márgenes de ganancia trimestrales.

Después de unos segundos de silencio, la respuesta llegó:

—Aceptamos.

Asentí una sola vez. Ya estaba hecho.

Cerré la llamada, apagué la pantalla y me recliné en la silla.

Una adquisición más. Otra victoria.

No me hizo sentir nada.

No como cuando escuché la risa de Grace mientras hablábamos en el parque.

No como cuando la abracé y sentí cómo su cuerpo encajaba en el mío, como si hubiera sido hecho para estar ahí.

Salí del despacho y crucé el pasillo hacia el salón.

Lo primero que vi fue a Grace, dormida en el sofá, con las piernas dobladas bajo su cuerpo y los brazos cruzados sobre el pecho.

Tenía el pintalabios rojo un poco borrado, como si se lo hubiese mordido.

El pelo revuelto.

La expresión tranquila.

Y jodidamente hermosa.

Me detuve.

No pude evitar quedarme ahí, mirándola.

Todo en ella parecía gritar fuerza, incluso ahora, cuando dormía con el ceño ligeramente fruncido, como si incluso en sueños estuviera dispuesta a pelear.

O a huir.

Y, sin embargo, se había dormido. Aquí. Conmigo.

Como si, a pesar de todo, aún confiara.

Caminé hasta el sillón con pasos lentos y silenciosos.

Tomé la manta que estaba sobre el respaldo y la coloqué con cuidado sobre su cuerpo.

Cuando mis dedos rozaron su hombro, sentí el calor de su piel a través de la tela.

Se movió un poco, murmuró algo que no entendí, pero no se despertó.

Me quedé de pie unos segundos más.

¿Qué demonios estaba haciendo con ella?

La respuesta era simple.

Protegiéndola.

Y si eso significaba cruzar líneas, empujar límites o cazar a alguien hasta los rincones más oscuros del puto planeta, lo haría sin pestañear.

Suspiré, me giré y regresé al despacho. Cerré la puerta tras de mí y encendí el ordenador.

Tenía una llamada que hacer.

Era hora de activar al único equipo en el que confiaba.

Me dejé caer en la silla frente a la mesa.

Por un momento, cerré los ojos, tomando aire para tranquilizarme antes de que las cosas se pusieran aún más intensas.

Era hora de hacer lo que había venido a hacer.

Saqué el teléfono, abrí la aplicación de videollamada y marqué al grupo.

En menos de un segundo, la pantalla se iluminó y apareció la cara de Rome, relajado en su oficina, con una taza de café en la mano.

—Hermano —saludé, con una sonrisa que no llegó a mis ojos.

Aias apareció en la esquina de la pantalla, con una vista parcial de lo que parecía un café o una barra de bar en algún rincón cualquiera de Grecia.

Había estado charlando con alguien cuando la llamada sonó, y ahora lucía una expresión algo inquieta, como si se estuviera forzando a concentrarse.

Luego, Lukas apareció en su lugar habitual, con una camiseta con el logo de algún videojuego. Se ajustó las gafas mientras fruncía

el ceño al ver la seriedad en mi cara.

Poppy fue el último en unirse. Estaba en su oficina, claramente en un entorno elegante y profesional. En cuanto lo vi, noté cómo su rostro se mantenía impasible, aunque siempre había algo en su actitud que denotaba que estaba preparado para lo peor.

Me gustaba que mi equipo no mostrara emociones a la ligera, pero esa calma podía ser peligrosa.

Sin embargo, hoy sentía que era la calma antes de la tormenta.

—Vamos a ponernos cómodos —dije, casi irónico, antes de continuar—. Grace está en peligro.

Poppy levantó una ceja. Aias soltó una pequeña risa, su forma de aliviar la tensión. Lukas, siempre serio, frunció el ceño, pero nadie dijo nada.

Continué:

—Alguien la está acosando. Un tipo que no se ha dado cuenta de que acaba de meterse con la persona equivocada.

Aias no aguantó más y dejó escapar un suspiro frustrado, entrecerrando los ojos.

—¿Cómo que no te has ocupado de esto antes, Duke? Desde el principio sabías que las cosas no iban a terminar bien. —Su tono fue más fuerte de lo que esperaba.

Me mantuve tranquilo, aunque el malestar me quemaba por dentro. Aias nunca podía evitar ser directo.

—¿Y qué querías que hiciera? —respondí con calma, mientras mis dedos apretaban los bordes de la mesa—. Sabía que podía manejarlo, pero ahora es demasiado real. No pensé que llegaría tan lejos.

—¿Y ahora qué? —intervino Rome, con su voz grave y profesional —. ¿Qué plan tienes?

Me incliné hacia adelante, mirando cada rostro en la pantalla con mi habitual mirada calculadora.

—Necesito que Lukas averigüe quién está detrás de todo esto. — Hice una pausa, enfocándome en él—. Con tus habilidades, estoy seguro de que puedes rastrear su ID en el juego, su dirección IP o cualquier otra pista que haya dejado. Quiero saber con quién estamos tratando.

Lukas asintió, su rostro iluminado por esa concentración que siempre lo acompañaba cuando se enfrentaba a una tarea complicada.

—Eso es pan comido. —Sonrió de manera casi imperceptible, ajustándose las gafas—. Puedo hacer que su ID sea completamente transparente. Solo dame unos minutos.

—Perfecto —respondí, con una ligera sonrisa. No podía esperar más. Si había algo que me mantenía tranquilo, era saber que Lukas podía hacer su magia.

Poppy se encogió de hombros con tranquilidad.

—Este tipo no sabe con quién se está metiendo. Dinos lo que necesitas, y el resto será pan comido.

Me recosté en la silla, mirando el reloj. Todo estaba alineado para dar un golpe final a ese acosador, pero el nerviosismo seguía creciendo en mi pecho. Grace no estaba preparada para lo que se venía, pero yo no iba a permitir que nada le pasara.

—Lukas, cuando tengas algo, me avisas. Esto tiene que resolverse rápido. —Mi tono se volvió más firme—. Y no quiero que este tipo se nos escape. No voy a perderlo de vista.

Aias asintió, con una sonrisa ladeada que ya conocía demasiado bien.

—Por cierto… —dijo, apoyándose en el respaldo con aire casual —. Estaba pensando en hacer una gira por Australia. Visitar a algunas de las chicas de la alianza. Ya sabes… conocerlas en persona. Una noche de risas, unas copas… lo que surja.

Lo miré con una ceja alzada.

—¿Incluyendo a Duchess?

Aias se rio, sin vergüenza alguna.

—¿Por qué no? Siempre me pareció divertida. Y sexy. Tiene ese acento adorable cuando se cabrea en el juego.

—No está disponible —repliqué sin pensarlo.

Se quedó en silencio un segundo, y luego soltó una carcajada.

—¡Ajá! Ahí está. Eso explica por qué no nos dijiste nada hasta que saltó la alarma.

Negué con la cabeza, pero una sonrisa se me escapó.

—No me jodas, Aias.

—Demasiado tarde —dijo, todavía sonriendo—. Pero está bien. Me comportaré. A medias.

—Solo necesitas comportarte lo suficiente para encontrar al hijo de puta que la está amenazando.

La sonrisa se borró de su rostro.

—Eso lo sabrás en minutos, hermano. Lo prometo.

—Estoy rastreando la IP de DarkHound desde el servidor del juego —dijo sin levantar la vista del monitor—. Ya he pasado dos capas de seguridad. Está usando una VPN, pero nada que no pueda romper.

—¿Multitasking, como siempre? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

—¿Tú me pagas por otra cosa?

Aias soltó una carcajada.

—Mientras juegas al hacker, ¿puedes confirmar si alguna de las chicas de la alianza está cerca de Grecia? Solo por curiosidad científica…

Lukas resopló sin dejar de escribir.

—Aias. En serio. Déjate de bromas con Kookie.

Aias fingió ofenderse.

—¿Kookie? ¿Nuestra dulce, sarcástica, mortal en combate Kookie? Jamás se me ocurriría... flirtear. Solo admiración. Y algo de deseo, quizá.

Lukas levantó la vista un segundo, mirándolo con calma.

—No lo hagas.

—¿Estáis saliendo?

—No.

—¿Entonces?

—No lo hagas.

Aias alzó las manos, con ese descaro griego suyo.

—Recibido. Voy a tener que ampliar mi radar. Rome, ¿alguna favorita en la alianza? ¿Alguna mujer feroz que te quite el sueño?

Rome, que había estado en silencio revisando unos informes, negó sin levantar la vista.

—No juego con fuego.

—¿Y tú, Poppy? —dijo Aias con una sonrisa traviesa—. ¿Alguna mujer en la alianza que te quite el aliento?

Poppy alzó una ceja.

—No. El aliento me lo quitan los clientes que no pagan.

Nos reímos todos. Por unos segundos, el ambiente recuperó ese equilibrio extraño que siempre teníamos. Como si estuviéramos de vuelta en una base cualquiera, con el enemigo a las puertas, pero riéndonos igual.

Entonces Lukas habló de nuevo, con un tono más serio.

—Estoy dentro. Tengo una ubicación parcial. Necesito cinco minutos más.

Asentí.

Cinco minutos.

Y tal vez empezaría a tener una imagen clara de quién diablos se había atrevido a tocar lo que era mío.

Aias se inclinó hacia la cámara, con los ojos brillando como si estuviera a punto de revelar una obra maestra.

—Vamos a ver… Si me dejas fuera a Kookie —dijo, mirando a Lukas con una sonrisa culpable—, entonces tenemos a Denci, que me mata con esa voz grave… Sally, que siempre está mandando a todo el mundo al carajo, y eso, hermanos, es puro oro… May, a la que gusta torturar enemigos con bombas de humo...

—Y no olvides a Elsa —añadí, con una ceja alzada.

Aias puso una mano sobre el pecho como si acabara de confesar su pecado más sagrado.

—Elsa. Mi guerrera vikinga. Esa mujer lanza hachas y yo quiero que me atraviese el alma. Solo una noche. Una cena, una batalla juntos... luego que me mate, no me importa.

Rome rio por lo bajo y Poppy negó con la cabeza, aunque con una sonrisa.

—¿Tú lo escuchas hablar así con sus clientes? —le pregunté a Rome.

—No. Solo cuando hay whisky o mujeres de por medio. O ambos.

Aias chasqueó los dedos, satisfecho.

—Por eso me queréis.

Lukas, sin levantar la vista de sus pantallas, murmuró:

—No. Te queremos porque en algún momento hicimos un pacto con el diablo y no encontramos la cláusula para echarte.

—Auch —dijo Aias, llevándose una mano al corazón—. Herido. Muy herido.

Entonces Lukas se quedó completamente quieto. Su sonrisa desapareció, y frunció el ceño.

—Tengo algo. IP rastreada. Localización triangulada. A ver, veamos…

Hubo unos segundos de silencio mientras Lukas tecleaba. Todos dejamos de bromear, expectantes.

Y entonces murmuró algo que apenas logré entender.

—¿Qué? —pregunté.

—Es imposible. No puede ser.

—¿Dónde? —insistí.

Lukas se recostó en la silla y soltó una carcajada sin humor.

—El rastro digital nos lleva a una dirección en Massachusetts. Cementerio de Mount Auburn.

—¿Un cementerio? —repitió Poppy, alzando una ceja.

—Sí. Y no una casa cercana ni una tapadera. La IP está directamente asociada a una lápida.

—Eso es retorcido incluso para ti, Aias —bromeó Rome.

—Eh, yo no me meto con muertos. A no ser que Elsa también los resucite —replicó Aias con una sonrisa.

Me froté la mandíbula, sintiendo cómo la tensión regresaba.

—¿Puede ser un desvío?

—Sí. Y uno muy bueno —respondió Lukas—. Lo que sea que esté usando este tipo, sabe esconderse. Pero ya tengo un patrón. La próxima vez que se conecte, lo rastreo en tiempo real. No lo voy a perder otra vez.

Asentí.

—Hazlo. No importa cuánto se esconda. Lo vamos a encontrar.

Y esta vez, no iba a tener dónde correr.

Después de cortar la llamada, cerré el portátil y me quedé en silencio unos segundos, observando mi reflejo distorsionado en la pantalla apagada.

El ruido del equipo, las bromas, incluso lo absurdo del cementerio, todo se desvanecía cuando pensaba en ella.

Grace.

Dormía en el salón, ajena al caos que se tejía a su alrededor. A la amenaza. A mí.

No debería haberla besado.

Lo supe en el instante exacto en que sus labios respondieron. Cuando sentí que el mundo se detenía, no por peligro, sino por deseo.

Por algo que llevaba semanas, meses gestándose en silencio.

Yo no era el tipo de hombre que se permitía errores. Y Grace… Grace era todo lo que podía perderse si no actuaba con cabeza.

Era brillante. Valiente. Generosa.

Y estaba en peligro.

Mi trabajo era protegerla.

No tocarla.

No desearla.

No imaginar cómo sería que me eligiera.

Suspiré, pasándome una mano por el rostro.

Solo tenía que mantener la distancia. Sacarla de esta.

Y luego dejarla ir.

Eso era lo correcto.

Lo que no esperaba… era lo jodidamente difícil que empezaba a volverse hacerlo.

# Capítulo 8

## *Grace*

Desperté con calor y algo suave encima. Parpadeé, confundida, hasta que el techo alto con molduras doradas y un ventanal digno de realeza me dijeron que no estaba en mi cama. Ni en mi casa. Ni en mi vida.

Hotel.

Y no uno de esos donde los muebles tienen marcas y el minibar solo ofrece agua caliente.

La manta olía a madera cara, a suavizante de lujo y a Duke. Mi pecho se encogió, no por miedo, sino por ese tipo de presión tibia y extraña que te dice que algo se ha movido dentro. Algo serio.

Me incorporé despacio, todavía con la cabeza espesa. Estaba en el sofá de una sala amplia, tan perfectamente decorada que ni Pinterest se atrevería a competir. Flores frescas en la mesa, silencio de película cara. La puerta del fondo, el despacho, creo, estaba cerrada, hasta que se abrió.

Duke apareció con el móvil en una mano y la chaqueta colgando de un dedo. Ni un pelo fuera de lugar. Sus ojos me encontraron como si ya supieran dónde estaba.

—Hey, dormilona —dijo con esa media sonrisa que debería estar patentada—. ¿Has descansado?

Me pasé una mano por el pelo, sabiendo que probablemente parecía una criatura del bosque.

—Sí. Lo siento. No sabía que me había quedado dormida.

—No te preocupes. Me alegra que lo hicieras.

Silencio. Cómodo. Torpe. Lo justo para que mi cerebro empezara a cuestionarse todo. Él se fue hacia la cocina americana con la tranquilidad de quien ha ganado guerras.

—¿Tienes hambre? Puedo pedir algo. Ya es tarde para almorzar y pronto para cenar, así que ¿cena anticipada?

Asentí con una sonrisa tímida que me salió sin permiso.

—Sí. Gracias.

Nos sentamos frente a frente con un menú digital entre los dos. Él me dejó elegir primero, como si eso fuera algo casual. Pero no lo era. No cuando estás cenando con un hombre que parece sacado de una saga de acción y tú sigues con la autoestima pegada con cinta adhesiva.

Durante la comida, algo cambió. El vino ayudó, sí. Pero fue más la forma en que él me miraba. Sin apuro. Sin escanearme. Como si escucharme no fuera un trámite sino un plan.

Le hablé de mi primer trabajo, de cómo había acabado en la ciudad, de mis pocas relaciones y de mis desastrosas citas a ciegas, de lo raro que era vivir la vida de un oficinista y, por la noche, liderar un ejército virtual.

—Entonces eres una oficinista mortal de día y una duquesa despiadada por la noche —bromeó, alzando su copa.

Reí. De verdad. Por primera vez en días.

—Algo así. Aunque últimamente solo soy Duchess, la que no puede ganar ni una batalla porque su aliado fantasma no responde los mensajes.

—¿Yo? —fingió escándalo—. No sabía que eras tú la que me llenaba de spam cuando estaba ocupado salvando el mundo.

Rodé los ojos. Y justo entonces, el móvil vibró con esa notificación que conocía demasiado bien.

—¡La batalla! Empieza en quince minutos.

Duke arqueó una ceja.

—¿Vamos a pelear juntos?

—No. Y vas a tener suerte si no te reviento las tropas —dije, encendiendo el móvil ya con los dedos en modo comando.

Nos acomodamos en el sofá, más cerca de lo que había estado de nadie en mucho tiempo. Las bromas iban y venían mientras destrozábamos alianzas enemigas. Y por un rato, no pensé en amenazas, ni en miedos, ni en todo lo que me esperaba afuera. Solo en reír. En jugar. En él.

Cuando todo terminó, me estiré en el sofá como si acabara de correr una maratón. Duke se había sentado en la alfombra, con la espalda apoyada en el borde, tan cómodo como si estuviéramos en mi salón y no en una suite de revista.

—Creo que ya es hora de irme —murmuré, recogiendo el móvil con ese tono que uno usa cuando ya sabe que la respuesta va a doler.

Duke giró la cabeza hacia mí, sin una pizca de humor.

—No.

Fruncí el ceño.

—¿Perdona?

—No vas a volver sola a casa. Y tampoco vas a quedarte ahí sola —lo dijo como si estuviéramos de acuerdo. Spoiler: no lo estábamos.

—Estoy bien. Es mi casa.

—Y hay un tipo que te siguió, que consiguió tu dirección. No estás bien. No estás segura.

—Duke…

Se puso de pie. Con ese tipo de elegancia medida que, si no fuera tan natural, sería insoportable. Se detuvo a una distancia prudente. Exactamente donde sabía que no me asustaría.

—Quédate aquí esta noche.

Lo soltó como si me estuviera diciendo que me pusiera el cinturón de seguridad. Como si no implicara vulnerabilidad, espacio compartido, tensión. Como si no implicara a nosotros.

—¿Estás loco? —me reí, incrédula—. ¿De verdad crees que voy a pasar la noche contigo?

—No conmigo —corrigió, con la calma de quien ha hecho esto antes—. Aquí. En la suite. Puedes dormir en la habitación de invitados. O en el sofá. Tengo suficiente autocontrol para no aprovecharme de una mujer vulnerable. Y tú no eres idiota. Si hubiera querido tenerte en mi cama, ya estarías allí.

Me quedé en silencio.

Sus palabras fueron un puñetazo suave. No dolían, pero te dejaban sin aire. Porque no eran crueles. Solo ciertas. Crudas. Imposibles de discutir.

Y lo peor: una parte de mí sabía que sí, que, si él hubiera querido, y yo no hubiera tenido tanto jodido miedo, habría pasado.

Suspiré.

—No me gusta sentirme atrapada —admití, más para mí que para él.

Él asintió, sin forzar.

—No es una trampa. Es una opción.

Y ahí estaba. Esa maldita calma suya. Esa forma de verme sin empujarme, sin envolverme con palabras bonitas ni trucos baratos.

Solo esperaba.

Esperaba a que yo decidiera si confiar o salir corriendo.

Y contra todo pronóstico, quería confiar.

Jodidamente quería.

Me quedé callada, contando latidos. No sabía si me daba más miedo el acosador o lo mucho que me atraía Duke.

Entonces, él dio un paso más. La voz baja, con esa aspereza íntima que te roza por dentro.

—Si quieres puedo demostrarte que estás a salvo conmigo.

Lo miré, confundida.

—¿Cómo?

No respondió.

Solo se acercó. Me tomó del rostro con esa lentitud que pide permiso sin decir nada.

Los dedos rozaron mi mejilla, bajaron hacia la nuca.

Y antes de que pudiera pensarlo demasiado, antes de que mi cabeza gritara mala idea, me besó.

No como antes.

Este beso era otra cosa.

Más lento. Más firme. Un beso que sabía a promesa y peligro al mismo tiempo. A deseo contenido y a todo lo que no estaba diciendo.

Me dejó sin aire.

Y temblando.

Entonces se detuvo.

Apenas un centímetro de distancia entre su boca y la mía. Respiraba agitado. Sus ojos aún ardían.

—¿Ves? —susurró—. Puedo parar. Estás a salvo.

Parpadeé, aturdida. La boca todavía entreabierta.

—Yo no —le dije, sin pensar.

Apenas un murmullo. Una verdad que se me escapó del pecho.

Duke sonrió. Esa sonrisa lenta, peligrosa, que me desarmaba desde dentro.

—Lo sé —murmuró.

Y por un segundo, no supe si quería que se alejara o que no se detuviera nunca.

Tragué saliva, intentando recomponerme mientras mi cerebro gritaba cosas incoherentes como ¡huye ya! y ¿podemos repetir el beso, por favor?

—No puedo quedarme aquí —murmuré, dando un paso atrás. Necesitaba aire. O espacio. O ambos.

—¿Por qué no? —preguntó él, con esa calma suya que me daban ganas de empujarlo por el balcón o de besarlo otra vez. Dependía del minuto.

—Porque no tengo pijama.

Duke arqueó una ceja, como si acabara de decirle que la gravedad era opcional.

—Te presto una camisa.

—Tampoco tengo cepillo de dientes.

—Tengo uno nuevo. Del hotel.

—Ni champú, ni acondicionador ni mi almohada —añadí, sintiéndome absurda incluso antes de terminar la frase.

—Grace.

—¿Qué?

—Estás buscando excusas.

—¡No estoy! Bueno. Tal vez sí. Pero es que esto. Tú. Nosotros. No es buena idea.

Duke cruzó los brazos, con esa sonrisa suya que debería estar penada por la ley.

—No te estoy pidiendo que compartas mi cama. Solo que estés segura. Y si el precio de tu seguridad es una camisa mía y un cepillo de dientes, estoy dispuesto a pagar ese precio.

Maldito.

Encantador.

Insufrible.

Y tan condenadamente irresistible.

Y lo peor es que tenía razón.

Suspiré, derrotada.

—Está bien. Me quedo. Pero solo si me dejas elegir la camisa.

Duke sonrió como si acabara de ganar una guerra sin disparar una sola bala.

—Trato hecho.

Lo seguí hasta el vestidor. Un vestidor que, honestamente, era más grande que mi cocina. Tal vez que mi casa entera. Abrió un armario y me hizo un gesto para que eligiera.

Me acerqué, fingiendo indiferencia, aunque por dentro estaba un poco emocionada. No todos los días una rebusca en el armario de un semidiós.

Había de todo: camisas negras, blancas, azul marino. Demasiadas para un viaje corto. Todas colgadas con una precisión militar.

—¿Siempre eres así de organizado? —pregunté, pasando los dedos por las perchas.

—No siempre. Solo cuando existe la posibilidad de que una mujer encantadora robe una camisa —respondió, despreocupado.

Elegí una blanca, de algodón suave.

Olía a él.

Y sí, eso no ayudaba en absoluto.

—Esta —dije, sin mirarlo.

—Buena elección.

Salimos del vestidor y, como si nada, Duke fue directo al dormitorio.

Un dormitorio que parecía robado de una editorial de diseño: oscuro, elegante, masculino. Tan perfecto que me irritó lo mucho que me gustaba. No dije nada. Fingí desinterés mientras él dejaba la camisa sobre la cama como si eso fuera lo más normal del mundo.

Me miró, ladeando la cabeza.

—Te gusta.

—¿Qué?

—La habitación. Te gusta —repitió, con esa sonrisa suya que me daba ganas de lanzarle un zapato.

—No dije nada.

—No hacía falta.

Bufé, cruzándome de brazos.

—Bueno, no importa. Dormiré en el sofá.

Duke levantó una ceja, divertido.

—¿En serio? ¿Vas a hacer esto más difícil de lo que ya es?

—No quiero dormir en tu cama, Dean.

—No tienes por qué compartirla conmigo. Te la cedo —dijo, dando un paso hacia mí—. Pero si no aceptas, me vas a obligar a convencerte.

—¿A convencerme cómo?

Su sonrisa se volvió peligrosa. Esa clase de sonrisa que hace que una se olvide de su propio nombre.

—Con un beso. En medio minuto cambias de opinión.

—Estás loco.

—Quizá. Pero soy un loco que cumple sus promesas.

Y lo peor es que le creía.

Lo peor es que una parte de mí quería que las cumpliera todas.

—Anda, Grace. Sé razonable. Toma la cama —dijo, con una de esas sonrisas suaves, que no eran seducción sino cuidado. Como un abrazo sin manos.

Rodé los ojos con un suspiro.

—Bien. Pero solo porque estoy demasiado cansada para discutir contigo.

—Claro. No porque te derritieras un poquito con el beso de antes —murmuró, dándose la vuelta.

—¡Cállate, Dean!

Él rio, alejándose por el pasillo con esa confianza suya que parecía tatuada en la piel.

Yo me metí al baño a cambiarme, evitando mirarme mucho en el espejo. No estaba lista para procesar lo que mi cara podía estar gritando.

La camisa me llegaba a medio muslo. Era suave. Cálida. Y olía a él.

Perfecto. Justo lo que necesitaba para no dormir.

Caminé descalza hasta el dormitorio, apagué las luces y me metí entre las sábanas, tratando de no pensar.

El colchón era una nube. La habitación, una cueva silenciosa. Incluso el sándalo en el aire me acariciaba los nervios.

Pero bastaron unos minutos para que regresaran.

Los pensamientos.

DarkHound.

¿Dónde estaba? ¿Qué planeaba? ¿Sabía que no estaba en casa? ¿Me estaba observando? ¿Alguien vigilaba la puerta del hotel?

Mi respiración se volvió lenta. No por calma, sino por estrategia. Como si hacer ruido fuera una invitación.

Y entonces, Duke.

Cerré los ojos con fuerza.

¿Por qué había aceptado venir aquí? ¿Quién era él, en realidad?

Sí, habíamos hablado. Sí, me había besado. Pero eso no lo convertía en alguien confiable. Podía ser un actor brillante, un psicópata encantador.

O un violador.

La palabra me atravesó como un cuchillo helado.

Me tapé hasta la nariz, el corazón aporreando las costillas.

*Estás a salvo*, había dicho.

Pero ¿cómo se sabe eso?

¿Cómo se sabe que no estás durmiendo junto al lobo?

La oscuridad no ayudaba.

Tampoco la cercanía.

Y lo peor, lo peor era que si realmente hubiera querido hacerme daño, ya lo habría hecho.

Eso no me calmaba. Me inquietaba más.

Porque entonces la pregunta no era si podía lastimarme.

Era por qué no lo había hecho.

¿Estaba esperando algo?

Me giré, buscando una postura que engañara al miedo.

Pero la ansiedad se arrastraba por mi piel, insistente.

Porque, aunque mi cabeza me decía que desconfiara, que corriera, que no fuera estúpida…

Mi corazón, ese idiota, ya empezaba a confiar.
Y eso era, por lejos, lo más peligroso de todo.

# Capítulo 9

## *Grace*

La oscuridad me rodeaba como una sábana pesada.

En mi sueño, no había luz. Solo una pantalla encendida. Un teclado escribiendo solo. Letras rojas parpadeando sobre fondo negro.

*¿Creías que podías esconderte de mí?*

Quise gritar, pero no tenía voz.

Mis dedos se movían solos sobre el teclado, intentando borrar el mensaje. Las palabras se repetían una y otra vez.

*Sé dónde estás.*

*Sé con quién estás.*

*No puedes esconderte.*

Desperté de golpe. Jadeando. El corazón golpeando salvaje en mi pecho. Me incorporé en la cama, el sudor frío resbalando por la nuca. Parpadeé varias veces, tratando de ubicarme. Cortinas cerradas. Silencio. El olor de Duke aun colgando en el aire, como si también él estuviera soñando ahí dentro.

Un sueño.

Solo una pesadilla.

Solo. Una. Pesadilla.

Tragué saliva. Estiré la mano a tientas hasta mi móvil en la mesilla.

Una notificación nueva.

Un solo mensaje.

*DarkHound*: ¿A dónde fuiste, Grace? ¿Estás pasando la noche con Duke?

El frío que me recorrió la espalda no tuvo nada que ver con el aire acondicionado.

¿Cómo?

¿Cómo sabía que estaba con un hombre? Vale. Deducción lógica. Me fui del apartamento, se podía imaginar que estaba con alguien.

Pero ¿cómo sabía que era Duke?

A menos que… sí.

Me tapé la boca con la mano, como si eso pudiera contener el vértigo que me invadía. Una náusea seca me apretó la garganta.

Era verdad. La amenaza era real.

Me estaba siguiendo.

Me estaba espiando.

Nos estaba escuchando.

Me puse de pie de un salto. El suelo frío bajo mis pies me recordó que seguía en el mundo real. Caminé hacia la puerta del dormitorio con el móvil aún en la mano, la pantalla encendida como una bengala.

No sabía qué iba a hacer. Solo sabía que tenía que salir de esa habitación. Ahora.

Quizás un poco de aire.

Quizás comprobar que no estaba loca.

O, peor, que no estaba sola en mi locura.

Empujé la puerta con cuidado y caminé hasta el salón.

Y entonces lo vi.

Una silueta.

Dean.

Afuera.

Despierto.

Solo.

Mirando al horizonte.

Me quedé quieta, con el pecho aún agitado, el mensaje quemándome los dedos. Dudando si debía contárselo.

O si debía empezar a correr.

El aire fresco me golpeó cuando abrí la puerta del balcón. Me estremecí.

Duke estaba de espaldas, apoyado contra la barandilla.

Una brasa brillaba entre sus dedos.

No me lo había imaginado.

Un cigarro. De esos grandes, gruesos, que se ven en películas viejas. No sabía cómo se llamaban, pero lo reconocí al instante.

Parpadeé, desconcertada.

Él giró la cabeza al oír mis pasos. Alzó una ceja. Sonrió, suave.

—¿Te molesta? —preguntó en voz baja, como si el humo y las estrellas lo obligaran a hablar en otro idioma.

—El humo, no —dije, encogiéndome de hombros—. Pero nunca he besado a un hombre que fume.

Duke rio. Esa risa grave que no suena, vibra.

—¿Quieres probar ahora?

Quise responder con algo irónico. Algo rápido. Algo muy yo.

Pero él ya me estaba mirando distinto.

Los ojos dejaron de bromear.

Me escaneó. Me leyó. Supo.

No sé cómo. Pero supo.

—Ven acá —dijo, y me tendió la mano.

No protesté. Tal vez no podía.

Dejé que me guiara hasta él.

Se sentó en una de las sillas de la terraza y, sin soltarme, me atrajo a su regazo. El contacto fue inmediato. Su piel caliente. Yo, helada. Él, medio desnudo. Solo con un pantalón de pijama gris oscuro, como si el frío fuera algo opcional.

Yo, en cambio, me acurruqué sin dudarlo. Como si eso fuera lo más natural del mundo.

—¿Estás temblando? —murmuró, apoyando la mejilla en mi sien.

—Un poco. Es el aire.

O otra cosa.

—¿Pesadilla?

Asentí, incapaz de fingir. A esa hora y tan cerca de él, todo fingimiento se disolvía.

—Y un mensaje —añadí en voz baja.

Él no dijo nada. Solo esperó. Su calma me empujó a seguir.

—Me escribió DarkHound. Me preguntó si estoy contigo. Literalmente. *¿Estás pasando la noche con Duke?*

Sentí cómo se tensaba. Sutil, pero ahí estaba. El brazo que me rodeaba se afianzó, como si pensara que podía protegerme solo con

fuerza.

—No entiendo cómo lo sabe —susurré—. ¿Cómo sabe que eres tú?

Duke no respondió de inmediato. Su mano acarició mi espalda, en un gesto casi ausente, pero reconfortante.

—Vamos a descubrirlo —dijo al fin—. Te lo prometo.

Me aferré a él un poco más fuerte.

No por miedo.

Sino porque, por primera vez en semanas, sentí que tenía a alguien real a mi lado. Y eso también daba miedo.

Estábamos en silencio, su respiración contra mi cuello, mi cuerpo aún encogido sobre el suyo, cuando escuché el zumbido suave de un móvil vibrando. Provenía de la mesa junto a la silla. La pantalla se iluminó en la oscuridad.

Era su teléfono.

Quise apartar la vista, pero no pude evitar leer el nombre que apareció.

Demon.

Mi corazón dio un pequeño salto.

Demon.

Un jugador de una alianza contraria a la nuestra. No enemiga, exactamente, pero no de confianza. Muy hábil. Muy reservado. Muy fuera de nuestro alcance.

Y el mensaje:

*Hola, hermano. Aias dijo que estás en Sídney. ¿Desayunamos juntos y me cuentas qué es lo que necesitas para proteger a Duchess?*

Me incorporé apenas, mirándolo, desconcertada.

—¿Demon es tu amigo?

Duke no se movió. No parecía sorprendido. Solo tomó el cigarro entre los dedos y exhaló despacio, como si esperara mi reacción.

—Hay muchas cosas que no sabes —respondió con calma.

—¿Hermano? ¿Desde cuándo Demon te llama hermano? Pensé que ni siquiera… —negué, dejando la frase colgando—. ¿Desde cuándo conoces a alguien de NiS?

Duke me miró por fin. Sus ojos tenían ese brillo que aparecía cuando no decía todo.

—Desde hace años. Nos cruzamos antes de PaL. En la vida real. Y luego nos encontramos dentro del juego.

—¿Y nunca dijiste nada?

—¿Tú me contaste desde el principio que eras Duchess? —preguntó con suavidad.

Abrí la boca. La cerré.

Touché.

—Creí que las mujeres llevaban la delantera en PaL —murmuré, cruzando los brazos sin darme cuenta—. La alianza más fuerte, ganamos los mejores eventos, todo.

Duke sonrió. Esa sonrisa de lado. La que decía te voy a decir algo que te va a volar la cabeza.

—Sí, ellas están al frente. Pero nosotros las apoyamos desde la sombra.

Lo dijo como si fuera obvio. Como si hubiera un mundo entero bajo la superficie que yo apenas empezaba a vislumbrar.

Apoyé la frente contra su pecho, sin saber si reírme o preocuparme.

—Me siento como si hubiera estado jugando a la versión beta del juego —murmuré.

Duke soltó una risa baja y ronca, acariciándome el cabello.

—Bienvenida al nivel dos, Duchess.

—¿Necesito protección? —pregunté, todavía apoyada en su pecho, aunque mi voz sonó más firme de lo que me sentía.

Duke tardó un segundo en responder, como si estuviera decidiendo cuánto decir.

—Sí —dijo al fin, directo, sin rodeos—. Lo necesitas.

Me aparté apenas para poder mirarlo a los ojos.

—Admito que tengo miedo, pero involucrar a Demon ¿no crees que estás exagerando un poco?

—Ojalá lo estuviera.

El tono de su voz me heló. No tenía nada de bromista ni protector de más. Era el de alguien que sabía reconocer una amenaza cuando la veía.

—¿Y qué crees que es esto, entonces? —pregunté, con un nudo apretándome el estómago—. ¿Un jugador que ha perdido la cabeza por una mujer? ¿Por una batalla?

Duke negó con la cabeza lentamente.

—No. Esto huele a algo más. Más oscuro. Más preparado. Nadie que solo está obsesionado se mueve con ese nivel de precisión.

Me estremecí. Él lo notó y me atrajo más contra su cuerpo, como si pudiera protegerme solo con estar cerca.

—¿Y qué crees que quiere? —susurré.

—No lo sé aún. Pero lo voy a averiguar.

No dijo vamos.

Dijo voy.

Y eso, de alguna forma, me hizo sentir aún más expuesta.

Nos quedamos en silencio.

La noche estaba tan quieta que podía oír mi propio corazón. El cielo empezaba a aclararse por el horizonte, apenas una línea pálida que empujaba las sombras hacia atrás.

Duke no dijo nada más, pero su mano seguía en la mía. Firme. Tranquila. Inamovible.

No sabía por qué confiaba en él.

Solo lo hacía.

Y eso era lo más aterrador de todo.

—Deberías dormir un poco más —murmuró, su voz ronca por el sueño o por el frío. No supe cuál.

—No quiero. —Apoyé la cabeza contra su pecho otra vez—. No me gusta cerrar los ojos ahora mismo.

Él no preguntó por qué.

Creo que ya lo sabía.

Un rato después, un temblor involuntario me recorrió los brazos. Intenté disimularlo, pero fue inútil.

Duke se levantó sin decir nada, y durante unos segundos me envolvió el frío. Su ausencia se sintió como un castigo. Volvió con una manta gruesa y me cubrió con esa delicadeza que nunca habría imaginado en un hombre como él.

—Gracias —susurré.

—Mi calor no es suficiente, ¿eh?

—No para una madrugada en Sídney —dije, con una sonrisa ladeada.

Duke se sentó de nuevo y me atrajo hacia él, esta vez por encima de la manta. Rodeó mis hombros con su brazo y me apretó contra su costado.

—Lo intentaré más fuerte —murmuró, sin una pizca de humor.

El cielo empezaba a teñirse de naranja y violeta. Y por un segundo, me olvidé del mensaje, del miedo, del juego, del acosador.

Solo existían el calor de Duke, el amanecer y esa absurda, reconfortante sensación de que no estaba sola.

Nos quedamos así un rato, sin decir nada, mirando cómo la ciudad despertaba. Cuando el frío empezó a colarse entre los pliegues de la manta y mi estómago protestó con un gruñido traidor, él sonrió.

—Desayuno —dijo, como si hubiera leído mi mente.

Pidió algo al servicio de habitaciones y, mientras lo preparaban, recogimos la manta y entramos.

Estábamos por sentarnos cuando alguien llamó a la puerta. Fue a abrir sin apuro.

Y entonces entró él.

Como si la suite le perteneciera, como si el mundo fuera suyo. Alto, tan sólido como Duke, barba recortada al milímetro, sonrisa torcida que gritaba problemas del tipo bueno. O del tipo que deberías evitar si tuvieras una pizca de sentido común. Que claramente yo no tenía.

Iba de negro de pies a cabeza: camiseta ajustada, chaqueta de cuero, jeans que le moldeaban unas piernas de escultura griega. Tenía tatuajes en los antebrazos: frases en un idioma que no entendía y símbolos antiguos que parecían contar historias de fuego y guerra.

Y su mirada era de esas que te desnudan con una sonrisa y un parpadeo.

Era tan atractivo que, de no estar ya peligrosamente perdida por Duke, probablemente le habría preguntado si aceptaba pagos en sonrisas.

—Demon —gruñó Duke.

—Duke —saludó él, con voz grave y una calidez inesperada.

Y entonces me miró.

Sus ojos recorrieron cada centímetro de mí. Descaradamente. Pero con ese algo extraño, como si apreciara una obra de arte que sabía que no podía tocar.

Duke se cruzó de brazos, y no se molestó en disimular el fastidio.

—Deja de mirarla.

Demon alzó las manos, divertido.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque es mía —dijo Duke. Sin una sonrisa. Sin margen de error.

Demon soltó una carcajada que llenó la habitación.

—Entonces voy a tener que sacarme los ojos —dijo, encogiéndose de hombros—. Porque con esa camisa y esas piernas… es misión imposible.

Se quedaron mirándose un segundo. Serios. Midiéndose.

Y luego, como si algo no dicho los relajara, rieron.

No una risa ligera, sino de esas que solo se sueltan entre quienes han compartido demasiado: heridas, guerra, memoria.

Lo que fuera que los unía era real. Y fuerte.

—Soy Demon —me dijo, inclinando apenas la cabeza, con una sonrisa que podría derretir el Ártico.

—Grace —contesté. Y luego añadí, casi por reflejo—. Duchess.

Sus cejas se alzaron, primero por sorpresa, luego por reconocimiento. Y algo más, ¿orgullo?

—Ah ella. Ahora todo tiene sentido. —Se giró hacia Duke—. Te perdono por ignorar mis mensajes.

—¿Cómo supiste que estaba en la ciudad? —preguntó Duke.

—Aias, obviamente —dijo Demon, como si fuera tan obvio como que el cielo es azul.

Duke nos sirvió el desayuno. Café para él, jugo de naranja para mí. Demon pidió ambos, como si no tuviera intención de elegir entre cafeína o vitamina C. Se sentó frente a mí con una sonrisa descarada.

—Así que tú eres Duchess —dijo, como quien por fin arma un rompecabezas—. Curioso que vivamos en la misma ciudad y nunca

nos hayamos cruzado. Aunque claro, no suelo frecuentar los círculos civilizados.

—O los restaurantes con luz natural —añadió Duke, sin mirar.

Demon soltó una carcajada.

—Me ofendes. Justo pensaba invitarla a comer al Bennelong. ¿Has ido? Está en la Ópera. Tienen un tartar de canguro que te deja sin palabras. Literalmente. A veces por el sabor, a veces por el trauma.

—Lo conozco —dije—. Paso por delante casi todos los días. Pero todavía no he entrado.

—Una tragedia. Si quieres, me ofrezco como guía gourmet. También puedo mostrarte los mejores bares de The Rocks. Y si me das cinco minutos, te consigo el mejor flat white de toda la ciudad.

—¿Estás coqueteando o promocionando turismo local? —pregunté, medio riendo.

—Ambas cosas —dijo, encantado de sí mismo—. Es mi deber como ciudadano responsable. Y, además, eres hermosa, Grace. Sería un delito no decirlo.

—Ya está bien —intervino Duke, sin levantar la voz—. No la mires así.

—¿Así cómo? —preguntó Demon, con una expresión de inocencia que no le creía ni el espejo—. ¿Con ojos? Porque si me los vas a sacar, avísame si es uno o los dos.

Duke alzó la mirada, seco.

—Los dos. Para que aprendas.

—Tan territorial —se burló Demon—. Pero está bien. Prometo comportarme. Al menos hasta el segundo café.

Y aunque Demon se volvió hacia su desayuno, sus ojos no tardaron en volver a mí. Esta vez con menos descaro, pero la misma chispa traviesa.

—Entonces ¿cómo es que nunca hablamos en el juego? Es casi ofensivo.

—Tal vez porque estás siempre demasiado ocupado provocando guerras —respondí, dándole un sorbo a mi jugo como si no acabara de llamarlo pirómano digital.

—Guerra es mi segundo nombre —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero tú, tú eres leyenda. Y aquí estoy, en carne y hueso, con la Reina.

—Ya está bien, Demon —repitió Duke, más bajo esta vez, pero con ese tono que no dejaba espacio a dudas: hablaba en serio.

Demon levantó las manos, divertido, como si fuera inocente de todos los cargos y aun así se declarará culpable con gusto.

—Paz, hermano. Me estoy portando bien.

La tensión se diluyó un poco con el café. Pero estaba claro que Demon no solo conocía a Duke. Lo respetaba. Incluso cuando lo provocaba. O, en realidad, precisamente por eso.

Y mientras ellos hablaban de cualquier cosa menos de lo importante, del clima, de un viejo conocido, de si el hotel había cambiado de chef, supe con esa certeza incómoda que lo que fuera que estuviera ocurriendo estaba muy por encima de mi entendimiento.

Por ahora.

# Capítulo 10

## *Grace*

Me duché sin prisa, dejando que el agua caliente arrastrara el peso de la noche anterior. Aun así, no podía sacarme a Demon de la cabeza. O, mejor dicho, no podía sacarme su frase, ni la forma en la que Duke la había rebatido con tanta firmeza.

*Porque es mía*.

¿Lo había dicho solo para marcar territorio? ¿O de verdad lo sentía así?

Cuando salí del baño, envuelta en vapor y con el cabello mojado, me esperaba una sorpresa.

Sobre la colcha, perfectamente doblada, había una caja delicada, con una cinta plateada que brillaba bajo la luz suave del cuarto. Mi corazón dio un pequeño brinco mientras me acercaba.

Me encantaban los regalos, ¿qué quieres que te diga?

Dentro de la caja había un vestido. Y no uno cualquiera.

El material era ligero, casi etéreo, en un tono de azul celeste que hacía juego con la serenidad del espacio. La tela caía suavemente, con una falda larga que se deslizaba hacia el suelo, ondulando con cada leve movimiento que hacía. El diseño era sencillo, pero elegantemente femenino.

Tan yo.

Tan Duke, recordando mi color favorito. O que no me gustaba ponerme la misma prenda dos veces.

Con el vestido puesto salí de la habitación.

Los encontré a los dos en la terraza, hablando en voz baja, serios, como si el mundo estuviera en juego. Demon me lanzó una sonrisa pícara y me saludó con un guiño antes de despedirse. Duke me miró de arriba abajo, pero no dijo nada. Simplemente sonrió.

—Gracias por el regalo —murmuré.

—Fue todo un placer, Duchess. Ahora dime, ¿cómo quieres pasar el día? —preguntó, con esa voz profunda que se colaba en todos mis huesos.

Lo miré. Descalzo, con el cabello algo despeinado, una camiseta gris clara que le marcaba el pecho y esos ojos que parecían leer pensamientos. Sonreí sin pensarlo.

—No sé. ¿Quieres ver la ciudad?

Él sonrió, caminando despacio hacia mí.

—Lo que tú quieras. Pero empezamos por un paseo tranquilo. No muy lejos. Solo tú y yo.

Salimos del hotel por una entrada lateral, protegidos de miradas curiosas. El sol de la mañana ya calentaba las calles de Sídney. Caminamos sin rumbo fijo por el paseo marítimo, hablando de tonterías, de juegos, de libros, incluso de películas de acción que ambos criticábamos, pero veíamos igual.

En algún momento, sus dedos rozaron los míos.

Yo no los retiré.

Tampoco los entrelazó. Solo los dejó ahí, jugando con el borde del contacto, como si tanteara el límite.

Y luego, sin palabras, su mano buscó la mía.

La sostuvo. Firme.

Y mi cuerpo, traidor, se rindió al calor de su palma.

—Te sientes más tranquila hoy —murmuró, sin dejar de mirar al frente.

—Contigo, sí. —Y lo supe en cuanto lo dije. Era verdad.

Entonces me miró.

Y esta vez no era contención lo que vi.

Era deseo contenido.

Una tormenta aguantando la respiración.

Yo la solté primero.

Me giré hacia él, sin prisa. Mi pulso martillaba en los oídos, pero no retrocedí.

Y él se inclinó.

Despacito.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo para perderse en mí.

Su boca rozó la mía en un beso que no fue inocente, aunque se disfrazara de eso.

Había hambre en ese roce. Hambre envuelta en control.

Una urgencia disfrazada de calma.

Y, aun así, me incendió.

Me apoyé en él, le devolví el beso, temblando apenas.

Y cuando se separó, lo odié un poco.

Por parar.

Por no seguir.

Pero también me adoré un poco.

Por no huir.

Luego almorzamos en un restaurante cerca del puerto, uno con terraza y vista al mar.

Pedimos mariscos, ensalada, vino blanco.

La conversación fluía fácil, como si no acabáramos de cruzar una línea invisible.

Como si no me doliera todavía la boca donde él me había tocado.

Como si mis labios no lo recordaran con cada palabra que decía.

En un momento, se acercó para alcanzarme una servilleta y su brazo rozó mi hombro desnudo. Una corriente eléctrica me recorrió la piel.

No dijo nada.

Yo tampoco.

Pero esa mirada…

No necesitaba palabras.

Después, retomamos la visita por la ciudad. Como si nada. Como si todo.

Caminamos por calles estrechas llenas de sombra y flores colgantes. Vimos una librería diminuta donde me detuve a mirar escaparates, y él no se impacientó. Me compró un libro sin decir nada. Uno que yo había tocado solo por un segundo.

Pasamos por un parque con músicos callejeros; nos quedamos a escuchar un par de canciones. Él no me soltó la mano.

Tomamos café en una esquina donde el tiempo parecía detenido. El camarero nos preguntó si éramos de luna de miel. Dean no respondió, pero me miró de nuevo con esos ojos que lo decían todo.

Y así, entre pasos tranquilos, risas pequeñas y silencios que no pesaban, se nos fue la tarde.

Hasta que el cielo cambió de color otra vez.

Y llegó la hora de la cena.

Duke propuso ir a cenar a un restaurante algo más apartado del bullicio turístico. Tomamos un taxi y terminamos en un sitio encantador, con grandes ventanales abiertos hacia una calle tranquila llena de árboles. Mesas de madera, manteles blancos, camareros que no parecían apurados. Paz.

Él pidió por los dos. Algo me decía que le gustaba tomar el control de las pequeñas cosas, aunque no lo hacía de forma autoritaria. Más bien con cuidado. Con intención.

Durante el primer plato, hablamos mucho como si no llevaríamos hablando todo el día. Sobre libros, películas, sobre el juego. Pero luego, no sé por qué, hice la pregunta equivocada.

—¿Y tu familia?

Duke se quedó callado un momento, como si necesitara tiempo para decidir si me contaba la verdad o me mentía.

—Mis padres eran, son, de clase media. Exigentes. No en plan de metas grandes, sino en plan de reputación, de imagen. A mí me rompieron los huesos con las expectativas, pero a mi hermana... —Se detuvo un momento, tragando saliva—. A ella la rompieron de otras formas.

Me tensé, sin moverme, solo escuchando.

—Yo me alisté en el ejército para salir de allí. Quería libertad. Ella obedeció. Hizo todo lo que se esperaba. Estudió lo que le dijeron, se casó con el hijo de unos amigos de la familia. Un tipo perfecto por fuera. Intachable. Hasta que dejó de serlo.

El segundo plato llegó, pero ninguno de los dos lo tocó.

—Durante años, ocultó el maltrato. Yo no lo sabía. Nadie lo sabía. O, mejor dicho, nadie quiso verlo. Y conociendo a mis padres, diría que, si lo hubieran sabido, no habrían hecho nada. Hace unas semanas, él le dio una paliza tan brutal que perdió al bebé que esperaba.

Me llevé la mano a la boca.

—Dios… ¿Está bien?

—Dentro de lo que cabe, sí. Tiene a alguien que la cuida, lejos de nuestros padres, y mi abogado está gestionando el divorcio. Yo… —Se frotó la nuca, incómodo—. Me siento un idiota por no haber estado ahí antes. Por no haberlo visto. Por no haberla protegido.

—No es tu culpa —dije, y lo creí de verdad.

Duke me miró entonces, y en su mirada no había arrogancia ni dureza. Solo una tristeza antigua, profunda.

—A veces, no importa cuánto creas conocer a alguien. Todos llevamos una versión de nosotros que nadie más ve.

No supe qué decir. Solo llevé mi mano a la suya, apoyándola encima. Él la miró, como si no esperara el gesto, y luego entrelazó nuestros dedos, apretando suavemente.

Y la cena siguió un curso más tranquilo hasta que Duke dejó la tarjeta sobre la mesa y asintió al camarero, que se alejó con una sonrisa. Me incliné hacia atrás en la silla, disfrutando de esos segundos de calma, cuando sentí la vibración contra mi muslo.

Mi cuerpo se tensó de inmediato. No necesité mirar la pantalla para saber de quién era.

Duke lo notó al instante.

—¿Grace? —preguntó en voz baja. Su tono cambió: más firme, más alerta.

Me quedé inmóvil, con la vista fija en la mesa.

—¿Es él? —insistió.

Asentí. Apenas un movimiento de cabeza.

—¿Quieres que lo mire yo?

No respondí, pero levanté lentamente el móvil y se lo tendí. Duke lo tomó con delicadeza, como si temiera romper algo más que el aparato. Sus ojos se deslizaron por la pantalla y su mandíbula se endureció.

*Te lo dije, te advertí, Duchess, pero tú eres tan cabezota como todas las mujeres.*

*Pagarás esta noche en la batalla, y pronto, muy pronto, nos veremos las caras.*

Sentí cómo mi mano buscaba instintivamente la suya. La tomó sin soltar el móvil.

—Lo encontraremos, Grace. Te lo prometo —dijo, con esa voz profunda que no aceptaba dudas.

Pero por dentro, temblaba.

El trayecto hasta mi piso fue silencioso. Duke no presionó, pero podía sentir su mirada sobre mí cada pocos minutos. Evaluándome. Midiendo mi respiración. Esperando que dijera algo.

Yo no dije nada.

Cuando llegamos al edificio, me acompañó hasta el ascensor en completo silencio.

Ya en la sala de estar, me quité la chaqueta con un suspiro y me dirigí directamente a la cocina. Abrí una botella de agua y bebí, sin girarme.

—Grace —dijo Duke finalmente, su voz tensa—. No puedes quedarte aquí esta noche.

Me giré despacio, apoyándome en la encimera.

—¿Perdona?

—No puedes quedarte sola. No después de ese mensaje. Quiero que vengas conmigo al hotel —insistió.

Solté una risa seca.

—¿Y esconderme? ¿Ese es tu plan? ¿Qué me encierre porque un loco ha decidido amenazarme desde un juego?

Duke cruzó los brazos, la mandíbula apretada.

—No es solo un juego, Grace, y tú lo sabes. Este tipo sabe dónde estás. Sabe que estuviste conmigo anoche. Eso no es una coincidencia. Es una advertencia. Y si tú no la tomas en serio, yo sí.

—Tengo una vida —respondí, la voz más alta de lo que planeaba —. Trabajo, responsabilidades. No puedo desaparecer porque tú creas que es lo mejor.

—¿Y si mañana no puedes ir a trabajar porque ese tipo te espera en la puerta? ¿Y si esta noche entra por esa misma ventana? — señaló hacia la calle. Su tono no era de enfado, era de miedo. Preocupación. Lo supe.

Y, aun así, me puse a la defensiva.

—No soy una niña, Dean. Y no me gusta que me digas qué hacer.

—No estoy diciéndote qué hacer —dijo con paciencia forzada—. Te estoy pidiendo que me dejes protegerte.

Lo miré durante un largo instante. Esa mirada intensa, decidida. Ese hombre que podía hacer temblar a cualquiera y que, sin embargo, ahora me pedía que confiara en él.

Que le entregara algo más que mi seguridad.

Le entregara el control.

Respiré hondo, sin decidir aún qué iba a decir.

Duke apoyó ambas manos en la encimera, inclinado hacia mí.

—Escúchame, te daré opciones si eso te hace sentir mejor. Puedes venir conmigo a Los Ángeles mientras averiguamos quién es este hombre. Pasa unos días lejos, tranquila. Tengo espacio de sobra y recursos para mantenerte a salvo.

Negué con la cabeza al instante.

—¿Y desaparecer del mapa? ¿Abandonar mi trabajo, mi vida, solo porque un jugador se cree con derecho a amenazarme?

—No es solo un jugador —dijo con firmeza, sin elevar la voz—. Y no te estoy diciendo que desaparezcas. Te estoy diciendo que tomes unos días. No es una derrota, Grace. Es una estrategia.

Rodé los ojos.

—¿Y mientras tanto qué? ¿Me voy a tomar el sol en la playa hasta que el loco se canse?

—No es esconderte. Es protegerte. Y si no quieres viajar, hay otra opción. —Se incorporó, como si ya supiera que tampoco aceptaría—. Puedo pagar para que tengas protección las veinticuatro horas. Hombres entrenados, profesionales. No se te acercará ni una mosca sin que ellos lo sepan.

—¿Quieres que camine por la ciudad con dos gorilas detrás, como si fuera una celebridad caída en desgracia? ¿Eso crees que me hará sentir más segura?

Duke suspiró, sin ocultar el fastidio.

—Entonces deja que me quede contigo. Aquí. En tu piso. Te acompaño al trabajo, te espero a la salida, cocino contigo por la noche y me aseguro de que cada puerta esté cerrada. No dejaré que nadie se te acerque, Grace. Lo juro.

—¿Y mientras tanto qué, Dean? ¿Jugamos a ser pareja en mi apartamento de dos habitaciones? ¿Qué crees que va a pasar? ¿Qué me sentiré protegida porque estás durmiendo en el sofá?

—No me importa el sofá —dijo—. Me importas tú.

—Y a mí me importa mi vida. Mi normalidad. No quiero que todo esto se convierta en una película de acción. No quiero...

—¿Qué no quieres? —me interrumpió, con voz más baja, como si temiera la respuesta.

No lo supe de inmediato. Solo lo miré. La tensión entre nosotros se estiraba como un cable a punto de romperse. Porque no se trataba solo del loco que me había amenazado, sino de lo que Duke significaba en todo esto. De lo que ya significaba para mí.

—No quiero perder el control —murmuré al final.

Duke asintió, como si por fin entendiera todo.

—Pues entonces déjame ayudarte a no perderlo.

—Tal vez... —empecé a decir, con la mirada fija en mis manos—, tal vez podría quedarme con unos amigos. Solo por unos días. No quiero que sientas que tienes que cuidar de mí.

Duke arqueó una ceja, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Esos amigos tienen entrenamiento militar, experiencia en seguridad, algo que los califique para enfrentarse a un acosador que puede estar vigilándote?

Fruncí los labios. Claro que no. Eran amigas del trabajo. Buenas personas, sí, pero más del tipo vino y películas de domingo que protección táctica.

—No, pero tampoco creo que esto sea tan grave —murmuré, sin demasiada convicción.

—¿De verdad? Porque hace un rato, cuando leíste ese mensaje, te quedaste paralizada. Te temblaban las manos, Grace.

Me mordí el labio inferior.

—No quiero esconderme —dije, por enésima vez.

Él no respondió. Solo esperó.

Suspiré.

—Y tampoco quiero quedarme aquí contigo.

Duke se quedó completamente inmóvil. Su mandíbula se tensó, apenas. Luego bajó los brazos lentamente.

—Entendido —dijo en voz baja, sin emoción—. Está bien.

Se giró hacia la puerta.

—Duke... —empecé, pero ya había abierto. No la cerró de golpe, ni hizo ningún gesto dramático. Solo se fue.

El clic de la puerta resonó con fuerza en el silencio. Me quedé inmóvil durante un segundo, escuchando el eco de sus pasos alejándose por el pasillo. Todo dentro de mí gritaba que lo dejara ir, que no lo necesitaba, que esto era una locura. Que tenía que protegerme.

Pero no era verdad.

Corrí. Crucé el pasillo y lo vi justo antes de que pulsara el botón del ascensor.

—¡Duke!

Él se giró despacio. Me detuve frente a él, sin aliento.

—Lo siento —dije, con la voz temblorosa—. No debería haber dicho eso. No así.

Me miró en silencio, esperando.

—No quiero que te vayas. Es solo que… tengo miedo —admití. Sus cejas se fruncieron apenas, pero no dijo nada. Me lancé—. Tengo miedo de lo que tú me haces sentir. No nos conocemos de verdad. Es demasiado, demasiado rápido. Todo esto... —Hice un gesto vago hacia el aire entre nosotros—. No puede ser normal sentir tanto en un solo día.

Él no se movía, no me interrumpía.

—Tengo miedo de terminar con el corazón roto, Duke. De que un día hables de mí en el chat del juego con tus amigos, como una anécdota graciosa. De que me olvides en una semana. Y yo… no quiero ser una historia más para ti.

Mis palabras colgaron entre los dos como niebla espesa. Entonces, él dio un paso adelante.

—No eres una historia más, Grace.

Antes de que pudiera procesar lo que acababa de decir, Duke cerró la distancia entre nosotros. Una mano se deslizó por mi cintura con firmeza; la otra acarició mi mejilla como si fuera algo frágil, precioso.

—No eres una historia más —repitió en un susurro, antes de besarme.

Y ese beso…

Ese beso fue todo lo que había estado conteniendo desde que lo conocí. Desesperado. Íntimo. Exquisitamente lento al principio, como si saboreara cada segundo. Pero no tardó en cambiar. Sus labios se volvieron exigentes, su lengua encontró la mía, y de repente ya no sabía dónde terminaba yo y empezaba él. Me aferré a sus hombros, a su cuello, como si necesitara anclarme a algo, a alguien, o me perdería por completo.

Su cuerpo me presionó contra la pared del pasillo, y mis piernas casi flaquearon. Una de sus manos bajó a mi muslo y lo alzó. Me encontré envuelta alrededor de él, jadeando contra su boca, como si el aire no importara mientras él estuviera tan cerca.

—Grace… —murmuró contra mi cuello, con la voz áspera, la respiración acelerada.

—Duke… —mi voz era apenas un gemido, mis dedos se hundían en su espalda.

Entonces escuchamos una puerta abrirse al final del pasillo. Un carraspeo incómodo. Nos separamos de golpe, ambos respirando como si hubiéramos corrido un maratón. Duke me bajó con suavidad y giró el rostro hacia el sonido.

Mi vecina, la señora Wilongs, en bata y pantuflas, nos miraba con el ceño fruncido y un café en la mano.

—Esto no es un motel —dijo, antes de meterse de nuevo en su piso.

Nos quedamos congelados un segundo, y luego los dos estallamos en carcajadas, medio por la vergüenza, medio por la tensión que no sabíamos qué hacer con ella.

—Será mejor que entremos antes de que llamen a la policía —murmuró Duke, pasándose una mano por el pelo, aún sin aliento.

Yo solo pude asentir, temblando un poco todavía.

Porque sí, definitivamente ese beso había ido demasiado lejos…

Y, aun así, no quería que se acabara.

Regresamos a mi apartamento en silencio. No el incómodo, sino ese otro tipo, denso, cargado. El tipo de silencio que vibra entre dos

personas cuando algo ha cambiado irremediablemente.

Me fui directa a la cocina, con las mejillas encendidas y el pulso aún demasiado acelerado. Necesitaba distraerme. Necesitaba cualquier cosa que no fueran sus labios, su cuerpo, su forma de susurrar mi nombre como si le perteneciera.

Abrí la nevera.

—¿Te apetece picar algo? —pregunté, fingiendo naturalidad mientras abría la nevera. Era un desastre. Casi nada fresco, todo en porciones individuales: la dieta de alguien que no cocina para nadie más que para sí misma.

—Aquí está perfecto —respondió Duke desde la puerta de la cocina. Su voz era baja, tranquila… y demasiado cerca.

Asentí, sin girarme, porque sabía que, si lo miraba otra vez, perdería lo poco de control que aún me quedaba.

—Tengo queso, algo de fruta, pan… Nada elaborado, pero podemos improvisar.

—Suena bien —dijo él. Y luego, sin pedir permiso, se acercó, tomó una tabla de cortar y empezó a preparar como si lo hiciera todos los días.

Lo observé de reojo. Esa seguridad en todo lo que hacía. Esa calma. Esa forma de moverse como si mi cocina fuera suya.

Y yo seguía sin poder sacarme el beso del cuerpo. No solo porque había sido bueno. No solo porque lo deseaba. Sino porque no quería que él pensara que yo era fácil. Que un beso —por muy explosivo que hubiera sido— bastaba para que me olvidara de todo.

Pero el problema era que, con él, no me sentía fácil. Me sentía viva.

—¿Todo bien? —preguntó de pronto.

Asentí rápido. Demasiado rápido.

—Sí, solo que ese beso fue un poco…

—Intenso —completó él, sin dejar de cortar. Su tono era neutral, pero noté la tensión en sus hombros.

—Sí. No quiero que pienses que siempre soy así —dije, clavando la mirada en la olla. Me odié un poco por esa frase. Sonaba insegura. Pero también era verdad.

Duke dejó el cuchillo. Se giró hacia mí. Sus ojos encontraron los míos.

—Grace, no sabes lo que pienso de ti. Si lo supieras, echarías a correr.

No supe qué responder. Pero su tono fue tan honesto, tan firme, que mi pecho se relajó apenas.

—Mira, he tenido varias relaciones largas y otras no tan largas, pero…

—Grace —me interrumpió él, y su voz grave igualaba la intensidad de su mirada—. No quiero saber sobre los otros hombres de tu vida.

—¿Ni siquiera si lo que sentí por ellos es nada en comparación con lo que siento contigo? —pregunté, apenas un susurro.

La tensión en el aire cambió. Algo se quebró o se abrió, no lo supe bien. Solo noté cómo su expresión se suavizaba y, al mismo tiempo, se volvía más intensa.

Dejó el cuchillo a un lado y dio dos pasos hasta estar frente a mí. Lentamente, alzó una mano y rozó mi mejilla con los dedos, como si necesitara asegurarse de que yo era real.

—No digas eso si no lo sientes —murmuró.

—Lo siento —dije. Y lo hacía. Demasiado.

Sus labios estaban tan cerca que podía sentir su respiración. No me besó. Aún no.

—Entonces estoy perdido —susurró.

Y esta vez fue él quien desvió la mirada, solo un segundo, como si la intensidad del momento lo sobrepasara. Cuando volvió a mirarme, era como si algo en él ya hubiese decidido.

—No voy a hacer nada esta noche que no quieras. Pero, Grace, si me das la más mínima señal, voy a besarte hasta que olvides a cada uno de esos hombres. Hasta que el recuerdo de este día te arda en la piel.

Sus palabras me estremecieron. No solo por lo que decía, sino por cómo lo decía. Como si no pudiera evitarlo. Como si besarme fuera inevitable.

No sabía si era buena idea. No sabía si esto era el principio de algo hermoso o de un desastre inevitable. Pero en ese instante no

importaba.

Porque lo miré a los ojos. Y asentí.

Solo eso.

Una pequeña, mínima inclinación de cabeza. La señal.

Duke no dudó.

Me sujetó por la cintura y yo me aferré a su camiseta, como si no existiera nada más que ese momento.

Como si no existiera nadie más que él.

# Capítulo 11

## *Grace*

Me besó.

No con prisa. No con timidez.

Con la certeza de alguien que lo había decidido hacía rato. Como si todo su cuerpo hubiera estado esperando ese mínimo permiso, una simple inclinación de cabeza, para lanzarse sin retorno.

Y yo no tenía nada a lo que aferrarme, excepto a él.

Su boca sobre la mía fue todo lo que no sabía que necesitaba. No fue suave. Fue real. Un poco torpe al principio, porque nuestras respiraciones no estaban sincronizadas, porque el deseo se nos había ido acumulando como electricidad bajo la piel.

Y entonces...

Rrrring.

Un sonido agudo, impertinente. Ridículo en mitad de la magia.

Duke se tensó. Lo sentí en su espalda, en sus dedos en mi cintura.

No se apartó. No se detuvo.

Solo murmuró un *no ahora* contra mis labios, como si estuviera negociando con el universo.

El teléfono siguió sonando.

Lo ignoró.

Santo cielo. Ignoró una llamada para seguir besándome.

Eso tenía que valer puntos en algún lado del karma romántico.

Mis dedos se enterraron un poco más en su camiseta. Mi cuerpo decidió que eso era una buena idea. Que besar a Duke era una idea excelente, probablemente irresponsable, pero absolutamente deliciosa.

Y luego...

Vibración. Esta vez en mi bolsillo.

Mi teléfono.

—No —murmuré contra su boca.

—¿Qué pasa?

—Es mío.

Nos separamos apenas. Solo lo justo para que pudiera sacar el teléfono.

Miré la pantalla. Número desconocido.

Genial.

Respondí igual. Porque, sinceramente, después de haber casi fusionado mi alma con otra persona a través de un beso, mi sentido común estaba en huelga.

—¿Hola? —Mi voz salió algo jadeante. Porque sí, había estado besando. Intensamente.

Silencio al otro lado.

—¿Grace?

Fruncí el ceño. Esa voz era familiar. De un modo desconcertante.

—¿Sí?

—Soy Lukas.

¿Lukas? ¿Lukas del juego? ¿Mi compañero de batallas digitales, el hacker sarcástico con emojis de calaveras y referencias de ciencia ficción?

—¿Qué? ¿Cómo…?

—No hay tiempo. ¿Estás con Duke?

Mi mirada voló hacia él. Estaba muy cerca. Tan cerca que casi podía leer mis pensamientos en mi frente.

Y sí, claramente estaba escuchando todo. Porque al oír ese nombre, su expresión cambió.

Algo en su mandíbula se endureció. Algo en su mirada se afiló.

—Lukas —murmuré—, ¿cómo sabes que estoy con él? ¿Y cómo tienes mi número?

Un silencio muy corto. Muy incómodo.

Y luego, la bomba:

—Grace… necesito hablar con Duke. Y lo necesito ahora mismo.

Duke me quitó el teléfono con una suavidad que contrastaba con la expresión que tenía.

El beso había quedado atrás. Literalmente. Porque su cuerpo seguía pegado al mío, pero su mente ya estaba en otro sitio.

—Lukas —dijo con voz baja, controlada—. Habla.

Yo me quedé inmóvil. No se alejó de mí, así que escuché cada palabra. Mi cabeza aún flotaba por culpa del beso, pero lo que vino después me arrastró de vuelta al planeta Tierra… y directo a una zona de guerra digital.

—Alguien intentó hackear los correos de Grace —dijo Lukas sin perder tiempo—. El personal y el del trabajo. Entraron.

Mi estómago se encogió.

—Consiguieron sus contraseñas, accedieron a sus redes sociales y estaban empezando a mover cosas. Pero lo detuve. Ya recuperé el control de todo. Cambié claves, restauré accesos. Estoy haciendo limpieza profunda.

Tragué saliva. Muy despacio.

—¿Quién fue? —preguntó Duke, sin rodeos. Su voz era tan tensa que parecía hecha de alambre.

—No lo sé. Todavía. Pero es bueno. Muy bueno. Estaba usando una VPN rota en capas como cebolla. De las que no se ven todos los días. Lo que me preocupa es que no buscaban plata, ni acceso a cuentas bancarias. Solo información. Todo sobre Grace.

Y ahí, el vértigo.

—¿Información? —repetí en voz baja, más para mí que para nadie.

Duke me miró. No me calmó. No me dijo que todo estaba bien.

Solo me miró como si acabara de confirmarse algo que él ya sospechaba.

—¿Cuándo pasó esto? —preguntó él.

—Anoche. Pero el acceso venía intentándose desde hace días. Lo que me llamó la atención fue que encontraron la llave. Y no lo hicieron a la fuerza. La adivinaron. O la conocían.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Como si alguien hubiera estado mirándome sin que yo lo supiera.

—Arréglalo —dijo Duke. Y luego, sin dudar—: No le digas nada a nadie más. Cierra todo. Aísla los datos. Mándame un informe cifrado. Y, Lukas…

—Sí.

—Gracias.

Se cortó la llamada. Duke me devolvió el teléfono. No dijo nada durante unos segundos.

Y yo tampoco. Porque no sabía qué demonios preguntar primero.

Hasta que, finalmente, y con toda la calma de quien está a punto de perderla, solté:

—¿Qué carajo está pasando?

Me rodeó con el brazo y sus labios encontraron los míos en un beso rápido.

—No te veas tan asustada. Me encargaré de todo —murmuró. Luego su mano se deslizó por mi trasero y me presionó contra él.

—Como si fuera tan fácil —susurré.

—Lo es, Grace. Confía en mí.

Y Duke sonrió.

Era más Duke que Dean. Era el mismo hombre, sí, pero en mi cabeza solo había espacio para uno… y no sabía si eso era bueno o malo. Lo que sí sabía era que esa sonrisa era peligrosa. Tan peligrosa como sus manos sobre mí. Como su cuerpo pegado al mío.

—¿Quieres cenar?

¿Estaba drogado? ¿Quería cenar? ¿Qué clase de pregunta era esa?

Primero la llamada de Lukas que me recordaba que estaba en peligro. Luego el beso que me recordaba que también estaba en llamas. Y ahora… ¿cena?

Intenté mantener la calma.

—La verdad, no me apetece comer.

Duke sonrió otra vez.

Se me derritió el estómago.

—Vale —dijo, y me besó.

Fue un beso genial. Largo. Lento. Profundo. Apasionado.

Al terminar, su boca se deslizó por mi mejilla, bajó por mi cuello y cruzó mi clavícula. Su mano, que estaba en mi cintura, subió por mi espalda y tiró suavemente de mi pelo, dejándome el cuello al descubierto. Luego su lengua se hundió en la hendidura de la base de mi garganta.

Me soltó el pelo, su mano ahuecó mi nuca y me besó de nuevo. Una repetición del primero, pero mejor, con mucha lengua. Una de sus manos me sujetaba la cabeza, la otra se deslizó por mi pecho sobre la tela de mi vestido.

Todo esto estaba muy bien, de hecho, era precioso. El problema era que Duke actuaba como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Pero yo no sentía lo mismo. Estaba asustada de… de todo. Lo quería a él. Lo quería ahora.

Le quité la camiseta de los vaqueros y se la saqué por la cabeza, tirándola donde fuera. Deslicé las manos por su pecho, rozando sus abdominales con las uñas, observando cómo sus músculos se tensaban por reflejo, y fui directo a la bragueta de sus vaqueros.

Conseguí desabrochar el botón superior cuando sus manos me agarraron las muñecas y las detuvieron.

Mis ojos se posaron en los suyos y vi que las arrugas se acentuaban en las comisuras.

—¿Tienes prisa? —preguntó.

—Sí —espeté.

—No hay necesidad de apresurarse.

Apartó mis manos, las soltó y deslizó las suyas por mis costados.

—Dijiste que me darías lo que pidiera, ¿recuerdas? —le dije mientras veía cómo sus manos subían y se detenían a los lados de mis pechos. Su mano derecha se curvó y deslizó los nudillos por el costado, directo al pezón.

—Mentí —dijo y sus manos volvieron a mis muñecas y las colocó detrás de mi espalda.

—No puedes mentirme, lo has prometido.

—Puedo si eso significa que recibirás lo que mereces, Grace. Despacio, confía en mí.

La confianza era un tema del que me encargaría después, ahora tenía otros asuntos más urgentes que atender.

Lo besé... Él respondió de inmediato.

Soltó mis muñecas y me rodeó con sus brazos. Luego me empujó hacia el sofá. Entonces estaba boca arriba y él encima de mí.

Me tomé un momento para disfrutar de la sensación de tenerlo encima y luego mis manos volvieron a su bragueta, pero en lugar de

abrirla, deslicé la palma contra ella, sintiendo su longitud. Se sentía bien, muy bien.

Me besó, rematando con su mano ahuecando mi pecho, su pulgar deslizándose por mi pezón, su dedo índice uniéndose al pulgar y comenzó un delicioso rodar usando el satén de mi vestido para profundizar la fricción. ¡Guau!

En serio, ¡guau!

Levanté una rodilla para hacer palanca, sus caderas cayeron entre mis piernas, lo rodeé con la otra pierna, me agarré a su hombro con una mano, empujé el otro codo contra el sofá mientras apoyaba mi peso en el pie, me resistí y rodé.

Nos caímos del sofá, él con un gruñido en la espalda, yo encima.

Me levanté antes de que pudiera recuperarse, sentándome a horcajadas de nuevo. Me incliné, arqueando la espalda, mi boca en su pecho, deslizando mis labios, raspando mis dientes, a lo ancho, hacia abajo, mi lengua trazando la definición de sus abdominales. Sabía bien, su piel se sentía agradable sobre músculos duros.

Era glorioso.

Mis dedos aflojaron otro botón de su bragueta y mi boca bajó, mis dedos trabajando en el siguiente botón justo debajo de mis labios expectantes. Tenía muchas ganas de esto.

Todo ese tiempo, sus manos estuvieron debajo del vestido, sujetándome el trasero. Mientras bajaba por su cuerpo, se deslizaron hacia afuera y hacia arriba, forzando mi espalda y torso a enderezarse, luego pasaron por debajo de mis brazos y me levantaron sobre él, luego me volteó.

Nuestras piernas y caderas golpearon la mesa de centro, que voló hacia un lado, se tambaleó y se cayó, con controles remotos, revistas y teléfonos volando por todas partes. Con su cuerpo sobre el mío, me tomó las muñecas, me las pasó por encima de la cabeza y me miró.

—De verdad tienes prisa.

—Dije que sí, ¿verdad?

Su boca rozó la mía. —Relájate.

—¡Relájate tú!

—Grace.

—¡Duke!

—Nena.

No podía expresarlo con palabras porque no me entendía, pero tenía prisa. Era urgente. Era como si temiera que, si no lo hacía ahora, nunca lo haría.

Lo deseaba. Quería sentir lo que sentía en sus brazos. Amada. Segura.

—¿Puedes darme esto ahora? ¿Puedes darte prisa? —pregunté suavemente.

Sentí y oí su suave risa.

—No. Pero te prometo que no te arrepentirás después.

Sus manos se deslizaron por mis brazos y su boca descendió aún más, rozó mis pechos sobre la tela con sus labios, luego volvió a subir para besarme.

Mi mano fue a su trasero, dentro de sus vaqueros, agarrándolo. Cuando sus labios se separaron de los míos, mis labios fueron a su cuello, usando la punta de mi lengua exploré su garganta y mandíbula.

Mi mano se movió desde su trasero por un lado hacia el frente.

—Grace —dijo, mitad advertencia, mitad gruñido, mitad risa.

No me molesté en desabrochar los botones, mi mano se sumergió y mientras lo besaba, lo encontré. Con el poco espacio que tenía entre sus vaqueros y su paquete, lo envolví con mis dedos.

Por fin.

—Sí —susurré contra sus labios mientras acariciaba hacia abajo.

—Eso es —dijo.

Se dobló y solté su agarre. Se inclinó, me agarró la mano y me levantó.

—¿Qué? — pregunté. Se inclinó de nuevo, me puso un brazo detrás de las rodillas, otro en la cintura y me levantó.

—Si quieres algo rápido, iremos rápido.

—Gracias, Dios —dije.

Me llevaba a la habitación. —¿Acabas de darle las gracias a Dios?

No me di cuenta de que hablaba en voz alta.

—Bueno, sí —le dije.

—Bueno, nena, no es Dios quien te lleva a la habitación. Soltó mis piernas al llegar al borde de la cama, me soltó y se sentó para quitarse las botas, pero me miró. —Dame las gracias a mí.

Me reí.

Da igual, pensé y me agaché para tirar de los lazos de las tiras de mis zapatos. Las tiras, tan apretadas, se soltaron enseguida, así que me quité los zapatos de una patada y me enderecé, me saqué el vestido por la cabeza y lo tiré a un lado.

Apoyé una rodilla en la cama, empecé a meterme dentro y dos manos me atraparon, me voltearon boca arriba y, en un instante, me quitaron las bragas de las piernas. Así, ¡zas!, estaba desnuda.

No había estado prestando atención, Duke me había estado observando y supuse que le gustó lo que vio. Duke tampoco perdió tiempo desnudándose. Se corrió sobre mí, con una mirada tan intensa que brillaba.

Su mano se metió entre mis piernas; sentí sus dedos fuertes y mágicos.

—No tenemos que ir tan rápido —dije, pero me apreté contra él.

—Demasiado tarde.

Sus dedos se apartaron, sus manos abrieron mis piernas y su boca se dirigió hacia donde estaban sus dedos. En cuestión de minutos, su talentosa boca y lengua me enviaron directamente al cielo.

Dios, fue increíble. Antes de terminar, él ya estaba encima de mí, deslizándose dentro de mí, y la sensación fue tan increíble que, aunque el primer orgasmo fue espectacular, el segundo le siguió de cerca y me dejó atónita.

# Capítulo 12

## *Grace*

Me quedé tumbada boca arriba, con la sábana enredada en una pierna y el corazón todavía corriendo una maratón.

A mi lado, Duke respiraba hondo, como si acabara de subir una montaña. O bajarla. O incendiarla entera.

Qué sé yo.

—Bueno —dije, girando la cabeza hacia él—. Eso fue…

—¿Inolvidable? —preguntó con una sonrisa lenta, de esas que saben exactamente lo que han hecho.

—Estaba pensando en algo más modesto, como bastante decente —respondí, con el tono más neutro que pude fingir mientras mi cuerpo gritaba *me quiero casar con este hombre y hacerle una estatua.*

Duke soltó una carcajada grave, arrastrada, de esas que se sienten más que se escuchan. Me gustaba ese sonido. Y me gustaba cómo me miraba después de hacerlo. Como si yo fuera un accidente del que no quería salvarse.

—Decente, ¿eh? Voy a tener que mejorar mis estadísticas.

—No es una competencia —dije. Y luego añadí, sin poder evitarlo —: Pero si lo fuera probablemente estarías en el podio.

—¿Probablemente?

—Dije probablemente para no inflar tu ego —respondí, sentándome un poco y tapándome con la sábana. Porque una cosa era el momento pasional, y otra, la dignidad post-sexo.

Duke se incorporó también, apoyándose en un codo para mirarme mejor.

—Tu ego ya está perfectamente hinchado —le aclaré, mirándolo de reojo—. No necesita más estímulos.

—Podrías haberme dicho antes que te gustaba que te miraran como si fueras lo único importante en una habitación.

—Podrías haberme dicho antes que sabías exactamente cómo hacer que mi cerebro se apague durante cinco minutos seguidos. Eso no lo ha conseguido ni el yoga.

Me miró con una mezcla de cariño y picardía que, honestamente, debería estar regulada por la ley.

—Cinco minutos —repitió, fingiendo estar ofendido—. Qué cruel eres.

—Cinco minutos de silencio mental absoluto, Duke. Tú no sabes lo que eso significa para mí. Ni siquiera el insomnio consigue eso. Estoy por contratarte como antídoto para mi hiperactividad cerebral.

—¿Con salario? ¿O solo beneficios colaterales?

—Solo beneficios. En especie. No hay presupuesto para más.

Duke se rio, se pasó una mano por el pelo desordenado y se acercó para besarme la clavícula. Muy despacio. Muy deliberadamente.

Y justo cuando pensé que íbamos a lanzarnos a otra ronda, soltó en voz baja:

—Me gusta estar contigo. Aquí. Así. Sin filtro. Sin miedo.

Me congelé un poco. No porque no sintiera lo mismo, sino porque lo dijo con una sinceridad que no venía con manual de instrucciones.

—Yo también —dije, después de una pausa que me pareció eterna.

Después me encogí de hombros.

—Aunque si lo piensas bien, tú estás desnudo en mi cama. Técnicamente estás secuestrado.

—¿Es esto una táctica de interrogación emocional?

—Podría ser. O una trampa. Nunca se sabe conmigo.

Me miró como si acabara de ganar algo. Como si yo fuera su sorpresa favorita en el universo.

Y entonces, me besó la frente. Nada más. Solo eso.

Y fue tan íntimo, tan jodidamente dulce, que tuve que cerrar los ojos para no caerme dentro del momento.

No sabía muy bien cómo habíamos pasado de me estás besando la clavícula a ¿te gusta el queso?, pero ahí estábamos.

Él, en mi cocina, sin camiseta, sin pudor, sin derecho a ser tan guapo mientras colocaba lonchas de queso sobre una tabla.

Y yo, con su camisa puesta —que me quedaba como un vestido con malas intenciones—, intentando no desmayarme por el olor a queso, romero y testosterona.

—¿Segura de que esto no va a terminar en intoxicación alimentaria? —pregunté, apoyada en la encimera mientras lo observaba como si fuera una mezcla entre chef gourmet y mito griego.

—Te sorprendería saber cuántas habilidades tengo —respondió, mientras partía una higuera con una soltura que me hacía dudar de toda mi existencia.

—¿Incluyen no envenenar la fruta? Porque eso me impresiona más que el resto.

—Estoy más preocupado por no envenenarte a ti… pero de ganas —dijo, sin mirarme, como quien comenta el clima.

Y yo, por poco, no me atraganto con el aire.

Le lancé un trapo de cocina a la cara. Lo atrapó con una mano. Por supuesto. Porque además de sexy, era rápido. Porque la vida es injusta.

—¿Tú cocinas a menudo? —pregunté, dándole un sorbo al vino que habíamos abierto por si la conversación necesitaba lubricante.

—Solo cuando me interesa impresionar a alguien —dijo, mirándome con esa sonrisa baja, peligrosa, como si supiera exactamente qué tecla estaba tocando.

Levanté una ceja.

—¿Y qué sueles hacer cuando no te interesa impresionar?

—Pido comida. O como en el avión.

—Claro. Tu jet privado. Cómo no. Disculpa, me distrajo el reflejo de tus privilegios.

—Puedo pedir disculpas en cinco idiomas.

—¿Incluido el lenguaje corporal?

—Ese lo domino.

Nos quedamos en silencio un segundo. No incómodo. De esos que se sienten como un colchón mullido. Un espacio cómodo entre dos personas que ya no están esquivando nada.

Hasta que él dijo:

—Gracias por dejarme entrar en tu casa.

Y yo, que había construido murallas con cemento armado y sarcasmo de alto grado, sentí que una parte se resquebrajaba.

—Gracias por no huir en cuanto viste la pila de platos sucios.

—Tenías platos sucios. Tenías la cama deshecha. Tenías el corazón blindado. Y, aun así, aquí estamos. Cocinando.

—¿Esto es cocinar? —pregunté, acercándome a la tabla con sospecha—. Porque se ve bien, pero…

—Cállate y pon la mesa.

Y lo hice. Y por alguna razón, hacerlo me dio una extraña sensación de paz. Como si preparar dos platos y poner las servilletas dobladas torpemente fuera un ritual íntimo. Íntimo de verdad. Más que desnudarse. Más que el sexo.

Como si decir *te hago un hueco en mi mesa* fuera, en el fondo, decir *te hago un hueco en mi vida.*

Nos sentamos. Nos miramos.

Y comimos. Sin prisas.

Con ese tipo de conversación que no necesita esfuerzo para fluir.

Hablamos del juego, de Lukas, de cómo yo todavía no entendía cómo ese nerd había conseguido mi número.

Duke me confesó que Lukas tenía un sistema de rastreo propio y una moral que solo aplicaba cuando le convenía.

—¿Así que es un hacker bueno?

—Es un hacker con moral selectiva. Básicamente, un gato.

—¿Y tú qué eres?

—Yo solo soy el tipo que se ha enamorado de una mujer que no tiene miedo de decir lo que piensa.

Se me cayó la uva de la mano. Literalmente.

Y él la recogió con la misma naturalidad con la que acababa de decir lo impensable.

—¿Qué? —pregunté, sintiéndome como si el mundo se hubiera inclinado cinco grados a la izquierda.

—Nada. Come. O te vas a quedar sin postre.

Y yo comí. Porque me dio miedo preguntar. Y porque postre, claro.

Estábamos terminando los últimos bocados cuando alguien llamó a la puerta.

Duke me lanzó una sonrisa enigmática. De esas que vienen con consecuencias.

—¿Estamos esperando a alguien? —pregunté, aunque lo sabía. Esa sonrisa no era inocente. Nunca lo era.

—Solo a alguien muy puntual.

Me levanté con cautela, como si fuera a abrirle la puerta a una caja de Pandora vestida de repartidor. Y ahí estaba: una caja blanca, elegante, con el nombre de un restaurante que yo había mencionado solo una vez y que Demon había elogiado como si fuera un templo sagrado de chocolate.

—No. No puede ser —murmuré, tomando la caja mientras el repartidor desaparecía como un cómplice silencioso.

—¿Lo reconoces? —preguntó Duke, ya de pie, apoyado en el marco de la cocina, brazos cruzados, sonrisa torcida.

—Esto es de Maison Chocolat. ¿Cómo…?

—Tú hablas. Yo escucho. Y tengo recursos.

—Tienes casas, aviones privados y acceso a lo que sea, querrás decir.

—Y tú tienes una obsesión patológica con el chocolate oscuro. Quiero estar a la altura.

Me giré, caja en mano, mirándolo como si fuera el octavo pecado capital.

—Sabes que esto es trampa, ¿verdad?

—¿Y si te digo que hay dos tenedores?

—¿Y si te digo que solo necesitamos uno?

Lo siguiente pasó rápido.

O tal vez no.

Tal vez fue lento. Deliberado.

Como si estuviéramos saboreando cada segundo como se saborea un bocado perfecto.

Me acerqué con la caja. Él me esperó.

Yo la dejé sobre la encimera, sin abrir.

Él me tomó por la cintura.

Y el postre dejó de importar.

Sus labios fueron más suaves de lo que recordaba. Más pacientes. Más decididos.

Me levantó con facilidad, demasiada, si me preguntas, y me sentó sobre la encimera, justo al lado de la tarta olvidada.

—¿Esto era parte del plan? —pregunté entre besos, mientras sus manos recorrían mis piernas con esa mezcla de urgencia y control que me hacía olvidar cómo conjugar los verbos.

—La tarta era el plan.

—¿Y esto?

—Esto es el bono sorpresa.

Le enredé los dedos en el pelo, porque necesitaba anclarme a algo que no se moviera. Pero error: él se movía. Como el mar. Como un terremoto. Como una tormenta perfecta.

Su boca bajó por mi cuello. Y no paró.

—¿Estás seguro de que no se va a derretir la tarta? —pregunté, aunque mi voz ya sonaba a jadeo disfrazado de sarcasmo.

—Voy a hacer que te olvides de que existe.

Y lo hizo.

Porque cuando sus dedos entraron bajo la camisa, suya, por cierto, y sus labios encontraron ese punto exacto entre mi cuello y mi clavícula, entendí que el postre no venía en caja.

Venía con nombre, acento americano y una forma de mirarme que decía: eres mía, aunque el mundo se caiga.

Y quizá eso era lo que me daba más miedo.

O lo que más me excitaba.

—¿Esto cuenta como cena completa? —pregunté minutos después, con las piernas aún enredadas en su cintura y la respiración intentando recordar cómo funcionaba el oxígeno.

Duke apoyó la frente en mi hombro, riéndose contra mi piel.

—Definitivamente incluía postre. Altamente calórico, por cierto.

—¿Y yo que pensaba que esto era un plan saludable?

—Lo es. Cardio. Músculos activos. Endorfinas. Y no te olvides del chocolate: antioxidantes.

—Lo estás inventando todo, ¿verdad?

—Absolutamente.

Me eché a reír mientras él me bajaba de la encimera con esa facilidad molesta que tienen los hombres que hacen pesas por afición.

—Voy a tener que pasarme tres semanas comiendo lechuga para compensar esto.

—O podemos hacerlo de nuevo. Y llamarlo rutina de ejercicio.

—¿Sabes que suenas como una app de fitness con problemas de adicción?

Me miró con esa expresión suya de *estoy a punto de decir algo estúpido pero irresistible.*

—¿Te gustaría que fuera tu entrenador personal?

—Solo si el uniforme incluye camiseta ajustada y silencio absoluto antes de las siete de la mañana.

—¿Y si me presento en tu puerta a las seis con café?

—Tendrás que negociar con la Grace demoníaca que existe antes de la cafeína.

—No me asusta.

—Eso dices ahora.

Me alejé para buscar dos platos y un cuchillo, porque ya que la tarta había sobrevivido al apocalipsis hormonal, merecía al menos un intento digno.

Duke me observaba desde la encimera, como si fuera perfectamente normal quedarse sin camisa y sin vergüenza después de... bueno, lo que acabábamos de hacer.

—¿Sabías que Demon dijo que esta tarta podía cambiar tu vida? —comenté mientras cortaba una porción exageradamente generosa.

—¿Y tú le creíste?

—¿Tú no? Demon tiene una voz que suena como si supiera cosas. Como si hubiera vivido diez vidas y en todas hubiera probado esta tarta.

—¿Te atrae Demon?

—No seas ridículo. Tiene nombre de villano de videojuego y me habla como si yo fuera una especie de monje zen en potencia.

—Tal vez te tiene miedo.

—¿Tú no?

Me miró. Sonrió.

Y entonces, muy tranquilo, se acercó, tomó el plato de mis manos, se llevó el primer bocado a la boca y cerró los ojos.

—Demon tenía razón.

—¿Lo ves? Si esto no es una religión, yo no sé qué es.

—¿Y qué más te ha recomendado Demon? —preguntó, curioso. Demasiado curioso.

Me lo pensé un segundo.

—Un libro de meditación, un sitio de masajes tailandeses y un té con nombre impronunciable que sabe a tierra mojada.

—¿Y todo eso también te lo creíste?

—Por supuesto. Si no puedes confiar en alguien que se llama Demon, ¿en quién vas a confiar?

Duke soltó una carcajada, esa que le sale del pecho y me hace reír, aunque no quiera. Me robó una cucharada de tarta y me besó la mejilla con restos de chocolate.

—Estás loca.

—Y tú eres un hombre que gasta cientos de dólares en postres solo para impresionarme.

—Funcionó, ¿no?

—Lamentablemente, sí.

Y ahí nos quedamos. Riendo. Comiendo. Medio desnudos y completamente vulnerables, pero por primera vez en mucho tiempo felices.

Y ni siquiera había que meditar para notarlo.

Nos tumbamos en la cama después de la tarta, como dos personas civilizadas que no habían hecho sexo en la cocina, ni habían reído hasta casi llorar. Duke se quedó apoyado sobre un codo, mirándome con esa mezcla entre ternura y deseo que empiece a dar miedo cuando te das cuenta de que te gusta demasiado.

Y que podría doler si se va.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Mmm.

—Eso suena a *estoy pensando demasiado.*

—Típico mío, ¿no?

Sonrió y me acarició el brazo, muy despacio, como si supiera que ahora no hacía falta nada más. Ni palabras. Ni explicaciones.

Suspiré.

—Hace horas que no toco el móvil —murmuré.

—¿Eso es raro?

—Sí. Normalmente, a estas horas, ya habría jugado una partida o al menos habría revisado el chat. Ver qué está haciendo Kookie, si Denci consiguió el trabajo... esas cosas.

Duke no dijo nada. Pero su mano seguía ahí, presente. Esperando.

—Es absurdo, ¿no? —seguí—. Me conecté al juego para distraerme. Para llenar un vacío que no sabía que tenía. Era cómodo. Seguro. Un lugar donde podía ser fuerte, divertida, donde podía ganar. Pero ahora...

Me giré para mirarlo. Él no apartó la vista.

—Ahora no siento que me falte nada.

Hubo un segundo, solo uno, donde me dio miedo decirlo. Porque cuando nombras algo así, lo haces real. Y todo lo real, eventualmente, puede romperse.

—Quizás sigo siendo esa chica que juega para escapar —admití —. Pero hoy no he sentido la necesidad de escapar de nada.

Duke se acercó y me besó la frente. Cerré los ojos. Me sentí ridícula por lo mucho que me tranquilizaba ese gesto.

—¿Y si el juego solo te estaba preparando para esto? —dijo él, en voz baja.

—¿Para qué?

—Para ganar algo que sí importa.

Me reí, bajito.

—Qué cursi.

—Lo sé. Estoy lleno de sorpresas.

Me acomodé mejor, pegando mi cuerpo al suyo. Estaba cálido. Fuerte. Humano.

No perfecto, pero perfecto para mí.

Al menos esta noche.

Y sí, tal vez mañana volvería a preguntarme por qué. O si esto era real. O si Kookie había ido a la fiesta con la sudadera morada o

la negra.

Pero esta noche no necesitaba respuestas.

Solo necesitaba esto.

A él.

A mí.

Y ese silencio cómodo que ocurre cuando, por fin, dejas de huir.

# Capítulo 13

## *Grace*

Los golpes en la puerta fueron tan violentos que, por un segundo, creí que era el fin del mundo. Y que habían decidido empezar por mi casa.

Me senté en la cama de golpe, con el corazón en la garganta y el alma medio extraviada entre las sábanas.

—¿Qué diablos? —murmuré, aún medio dormida.

Duke ya se había levantado. Pantalones, mirada letal. Como si su cerebro tuviera un interruptor especial para situaciones de emergencia. Spoiler: lo tenía.

—Quédate aquí —ordenó en voz baja, mientras se dirigía hacia la puerta con pasos silenciosos, controlados, letales. El tipo estaba hecho para estas cosas.

—Es mi casa —le recordé desde la cama, envuelta en su camisa. Genial para mantener la dignidad; no tan útil si la situación requería huir o hacer artes marciales.

Los golpes volvieron. Más fuertes.

Duke no preguntó. No dudó. Simplemente abrió.

Y ahí estaban.

Dos agentes de policía. Uno con expresión de *soy el fin de tu fiesta*, el otro con esa cara neutra que usan cuando no saben si la situación acabará con café o con esposas.

—¿Señorita Grace? —preguntó el más serio, pasando por alto al hombre de casi dos metros que tenía delante.

—Soy yo —dije, apareciendo a su lado, descalza, despeinada y con cara de pocos amigos.

Ambos me miraron. Uno relajó ligeramente el gesto. El otro no pestañeó.

—Recibimos una llamada —explicó—. Un vecino informó gritos, ruido fuerte. Posible situación de violencia doméstica.

Duke tensó los hombros, como si su cuerpo ya se preparara para intervenir, o para derribar a alguien. A cualquiera. A todos.

—¿Está bien, señorita? —me preguntó el otro agente, con tono suave. Como si esperara que yo rompiera a llorar o revelara un secreto familiar.

—Estoy perfectamente. Estábamos durmiendo.

—¿Podemos entrar para verificar?

Duke abrió la boca, pero yo levanté una mano antes de que dijera algo.

—Sí, claro. Es mi casa. Adelante.

Los dos entraron, escaneando cada rincón como si buscaran restos de una explosión emocional. No los culpo: había ropa en el suelo, copas vacías en la encimera.

Y bueno…

Yo, con cara de post-beso, post-noche, post-todo.

Uno de ellos me miró.

—¿Está segura de que está bien?

—Sí. ¿No me ve? Este es mi aspecto normal a las cinco de la mañana cuando alguien me arranca del sueño REM.

El borde ni sonrió. El otro, el amable, bajó la mirada con una especie de touché en los ojos.

—Bueno, si algo cambia, llame. El aviso fue anónimo, pero describía gritos y posibles sonidos de pelea.

—No hubo pelea —dijo Duke, seco, aún sin moverse de su sitio, como si protegiera el perímetro.

—No —corroboré—. Solo gente normal intentando vivir su vida en paz, lo cual, por lo visto, molesta bastante a mis vecinos.

Los agentes intercambiaron una mirada. Asintieron. Se disculparon, aunque uno lo hizo sin mucha convicción. Y salieron.

Cerré la puerta. Apoyé la espalda contra ella y suspiré.

—¿Qué fue eso? —pregunté, aún con el corazón a mil.

Duke no respondió de inmediato. Me observó, como si comprobara que realmente estaba bien. Como si todavía esperara que algo explotara.

—Puede ser una advertencia —murmuró finalmente.

—¿De quién?

—No lo sé. Pero a las cinco de la mañana, nadie toca la puerta porque sí.

Lo miré. Me acerqué. Apoyé una mano en su pecho.

—Podríamos ignorarlo solo por hoy.

—Grace...

—Solo por hoy —repetí—. Mañana salvamos el mundo. Esta madrugada solo necesito café. Y a ti. En ese orden. O juntos.

Él sonrió, aunque su mirada seguía alerta.

Y mientras volvíamos a la cama, ya sabíamos que la noche había cambiado. Que ahora había más que química, postres y besos.

Había tensión. Había señales.

Y probablemente un vecino muy aburrido que acababa de declararme la guerra.

***

Me desperté con esa calma deliciosa que solo se siente cuando la vida parece perfecta. Y entonces recordé que era lunes.

—¡Mierda! —salí disparada de la cama como si me hubiera explotado una bomba emocional en la cara.

Duke se removió entre las sábanas con esa expresión suya de *puedo dormir, aunque caiga el mundo*. Porque claro, el mundo no le cae a él. Él lo detiene con una ceja.

—¿Grace?

—¡Trabajo! ¡Es lunes! ¡Tengo una reunión a las nueve, no he preparado nada, no he contestado ni un solo correo y mi jefe va a tener una apoplejía y…!

—¿No ibas a tomarte el día libre?

—¡Eso fue ayer! ¡Hoy tengo que fingir que soy una adulta funcional!

En veinte minutos estaba vestida, maquillada a medias y con la melena domada por lo que solo puede describirse como magia negra. Duke, por supuesto, ya estaba duchado, vestido y perfectamente planchado. Porque claro. Porque él.

—¿Lista? —preguntó, entregándome mi bolso como si fuéramos camino a una gala y no a una tortura laboral con café de máquina.

—No, pero eso nunca detuvo a nadie.

Bajamos a la calle. Y ahí fue cuando lo vi.

Una limusina.

Una. Limusina.

Parpadeé. Lo miré.

—¿Eso es en serio?

—Pensé que estarías cansada —dijo, como si lo más normal del mundo fuera pedir una limusina un lunes a las ocho de la mañana. ¿Café? ¿Pan? ¿Chofer con gorra? Lo básico.

—Duke…

—Es solo por hoy. Para que te relajes. —Sonrió. Ese tipo de sonrisa que hace que una parte de ti se derrita y la otra quiera empujarlo bajo un autobús.

Y entonces lo vi. Dos coches más. Uno delante. Otro detrás.

—No. No. No. No. ¿Qué es esto? ¿La secuela de Bodyguard pero sin banda sonora?

—Son guardaespaldas —dijo, como si me estuviera informando que había pan en la despensa.

—¿Por qué demonios necesito guardaespaldas?

—Porque alguien llamó a la policía anoche y no sabemos quién fue. Porque alguien hackeó tus cuentas. Porque alguien te está observando. Y porque no pienso correr riesgos.

Me crucé de brazos, al borde del colapso nervioso y del romance tóxico. Era una línea muy fina y yo estaba bailando sobre ella en tacones.

—Esto no es normal.

—Tú tampoco —replicó, abriendo la puerta de la limusina—. Y por eso me gustas.

Suspiré. Entré. Porque a pesar de todo, el asiento era de cuero, el aire olía a jazmín, y el chófer me ofreció un café y una sonrisa profesional.

Dios.

¿Y si esto se volvía adictivo?

Mientras nos alejábamos, los coches de delante y detrás como una coreografía de lujo innecesario, yo solo podía pensar en una cosa:

Era lunes. Iba tarde al trabajo. Tenía ojeras. Y viajaba como una Kardashian en modo paranoia.

¿Dónde está el manual de instrucciones para esto?

Y más importante aún…

¿Dónde se apaga el universo?

No sé en qué momento exacto decidí que volver a la oficina era una buena idea. Tal vez fue cuando vi el café en la cocina y asumí erróneamente que el universo estaría de mi lado si llevaba tacones y una sonrisa decente.

Spoiler: no lo estaba.

Karen llevaba diez minutos (o diez siglos, depende de cómo se mida el sufrimiento) echándome una bronca digna de una telenovela de oficina.

—No puedes ir por ahí saltándote los protocolos, Grace. ¿Tú sabes lo que cuesta rehacer una presentación porque alguien no actualizó los datos del Q4?

—Sí, Karen. Sé exactamente lo que cuesta. Porque fui yo quien lo rehízo ayer mientras tú hacías… lo que sea que haces cuando no estás mirándome con odio silencioso.

—No es odio —respondió, cruzándose de brazos—. Es decepción. Peor.

Tenía la puerta abierta, porque claro, la humillación siempre sabe mejor si se sirve en bufé para el resto del equipo. Yo asentía como buena mártir corporativa, mientras mentalmente me fugaba a Bora Bora. O a una cafetería decente. Con Wi-Fi y cero jefas con complejo de sargento.

Y entonces, como si el universo quisiera disculparse por su comportamiento de mierda, entró Duke.

Sí. Entró. Como si trabajara allí. Como si tuviera una tarjeta de acceso mágica. Como si, no sé, hubiera sobornado al recepcionista con promesas de libertad financiera y whisky caro.

Se detuvo en el marco de la puerta, apoyado con esa confianza de quien sabe que es una interrupción bienvenida.

—Hola —dijo, dirigiéndose a mí con una sonrisa que habría derretido el alma de Stalin.

Yo parpadeé. Dos veces. Mi cerebro hizo el equivalente a reiniciar Windows.

Karen se quedó congelada.

Literalmente. Como si alguien hubiera pulsado pausa en su sistema nervioso.

—Grace… —susurró, en trance—. ¿Quién es…?

—Duke —respondió él, avanzando hacia mi escritorio como si fuera su sala de reuniones personal—. Vengo a recogerla para el almuerzo.

Me pregunté por qué no uso su verdadero nombre.

—¿Tú cómo has entrado? —pregunté, intentando no sonar como una adolescente descubierta en plena videollamada con su crush.

—Digamos que tengo mis recursos —me guiñó un ojo—. Y una secretaria encantadora abajo que cree en el amor.

Karen seguía allí. Respirando agitadamente. Posiblemente enamorándose. Patéticamente.

—Encantada —dijo, extendiéndole la mano como si estuviera saludando a la realeza—. Karen. Soy la jefa de Grace. Bueno, más bien, su mentora. Supervisora. Modelo que seguir.

Yo puse cara de ajá, claro, Karen, mientras mentalmente le lanzaba un PowerPoint a la cabeza.

—Un placer —respondió Duke con una cortesía tan perfecta que me dieron ganas de rodar los ojos y lanzarme a besarlo al mismo tiempo. Confusa, yo.

—Grace no me había contado nada de usted —añadió Karen, sonriendo con todos los dientes, como si estuviera en un comercial de dentífrico emocional—. Aunque ahora lo entiendo. Algunas cosas hay que guardarlas para uno mismo.

Duke soltó una risita. Yo quise morir. Enterrarme. Revivir. Morir de nuevo.

—¿Puedo secuestrarte ya o tu mentora necesita cinco minutos más de humillación profesional?

—Secuéstrame. Ya.

Karen intentó articular algo, pero lo único que salió fue una mezcla entre gñh y ahhh. Dignidad evaporada.

Me levanté, cogí mi bolso, y antes de salir, le dediqué mi mejor sonrisa corporativa (versión vete al diablo con brillo labial):

—Te paso el informe en cuanto vuelva. Me lo llevo para reflexionar.

Y salí del despacho con Duke a mi lado, preguntándome seriamente si eso era lo que sentía Cenicienta al subirse a la carroza.

Spoiler: la mía tenía escolta armada y una reserva en el restaurante más caro de la ciudad.

Y sinceramente…

No estaba nada mal.

El restaurante era bonito, pero sin pretensiones. De esos sitios que no necesitan lámparas doradas ni camareros con acento francés porque ya saben que la comida te va a hacer ver a Dios. Una especie de elegancia sin esfuerzo. Como Duke.

Me había dicho que no era nada formal. Que podía ir tal cual. Que me relajara. Y yo, idiota emocional en potencia, igual me había retocado el maquillaje en el coche.

Nos sentaron junto a una ventana. Mesa con mantel blanco, servilleta de tela y cubiertos que definitivamente no venían de un cajón caótico como el mío. Duke pidió por los dos sin mirar el menú. Y no sé por qué eso me hizo sonreír. Bueno, sí sé: porque era sexy. Y porque últimamente tenía un índice de aciertos superior al de Google.

—¿Qué? —preguntó, al pillarme mirándolo por encima de la copa de agua.

—Nada. Solo me hace gracia cómo pides sin consultar. Como si fueras un villano de Bond que no necesita aprobación para nada.

—¿Y si te digo que Lukas me pasó tus preferencias alimenticias en un Excel? —sonrió.

—No sé si eso es adorable o aterrador.

—Un poco de ambas, probablemente.

Me reí, bajando la mirada justo cuando su rodilla rozó la mía.

Un gesto pequeño. Casi accidental. Pero mi corazón hizo una voltereta olímpica y decidió acampar en mi garganta. No sé si fue

por el roce en sí o por el hecho de que no se apartó. Ni yo.

Hablamos de cosas suaves. Música, viajes, el vestido que me había dejado esa mañana, que todavía no superaba, por cierto. De cómo me había sacado de la cama con una limusina y dos coches de escolta como si estuviéramos en un remake millennial de The Bodyguard.

Y entonces, sin previo aviso, su mano se deslizó hasta la mía. Con calma. Con decisión. Como si no fuera gran cosa. Como si mi sistema nervioso no estuviera a punto de hacer combustión espontánea.

No fue solo el contacto. Fue la temperatura. La textura. La seguridad.

Y también el puto caos que provocó en mí. Un terremoto emocional en la escala Grace de Richter.

—Lukas me llamó esta mañana, después de dejarte en la oficina —dijo, como si no acabara de reprogramarme el sistema operativo con un simple toque de pulgar.

Asentí, intentando no parecer demasiado colapsada.

—¿Y…? ¿Qué dijo?

—Pudo rastrear la llamada que recibió la policía anoche. Venía de un número encriptado, pero cometieron un error. Una microfiltración de metadatos por geolocalización. Típico de alguien brillante, pero, emocionalmente inestable.

—¿Y… era…?

—DarkHound. —Su tono bajó, como si su sola mención fuera suficiente para cambiar la atmósfera—. Usó una red oculta para hacer la llamada. Lukas tardó, pero está seguro. Además, detectó actividad desde la misma IP intentando entrar otra vez en tu cuenta esta madrugada.

Tragué saliva.

—¿Cómo sabía dónde vivo?

—Eso es lo que estamos investigando ahora. Puede que sacara la información de algún dato antiguo del juego o… —hizo una pausa breve— o tal vez no sea quien dice ser.

El mundo se volvió un poco más borroso. No por miedo. Por rabia. Por vulnerabilidad. Por esa sensación de estar jugando en un

tablero que alguien más había armado sin siquiera darme una ficha decente.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté, sabiendo ya la respuesta. Porque en su mundo, en el mundo de ellos, la gente como DarkHound no se quedaba sin consecuencias.

Duke me apretó suavemente la mano, esa forma suya de decir no estás sola en esto sin palabras innecesarias.

—Vamos a asegurarnos de que no vuelva a tocarte ni con un pensamiento.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que alguien lo decía en serio.

Cuando llegó el postre, una tarta de chocolate que probablemente costaba más que mi sueldo, él la empujó suavemente hacia mí.

—Por si el susto de la policía no te dejó dormir bien —dijo, como si no acabara de revelarme que había un genio perturbado obsesionado conmigo.

Sonreí, cogí el tenedor, y me permití un lujo que no me había concedido en semanas: estar presente.

Estar aquí. Con él.

Sin mirar el móvil.

Sin pensar en el juego.

Sin preocuparme por nada.

Y ahora, con Duke frente a mí, tocándome como si mi piel fuera un secreto que quería memorizar…

Tal vez lo estaba.

***

A las seis en punto, Karen me lanzó una última mirada fulminante por haber respirado con demasiado entusiasmo en una reunión y me dio vía libre para salir. Me puse la chaqueta como quien escapa de prisión. Justo al cruzar el hall del edificio, lo vi.

Apoyado en su coche. Bueno, en mi coche. O más bien, en la limusina que había secuestrado para convertirla en mi carruaje personal desde hacía unas horas.

Y ahí estaba él. Duke. Con esa mezcla perfecta de elegancia casual y amenaza latente, como si acabara de salir de una película de espías que no necesita efectos especiales porque él es el efecto especial.

—¿Venías a secuestrarme otra vez? —pregunté, sin frenar el paso.

—No, esta vez es una cita oficial. Tengo incluso autorización del gobierno.

—¿Del gobierno o de Lukas?

—Lukas es el gobierno.

Me reí. Él abrió la puerta del coche como si estuviéramos en un estreno de alfombra roja. Subí, y en cuanto nos acomodamos, el ambiente cambió. No había música, solo ese silencio lleno de electricidad que se formaba cada vez que nos quedábamos a solas demasiado tiempo.

—Vamos a mi apartamento —dijo, mirándome de reojo.

—¿Y esa suerte?

—Tengo una sorpresa. Pero necesitas ponerte algo bonito.

—¿Más bonito que esto? —bromeé, señalando mi vestido de oficina, que parecía un tributo a la austeridad textil.

—Mucho más bonito. Y no acepto réplicas.

Su apartamento era exactamente lo que esperaba: elegante, impersonal y carísimo. Como si alguien hubiera contratado a un diseñador de interiores y le hubiera dicho: haz que parezca que vivo aquí, pero sin que se note que tengo emociones.

Sobre la cama, había una caja.

Negra. Con lazo.

—¿Esto es una amenaza o una promesa? —pregunté, mirándola de reojo.

—Ábrela y lo sabrás.

La abrí.

Y bueno. Qué puedo decir. Si la belleza se pudiera empaquetar, licuar y convertir en vestido, eso era lo que tenía entre las manos.

Era de un tono azul oscuro casi negro, con una caída suave y una abertura lateral indecente que gritaba: lo elegí yo, y sí, quiero verte sufrir al ponértelo.

—¿Esperas que me ponga esto delante de ti?

—Lo espero, lo planeé y lo necesito para sobrevivir.

—Eres un desastre.

—Lo soy. ¿Y tú?

—Voy a ponerme esto. Y luego vas a necesitar ayuda para mantenerte civilizado.

Spoiler: no se mantuvo civilizado.

Me puse el vestido. Y él, después de una mirada que tardó dos minutos exactos en recorrerme de arriba abajo, cronometrados, te lo juro, me empujó contra la pared con una delicadeza brutal.

—¿Tienes idea de lo que me haces sentir cuando te pones algo así? —murmuró contra mi cuello.

—¿Orgullo estético?

—Jodido.

Y sí, me folló hasta que me dejó con las piernas temblando y el corazón directamente saliéndose por la boca.

Media hora más tarde, ya íbamos camino al destino: la casa de Demon.

Bueno, casa no. Ático. Superático. El tipo de lugar que tiene un ascensor solo para tus zapatos y ventanas que te hacen dudar si necesitas gafas o estás viendo una dimensión paralela de lo limpio que está todo.

La limusina se detuvo frente a un edificio que parecía un museo moderno. Vidrio, acero y lujo silencioso. Sídney se desplegaba detrás como una postal indecente.

—¿No podíamos pedir delivery? —pregunté, tragando saliva mientras caminábamos al ascensor privado.

—¿Y perderte esta vista?

—¿La de la ciudad o la de tu ego inflado por traerme aquí?

—Ambas.

El ascensor nos llevó hasta el último piso. Y cuando las puertas se abrieron ahí estaba la puerta. Gigante, de madera oscura con herrajes negros. Muy Demon todo. Esa mezcla de sofisticación y amenaza que parecía ser el requisito no escrito para ser parte del Hero Team.

Duke levantó la mano y llamó con los nudillos, tres golpes firmes.

Yo respiré hondo, sin saber que al otro lado de esa puerta me esperaba una sorpresa.

Pero lo sabría en segundos.

# Capítulo 14

## *Grace*

La puerta se abrió con un suave clic.

Y ahí estaba él.

Demon.

Un metro noventa de carisma hecho carne, con esa sonrisa de tiburón encantador y la camisa ligeramente desabrochada como si no supiera exactamente lo que provocaba. Apoyado contra el marco como si él también fuera parte de la arquitectura. O peor, como si supiera que el edificio colapsaría sin su peso.

—Grace, cielo… —dijo con voz grave y peligrosamente segura de sí mismo—. ¿Vienes a matarme o a enamorarme? Porque, de cualquier forma, necesito sentarme.

Duke soltó una risa por lo bajo detrás de mí. Como si no hubiera escuchado lo que Demon acababa de decir. Spoiler: sí lo escuchó. Pero claro, también sabía que Demon era así. Imposible no amarlo. O al menos perdonarlo.

—Hola, Demon —dije, intentando no reírme. Ni sonrojarme.

Fallé en ambas cosas.

Entramos al ático.

Y fue como cruzar un portal.

Cristales de suelo a techo, la bahía desplegándose como una pintura viva, luces tenues, música en un idioma que sonaba caro y exótico y al fondo, en el salón, él.

Me detuve.

Mi corazón también.

Porque lo vi.

Aias.

No necesitaba confirmación. Ni una palabra. Ni siquiera escuchar su voz.

Lo supe.

La postura. La mirada. Esa sonrisa tranquila que parecía decir: sé exactamente dónde estás, y me alegra verte llegar.

Y los ojos.

Dios. Esos malditos ojos.

Azul hielo. Casi plateados. Como si alguien hubiera mezclado luz de luna y la hubiera vertido directo en sus pupilas.

Era hermoso. No en ese sentido artificial de catálogo. No. Esto era épico. Como una estatua griega que había decidido tomar forma humana solo para venir a darme un abrazo. Alto. De hombros amplios. El cuerpo definido, pero sin exagerar, como si cada músculo tuviera un propósito.

Llevaba vaqueros y una camiseta simple, pero parecía que la ropa se adaptaba a él, no al revés. El cabello castaño claro, revuelto de esa manera que decía me acabo de levantar de la cama... y sí, estabas en ella. Piel bronceada como si viviera saltando de una isla privada a otra.

Y entonces… me vio.

Su sonrisa se ensanchó. Solo un poco. Pero suficiente.

—¿Grace?

No sé cómo crucé la distancia. No sé si corrí, volé o me teletransporté, pero cuando reaccioné, estaba abrazándolo. Con los brazos alrededor de su cuello, con las lágrimas empujando desde adentro. Y él me envolvía. Fuerte. Cálido. Seguro. Justo como lo había imaginado todas esas noches de conversación.

—No puedo creerlo —dije, riendo y llorando al mismo tiempo—. ¿Eres real? ¿Eres tú?

—En carne y hueso, preciosa.

Y sí, me dijo preciosa.

Porque Aias era así.

Mi confidente.

Mi compañero de misiones virtuales y confesiones reales. El que sabía cosas de mí que ni yo me atrevía a pensar. Y ahora estaba aquí. Conmigo. No tras una pantalla. No desde un chat.

Aquí.

Me separé a regañadientes. Como si el universo estuviera en pausa y yo me negara a darle al play. Me sentía como una niña que acaba de encontrar su manta favorita después de haberla perdido en un aeropuerto.

Y entonces la vi.

Estaba a un paso de nosotros. Había permanecido en silencio, observando. Con una sonrisa serena. Como si llevara siglos esperando su turno para entrar en escena.

Alta. Esbelta. Con la clase de belleza que no se grita, pero se impone. De esas que te hacen enderezar la espalda sin darte cuenta. Piel clara como porcelana. Cabello rubio platino en ondas perfectas. Labios carnosos que sonreían como si supieran algo que tú aún no habías descubierto.

Y los ojos.

Grises. Fríos. Inteligentes.

Escanearon todo de mí. Con amabilidad. Pero de esa que te hace dudar si te están abrazando o apuntando con láser.

—Tú debes de ser Grace —dijo, con una voz modulada como si hubiera sido entrenada por la realeza. Ni muy dulce. Ni muy seca. Exactamente en el centro de lo intimidante y lo encantador.

Asentí. Por reflejo.

Por dentro, una vocecita gritó:

Oh-oh.

—Y tú eres… Elsa —dije. No era una pregunta.

Claro que lo era. Elsa. R4. La estratega. La diplomática. La favorita de Aias. La voz calmada en los chats, la mente maestra en la alianza, la chica que todo el mundo respetaba y que yo, muy en secreto, había intentado no envidiar.

Ahora estaba aquí. De carne y hueso. Irradiando esa mezcla letal de perfección y sofisticación como si hubiera sido diseñada en un laboratorio de mujeres ideales para dejar al resto del planeta con complejo de cucaracha emocional.

—Me alegra mucho conocerte al fin.

Elsa se acercó y me dio dos besos en las mejillas. Y lo hizo con esa clase de calidez impecable que te desarma. La que no puedes

fingir. La que te deja sin defensas, sin sarcasmos, sin espacio para no quererla.

Aias la miró con algo que parecía orgullo. No celos. No ternura. Orgullo. Como si me la presentara para que entendiera algo que aún no sabía.

Y ahí fue cuando lo sentí.

Un escalofrío.

Sutil. Ínfimo. Como cuando una melodía perfecta tiene una sola nota fuera de lugar y no sabes si fue a propósito o un error que nadie corrigió. No era miedo. No eran celos. No era intuición. Era ruido. Un zumbido leve bajo toda la armonía.

No hice nada.

No dije nada.

Sonreí.

Porque eso es lo que haces cuando estás en la casa de un millonario encantador, con tu mejor amigo digital convertido en semidiós griego, saludando a la mujer que probablemente fue su otra durante los años que tú también lo creías solo tuyo.

Y finges. Que todo está bien.

Quizá lo estaba. ¿O no?

La cena fue… irreal. De esas que parecen escritas por alguien que nunca ha tenido que calentar sopa en el microondas. Risas, platos imposibles de pronunciar, copas de vino que sabían a escapadas a la Toscana con alguien que te lee Neruda al oído.

Demon era el anfitrión perfecto, como si la mansión fuera una extensión de su ego. Elegante, peligroso, deliciosamente desvergonzado. Camisa blanca arremangada, sonrisa de escándalo y el tipo de humor que debería venir con advertencia: Podría hacer que te olvides de tus estándares.

Elsa se sentó a mi lado.

Y en menos de cinco minutos ya nos estábamos riendo como si fuéramos viejas amigas que comparten secretos de alcoba y marcas de lápiz labial. Era brillante. Sagaz. Tan encantadora que me sentí estúpida por haber dudado de ella.

O eso quise pensar.

—Así que tú eres Grace —repitió, sirviéndose más vino con la precisión de una diplomática entrenada—. Ahora entiendo por qué Aias se pasaba horas conectado. Eres más interesante que todo el juego junto.

—Eso explica por qué nunca subía de nivel —dije, alzando una ceja.

—Y que nunca me escuchabas —añadió Aias desde el otro extremo, sonriendo con una familiaridad que dolía más de lo que debía.

—¿Quién necesita niveles cuando tienes drama? —rematé, brindando con mi copa.

A mi izquierda, Duke no decía una palabra.

No porque no tuviera nada que decir.

Porque estaba escuchando todo.

Su mano en mi rodilla, sutil pero firme. Su pulgar dibujando círculos lentos sobre mi piel, como una promesa muda. Como si me dijera estás conmigo.

Pero cuando Aias se inclinó para contarme una anécdota sobre Denci y un emoji malinterpretado, que me hizo reír hasta que casi lloro, el pulgar de Duke se detuvo. Solo un segundo.

Y luego continuó.

Más lento. Más firme.

Como si se reprogramara a sí mismo para no romper la copa con la otra mano.

Elsa lo notó. Claro que lo notó.

No dijo nada.

Solo sonrió.

Esa sonrisa tranquila. La que usan los jugadores de ajedrez cuando ya movieron la pieza clave y solo esperan a que tú lo entiendas.

Fue Aias quien, con el aplomo de un rey que nunca alza la voz, se giró hacia Duke con una calma cargada de dinamita.

—No tienes que preocuparte —dijo, sin apartar la vista de él—. Grace es lista. Y si la tratas bien, no tendrás problemas conmigo.

Pausa.

Larga.

Sostenida.

—Si no la tratas bien, entonces sí los tendrás.

La mesa entera se quedó sin aliento. Pero nadie se atrevió a respirar distinto.

Duke lo miró. Sostuvo la mirada. Le devolvió la sonrisa.

Más lenta.

Más peligrosa.

—No pienso tratarla de otra forma —dijo. No fue una promesa.

Fue una amenaza.

Al universo entero. Por si se le ocurría interponerse.

Y yo masticaba mi ravioli como si fuera un artefacto explosivo que debía desactivar en silencio.

—¿Voy a tener que sacarles una regla para medir egos? —solté, rodando los ojos.

Demon soltó una carcajada. Elsa brindó por mi audacia. Aias me guiñó un ojo como si supiera que lo decía en serio. Y Duke… apretó mi rodilla.

Y por primera vez en años, me sentí vista. No como alguien que intenta encajar, sino como alguien que ya está en el centro del escenario.

No estaba sola.

Era uno de los

Estaba rodeada.

Protegida.

Elegida.

Y sí, empezaba a entender por qué mi vida antes de Duke me parecía tan tranquila.

Demasiado tranquila.

El postre llegó como una bendición disfrazada de azúcar: tarta de pistacho con limón, volcán de chocolate con helado artesanal, y una reinvención conceptual del tiramisú que sabía a pecado bendecido por el Vaticano.

Yo me fui directo al volcán. Porque si algo iba a explotar esa noche, que al menos tuviera chocolate.

—Dios —murmuré tras el primer bocado, cerrando los ojos—. Esto es mejor que el sexo.

Duke carraspeó.

—Perdón, mejor que casi todo el sexo —corregí con cara de inocente.

Demon alzó la copa por mí. Elsa me aplaudió con gracia.

Y Aias me ofreció su cucharita.

Como si eso, de alguna manera, validara toda mi existencia.

Y justo cuando pensaba que la noche no podía mejorar, Aias se reclinó en la silla, con esa expresión suya de sé algo que ustedes no saben.

—¿Saben quién está enamorado de Kookie?

Silencio.

—Lukas —dijo, como si estuviera anunciando el fin del mundo. O el inicio de uno nuevo.

Yo me atraganté con un trozo de tarta.

Elsa levantó la ceja, interesada.

—¿Nuestro Lukas? ¿Lukas el tecnosexual? ¿Lukas el que podría hackear la NASA desde el baño, pero no puede mantener una conversación de más de cinco segundos con una mujer?

—Ese mismo —confirmó Aias, divertido—. Está perdidamente, científicamente enamorado de Kookie.

—Esto —dijo Elsa, alzando su copa— me lo veía venir.

—¿En serio? —pregunté, aun procesando—. ¡Pero si parecía que solo la toleraba!

—Grace, cariño —dijo Elsa, en tono de experta—, eso es exactamente lo que hacen los hombres que están perdidamente enamorados. Actúan como si no te soportaran porque su cerebro está demasiado ocupado gritándoles: ¡Pánico! ¡Atracción no autorizada!

—Y yo pensaba que estaba siendo amable con ella solo para que no explotara todo el juego —murmuré, aún en shock—. Ay, Dios. Esto lo cambia todo.

—Él todavía no lo ha dicho en voz alta —aclaró Aias—. Pero se nota. La forma en que se pone tenso cuando alguien menciona su nombre. O cuando Demon dice que Kookie es guapa.

—Lo es —dijo Demon, sin vergüenza.

—Sí, pero no puedes decirlo delante de Lukas sin que parezca que va a fundirse por dentro —añadió Aias.

Duke no decía nada. Solo observaba la conversación con una mezcla de interés y resignación, como si estuviera presenciando una versión gourmet del drama adolescente.

—¿Y Kookie? —pregunté.

—No tiene ni idea —dijo Elsa—. Y si la tiene, está jugando sus cartas con más habilidad que todos nosotros juntos.

—Típico —resoplé—. Yo me enamoraba y lo publicaba en el muro del colegio con corazones. Estos niños de hoy no sienten, hacen estrategia.

—No sabía que la cena incluiría salseo —murmuró Duke, apoyando la mano en mi espalda—. ¿Hay postre también para eso?

—Claro —le dije, dándole un trocito con mi tenedor—. Pero cuidado, este sí quema.

Él lo aceptó sin dejar de mirarme.

Y mientras el resto discutía sobre si era posible organizar una operación de intervención amorosa para Lukas sin destruirlo emocionalmente, yo solo pensaba una cosa:

Esta vida. Esta mesa. Esta versión de mí… me gustaba.

Y si Lukas estaba enamorado de Kookie, entonces tal vez había esperanza para todos los raros emocionales de este grupo.

Hasta para mí.

Cuando el tema Lukas y su corazón confundido comenzó a apagarse, en parte porque Aias ya estaba organizando una especie de operación Cupido cibernética y Elsa le decía que no era buena idea hackear el Tinder de nadie, Duke se giró hacia Aias con una ceja alzada y una pregunta que parecía tener guardada desde hacía rato.

—¿Y tú? —preguntó, con ese tono relajado que usaba cuando en realidad no lo era—. ¿Qué haces aquí, Aias? Pensé que estabas en mitad de una expansión en Grecia.

Aias le devolvió la mirada con una sonrisa tranquila.

—Lo estoy. Pero tenía que cerrar un par de reuniones en Asia. Y cuando descubrí que Elsa también estaría en esta parte del mundo,

bueno… —se encogió de hombros como si cruzar continentes por coincidencias fuera normal—, me pareció buena idea pasarme.

—¿Coincidencia? —pregunté, mirando a Elsa.

—Una de esas que parecen escritas por el universo —respondió ella, con una sonrisa elegante y una copa de vino en la mano—. Vine por trabajo. Estoy haciendo una auditoría encubierta para una cadena de hoteles. Ya sabes, comprobar si todo funciona como debería, si los servicios están al nivel que prometen, ese tipo de cosas.

—¿Eres como… una espía de cinco estrellas? —pregunté, fascinada.

—Freelance, eso sí. Me mandan a resorts de lujo, hoteles boutique, incluso complejos en islas privadas. Me hago pasar por una clienta, disfruto de todo, y después entrego un informe que puede salvar o hundir al gerente. Es divertido.

—Y cruel. Me gusta —murmuré.

—Y cuando aterrizó en Sídney —siguió Aias, interrumpiéndome antes de que hiciera más preguntas que pudieran parecer un intento de robarle el trabajo—, salía justo del aeropuerto cuando nos encontramos. Literalmente. Yo estaba saliendo y ella entrando en un coche de empresa. Fue como en las películas.

—¿Y tú la invitaste a casa de Demon porque…?

—Porque me parece gracioso verte sufrir un poco con tantos desconocidos en tu terreno —dijo Aias con malicia mientras le daba un sorbo a su whisky—. Aunque te estás portando sorprendentemente bien, Duke. ¿Te estás ablandando?

Duke no contestó. Solo me miró.

Y luego me cogió la mano debajo de la mesa, como si la respuesta estuviera ahí.

Elsa, por su parte, sonrió con cortesía mientras aceptaba más tarta y se acomodaba en el sofá.

—Y que conste que me quedo unos días más. Todavía tengo tres hoteles que inspeccionar. Aunque sospecho que este grupo de psicópatas emocionales es más divertido que cualquier jacuzzi de lujo.

—¿Eso fue un halago? —pregunté, con la cabeza inclinada.

—Fue una advertencia —dijo, sonriendo—. Cuando se pone interesante, suelo quedarme.

A esas alturas de la noche, yo ya no sabía si la tarta de chocolate tenía algún tipo de droga o si simplemente estaba intoxicada por la mezcla explosiva de emociones, gente atractiva y frases sutilmente amenazantes disfrazadas de cariño.

Elsa hablaba con Demon sobre arquitectura —porque, aparentemente, también era experta en estructuras sustentables, ¿quién no lo es hoy en día? — y Aias se reía de algo que Duke había dicho. Yo solo los miraba.

Y por un momento me detuve a pensar. No como cuando uno piensa en qué pedir del menú. No. Una pausa real.

Los estaba mirando. A todos ellos.

Aias, con quien había compartido tantas noches sin dormir, hablando de todo y de nada.

Lukas, que me mandaba mensajes cuando sospechaba que estaba triste, aunque yo no dijera nada.

Demon, que me hacía reír cuando el mundo me parecía insoportable.

Incluso Elsa, que en apenas una hora me había caído demasiado bien como para no sospechar que tenía algún tipo de pacto oscuro con fuerzas desconocidas.

Y Duke… bueno. Duke era el caos inesperado que había convertido todo en algo real.

Me di cuenta, de golpe, que aquellos personajes que antes vivían dentro de una pantalla ahora eran parte de mi vida. De verdad. Reales. De carne, hueso, y ropa carísima.

Mis amigos. Mis aliados.

Mi equipo.

No supe si sonreír o llorar, así que opté por la opción más adulta: un sorbo largo de vino.

La noche terminó y Duke me llevó de vuelta a casa. No dijo nada en el coche, solo me miraba como si aún estuviéramos en medio de esa cena, como si necesitara tiempo para bajar a tierra. O tal vez era yo la que lo necesitaba.

Entramos a mi apartamento en silencio. Me quité los zapatos. Él se quitó la chaqueta. Se apoyó en la pared, observándome como si no estuviera seguro de si debía decir algo… o si yo lo haría primero.

Y lo hice.

Me acerqué. Despacio. Como si cada paso contara.

—Gracias por hoy —le dije. Mi voz era baja, pero firme.

—No tienes que agradecerme nada.

—Claro que sí —susurré, y luego me estiré en puntas de pie para besarlo.

Fue suave, al principio. Como una promesa.

Pero después, mis manos buscaron el cuello de su camisa y lo atrajeron hacia mí. Fui yo quien lo empujó hacia el sofá. Fui yo quien se subió a horcajadas sobre él, con el vestido todavía puesto. Y fui yo quien, entre suspiros, empezó a desabrocharle la camisa como si fuera un regalo que me habían dado tarde.

Él me dejó hacer.

—¿Estás segura? —preguntó, con voz grave.

—Estoy harta de no estarlo —dije, sin parar—. Pero ahora mismo sí. Quiero esto. A ti. Aquí. Conmigo.

—Estás preciosa cuando mandas.

—Y tú hablas demasiado.

No hubo más palabras.

Solo manos, bocas, y cuerpos buscando el tipo de calma que solo se encuentra en el otro.

No fue rápido. Ni urgente. Fue una de esas veces donde todo parece encajar, como si el tiempo y el espacio hubieran decidido hacer una pausa solo para dejarte sentir.

Me aferré a él.

Él me sostuvo como si nunca fuera a soltarme.

Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí exactamente donde debía estar.

En casa.

# Capítulo 15

## *Grace*

La semana empezó como una película romántica escrita por alguien que se había tomado media botella de vino y había visto demasiado contenido en TikTok. El lunes fue una locura, pero el martes fue básicamente una copia.

Me desperté con Duke en mi cama, su respiración en mi cuello y esa manera suya de abrazarme como si pudiera protegerme incluso de mis propios pensamientos. Me llevó al trabajo en la limusina, con guardaespaldas delante y detrás, como si yo fuera Beyoncé y no una empleada que se olvida de adjuntar los archivos en los correos importantes. Mi jefa, Karen, seguía en su fase de bruja en celo cada vez que Duke aparecía, lo que me daba cierto margen de error en mis informes.

El martes por la tarde recibimos una invitación de Aias y Elsa para almorzar en uno de los hoteles que Elsa estaba evaluando. Al parecer, parte de su trabajo consistía en ir a sitios de lujo, analizar hasta si el hielo era demasiado cuadrado y luego hacer un informe. Lo de trabajo de ensueño se quedaba corto.

El hotel era un paraíso: mesas con vistas al mar, camareros que parecían modelos retirados y una carta con tantos platos raros que terminé pidiendo lo único que entendí: risotto.

La comida fue divertida, como todas las que teníamos con ese grupo. Aias se las arreglaba para lanzar una indirecta cada cinco minutos, Elsa hablaba con tanta dulzura que me costaba recordar por qué me daba escalofríos al principio, y Duke, bueno, Duke me tocaba la rodilla cada vez que me reía más de la cuenta. No me quejaba.

El miércoles fue una copia descarada del martes. Trabajo, limusina, guardaespaldas, Karen en modo déjame darle un tour al

caballero, y Duke con sus misteriosas reuniones que nunca especificaba del todo. A estas alturas, ya había dejado de preguntar.

Esa noche salimos a tomar algo con Demon, Aias y Elsa. Fuimos a un rooftop bar donde los cócteles costaban más que lo que gastaba en una semana en comida y el DJ parecía tener una crisis existencial con cada mezcla. Me reí hasta que me dolió el estómago. Aias me robó más de una sonrisa y Duke me robó una copa, y un beso largo detrás de una columna, que casi me deja sin aliento.

El jueves y viernes siguieron la misma línea. Trabajo, almuerzo o cena con el equipo, y ratos con Duke en los que hablábamos de todo y de nada. Él me preguntaba por mi infancia, mis series favoritas, las veces que había llorado sin que nadie lo supiera. Yo le preguntaba por sus viajes, sus errores y por qué demonios tenía tantos trajes si siempre terminaba quitándoselos en mi apartamento.

Y en medio de todo eso nada más de DarkHound.

Ni llamadas raras. Ni correos extraños. Ni policías a las cinco de la mañana. Por un segundo, incluso empecé a pensar que todo había sido una coincidencia, una exageración, un malentendido.

Yo estaba tranquila.

Pero Duke no.

Lo notaba en cómo revisaba su móvil cuando pensaba que no lo miraba. En cómo fruncía el ceño cuando alguien nuevo se nos acercaba. En cómo pasaba un dedo por la pantalla cada noche antes de dormirse, leyendo cosas que no me mostraba.

No insistí. Quería disfrutar de esos días. Y lo estaba haciendo.

Trabajo, amigos, risas y Duke.

Por fin, una vida que no se sentía prestada. Se sentía mía.

Aunque, claro sabía que esa paz no iba a durar para siempre.

Y esa certeza, aunque suave, empezaba a escarbar.

Lo pillé al instante.

Esa forma en que Elsa apretó los labios mientras sorbía su cóctel, un trago perfectamente rosa y perfectamente caro, y miraba a Aias, que estaba ocupado haciendo que una morena se riera como si él hubiera inventado el concepto de humor. Y sí, vale, probablemente lo había hecho. Pero eso no venía al caso.

Me incliné hacia ella, apoyando el codo en la barra.

—Vaya, vaya… —dije, con mi tono más inocente—. ¿Será posible que la señorita Elsa está celosa?

Ella me lanzó una mirada asesina. De esas que no matan, pero que al menos te hacen tropezar en público.

—No estoy celosa. Estoy evaluando.

—¿Evaluando qué? ¿La química entre Aias y la mujer con el vestido más corto del hemisferio sur?

Elsa suspiró, bajó la mirada a su copa y luego a mí.

—No es celos. Es solo que la conozco.

—Ah, ¿sí? ¿Una ex conviviente de spa, tal vez? ¿Antigua compañera de yoga con traumas compartidos?

—Trabaja para una cadena de hoteles en Dubái. Tiene fama de… trepar. Rápido.

—Vaya. ¿Y tú crees que Aias va a caer en su telaraña dorada?

—No lo sé. Aias es inteligente. Pero también es... Aias.

Miré hacia él. Estaba inclinado hacia la morena, hablándole tan cerca que era técnicamente ilegal en algunos países.

—Sí, bueno. Inteligente, pero sin anticuerpos para las faldas cortas. Clásico.

Elsa sonrió, aunque esa tristeza que ya le había visto otras veces se coló por la comisura de sus labios. Como si cada vez que intentara estar bien, algo dentro de ella le recordara que aún no.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Que la morena también ríe bonito?

—No. Que me prometí que no me pasaría esto otra vez.

Levanté una ceja, medio en broma, medio en alerta.

—¿Esto?

—Sentirme así por alguien. No estaba en mis planes.

—Típico. Lo del corazón rebelde que nunca firma el contrato.

—Y lo peor es que ni siquiera sé si él se da cuenta.

—Aias no es estúpido. Si no lo ve, es porque no quiere. O porque está haciendo un esfuerzo profesional por ignorarlo. O porque los dioses griegos, en general, son un desastre gestionando emociones humanas.

Ella se rio, por fin. No una risa entera, pero sí suficiente para romper el nudo en su garganta.

—¿Sabes? A veces creo que tú y yo no podríamos ser más diferentes. Y sin embargo...

—Aquí estamos. En un club. Rodeadas de testosterona, humo caro y perfume de diseñador. Observando a dos hombres tan guapos que deberían pagar impuestos por existir.

—Y hablando como si tuviéramos el control.

—Spoiler: no lo tenemos.

Miré hacia Duke, que estaba en una conversación con Demon y una rubia de piernas ilegales. Él me sonrió desde lejos, y algo en mi pecho hizo clic. No un clic suave. Uno de esos que marcan.

—¿Crees que esto puede funcionar? —pregunté, y no supe si lo dije en voz alta hasta que Elsa me respondió.

—¿Lo tuyo con Duke?

Asentí. Más con los ojos que con la cabeza.

Elsa me miró como si estuviera descifrando un código secreto que llevaba escrito en la cara.

—Sí. Pero no porque él sea perfecto ni tú seas perfecta. Sino porque los dos parecen querer entenderse. Y eso... eso ya es una rareza.

—¿Y tú? ¿Vas a decírselo a Aias?

—¿Que me gusta?

—Que te importa. Que te duele verlo con otra. Que no eres de piedra.

—¿Y si lo estropeo?

—¿Y si no lo haces y otra se lo lleva?

Elsa no respondió. Solo se bebió el resto del cóctel de un trago, como si el alcohol pudiera anestesiar la posibilidad.

—¿Quieres que le dé un codazo discreto? —pregunté, ladeando la cabeza—. ¿O algo más sutil? Un tropezón con copa incluida, a lo comedia romántica de Netflix.

Ella rio.

—No, gracias. Si Aias no se da cuenta solo... no merece que le insista.

La miré. Tan guapa, tan elegante, tan lista y sola en ese instante que me dieron ganas de abrazarla, aunque no fuera de ese tipo de abrazos.

—Eres una mujer impresionante, Elsa. Él va a verlo. Lo sabe. Solo necesita que le recuerden lo que se está perdiendo.

—¿Y tú? —preguntó ella, cambiando de tema con precisión quirúrgica—. ¿Tú crees que esto, que este grupo de locos que antes eran tus compañeros de juego ahora son de verdad?

Miré alrededor. Demon se inclinaba sobre la rubia, seguramente contándole que tenía un helicóptero con nombre propio. Duke me buscaba con los ojos incluso mientras fingía escuchar. Y Aias sonreía a su morena con esa sonrisa que habría derretido el Polo Sur sin pedir permiso.

—Sí —dije—. Son de verdad. Aunque a veces me parezca un glitch en el sistema.

Elsa asintió, como quien confirma una teoría absurda que, para su sorpresa, resultó cierta.

—Es raro, ¿verdad? Que una app, un juego, nos haya llevado hasta aquí.

—Lo raro es que no he tenido tiempo para charlar en toda la semana. No sé si Kookie fue a la fiesta o si Denci consiguió el trabajo. Y lo peor...

—¿Qué?

—No lo echo de menos. No como antes.

—Eso no es malo.

—No. Es solo diferente. Como si una parte de mí hubiera cambiado de servidor sin avisar.

Nos quedamos en silencio. No incómodo. Solo denso. Como si supiéramos que esa noche iba a convertirse en un recuerdo. De esos que se te cuelan en la memoria con música de fondo, luces temblando en la piel y frases que nunca llegaste a decir.

Elsa se giró hacia mí, y sonrió. Una sonrisa que ya no tenía tristeza, pero sí algo de aceptación.

—¿Y si esta vez, Grace, simplemente dejamos que las cosas pasen?

—¿Y si salen mal?

—Entonces escribiremos un libro. Uno bueno. Uno que no se salte las partes difíciles.

Levanté mi copa.

—Por los finales felices. O al menos, los bien escritos.

—Salud.

Y brindamos. Sin saber que esa noche aún tenía una sorpresa más.

Llevaba demasiadas horas bailando, riéndome y esquivando las miradas posesivas de Duke como para ignorar la llamada de la naturaleza. Elsa fue la primera en notarlo.

—¿Necesitas una pausa para retocar el maquillaje o solo para no explotar? —preguntó, con esa elegancia suya que lograba que incluso hablar de vejigas sonara sofisticado.

—Ambas —dije, rodando los ojos.

—Vamos. Te acompaño.

El aseo del club parecía, dos minutos antes, una pasarela de Instagram: tacones imposibles, perfume de lujo en el aire, y chicas compitiendo por el espejo como si fueran diputadas en pleno debate nacional. Elsa se quedó junto a los lavabos. Yo me metí en un cubículo, dejándole el bolso. Me sentía segura. Tenía a Elsa. Tenía amigos afuera. Tenía a Duke, que probablemente estaba configurando un satélite para seguirme en tiempo real.

Y entonces, el silencio.

Cuando salí del cubículo, el lugar estaba vacío. Ni Elsa. Ni pestañas postizas. Ni ecos de conversaciones superficiales sobre hombres y labiales. Solo aire frío. Y un presentimiento.

—¿Elsa? —llamé.

Nada.

Entonces, la puerta se abrió. Un hombre. Encubierto. Encapuchado.

No preguntes cómo lo supe. A veces, el instinto grita más fuerte que la lógica. Era él.

No dijo su nombre. No preguntó si estaba sola. Solo gritó:

—¡ERES MÍA, DUCHESS!

Y vino hacia mí.

Mi cuerpo se movió antes de que el miedo me paralizara. Agarré el primer frasco que encontré, algo caro, con purpurina y complejo de arma blanca, y lo lancé directo a su cara. Le di. Chilló. Yo corrí.

Pero no lo suficiente.

Su mano me atrapó el brazo, dura como el acero. El cuchillo apareció como si siempre hubiese estado allí. Me cortó al intentar zafarme. No fue profundo, pero ardía como si sí lo fuera.

—¡NO ME TOQUES! —le grité, y le metí el codo donde más duele. Nada elegante. Puro pánico. Pura fuerza.

Se tambaleó. Le pateé la rodilla.

Me vi en el espejo: un ojo inflamado. Sangre en el brazo. No recordaba el golpe. Tal vez me había caído, tal vez fue él. No importaba.

Corrí.

Abrí la puerta con un golpe seco. Dos mujeres estaban justo allí, una entrando, la otra saliendo. Gritaron. Yo también.

—¡AYUDA! ¡LLAMEN A SEGURIDAD! ¡HAY UN HOMBRE EN EL BAÑO!

Esta vez, la película jugó a mi favor. Una sacó el móvil. La otra empezó a gritar como si le pagaran por decibelio. Al fondo, movimiento. Guardias. Voces. Luces.

Y entonces sentí algo más.

Unos brazos envolviendo mis hombros. Un perfume familiar. Una voz grave, urgente, asustada.

—Grace.

Duke.

No supe si llorar, desmayarme o abrazarlo. Así que me quedé quieta. Sangrando. Con el ojo golpeado y el corazón golpeando más fuerte que la música del club.

—Estoy bien —mentí.

Sus ojos se oscurecieron. De verdad. Como si alguien hubiera apagado el interruptor de la ternura.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—Dentro. En el baño. Un encapuchado. Tenía un cuchillo. Me dijo que era suya.

Creo que era él… DarkHound.

Duke no respondió. Se limitó a quitarse la chaqueta y cubrirme mejor, como si pudiera blindarme contra el mundo.

Sus manos temblaban.

—Voy a matarlo —dijo.

Y esta vez no fue una amenaza. Fue una promesa.

Apretó la mandíbula como si fuera a romperse.

Pero me tocó con la suavidad de quien teme romper algo más valioso que su orgullo.

—Vamos al hospital. Ahora.

—No. Estoy bien. Solo avisa a los demás. No sé dónde está Elsa.

—Ya mandé a buscarla.

—¿Cómo?

—Tengo un localizador en tu bolso.

Lo miré.

—¿Eso es ilegal?

—Totalmente.

No pude evitar sonreír, a pesar del dolor.

—Grace, juro que...

—No jures nada —le interrumpí—. Solo ayúdame a salir sin parecer una extra del videoclip más dramático de Rihanna.

Él asintió.

Me cubrió con su chaqueta y me tomó la mano.

Y mientras me guiaba por el club, rodeados ya por personal de seguridad, sirenas lejanas y gritos de confusión, solo pude pensar en una cosa:

Sobreviví.

Sola.

Ni veinte minutos después una enfermera con ojeras y mala leche me limpiaba la herida del brazo, mientras otra me iluminaba el ojo con una linterna como si esperara encontrar alienígenas dentro. Yo solo quería agua. Y una manta. Y tal vez un tranquilizante para el hombre de casi dos metros que se paseaba como un león enjaulado frente a la puerta, repitiendo por décima vez:

—No debí haberte dejado sola.

—Duke —murmuré—, ni siquiera estabas en el baño. ¿Qué pretendías hacer, instalar sensores de movimiento en cada cubículo?

—No es una mala idea —dijo, sin mirarme, con las manos en los bolsillos y la mandíbula tensa.

Me dolía el brazo. Me dolía la cabeza. Me dolía el alma. Y me dolía ver su cara. Nunca lo había visto así. Ni cuando nos conocimos.

Ni cuando nos besamos. Ni siquiera cuando le conté cosas que me hacían llorar por dentro.

Pero ahora parecía roto.

—¿Duke?

Por fin me miró. Y ahí estaba todo. Culpa. Miedo. Rabia. Amor. Todo desordenado, como una maleta mal cerrada que empieza a explotar por las costuras.

—Fallé. Joder, Grace, yo…

—No fallaste. Estoy aquí. Estoy bien.

—Tienes una herida. Un ojo morado. Y miedo. Lo noto, aunque intentes ocultarlo. Yo debería haber estado contigo. Siempre.

—¡Eso no es sano! —bufé, y la enfermera casi me lanza un shhh —. No puedes estar conmigo siempre. Ni, aunque seas Batman. Ni, aunque seas un maldito algoritmo con piernas.

La puerta se abrió antes de que pudiera terminar mi discurso.

Aias entró primero, como siempre, como si el lugar fuera suyo. Detrás de él venía Demon, con una expresión tan seria que ni siquiera cuando lo pillaron ligando con la rubia se le había visto así. Elsa cerraba el grupo, y su expresión me rompió el corazón.

—Grace —dijo ella, avanzando rápido hacia mi cama—. Lo siento. No sé qué pasó. Solo salí un momento. Me encontré con una amiga en la barra, hablamos, fueron minutos.

—Elsa…

—No tenía que haberte dejado sola. Yo estaba ahí para acompañarte. ¡Te dejé!

—Eh, para. Ya basta con un drama king por noche. No necesito un drama queen también.

Todos me miraron. Duke soltó un suspiro que fue mitad risa. Elsa abrió los ojos como platos. Aias solo ladeó la cabeza, evaluando si tanto sarcasmo era médicamente recomendable.

—Estoy bien —dije, un poco más en serio—. Sobreviví. Me defendí. Y sí, me temblaban las piernas, y me duele todo. Pero estoy aquí. Gracias a mí. Y eso también importa.

Demon me hizo un gesto de respeto, como si acabara de desbloquear un logro en un videojuego.

—¿Y el tipo? —preguntó Aias—. ¿Está claro que fue él?

Duke asintió.

—Las cámaras del club lo grabaron entrando y saliendo. Llevaba sudadera con capucha, pero el sistema de reconocimiento que usamos lo identificó por el andar, la altura, la proporción corporal. Es él. Lo que aún no sabemos es cómo logró entrar al baño sin ser visto.

—Lo averiguaremos —dijo Demon, con voz oscura. Ahí estaba el exsoldado.

—¿Y qué pasa ahora? —pregunté, bajando la mirada a mi brazo vendado.

Duke se acercó, esta vez sin palabras. Se sentó en el borde de la camilla y me cogió la mano con una delicadeza que me hizo contener las lágrimas.

—Ahora descansamos. Y mañana te vas a mudar a mi casa.

—¿Qué?

—Solo hasta que esto se resuelva. Solo para poder respirar sin sentir que algo va a pasarte cada vez que cierro los ojos.

—Eso no es...

—No es una petición, Grace —dijo Aias, cruzándose de brazos—. Es una intervención.

—Una muy sexy, eso sí —añadió Demon, guiñándome un ojo.

—¿Puedo al menos llevar mi planta?

—Las que quieras —dijo Duke, con una sonrisa leve.

—¿Y mi ropa?

—Tu armario viene contigo. Y si quieres, tiramos el mío.

—¿Y mi dignidad?

—Esa —dijo Elsa, sonriendo por fin— ya quedó clara esta noche. Está intacta.

Suspiré, agotada. Pero viva. Protegida. Y, de alguna manera, más fuerte que ayer.

—Entonces, está bien —dije—. Pero me llevas tú. Y quiero pizza. Y mi mantita de cachemira.

Duke asintió.

—Hecho.

Aias murmuró:

—Y yo que pensaba que era el drama king...

Y por primera vez esa noche, reímos.

Salimos del hospital a medianoche, con más bolsas de medicamentos que dignidad. Duke se aseguró de que me abrigaran bien, de que el coche estuviera caliente y de que nadie pudiera acercarse a menos de dos metros de mí sin pasar un escáner emocional.

Yo… yo solo quería dormir. Pero no en el hospital. Y no en mi piso.

Porque la verdad era que, por mucho que me resistiera a admitirlo, estar con él me hacía sentir segura. Como si su sola presencia pudiera mantener alejados a los monstruos, incluso a los que llevaban capucha y gritaban que yo era suya.

La limusina arrancó en silencio, con las ventanas oscuras y asientos cómodos. Duke no decía nada. Solo me miraba de reojo cada pocos segundos, como si necesitara comprobar que seguía entera.

—¿Vas a seguir mirándome así toda la noche? —pregunté, con una sonrisa cansada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque casi te pierdo.

Cerré los ojos. No tenía fuerzas para discutir eso. Así que me incliné contra su hombro, dejando que el silencio hiciera lo que las palabras no podían.

No sé cuánto tiempo pasó. Tal vez veinte minutos. Tal vez una eternidad suave y cálida. Pero cuando abrí los ojos, ya no estábamos en el centro de Sídney. Ni en mi barrio. Ni siquiera en un lugar reconocible.

—¿Dónde estamos?

Duke solo sonrió.

—En casa.

—¿Qué?

—Tu casa hasta nuevo aviso. O hasta que me convenzas de devolverte a ese apartamento con cerraduras de juguete y vecinos chismosos.

Lo miré, pero él ya había salido del coche. Me abrió la puerta con esa mezcla de caballero y villano encantador que dominaba tan bien, y entonces lo vi.

La casa.

O, mejor dicho, la mansión. Una bestia de cristal, madera y líneas limpias que se alzaba sobre la colina con vistas a toda la bahía. Todo estaba perfectamente iluminado, como si el universo supiera que necesitaba un lugar que pareciera seguro, bello, mío.

—¿Qué? ¿Esto es un hotel?

—No. Es nuestra nueva base temporal. Aunque si prefieres que la llame la fortaleza anti-imbéciles, también sirve.

Me quedé paralizada en el camino de entrada. El jardín era digno de revista. Las luces exteriores no eran ostentosas, solo sutiles, como si insinuaran secretos. Y las ventanas gigantes dejaban ver un interior que gritaba *yo tengo gusto* sin ser pretencioso. Bueno… solo un poco.

—¿Cuándo hiciste esto?

—Mientras tú trabajabas. Quería tener algo listo por si decidía quedarme más tiempo en Australia.

—¿La compraste?

—Ajá.

—¿Así, como quien compra un café?

—Más o menos. Aunque este costó algo más que el doble de vainilla.

Lo fulminé con la mirada, pero no tenía fuerzas ni para el sarcasmo. No cuando sentía que mi corazón se derretía como mantequilla sobre pan caliente.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo entrar. Ducharte. Dormir. Y mañana, si te apetece, verás que bonito es el jardín trasero.

—¿Tiene un jardín trasero?

—Y una piscina infinita, una terraza con chimenea, una cocina que ya te está esperando con brownies y una cama que, sinceramente, puede competir con la idea del cielo.

—¿Compraste esta casa por mí?

Duke me miró, esta vez sin bromas.

—No. La compré para nosotros.
Y con eso, me tendió la mano.
Y como una idiota. O una valiente. O ambas.
La tomé.

# Capítulo 16

## *Duke*

No tenía intención de enamorarme de Grace.

Eso era lo primero que pensaba cada mañana desde que llegó a mi vida.

Y también lo último que pensaba antes de cerrar los ojos, esperando que el sueño me diera un respiro del deseo, del miedo, de esa voz que me repetía que esto no podía acabar bien.

Pero ahí estaba.

En mi casa.

En mi cama.

Con una de mis camisas puesta y los párpados cayéndosele por el peso de una semana que la había arrastrado hasta el infierno y la había traído de vuelta.

Y yo…

Yo solo podía mirarla.

No sabía cómo había pasado. Cómo pasé de planear una estrategia para protegerla a planear cómo hacerla sonreír. Cómo pasé de calcular riesgos a memorizar sus gestos.

A tocar su piel como si eso pudiera detener el mundo.

A desear que me eligiera, aunque supiera que no debía hacerlo.

Le mostré la casa. Empecé por la sala de estar, esperando su comentario sarcástico sobre lo innecesariamente enorme que era todo. Pero solo sonrió, medio dormida, medio agotada, mientras se dejaba llevar por mis pasos. El comedor, la cocina abierta con vistas al mar, el rincón de la terraza con sillones y luces tenues. Todo era nuevo. Pero nada de eso importaba si no podía protegerla.

—Esta es la habitación principal —le dije, abriendo la puerta doble al final del pasillo.

Sus ojos se abrieron un poco más.

—¿Esto es una habitación o un spa de lujo con cama incorporada?

—Ambos.

—Tienes una chimenea. Dentro del dormitorio.

—Es útil cuando no estás acostumbrado a compartir el calor con alguien.

Sus labios se curvaron apenas, y juro que sentí ese gesto en el pecho.

Le di espacio para entrar, para curiosear, para tocar el borde de la cama de sábanas negras y caminar descalza sobre la alfombra que parecía tragarse el sonido. No le dije que mandé poner cámaras en todo el perímetro, sensores en las ventanas, ni que reforcé el sistema de seguridad tres veces en dos días. No porque fuera paranoico.

Sino porque tenía miedo.

Porque no estuve ahí cuando la atacaron.

Porque la única cosa que me importaba más que mi propia vida… había salido herida bajo mi protección.

No fallaba.

Yo no fallaba.

Hasta que ella apareció.

Y desde entonces, todo mi control se estaba desmoronando.

Se metió en el baño con una de mis camisas, la azul, la que me gusta usar cuando necesito parecer menos amenazante, y cerró la puerta. Yo me quedé ahí, sentado en el borde de la cama, escuchando el agua correr.

Pensando.

Pensando en DarkHound.

En cómo carajos logró burlar el sistema de Lukas, entrar al club sin que lo notáramos, desaparecer en menos de dos minutos. Cómo supo dónde estaría Grace.

Y, sobre todo, cómo se atrevió a tocarla.

La imagen del moretón bajo su ojo me carcomía el alma. Cada vez que giraba la cabeza y lo veía, quería prender fuego al mundo. Cada marca en su piel era una acusación directa contra mí.

Fuiste demasiado lento.

Estabas distraído.

Estabas demasiado feliz.

No la protegiste.

La puerta del baño se abrió y ella salió.

Descalza.

Con el pelo húmedo y mi camisa colgando de su cuerpo como si siempre hubiera sido suya.

Me levanté sin pensar.

Ella sonrió, esa sonrisa suya que parecía no saber el poder que tenía.

—¿Demasiado grande? —preguntó, señalando la camisa.

—Perfecta.

No sabía si hablaba de la camisa.

O de ella.

Probablemente de las dos.

Se acercó a la cama, se metió entre las sábanas como si lo hubiera hecho mil veces, como si este fuera su lugar natural. Yo apagué las luces, salvo una, y me senté a su lado.

—¿Estás bien? —pregunté, aun sabiendo que la respuesta sería una mentira amable.

—Estoy viva. Eso es un comienzo.

Asentí. No confiaba en mi voz.

Ella me miró.

—No fue tu culpa, Duke.

Ahí estaba. La frase que más temía escuchar.

Porque sí fue. Porque todo en mi vida había girado siempre en torno a estar un paso por delante. A evitar el daño antes de que ocurriera.

Y esta vez fallé.

—Él va a pagar por esto —murmuré. La promesa no necesitaba volumen.

Ella no dijo nada. Solo se acercó. Puso su mano sobre mi pecho, justo sobre ese punto en el que parecía que me habían clavado una aguja invisible.

—Lo sé.

Me incliné y le besé la frente.

Solo eso.

Porque si me quedaba un segundo más, iba a recordarle con las manos todo lo que sentía y todo lo que no podía decir.

Y entonces, como si fuera lo más natural del mundo, cerró los ojos y se quedó dormida.

En mi cama.

En mi camisa.

En mi mundo.

Yo me quedé despierto.

Mirándola.

Porque sabía que ella era mi debilidad.

Y, al mismo tiempo, lo único que me hacía sentir humano.

Y aunque probablemente algún día me rompería el corazón... no podía, no quería, dejarla ir.

No podía dormir.

No después de ver su rostro herido, de oírla murmurar en sueños, de repasar por enésima vez cada ángulo de las cámaras del club.

Y lo sabía: cuando empiezo a repasar errores, solo hay una salida.

Acción.

Agarré el móvil, abrí el canal seguro y escribí:

*Reunión. Ahora. Nivel uno.*

Tres minutos después, cinco rostros aparecieron en pantalla.

Cinco hombres que dejarían todo si yo lo pedía.

Porque eso éramos. Hermanos. Soldados. Perros de presa con corbata.

Y ahora, preocupados.

—¿Tienes idea de la hora que es, cabrón? —gruñó Aias, despeinado, sin camiseta, con una sábana mal enrollada a la cintura —. Estaba en pleno... ritual griego.

Demon soltó una carcajada desde el recuadro contiguo.

—¿La morena la del club?

Aias lo miró como si acabara de insultar a los dioses.

—La del club sí. Pero conocí a una rubia preciosa en el hospital.

—¿Te ligaste a alguien en el hospital donde llevaron a Grace? —intervino Rome, masajeándose el puente de la nariz—. A ti no te revisaron la cabeza, ¿verdad?

—¡Grace no estaba gravemente herida! Y la rubia solo había ido a visitar a su abuela y estaba en la máquina de café. Me ofreció uno. El resto es historia. Muy breve, por cierto, porque Duke nos acaba de joder la noche.

—No me interesa tu vida sexual, Aias —gruñí sin rodeos—. Os llamé porque no he podido dormir pensando en cómo se coló ese hijo de puta en el club. En cómo se las arregló para atacar a Grace a plena vista. Y en cómo seguimos sin tener ni una puta pista.

—Lo mismo aquí —saltó Lukas, su cara iluminada solo por las pantallas de sus cinco monitores, ojos rojos de tanto código—. Lo pasé por todos los filtros. Cámaras, reconocimiento facial, rastros térmicos, huellas... El tipo es un maldito fantasma. Pero no es cualquiera. Este tío es un artista del caos. Lo odio.

—¿DarkHound? —preguntó Poppy, impecable como siempre, aunque con la corbata medio floja—. ¿Estamos seguros de que fue él?

—Gritó "Eres mía" —dije—. Y no fue solo eso. Supo exactamente cuándo separarla de Elsa. Entró y salió en menos de dos minutos. No fue casualidad.

—Yo la cagué —murmuró Demon, mandíbula tensa—. No debí dejar que Elsa se alejara. Me distraje con...

—Una mujer —solté seco.

Silencio.

Todos lo sabían.

Yo no estaba aquí por protocolo. Ni por un reporte.

Estaba aquí porque me estaba desangrando por dentro.

—¿Dónde está Grace ahora? —preguntó Rome.

—Durmiendo. En mi cama.

Silencio.

—¿Te refieres literalmente o…? —empezó Aias.

—¿Quieres seguir con vida?

Aias alzó las manos.

—Retiro la pregunta.

—No sé cómo explicarlo, pero tengo la maldita sensación de que él sabía que íbamos a estar en ese club —dije, mirando al vacío—. Que sabía que íbamos a separarnos. Que conocía el punto ciego. Esto no fue un ataque improvisado. Fue un mensaje.

—¿Y qué mensaje sería ese? —preguntó Demon, su voz más grave.

—Que viene a por ella.

—¿Y qué hacemos, jefe? —dijo Rome, directo al grano.

—La protejo yo. Pero quiero vigilancia cruzada.

Lukas, trabaja todos los movimientos de DarkHound en el juego. Historial, chats, actividad.

Cualquier error que haya cometido... lo vamos a encontrar.

—Voy a necesitar acceso a todo el servidor del juego —respondió Lukas—. Y probablemente hackear unos cuantos sistemas privados.

—No me importa si tienes que meterte en la NASA. Hazlo.

—Hecho.

—Aias, Rome. Quiero un protocolo de emergencia. Si vuelve a aparecer, no quiero testigos. Solo nosotros. Lo quiero vivo.

—Eso me gusta —murmuró Rome.

—¿Y nosotros? —preguntó Poppy, girando el vaso de whisky entre los dedos.

—Tú y Demon, atentos al club y al barrio de Grace. Ese cabrón pudo haber dejado rastros. Preguntad discretamente. Comprad lo que haya que comprar.

—Listo.

Me froté los ojos. Tres de la mañana y ni rastro de sueño.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sí —dijo Aias, con una sonrisa torcida—. ¿Ya le dijiste a Grace que estás perdidamente jodido por ella?

—Vete a la mierda, Aias.

Demon soltó otra carcajada.

Y por primera vez en horas me permití una media sonrisa.

Mi equipo estaba alerta.

Y yo también.

DarkHound había cruzado una línea.

Y todavía no sabía lo mal que se había metido con la persona equivocada.

***

La madrugada en Sídney transcurría en silencio, pero las ondas digitales de una videollamada de emergencia habían atravesado continentes, husos horarios y horarios de sueño.

El Hero Team, ese grupo de élite que durante años operó en las sombras para proteger, recuperar y silenciar amenazas, ya no era solo una leyenda urbana.

Estaban dispersos por todo el mundo, con empresas, responsabilidades y vidas propias que apenas dejaban espacio para respirar. Aias vivía en Grecia, desde donde manejaba inversiones y flotas privadas con la elegancia de un dios griego en traje de lino. Demon se había instalado en Sídney, tras años de correr por medio planeta resolviendo problemas para otros, hasta que decidió que ya era hora de vivir en una ciudad que mereciera la pena. Lukas trabajaba desde algún búnker tecnológico en Estados Unidos —o eso decían—, aunque nadie sabía exactamente dónde. Poppy, siempre el abogado impecable, se había asentado en Chicago, y Rome dirigía la empresa de seguridad del grupo desde la sede principal en Los Ángeles.

Esa sede, en suelo americano, seguía siendo el corazón logístico de la operación.

Pero el alma del equipo… bueno, esa estaba donde fuera necesario.

Y ahora, esa alma tenía una coordenada muy clara: Grace.

Había quedado claro para todos que ya no era un objetivo colateral. No era un testigo. No era una víctima al azar.

Era el blanco.

Y como tal, el protocolo había cambiado.

En las próximas 48 horas, todos los miembros del equipo, sin importar sus obligaciones, se desplazarían a Sídney. No como antiguos agentes. No como amigos.

Como lo que siempre habían sido: una fuerza letal e invisible que no dejaba cabos sueltos.

Y mientras ellos se ponían a trabajar… otra conversación tenía lugar.

—¿Eres idiota o simplemente tienes complejo de héroe frustrado?

La voz metálica de NoOne404 retumbó en el pequeño altavoz del portátil. Estaba distorsionada, sin género, sin tono, sin emoción.

Solo juicio. Y furia contenida.

Del otro lado de la llamada, DarkHound apretó la mandíbula.

Estaba en un apartamento vacío, apenas iluminado por la luz azulada de su pantalla y el parpadeo de los dispositivos conectados.

—Fue una oportunidad —respondió, molesto—. Estaba sola. Sin guardaespaldas. Sin cámaras.

—¿Y entonces qué hiciste? —interrumpió NoOne404, con voz más baja, pero aún más peligrosa—. ¿La asustaste en un baño? ¿La empujaste contra una pared y saliste corriendo cuando oíste pasos?

Silencio.

—¿Quieres que te lo traduzca? —continuó la voz, como un cuchillo de hielo—. Acabas de alertar al Hero Team. Están en movimiento. Te están rastreando. Y lo peor de todo… Ella está viva.

DarkHound bajó la mirada, mordiéndose el labio.

—Teníamos un plan —dijo—. Ella iba a venir a mí. Iba a confiar. Iba a…

—¡NO! —gritó la voz, distorsionada hasta lo inhumano—. El plan era aislarla. El plan era manipularla desde dentro.

Pero ahora… ahora tienes a Dean y a todo su maldito circo respirándote en la nuca.

DarkHound tragó saliva.

NoOne404 no solía gritar.

NoOne404 no perdía los papeles.

—¿Y qué quieres que haga ahora?

—Quiero que desaparezcas. Por ahora.

Pero escucha bien —la voz se agudizó, casi como un susurro directo al oído—: si vuelves a actuar sin mi permiso… yo mismo me encargaré de que no quede nada de ti.

Click.

La pantalla se apagó.

La llamada terminó.

Y en algún rincón de Sídney, alguien de sonrisa dulce y voz suave guardó su teléfono.

***

Cuando la puerta del lounge privado se abrió, Aias ya estaba allí, reclinado en uno de los sofás de cuero como si fuera el dueño del lugar. Probablemente lo era. Al menos ese día.

Llevaba una camisa blanca abierta hasta el pecho, unas gafas de sol ridículamente caras y una copa de whisky que giraba perezosamente en su mano. Su aura era la misma de siempre: una combinación peligrosa de elegancia, poder y la molesta facilidad con la que podía desarmarte con una sonrisa.

Y, aun así, sus ojos no tenían la calma habitual.

—Mira quiénes llegaron —murmuró al ver entrar a Demon, Rome y Poppy casi al mismo tiempo.

Demon fue el primero en acercarse, aún vestido de negro como si estuviera preparado para colarse en una fiesta... o en una pelea.

—Y tú no pierdes el tiempo, ¿eh? —le dijo, dándole una palmada en el hombro.

—Si algo he aprendido, hermano —respondió Aias con media sonrisa—, es que las guerras se ganan con calma y con whisky de dieciocho años.

Rome entró después, impecable como siempre, con ese aire de jefe de seguridad que analizaba cada rincón como si pudiera explotar en cualquier momento. Poppy iba revisando su móvil, tecleando algo que parecía urgente.

—¿Dónde está Dean? —preguntó Rome, directo al grano.

Aias dejó la copa en la mesa.

—Con ella. No se separa ni para respirar. Y sí, ya lo sé… —añadió antes de que alguien lo interrumpiera—. Todos pensamos que podía manejar esto solo, pero ya vimos que no.

Demon bufó, dejándose caer en el sillón como si llevara días sin sentarse.

—¿Y tú qué haces aquí en vez de estar con ellos?

—Estaba con ellos hasta hace media hora. Necesitaba aire. Y perspectiva. Y además… —alzando una ceja en dirección a la puerta

—, ustedes merecen una bienvenida como Dios manda.

—Lo que tú quieres es que alguien te escuche presumir de la rubia del hospital —murmuró Poppy sin apartar la vista del móvil.

—Era preciosa —dijo Aias, ofendido con tono dramático—. Y legalmente mayor de edad. No sé qué más quieren de mí.

Rome soltó una risa seca.

—Queremos que nos pongas al día, Casanova.

Aias se inclinó hacia adelante, los ojos serios por primera vez desde que entraron.

—Lukas está enfadado. Más que de costumbre. Dice que el rastreo del ataque en el baño apunta a múltiples capas de redirección. Pero encontró una cosa…

—¿Cuál? —preguntó Demon.

—La IP fue falsificada —explicó Aias, con la mandíbula apretada —. Pero alguien no tuvo en cuenta que el software de Lukas guarda registros temporales en servidores espejo. Lukas no olvida esas cosas. Alguien más sí. Uno de los accesos coincide con un dispositivo que, en algún momento, estuvo conectado al sistema interno de la empresa de seguridad.

Silencio.

Poppy frunció el ceño.

—¿Uno de nosotros?

Aias negó con lentitud.

—No. Pero alguien que tuvo acceso físico. Estuvo conectado durante más de cinco horas. Lukas cree que instalaron algo manualmente. Algo que fue capaz de replicar parte del entorno sin activar alertas.

—¿Cuándo?

—Hace un mes exacto.

Los tres se miraron. En ese tiempo, el equipo completo no había pisado Australia. Solo uno de ellos.

—¿Quien? —preguntó Rome, aunque su voz ya sonaba con duda.

Aias sacudió la cabeza.

—No lo sabemos. No tenemos pruebas, solo registros cruzados. Lukas quiere auditar todo. Él no se fía.

Poppy soltó una carcajada seca.

—Grace sí confía en Dean. Y eso pesa más que todo lo demás.

—Y también es lo que puede matarla —dijo Aias, sin adornos—. Ciegos mueren primero.

Demon se pasó la mano por el rostro. Ese tono de Aias. Directo. Casi clínico. Como una alerta roja sin sirena. Porque cuando Aias hablaba así, no era teoría.

Era certeza sin evidencia.

—¿Cuándo nos reunimos todos? —preguntó Rome.

—Dean quiere hacerlo esta noche. En la mansión. Él y Grace estarán listos. Lukas está en camino. Lo están colando en un vuelo ahora mismo, pero no quieren usar la red habitual. Si alguien tiene ese nivel de acceso es mejor evitar riesgos.

Aias se levantó, se estiró con pereza calculada, como si todo esto fuera solo otro martes cualquiera.

—Y ahora, si me disculpan, necesito parecer menos zombi para esa reunión. Aunque lo sea.

—¿Tú, dormir? —rio Demon—. El día que pase, el universo colapsa.

Aias sonrió. Solo un segundo. Lo justo para no levantar sospechas.

Pero la verdad era otra.

Dormir.

No lo hacía de verdad desde que vio a Grace salir de aquel baño. Herida. Desnuda de valentía por unos segundos. Y con la sombra del miedo escrita en la piel.

# Capítulo 17

## *Grace*

Despertar en la cama de alguien no era algo nuevo. Lo que sí lo era: sentirme segura. Calma. Como si el universo, por una vez, hubiese decidido darme un respiro.

Estaba arropada con sábanas suaves y cálidas, el sol colándose entre las cortinas como un susurro dorado. Y vestida solo con una camisa de Dean, perdón, Duke. No, espera... Dean Duke. Da igual, era suya. Y olía a él. Y eso era un problema.

Rodé sobre la cama gigantesca, de esas que parecen diseñadas para reyes medievales con demasiados enemigos, y no lo vi. Pero sí lo escuché.

Voces. Una. Suya. Murmurando algo por teléfono.

Me levanté despacio. Las piernas todavía resentidas por el susto de la noche anterior, el costado tirante por el golpe, y el ojo... bueno, estaba agradecida de poder abrirlo.

Lo encontré en la terraza: camiseta gris, café en mano, teléfono en la otra. No me vio de inmediato. Pero cuando lo hizo, su rostro, ese rostro que podría asustar a un sicario si fruncía el ceño, se suavizó. Se volvió todo él, solo para mí.

—Buenos días, duquesa —dijo con esa voz grave que me hacía olvidar cosas importantes. Como el nombre de mi jefa. O que tenía que trabajar.

Sonreí. Le robé el café. Me lo bebí sin permiso. Él no se quejó.

—¿Cómo dormiste? —preguntó, rodeándome con un brazo.

—Bien. Mejor de lo que debería. Y eso es preocupante.

No respondió de inmediato. Solo me observó como si buscara grietas. Y supongo que encontró varias.

—Tienes fiebre de valiente, pero no vas a la oficina. Punto.

—Dean...

—Grace. No.

Suspiré. Y justo en ese instante, como invocada por Satán, sonó mi móvil. Volví a la habitación para cogerlo.

El nombre de Karen parpadeaba como si intentara quemarme la retina mientras regresaba a la terraza con Dean.

Contesté. Maldita sea mi reflejo laboral.

—Grace, ¿dónde estás? Son las ocho y cuarto.

—Hola, Karen. Buenos días. Estoy indispuesta.

—¿Indispuesta? ¡Te vi anoche en el club con ese hombre! —su tono oscilaba entre jefa controladora y madre celosa en medio segundo—. No puedes simplemente desaparecer cuando se te da la gana. Tienes responsabilidades.

Dean se inclinó hacia el móvil y, con mucho descaro, escuchó.

Gracias. Muchísimas gracias.

—Karen —dije con voz dulce, como quien calma a un gato rabioso con un trozo de jamón—, sufrí una agresión anoche. Estoy bien, pero necesito unos días.

Silencio.

Luego, un bufido.

—¿Y crees que eso te da derecho a dejar tu puesto colgado? La vida sigue, Grace. No puedes hacer drama por cada contratiempo personal.

Dean me quitó el móvil antes de que lo arrojara por la terraza. Se lo llevó al oído.

—Karen. Soy Duke Asher. El hombre de Grace. El que podría comprar su empresa tres veces antes del desayuno. Grace no irá hoy. Ni mañana. Y si vuelve a hablarle con ese tono, haré que su próxima oficina tenga vistas al cuarto de limpieza. ¿Nos entendemos?

Click. Fin de llamada.

Me quedé en silencio. Una parte de mí quería regañarlo. La otra quería casarse con él solo por eso.

—Eso fue exagerado —murmuré.

—Eso fue necesario —respondió él, sin disculpas—. Nadie te habla así. Nadie.

Lo miré. Largo. Demasiado.

Y fue ahí, entre el sol de la mañana, el café robado y la amenaza de ser despedida, que me di cuenta.

Estaba jodida.

Muy jodida.

Porque no solo me estaba enamorando.

Me estaba entregando.

Y eso sí daba miedo.

Después del desayuno (y de la llamada que podría haberme costado el empleo y el alma), Duke se fue a hacer cosas de millonario. O de espía. O de exmercenario con una empresa capaz de mover satélites si se le antoja. A estas alturas, ya no preguntaba.

Yo me quedé en su mansión.

Lo repito porque todavía me cuesta creerlo: me quedé en su mansión.

Paseé descalza por los suelos pulidos, abrí una nevera que tenía más botellas de agua de cristal que cualquier restaurante de lujo y traté de encontrar algo normal que hacer. Leí un poco. Me pinté las uñas. Me dediqué a ignorar lo que sentía. Fallé en eso último, obvio.

Y entonces sonó el timbre.

Dije no abras la puerta al mismo tiempo que la abría. Porque coherencia no es mi fuerte.

—¡Hola, Gracie! —cantó Elsa, brillante como siempre, con un vestido verde oliva y gafas de sol demasiado grandes para su cara perfecta.

Venía con una bolsa enorme en una mano y una caja envuelta en papel dorado en la otra. Yo apenas tuve tiempo de parpadear antes de que ya estuviera dentro.

—¿Qué haces aquí?

—Duke me dijo que estabas sola y pensé… esta chica necesita una dosis de Elsa. Y café helado. —Me entregó uno. De mi sitio favorito. Claro que sí.

—Gracias —dije, aceptando con sospecha y sed a partes iguales.

Se sentó en uno de los sofás como si fuera suyo. Cruzó las piernas, echó la cabeza hacia atrás y suspiró como una estrella de cine al final de una escena dramática.

—Y traje regalos.

—¿Por qué?

—Porque anoche casi te apuñalan, y eso arruina cualquier semana. —Me alargó la caja dorada.

La abrí despacio. Dentro había un set de spa de edición limitada, una bata que claramente costaba más que mi salario mensual y unas pantuflas peludas con orejitas.

—Elsa…

—Dilo. Soy maravillosa.

—Estás comprando mi afecto.

—¿Funciona?

—Tal vez un poco.

Se rio y me pasó una bolsa.

Dentro había una sudadera negra con letras bordadas en dorado que decían Reina del Caos, y unos pantalones de algodón absurdamente suaves.

—La vi y supe que era tuya.

—¿Porque soy un desastre?

—Porque eres fabulosa incluso cuando eres un desastre.

Nos reímos. Y por un momento, se sintió tan natural. Tan fácil. Me pregunté si todo lo que había sentido respecto a Elsa era solo producto del trauma reciente. De mis propios miedos.

—Te ves mejor —dijo de pronto, mirándome con atención—. Aunque igual pareces una chica que sabe defenderse.

—Eso me salvó. Nadie llegó a tiempo. Solo yo.

Ella asintió. Hubo un segundo raro, como si quisiera decir algo. Pero lo dejó pasar.

—¿Y tú? ¿Qué harás esta noche?

—Nada, aunque Dean dijo que vienen los chicos.

—Oh. ¿El club de los hombres guapos, heridos y millonarios? ¿Nuestros chicos?

Sonreí, porque sí, porque yo pensaba en ellos como mis chicos, pero era justo que ella pensara lo mismo. Los chicos quemarían a cualquiera que nos molestara, con evento o sin.

—Exacto. Y Lukas. Que tiene su propio club: el de los genios que no pueden socializar sin amenazar con apagar el Wi-Fi.

Nos reímos otra vez. Elsa me miró con esa dulzura que me hacía sentir idiota por alguna vez haber dudado de ella.

—Estoy contenta de que estés bien, Grace. De verdad.

—Gracias, Elsa. Yo también. Y gracias por los regalos. Y el café.

Nos quedamos en silencio un momento, cómodas. Casi hermanas.

Y aun así…

Muy, muy al fondo…

Algo en mí seguía alerta.

Porque las personas más peligrosas son siempre las que logran que bajes la guardia sin que te des cuenta.

—¿Cuántos vestidos has traído, Elsa? ¿Una docena?

—Quince —dijo sin ningún tipo de vergüenza—. Y eso sin contar los zapatos.

El dormitorio de Duke parecía una boutique de lujo post-huracán. Había gasa, seda y encaje en más superficies de las que había pensado posibles. Elsa se había instalado como si el armario me perteneciera (spoiler: no), y yo había probado al menos siete opciones, todas más hermosas que prácticas.

—Este te hace ver como una diosa —dijo Elsa, señalando el vestido esmeralda que me llegaba hasta los tobillos, con una abertura tan alta que mi dignidad estaba en huelga.

—Este me hace ver como una diosa que cobra por horas, Elsa.

—¿Y por qué no? Las diosas también tienen cuentas que pagar.

Me reí. En serio, me reí. Por primera vez en mucho rato, todo se sentía casi normal.

Hasta que se abrió la puerta del dormitorio.

—¿Qué es esto? —dijo una voz grave, afilada y muy, muy masculina.

Duke.

Apoyado contra el marco como un dios ofendido. Chaqueta en una mano, expresión letal en la otra.

Sus ojos pasaron del vestido que yo aún no me decidía a quitarme, al sofá lleno de opciones que parecían sacadas de la pasarela de París. Finalmente se detuvieron en Elsa, que sonrió con

la calma de una mujer que no teme a las tormentas porque, francamente, las ha diseñado.

—Estamos eligiendo ropa para la cena —dijo con voz dulce—. Hay que causar buena impresión, ¿no?

Duke arqueó una ceja. Sin sonreír.

—Grace no tiene que impresionar a nadie. Mucho menos a los hombres que van a venir esta noche.

Ay, pero qué bonito era cuando se ponía protector o posesivo.

O estúpidamente territorial.

¿Era mal momento para pensar que eso me gustaba un poquito? Solo un poquito. Cállate, cerebro.

—No sabía que eras tan tradicional —dijo Elsa con una sonrisita venenosa. No lo hacía para atacarlo, eso lo sabía. Pero tampoco se dejaba aplastar.

—No lo soy —replicó él, dejando la chaqueta sobre la cama—. Solo no me gusta la idea de que tenga que vestirse para que otros la validen.

—¿Y si quiero vestirme para mí?

Silencio.

—¿Eso también te molesta? —añadí, cruzándome de brazos. Y sí, el vestido lo hacía ver dramático, y no, no me importaba.

Duke suspiró. Se frotó la mandíbula y sus hombros bajaron un poco.

—No me molesta —dijo por fin—. Solo no quiero que sientas que tienes que cambiar por nadie.

—Te aseguro que no lo siento —respondí—. Pero se agradece el recordatorio.

Elsa nos miraba como si estuviera viendo una telenovela de alto presupuesto.

—Bueno —dijo al fin—. Me retiro antes de que esto se convierta en una pelea con almohadas. Grace, el rojo te hace ver peligrosa. El negro te hace ver invencible. Tú decides.

Y con una reverencia burlona, salió.

Duke me miró.

—¿Rojo o negro?

—Negro. Porque invencible me suena bastante bien hoy.

Me guiñó un ojo. Caminó hacia mí y me rozó la mejilla con los nudillos, con una ternura que me desarmó por completo.

—Lo eres, Grace. Aunque no siempre te des cuenta.

Y ahí, justo cuando pensaba que el momento podía ser lindo, y dulce, y lo que sea que no solía permitirme sentir...

Mi móvil vibró.

Notificación anónima. Sin remitente.

Solo una frase:

*Siento lo del club. No era el momento. Te juro que la próxima vez te trataré como te mereces. – D*

Duke vio el cambio en mi rostro antes de que yo pudiera decir nada.

—¿Grace?

—Es nada —mentí—. Solo spam.

Pero el temblor en mis manos decía otra cosa.

Y por primera vez desde que me levanté esa mañana, el frío volvió.

***

Había estado en cenas importantes antes. Bodas, reuniones de trabajo, incluso un almuerzo con una tía lejana que creía que la quinoa era un insulto personal. Pero esto era otra liga.

Una mansión que parecía sacada de una revista de arquitectura y fantasía. Una mesa de comedor tan larga que podría haber albergado una cumbre de la ONU.

Y seis personas que, si quisieran, podrían tomar el control del mundo antes del postre. Y no, no estaba hablando de quitarle la presidencia a Chim en el juego.

Duke, por supuesto, en la cabecera. Yo a su derecha. A mi izquierda, Poppy, elegante incluso cuando estaba relajado. Aias frente a mí, con su sonrisa de dios griego encubriendo algo mucho más serio. Demon al otro lado, bebiendo como si el vino fuera un deporte. Rome, tranquilo, observando. Y Lukas era una mezcla entre genio y caos, envuelto en ropa cara y mala leche.

Y luego estaba Elsa. Siempre en control. Siempre con una copa en la mano y una frase afilada en la punta de la lengua.

—Así que por fin nos conocemos, Grace —dijo Rome, sonriendo —. Honestamente, pensaba que te ibas a parecer más a una princesa de Disney.

—Y yo pensaba que tú ibas a parecer menos a un guardaespaldas de película de acción noventera. Qué decepción.

El silencio duró medio segundo. Luego, risas.

—Me gusta —dijo Demon, levantando su copa—. Tiene veneno.

—Es defensiva —corrigió Duke, medio en broma, medio en tócala otra vez y no verás la siguiente.

Elsa intervino con una sonrisa que era todo menos inocente:

—¿Defensiva o simplemente harta de hombres con complejos de superioridad?

—Ambas —dije, brindando con ella.

Y así fue transcurriendo la cena. Risas, bromas, anécdotas del pasado del Hero Team (Elsa los había bautizado y me gustaba) que iban desde misiones ultrasecretas hasta una noche en Brasil que involucraba un burro, un tatuaje mal hecho y una canción de Shakira. Aias se negó a confirmar nada, lo cual, por supuesto, confirmaba todo.

Pero no todo era diversión.

—¿Y cómo están los accesos a la red? —preguntó Lukas, girando el cuchillo entre los dedos con un aire casual.

—Cerrados —respondió Poppy—. Doble capa de verificación, registros aislados y vigilancia activa. Nadie entra sin que lo sepamos.

—¿Y si ya están dentro?

Ah, la paranoia. El condimento favorito de cualquier mesa de élite.

—Entonces que se preparen —intervino Duke—. No me importa si están en Australia, Japón o metidos en nuestra cocina. Si tocan a Grace otra vez, se acabó la fiesta.

Ahí fue cuando noté que Aias me estaba mirando. No con deseo, no con pena. Con ese tipo de atención que dan los soldados que saben lo que se juega.

—Estás a salvo ahora —dijo—. Pero si algún día él falla, yo no lo haré.

Lo dijo con una sonrisa. Pero también con acero.

Duke le sostuvo la mirada. Durante un segundo creí que iban a pelearse con los ojos. Pero solo fue una tensión que se resolvió en silencio.

—No voy a fallar —dijo Duke.

Y lo dijo como si firmara un contrato con el universo.

—Bueno —intervino Elsa, para alivianar el ambiente—. Ahora que el club de machos alfa ha terminado su momento territorial, ¿alguien quiere postre?

—Yo sí —dije, antes de que me ofrecieran más declaraciones de guerra disfrazadas de promesas románticas.

La tarta de chocolate fue gloriosa.

Como si el universo me diera permiso para olvidar, por un segundo, que el psicópata que me quiso matar seguía enviándome mensajes y que yo no se lo había contado a Duke.

Justo cuando pensaba que el tema más incómodo del día había pasado, Aias soltó:

—Por cierto, ¿alguien más notó que Lukas está ridículamente interesado en Kookie?

Risas. Carraspeo de Lukas.

—¿Quién no? —dijo Elsa, con una ceja alzada—. Le habla más a ella que a su madre.

—No tengo madre —dijo Lukas, seco. Luego añadió—: Y no estoy interesado.

—Sí, claro —murmuré—. Igual que yo no tengo problemas de control con la comida italiana.

—¿Ella sabe que te gusta? —preguntó Poppy.

—No —respondió Lukas—. Y ustedes no le van a decir nada. Porque si esto se filtra, me largo de este equipo y me hago monje.

—Un monje que hackea satélites —dijo Demon—. Me gusta. Podría ser una serie.

Risas. Más vino. Más bromas. Y por un momento, solo por un momento, todo se sintió bien.

Aunque el mensaje aún ardía en mi bolsillo.

Aunque sabía que el reloj corría y que el juego no había terminado.

Después de la cena, el postre y otras copas más tuve la suerte de encontrar a Lukas en la terraza trasera de la mansión. Lejos del ruido, el vino y la testosterona en ebullición que flotaba en el comedor como niebla espesa. Estaba sentado en una de las sillas de hierro forjado, con una copa a medio vaciar en una mano y la mirada perdida en el jardín perfectamente iluminado.

—¿Te escondes o meditas cómo hackear el sistema nervioso humano? —pregunté, dejándome caer a su lado.

—Ambas cosas —respondió sin girarse—. Aunque el sistema nervioso humano es un caos. Prefiero los satélites rusos.

—Qué romántico.

Silencio. Agradable. Cómodo. Hasta que no lo fue.

—Entonces… ¿Kookie? —lancé, fingiendo indiferencia. Como si no me hubiera pasado la mitad de la cena observando cómo se le iluminaban los ojos cada vez que alguien decía su nombre.

Lukas apretó la mandíbula.

—No es un buen momento.

—¿Para qué? ¿Para sentir? ¿Para vivir? ¿Para arriesgar?

—Para arruinarlo —replicó, seco.

Lo miré de reojo. Este era Lukas, el mismo que una vez escribió un script en diez minutos para desactivar un firewall chino y que tenía más confianza en su teclado que en cualquier ser humano. El mismo que podía enfrentar gobiernos y grupos criminales sin pestañear… pero que se volvía de papel frente a una mujer con un nombre adorable.

—¿Y si ella dice que no? —susurró.

—¿Y si dice que sí? —respondí, igual de bajo.

Esta vez me miró. De verdad. Con esos ojos que llevaban más cansancio del que debería tener alguien de su edad, y más dolor del que alguna vez admitiría.

—No quiero perderla —dijo.

—Ya la estás perdiendo si no haces nada.

No era una frase de autoayuda. Era la verdad más simple del mundo, como ese momento en el que sabes que un coche va a atropellarte y te quedas quieto de todas formas.

—Mira, Lukas —continué, acercándome—. Todos aquí estamos hechos polvo. Nadie en esta casa es normal. Y eso está bien. Pero si tú, de todos nosotros, no apuestas por algo que te hace sonreír como un idiota, entonces estamos más jodidos de lo que pensaba.

Lukas sonrió. De lado. Como si le doliera.

—No te hagas la sabia, Duchess.

—Demasiado tarde —dije, guiñándole un ojo—. Soy la voz de la razón esta semana.

—¿Y la próxima?

—Probablemente vuelva a ser la reina del desastre emocional. Pero hoy soy la amiga que te dice que no seas cobarde.

Silencio otra vez. Pero distinto. Como si se hubiera abierto una ventana.

—¿Y tú? —preguntó, después de un rato—. ¿Tú vas a dejar que Dean se acerque o vas a seguir huyendo con los ojos brillantes?

Me reí.

—¿Yo? Ya estoy perdida. El muy idiota me gusta más de lo que debería. Pero a diferencia de ti, no tengo un plan de escape.

—Entonces estamos igual.

Le di un codazo suave.

—Anda. Termina el vino, levanta ese trasero hacker y ve a enviarle un mensaje a Kookie. No algo raro, por favor. Nada de códigos binarios, emojis sospechosos o memes oscuros. Algo humano.

Lukas resopló.

—Odio que tengas razón.

—Lo sé. Pero te vas a acostumbrar.

Nos quedamos ahí un momento más, bajo el cielo de Sídney, en medio del caos de nuestras propias vidas. A veces, todo lo que uno necesita es a alguien que te diga lo que ya sabes, pero con palabras que no puedes ignorar.

Y esa noche, fui yo.

Aunque mañana seguramente volvería a ser la que necesitaba que alguien le recordara no rendirse.

# Capítulo 18

## *Grace*

Me desperté oliendo a Duke.

No literalmente, aunque la camisa que llevaba puesta era suya —blanca, enorme, deliciosa—. Era más esa sensación cálida que se te queda pegada en la piel cuando alguien como él te mira como si fueras suya.

Y un poco también a café.

Que venía directo en sus manos cuando entró por la puerta con dos tazas y esa cara de que el mundo podía arder siempre que yo estuviera bien.

—Buenos días, duquesa —dijo, como si fuera lo más normal del universo.

—¿Ya en modo príncipe azul?

Me dio mi café. Tenía ese punto de arrogancia al estilo *sí, claro, y también salvador del planeta si me lo pides con esa voz.*

—Siempre que tú estés en modo princesa cabreada, sí. Vamos al jardín. Hay sol. Y limoneros. Te juro que hasta los pájaros están de buen humor.

Y sí. Salimos.

Desayunamos bajo una pérgola cubierta de verde y luz dorada. Duke hablaba de una casa en el sur de Francia. Yo pensaba en croissants.

Y en cómo el cielo puede convertirse en cuchillas cuando menos lo esperas.

Mi móvil vibró.

Maggie.

Cinco mensajes. Lo que nunca. Maggie solo escribe más de dos líneas cuando ha pasado una tragedia nacional o le han cancelado un pedido de sushi.

*¿Grace?*

*Por favor dime que esto es falso.*

*¿Qué está pasando?*

*Mira esto YA.*

*¿Eres tú?*

El enlace. El maldito enlace.

Lo abrí sin pensar. Porque soy idiota. Porque creía que nada podía romper el día.

Error.

El perfil tardó dos segundos en cargar. Dos segundos en destruirme.

Mi cara. Mi foto.

La que había subido a Instagram con la ingenuidad de quien cree que todavía vive en un mundo decente. Recortada, retocada, puesta ahí como si fuera parte de un maldito catálogo.

*Grace. 28 años. Elegante, educada, complaciente.*

*Servicios: compañía, cenas, viajes internacionales.*

*Extras: consultarme por mensaje privado. Todo tiene un precio.*

Debajo, una galería.

Fotos de una mujer con el cuerpo apenas cubierto por encajes y sombras.

No era yo. No.

Pero podría haber sido.

Con IA de por medio, cualquiera puede ser cualquiera. Incluso yo.

—Grace —la voz de Duke me trajo de vuelta. Era baja. Letal.

Le pasé el móvil. No podía decir nada.

Lo leyó en silencio. Luego se levantó de golpe, se alejó unos pasos como si necesitara espacio para no explotar. Y volvió.

La mandíbula tensa, los ojos oscuros.

—¿Quién hizo esto?

Me encogí de hombros. El corazón me latía en los oídos.

—Solo la foto del perfil es mía. El resto no. No soy yo. Pero se parece… demasiado.

Él apretó el móvil como si quisiera quebrarlo. Y por un segundo, deseé que pudiera.

Que pudiera romper también el internet, el pasado y toda esta realidad alternativa.

—Esto no es un error —dijo—. Es un ataque.

Y sí. Lo era.

Pensé en mi trabajo. En mi jefa. En mis compañeros. En mis amigos.

Sentí asco. Por mí. Por el mundo.

Por esa sensación de estar desnuda sin estarlo.

—¿Y si mi jefa lo ve? ¿Y si…? —no pude seguir. Me ahogué en mis propias palabras.

Duke se arrodilló frente a mí. Me tomó la cara con las manos. Firme. Cálido.

Maldito hombre de acero con alma rota.

—Mírame, Grace.

Lo hice.

—Esto no te define. Esto no es real. Y voy a encontrar al hijo de puta que lo hizo.

Asentí.

No porque le creyera. Porque lo necesitaba.

Aunque sí, en el fondo, si había alguien que podía cazar a un fantasma digital, era él.

Marcó un número.

—Lukas —dijo apenas le contestaron—. Tenemos un problema. Y necesito que me hackees el infierno si hace falta.

Estaba a punto de soltar el teléfono cuando mi móvil vibró otra vez.

Número desconocido.

Mensaje corto.

*Te ves tan bien ahí.*

*Pronto estarás lista para mí. —D*

D. Como en DarkHound. Como en Desquiciado. Como en Demonio de mierda.

Me quedé quieta.

No lloré. No grité.

Solo apagué la pantalla. Y respiré.

Ya no era solo un juego.

Ahora me querían muerta en vida.

Y eso significaba que estaba más viva que nunca.

***

Me senté en una butaca blanca y cómoda viendo cómo el despacho de Duke se transformaba en el centro de mando de una maldita película de espías.

No bromeo.

Toqué un botón, bueno, Duke lo tocó, porque si yo tocara cosas en su casa probablemente haría explotar el horno y, de pronto, la elegante estantería de madera maciza desapareció como por arte de magia. Se deslizó, revelando una pared oculta con pantallas. Cinco. Enormes. Como si necesitáramos ver Netflix en simultáneo en cada continente.

—¿Dónde está Lukas? —pregunté, a medias entre la ansiedad y la incredulidad por estar viviendo mi propio episodio de Misión Imposible.

—Aparcando su ego en la entrada —respondió Duke, sin una pizca de ironía.

Y, como si lo hubieran invocado con sarcasmo, Lukas apareció.

Vestido como si acabara de bajarse de un avión desde Tokio o Marte: camiseta negra, gafas oscuras, portátil bajo el brazo y esa energía de genio que no ha dormido desde 2011. Entró como un huracán al centro de comando, tiró su mochila como si el despacho fuera suyo y habló sin saludar.

—¿Ya vieron el desastre?

—Hola, Luk. Encantada de verte también —respondí, cruzándome de brazos.

—Tu historial de navegación desde el club es fascinante. Cero lógica, pero fascinante —dijo sin levantar la vista del portátil—. Y sigues con playlists vergonzosas, por cierto.

—Tú necesitas terapia. O una novia. O ambas.

Duke intervino, con la resignación de quien ya ha tenido esta conversación mil veces.

—Lukas hackea todo. Todo el tiempo. Solo acéptalo.

—Ya lo acepté. Estoy considerando demandarlo —murmuré.

Lukas sonrió. Lo peor es que, en su idioma nerd-antisocial, eso era afecto.

—Sí —añadió Lukas mientras encendía su máquina y las cinco pantallas se llenaban de líneas de código y mapas digitales—. Tu acosador cometió errores de novato. Aunque bastante sofisticado. Usó una red anónima, IP falsa, servidores internacionales...

Tecleó algo. Muy rápido.

—…pero se olvidó de algo. El software que diseñé guarda logs temporales por duplicado. Y uno de los accesos se conectó desde un dispositivo que ya estuvo enlazado antes al sistema de la empresa de seguridad.

Se giró hacia nosotros, ojos encendidos como si acabara de descubrir la cura del cáncer.

—Error fatal.

Duke se cruzó de brazos.

—¿Sabemos quién?

Lukas negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero sí sabemos que tuvo acceso físico. Estuvo conectado más de cinco horas al sistema. Lukas cree que instalaron algo manualmente —repetí, con tono burlón—. ¿Quién tiene cinco horas libres y acceso físico a nuestras instalaciones?

—¿Y tú puedes…? —intenté meterme en la conversación. Aportar algo útil, ya sabes, como víctima del apocalipsis.

Lukas volvió a teclear. Una de las pantallas mostró el perfil. Esa versión falsa de mí, sonriendo en ropa interior diseñada por IA.

—Ya está borrado. De todas partes. También destruí el host. Quien lo intente revivir va a tener que aprender a programar desde cero.

Y entonces sonrió. Esa clase de sonrisa que hace que incluso Duke parezca un monaguillo.

—También dejé un regalito.

—¿Un virus? —preguntó Duke.

—Uno precioso. Si alguien más entra al enlace, capturamos la IP real, geolocalización y, si el dispositivo tiene alguna vulnerabilidad abierta, tomamos el control. Cámara, micro, historial, todo.

Yo solo lo miré.

—Eres como un vengador, pero con menos músculos y más wifi.

—Gracias. Lo tomaré como un cumplido.

Duke lo palmeó en el hombro.

—Buen trabajo. Ahora el resto está en tus manos.

Lukas se reclinó en la silla giratoria como si acabara de conquistar el mundo.

—Lo estará.

Mientras tanto, el resto del Hero Team andaba por la ciudad como sabuesos con licencia para romper piernas. Poppy había ido a hablar con un contacto en la policía que le debía más favores de los que un abogado debería tener. Demon y Aias recorrían las cámaras de seguridad de la zona del club donde estuve. Rome, según Duke, ya tenía la lista de todos mis amigos, conocidos, vecinos.

Y Elsa, bueno. Elsa no estaba. Porque claro, siempre sabe desaparecer cuando las cosas se incendian.

Me quedé mirando una de las pantallas donde se mostraba un mapa con puntos rojos que parpadeaban.

—¿Y si vuelven a subirlo?

Lukas no despegó los ojos de su teclado.

—No lo harán. Y si lo hacen, esta vez, nosotros seremos los que cazaremos.

Y por primera vez desde que vi ese perfil pude respirar aliviada.

Cuando pensé que nada podía arruinar más el día, bueno, más allá de haber sido presentada al mundo como una escort con servicios exclusivos y entrega a domicilio, mi móvil decidió recordarme que siempre hay un sótano más profundo.

Sonó con esa vibración insistente que solo significa dos cosas: o spam de algún banco que cree que necesito un préstamo, o mi hermano.

Spoiler: no era el banco.

Respondí porque, sinceramente, todavía me quedaba una pizca de fe en la humanidad.

—¿Grace? ¿Qué mierda es esto? ¿Qué coño has hecho ahora?

Empezamos bien.

—Hola a ti también, Paul. Qué gusto oírte —dije, ya preparando el alma para el apocalipsis.

—¿Eres prostituta ahora? ¿Eso haces en Sídney? ¿¡Vas por ahí follando por dinero!? Mamá está llorando, ¿lo sabías?

Ajá. Y yo con la autoestima colgando de un hilo dental usado.

—Es mentira —murmuré. No sabía si para él o para mí.

—¡Pues tienes fotos por todas partes, Grace! ¿No podías mantenerte fuera del escándalo por una vez? Siempre has sido un desastre, pero esto ya...

—Ya basta —rugió una voz detrás de mí.

Duke.

Le bastaron dos zancadas para estar a mi lado y, sin preguntarme nada, me quitó el móvil de las manos como si le perteneciera. Y luego, con ese tono que convierte a ejecutivos en gelatina y a criminales en confesores, habló:

—Escúchame bien, idiota —dijo, tranquilo. Demasiado tranquilo —. Si vuelves a gritarle así a Grace, si vuelves a insultarla, si siquiera vuelves a marcar su número con esa actitud de mierda, te juro que iré a romperte los dientes. Y no es una amenaza. Es una promesa.

Hubo un silencio tan largo que creí que se había cortado la llamada. Duke colgó sin más, me devolvió el teléfono con esa expresión de ya *no soy responsable de tus parientes*, y se quedó observándome.

Yo solo lo miré, tragando las lágrimas que no pensaba soltar. No porque no doliera. Sino porque ya estaba tan anestesiada que dolía en otro idioma.

—Gracias —dije al fin. Y me sentí patética. Porque ni siquiera sabía si lo decía por lo del teléfono o por todo lo demás.

—¿Eso pasa seguido? —preguntó Duke, sin apartar los ojos de mí.

Asentí. Lentamente. Como si admitirlo en voz alta fuera a liberar algún tipo de condena familiar que me persiguiera por generaciones.

—No tengo una buena relación con mi familia.

Él esperó. Como si creyera que había más.

Y claro que había más, pero no quería decirlo. No podía. No todavía.

—¿Qué pasó, Grace?

Negué con la cabeza.

—No quiero hablar de eso. No ahora.

El silencio se volvió una criatura viva entre nosotros.

No me gritó. No se alejó. Pero tampoco sonrió. Solo frunció el ceño y se apartó un paso. No era grande, pero lo sentí como un abismo.

—Creí que no había secretos entre nosotros —dijo, y cada palabra fue una piedra más sobre mi pecho.

Y lo peor es que yo también lo había creído.

Hasta ahora.

La tarde fue rara.

Duke se había encerrado en su despacho como si le hubieran dado la llave del infierno y quisiera mudarse ahí. No salía, no hablaba, no respondía. Lo cual, en lenguaje Dean, era su forma de *estoy bien, solo quiero destruir el universo con mis pensamientos*.

Yo, por otro lado, estaba arriba, en la habitación que ya se sentía más mía que de nadie. En su cama, con su camisa porque me gustaba más que mi propia ropa, y mirando el techo como si fuera a darme respuestas.

Spoiler: no lo hizo.

Entonces vibró el móvil. Número desconocido. Otra vez. Mensaje directo. Con varios enlaces.

¿Y qué hizo la tonta de tu protagonista?

Exacto. Los abrió.

El primero tardó medio segundo en cargar. Y cuando lo hizo, sentí cómo se me encogía el estómago. No por susto. Por algo peor: reconocimiento.

Una cuenta de Instagram con miles de seguidores, de esas que parecen demasiado bonitas para ser reales. La mujer en las fotos era exactamente eso: bonita hasta el punto de resultar sospechosa. Cuerpo de escándalo, sonrisa de anuncio, y esa mirada de *sé lo que valgo y también sé que tú no.*

Pero no fue eso lo que me cortó la respiración.

Fue él.

Duke.

En más de una foto. A su lado.

En algunas abrazándola.

En otras, tomándole la cintura como si le perteneciera.

Sonriendo.

Sonriendo.

¿Y lo peor? No eran fotos robadas. No eran capturas indiscretas en aeropuertos ni paparazzi escondidos en arbustos. Eran posadas. Públicas. De pareja.

Sentí un cosquilleo frío recorrerme la nuca. Seguí bajando. Una en la playa. Otra en lo que claramente era una habitación de hotel. Otra en un restaurante elegante. Y una más, una en la que él le estaba besando el cuello.

Cerré el navegador.

Respiré.

Volví a abrirlo.

Sí. Seguía ahí.

Y no era Photoshop.

No era IA.

No era una broma.

Era él.

Dean.

Con ella.

Me quedé mirando la pantalla como si esperara que se explicara sola.

Que saltara un mensaje que dijera *todo esto es parte de una operación encubierta, amor, no te preocupes.*

Pero no apareció nada.

Solo mi reflejo en la pantalla.

Pálida.

Y con la mandíbula apretada.

El segundo enlace brillaba debajo, como una tentación.

No lo abrí.

Tampoco lloré.

Pero me bajé de la cama con una calma que no era real y salí del cuarto. Caminé por ese pasillo largo como condena, y bajé las escaleras. El despacho de Duke estaba al final. Cerrado. Como siempre. Como todo lo que no quería contarme.

Toqué la puerta.

Una vez.

Dos.

Nada.

—Dean —llamé, sin alzar la voz.

Silencio.

Y entonces supe que, si no abría esa puerta ahora, iba a explotar.

Porque no solo estaba dolida. Estaba furiosa. Y confundida. Y jodidamente cansada de no saber nunca en qué lugar del mapa estaba parada.

—Dean —repetí, esta vez con más fuerza.

Y esperé.

# Capítulo 19

## *Grace*

La puerta se abrió al tercer intento. Con ese gesto lento, casi resignado. Como si supiera exactamente lo que venía y no tuviera ganas de enfrentarlo.

Dean me miró. No dijo nada. Solo eso: me miró.

Y yo le extendí el móvil.

Ni una palabra. Solo la pantalla, con la cuenta de la Barbie de catálogo en la que él era el accesorio más valioso.

Sus ojos bajaron. Vieron la foto. Una, dos. Pasó el dedo. Suspiró.

Y luego habló.

—Tenía una vida antes de ti, Grace.

Me tragué una carcajada amarga. Una vida. Claro. ¿Quién no?

—¿Y qué parte de esa vida incluía tener una relación pública con la versión humana de un filtro de belleza? —pregunté, cruzándome de brazos—. Porque esto no es una ex cualquiera. Estas fotos son de pareja. Oficial. Feliz.

Dean me devolvió el móvil, como si quemara.

—Ya no importa. Está en el pasado.

—No lo parece —repliqué, levantando el teléfono otra vez—. Esa cuenta sigue activa. Con comentarios. Con likes. ¿No la bloqueaste? ¿No la eliminaste de tu vida?

Dean cerró los ojos. Brevemente. El gesto de un hombre que está conteniendo más de lo que quiere soltar.

—No quiero hablar de eso ahora.

Eso fue como una patada en el estómago.

—Claro —dije, riendo sin humor—. Porque cuando tú quieres saber algo, te molesta que yo tenga secretos. Pero cuando yo quiero saber, resulta que no es el momento. Qué conveniente, Dean.

Se apoyó en el marco de la puerta, cansado. O harto. O las dos cosas.

—No es lo mismo.

—Sí, sí lo es —dije. Me di la vuelta antes de que pudiera responder y subí las escaleras con pasos que retumbaban como tambores de guerra.

No lloré. Otra vez. Pero esta vez porque estaba demasiado cabreada como para que las lágrimas encontraran espacio. Me encerré en el dormitorio, cerré la puerta y dejé el móvil sobre la cama como si quisiera que se evaporara.

Y, por supuesto, vibró.

Porque el universo tiene sentido del humor.

Un nuevo mensaje.

Número desconocido.

El corazón me dio un vuelco. Y antes de poder evitarlo, abrí.

*Duke no sabe apreciarte. Estarás mejor conmigo. – D*

La inicial quemó más que el resto. Porque no había dudas de quién era.

DarkHound.

Perfecto.

Maravilloso.

Mi día iba de mal en peor y ahora mi acosador virtual estaba haciéndome gaslighting romántico.

El multiverso debía estar aburrido para escribirme esta trama.

Me senté en el borde de la cama. El teléfono temblaba en mi mano. No sabía si estrellarlo contra la pared o tirarlo a la piscina.

Pero sí sabía una cosa.

Si Dean no me quería contar su pasado, yo lo iba a descubrir igual.

Y si DarkHound pensaba que esto era una invitación, se estaba metiendo con la versión más jodida de mí.

Y esa no le debía sonrisas a nadie.

Tenía dos opciones: lanzarme desde el balcón con dramatismo o hacer lo que haría cualquier mujer racional y ligeramente inestable emocionalmente.

Así que llamé a Lukas.

—¿Sabes quién es la rubia con cara de ángel y el historial amoroso de Dean?

Hubo un silencio al otro lado. Podía oír cómo su cerebro se encendía. Literalmente. Seguro estaba frente a cinco monitores, reprogramando el sistema de defensa del país mientras calculaba cuántos segundos me tomaría perder la paciencia.

—Grace —empezó, en ese tono robótico de *no voy a decirte nada porque me pagan por ser más listo que tú*—. No deberías preocuparte por eso.

—Oh, no me estoy preocupando, me estoy documentando —dije, afilada—. Vamos, Lukas. Solo dame algo. O un emoji. Lo que sea.

—No puedo. No debo. Y no quiero —dijo—. Está en el pasado.

—¿Y tú estás en la lista de robots programados para responder eso?

Colgó.

Sin despedirse. Solo… beep.

Traición número dos del día.

Llamé a Aias. Él al menos tenía alma, o algo parecido.

—No me digas que no sabes quién es.

—¿La rubia de las fotos? Claro que sé quién es —respondió, y me quedó claro que la comunicación entre los chicos iba a velocidad de fibra óptica. Lukas debió llamarlo y advertirle.

Esperanza. Por un microsegundo.

—Entonces dime.

—Está en el pasado.

—¡POR EL AMOR DE DIOS!

—Grace…

—¡Nada de Grace! ¿También tú, Aias?

—Grace… duquesa… escucha. Todos tenemos un pasado. Ex prometidas, examantes, ex errores catastróficos con nombre y apellido. Dean simplemente no quiere arrastrarte a eso. Créeme, no es por protegerla a ella. Es por protegerte a ti.

—Sí, bueno, me siento increíblemente protegida mientras las redes me ofrecen como escort de lujo y mi novio resulta tener un historial con una Barbie real.

—¿Estás bien?

—Estaba mejor antes de llamarte. Beep.

Colgué. De nuevo. Porque los hombres de mi vida habían decidido ser parte del mismo club de *Cállate y no respondas nada útil*.

Así que hice lo que una versión desesperada y cansada de mí misma llevaba días evitando.

Me conecté al juego.

No para jugar. Ni para cazar bestias. Ni para tomar el castillo.

Solo para hablar con las únicas personas que, honestamente, entendían mis niveles de locura: Kookie, Sally y, porque el drama llama al drama, Denci.

A los cinco minutos de estar online, recibí una notificación de grupo.

*Sally*: ¡¡Diosa caída del cielo, has vuelto!!

*Kookie*: Pensamos que te había secuestrado un sugar daddy. O una secta. O ambos.

*Denci*: ¿Dónde estabas? ¿Estás bien? ¿Cómo fue esa cita a ciegas?

—Sí, sí, y por qué no, vamos a por más drama —dije en voz alta mientras aceptaba la invitación.

*Duchess*: Necesito desahogarme, pero vamos al Discord.

Tardaron menos de un minuto en conectarse y empezar una videollamada.

—¡Ya está! ¡Cuenta todo! ¿A quién matamos? —dijo Kookie.

—Nadie. Aún. Pero dejadme contar…

Les conté todo.

Lo del perfil falso de escort, las fotos creadas por IA, la llamada de mi hermano gritándome que había deshonrado a la familia como si fuéramos un drama coreano de Netflix, el móvil lleno de mensajes basura, y luego, la rubia.

El silencio fue cómico.

Las tres estaban boquiabiertas.

Sally fue la primera en hablar:

—Vale. Te vas a reír. Pero yo vi ese perfil.

—¿¡QUÉ!?

—¡Pensé que era falso! ¡¡Juro que no entré!! Bueno… sí entré. Pero solo porque quería ver si de verdad ofrecías masajes sensuales con opción a final feliz.

—¡SALLY!

Kookie se estaba riendo tanto que casi se cayó de la silla.

—¡Hermana! ¡Te volviste viral y no nos invitaste a la fiesta!

Denci, por su parte, estaba más seria.

O tan seria como puede ponerse ella.

—Te están atacando. No es casual. Esto es personal.

—Oh, gracias, Sherlock Denci. ¿Alguna otra revelación mística?

—Sí —dijo, ladeando la cabeza—. Duke te oculta algo. Y tú lo sabes.

Pero aún no estás lista para enfrentarlo.

Y lo peor es que tenía razón.

Sally se levantó, alzó la copa y dijo:

—Brindo por Grace, la única escort del mundo que no cobra, no trabaja y aun así está metida hasta el cuello en líos sexuales digitales.

Reí.

No porque no doliera.

Sino porque si no lo hacía, iba a gritar.

Y honestamente, me estaba quedando sin voz para tanto drama.

—¿Queréis saber algo peor que tener un ex acosador y una reputación destruida online?

Kookie levantó la mano virtual.

—¿Estás embarazada?

—¡NO!

Sally: —¿Te casaste en Las Vegas con Duke borracha?

—Tampoco. Pero gracias por darme ideas de pesadilla.

Denci entrecerró los ojos.

—¿Te enamoraste?

Silencio.

Más silencio.

De esos que duelen.

—Sí —admití, bajito—. Y no solo de él.

—¿¡QUÉ!? —gritaron las tres al mismo tiempo.

—Vale, no de ellos. Pero sí de todos ellos. O sea, no románticamente. Es más bien como tener un batallón de hermanos mayores, atractivos, armados hasta los dientes y emocionalmente disfuncionales. Tienen un nombre. No lo saben, pero les queda perfecto: el Hero Team.

Sally se dejó caer de espaldas como si hubiera muerto de amor.

—Cuéntalo. TODO.

—Vale. Empecemos con Dean/Duke. El CEO del caos emocional. Tiene una mandíbula afilada como sus traumas y unos brazos que podrían sostener mi vida rota y aún tener fuerza para cargarme. Me mira como si fuera suya, pero en el fondo no tiene idea de lo que eso significa. Le digo que me duermo y me arropa. Le digo que no quiero hablar y se queda en silencio conmigo. Pero claro, tiene exnovias que parecen diosas nórdicas. Porque la tragedia no viene sola: viene en tacones y con abdominales.

—Kookie: Ya quiero uno. Traumas incluidas, me da igual.

—Luego está Poppy —dije—. Es abogado. Un caballero, pero con cara de *te entierro legalmente y luego te doy flores para el entierro*. Tiene ese aire de tipo que fue criado entre libros de leyes y traumas familiares. Se me queda mirando como si supiera cosas de mí que ni yo sé. Me cae bien, pero no le confiaría mi contraseña del Wi-Fi.

—Denci: ¿Y Aias?

Me reí sola. Como una loca.

—Aias es diferente. Griego, ya lo saben. Rico. Misterioso. De esos que te sacan una copa de vino mientras alguien muere de fondo y él ni parpadea. Tiene una sonrisa que dice *sé demasiado* y unos ojos que preguntan *¿estás segura de querer saber más?* Me mira como si le recordara a alguien. O como si supiera que un día, cuando todo explote, él será quien lo limpie.

—Sally: ¿Y hay más?

—Rome. Casi no habla, pero cuando lo hace es como si un volcán murmurara. Vive en las sombras, literalmente. Es el tipo que no sabes si está en la habitación hasta que sientes que alguien te observa, y resulta que es él, con una taza de café en la mano y una pistola en la otra.

—Kookie: No sé si quiero casarme con ellos o pedirles que me adopten.

—Y falta Lukas —suspiré—. Lukas es imposible de definir. Habla en códigos. Tiene más pantallas que emociones visibles. Pero es dulce. De esos dulces que te das cuenta tarde. Me cuidó. Me protegió. Me borró un infierno de internet con dos clics y una sonrisa cínica. Si alguna vez necesitáis desaparecer un cuerpo digital, es vuestro chico.

Silencio. Esta vez, uno bueno.

Sally fue la primera en hablar:

—Grace, suenas como si hubieras encontrado algo. O a alguien. Pero también suenas como si tuvieras miedo de que te lo quiten.

—Porque lo tengo. Miedo. No sé cuánto va a durar esto. Ni si lo merezco. Ni si soy capaz de vivir una vida así. Pero ellos me hacen sentir como si tuviera un lugar. Una especie de hogar de guerra emocional.

Kookie susurró: —¿Y Dean?

—Dean es jodido. Es como un hogar en medio de una tormenta, pero también puede ser la tormenta. A veces no sé cuál de las dos cosas quiero más.

Denci asintió: —Bienvenida al campo de batalla, duquesa.

Me reí.

—¿Sabéis qué es lo peor?

Sally: —¿Qué?

—Soy la única del juego que los ha conocido en la vida real. Y vosotras estáis allí mientras yo desayuno amenazas, traumas y un escuadrón de élite.

Kookie: —¡Tú los nombraste el Hero Team! ¡Tú los invocaste!

—Sí. Y me están salvando. Un poco. Aunque también me están volviendo loca.

Y por primera vez, en medio de todo el caos, sonreí.

Porque, a pesar de todo, no estaba sola.

—Ah, y me falta uno. Demon.

Kookie: —¿Cómo se te puede olvidar alguien con ese nombre?

—Porque Demon no se olvida. Se reprime, se niega, se evita mirar directamente si no quieres salir ardiendo. Es guapo. Pero no

*qué mono* guapo. No. Es *si me mira una vez más, me quemo viva* guapo. Tiene esa presencia de villano redimido por accidente. Como si lo hubieran metido en el grupo por error, pero nadie se atrevió a echarlo porque bueno, probablemente te mataría con un lápiz.

Sally: —Me estoy enamorando.

—No lo hagas. Demon es peligro. Es el tipo que no necesita levantar la voz para hacerte temblar. Sonríe como si supiera algo que tú no sabes. Como si hubiera vivido mil vidas y en todas hubiera hecho cosas de las que no habla. Me cuida. pero al mismo tiempo me analiza. Como si esperara que yo también escondiera algo.

Denci: —¿Lo haces?

—Tal vez. Pero no tanto como él. Demon no es fuego. Es humo. Te envuelve, te confunde, y cuando te das cuenta, ya no puedes respirar sin él.

Kookie: —¿Y te gusta?

—No. Y sí. Y no. Pero sí.

Sally: —¿Te das cuenta de que suenas como si vivieras en una novela?

—Os recuerdo que ahora mismo estoy escondida en la casa de un millonario, protegida por un escuadrón que parece salido de una serie de acción, mientras mi reputación es destruida por un hacker con complejo de exnovio vengativo, y mi desayuno ha sido interrumpido por un mensaje con IA de mi trasero.

Pausa.

Kookie: —Dios mío, necesito tu vida.

—Te la presto. Solo si tú te quedas con Demon.

Silencio.

Kookie: —Paso.

# Capítulo 20

## *Grace*

Duke entró en el dormitorio como si no me hubiera dejado sola hacía media hora, tras una discusión sin cerrar. Pero no. Él simplemente daba las cosas por cerradas cuando se cansaba de hablar.

Yo no.

—No esperaba verte aquí —dije sin mirarlo. Estaba sentada en el borde de la cama, todavía con el móvil en la mano.

—Es mi casa.

—Y mi vida. Qué curioso, los dos ocupamos sitios que últimamente no parecen ser nuestros.

Cerró la puerta con más fuerza de la necesaria. Estaba tenso. Lo sentí en la forma en que se quitó el reloj y lo dejó en la cómoda.

—Grace, no tengo tiempo para otro drama.

—¿Y yo? ¿Tengo tiempo para que mis fotos estén flotando por internet como si fuera una maldita escort?

Se giró. Ahí estaba la furia. No me asustaba. Me encendía.

—Lukas lo borró todo. Tenemos un rastreador listo. Estamos actuando. ¿Qué más quieres que haga?

—Quiero que me mires como si esto también te jodiera. Como si te afectara a ti, no solo a tu orgullo de macho protector que falló por primera vez.

—¿Crees que no me importa?

—Creo que no sabes cómo demostrarlo.

Silencio. Lo odiaba más que los gritos.

—¿Y tú? —dijo al fin, en voz baja—. ¿Qué sabes de demostrar algo? Ni siquiera me hablas de tu familia. Cada vez que intento acercarme, te cierras. Pero a tus amiguitas del juego les cuentas todo.

Me levanté. Ahí estaba. La bomba. La verdad detrás de su rabia: control. Necesitaba saberlo todo, tenerlo todo, ser el centro de todo.

—No tengo por qué contarte cada maldito trauma, Duke. No eres mi terapeuta. Ni mi dueño.

—¿Y tú qué eres para mí, Grace?

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí. Porque empiezo a pensar que no tengo ni idea.

Lo sentí. Como un golpe sin manos. La frase que dolía porque venía de él. Porque… yo tampoco sabía quién era para él.

—Soy la mujer que metiste en tu cama, tu vida y tu casa. Pero también soy la que no puede moverse sin que le pongas un guardaespaldas. La que no puede salir sola. La que no puede respirar sin que sientas que estás perdiendo el control.

—¡Te están amenazando! ¡Intentaron matarte!

—¡Lo sé! —grité—. Pero ¿eso justifica que me encierres como si fuera una prisionera? ¿Qué tomes decisiones sin consultarme? ¿Que todos tus amigos sepan más sobre tus malditas exnovias que yo?

Duke se pasó la mano por el cabello, desesperado. No dijo nada.

—¿Quién era ella, Duke?

—No ahora.

—¿Cuándo, entonces? ¿Cuándo yo también me convierta en una ex? ¿Una más en tu lista de cosas que no salieron como planeaste?

Eso lo rompió. Lo vi. Bajó la mirada. Tragó saliva. Pero no se acercó.

—Mejor me voy —murmuré—. No me gustan este tipo de casas. Son grandes. Vacías. Te hacen sentir como si fueras la única persona real en un museo lleno de recuerdos ajenos.

Pasé junto a él. No me detuvo.

Ni una sola palabra.

Ni una disculpa.

Ni un *no te vayas*.

Y eso dolió más que todo lo demás.

No había dado ni tres pasos por el pasillo cuando lo escuché detrás de mí.

—No vas a irte.

Me detuve. Me giré. Me reí. Una de esas risas que no hacen ruido porque lo que se está rompiendo está por dentro.

—¿Y quién lo va a impedir? ¿Tú?

Duke apretó la mandíbula. La tensión le marcaba los hombros. Podía ver cómo se contenía. Siempre lo hacía. Se contenía por mí. Qué irónico que ahora se contuviera contra mí.

—No puedes estar sola, Grace. Estás en peligro real.

—¿Y qué? ¿Vas a encerrarme en otra habitación hasta que se te pase el miedo?

—¡No se me va a pasar! Porque esto no es un juego. ¡Te están cazando!

—Entonces tal vez no debería estar cerca tuyo. Quizás eso es lo que los atrae. Tu maldita presencia. Tus enemigos. Tus ex. Tu jodido mundo.

—¡Estás diciendo tonterías!

—¿Y tú? ¿Qué dices? ¿Qué me quieres? ¿Qué me cuidas? ¿O solo me quieres donde puedas verme, controlarme y callarme?

Duke dio un paso hacia mí.

No me moví.

Que lo intentara. Que me dijera algo que no pudiera perdonarle.

—No puedes marcharte.

—¿Por qué no? ¿Crees que no hay nadie más en el planeta que pueda protegerme?

—¡No se trata de eso!

—Ah, ¿no? Porque Aias podría. Incluso con resaca, medio dormido y sin camiseta, Aias podría protegerme.

Ahí lo vi. El tic en su sien. El fuego en sus ojos. Lo había tocado. Justo donde dolía.

Y no me sentí culpable. Me sentí viva.

—¿De verdad vas a decir eso?

—Sí. De hecho, voy a llamarlo.

Mis dedos se movían más rápido que mi conciencia mientras encendía el móvil. Busqué su nombre. Lo encontré.

Y marqué.

Duke me quitó el móvil de un manotazo. La pantalla se apagó con un pitido seco.

—¿Estás jodidamente loca?

—No, Duke. Estoy jodidamente cansada.

—¡Grace!

—¿¡Qué!? ¿Que no me porte como una niñita asustada que te agradece cada limosna de afecto solo porque estás en modo *soy tu héroe*? No soy ese tipo de mujer.

Su pecho subía y bajaba como si acabara de salir de una pelea. Tal vez estaba dentro de una.

—Te quiero, maldita sea.

—Y yo te quise. Pero no estoy segura de sí me hace bien seguir haciéndolo.

Duke dio un paso atrás. Como si mis palabras fueran más fuertes que su entrenamiento militar. Como si yo le hubiera disparado justo donde dolía.

—Si quieres que me quede —dije, con la voz más rota de lo que quise admitir, no me encierres. No me obligues. Elige confiar en mí. O déjame ir.

La habitación se volvió irrespirable.

Silencio.

Y esta vez fui yo la que no se quedó a esperarlo.

***

El rugido del motor fue la única advertencia.

Diez minutos después de colgar, Aias estaba aparcado frente a la mansión de Duke como si fuera la suya. Bajó de su deportivo negro, porque, por supuesto, no podía conducir algo que no fuera un deportivo negro, con sus gafas de sol absurdamente caras, una camiseta blanca ajustada y esa actitud de *vine a salvar el mundo, pero antes quiero un espresso*.

Y ahí estaba yo, en la puerta, con una mochila de emergencia, el corazón roto y las emociones al borde del colapso.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, bajándose las gafas con lentitud dramática.

—No.

—Genial. Súbete —se cruzó de brazos—. Pero primero dime si esto es un berrinche de proporciones intergalácticas o un intento

real de tomar decisiones de adulta funcional.

—¿A qué huelen las decisiones de adulta funcional?

—No a perfume con olor a *me peleé con mi novio y ahora quiero venganza.*

Tragué saliva. Iba a responder algo sarcástico, pero su expresión era demasiado seria para jugar.

—Estoy dolida —admití—. Y furiosa. Y confundida. Pero también estoy cansada de sentir que él puede tener secretos y yo no.

—Grace, no puedes hacer esto sola.

—No quiero hacerlo sola. Solo quiero un respiro. Un espacio sin gritos. Sin miradas que duelen más que las palabras.

Él asintió, despacio, como si estuviera calibrando cada una de mis palabras.

—Vale —dijo—. Entonces, ahora escúchame tú. Yo te quiero, Grace. Mucho. Y a Dean también, aunque tenga el carisma de un cactus cabreado. Lo que hay entre ustedes dos es fuego puro, pero también están jugando con gasolina.

—No lo estoy dejando —dije en voz baja—. Solo me voy un rato.

—¿Y crees que eso lo va a calmar? ¿Que, sabiendo que estás por ahí, vulnerable, se va a quedar tranquilo? —Me miró con intensidad —. Grace, ese hombre se desvive por ti. Está al borde. ¿Y tú qué haces? Le clavas la daga y giras.

—¡Él empezó!

—No somos niños. No hay quién empezó. Hay heridas. Hay miedo. Y hay mucho, mucho amor. Pero si no lo cuidáis, lo vais a destrozar, especialmente ahora que solo estáis empezando.

Me quedé en silencio. Porque dolía. Porque tenía razón. Porque Aias siempre tenía razón cuando bajaba su fachada de vividor y se convertía en el alma sabia del grupo.

—Pero si necesitas irte, yo te llevo —añadió con suavidad—. Y si te quieres quedar, yo también puedo hacer de intermediario hasta que se les pase la idiotez a los dos.

Solté una risa rota. Qué maravilla tener amigos que te quieren lo suficiente como para decirte la verdad y aun así quedarse.

—Gracias —susurré.

—Siempre. Pero te aviso: si pasamos más de una noche juntos, voy a tener que enseñarte a pilotar mi avión.

—¿Tienes un avión?

—¿Quién no?

—¡¿Duke no me lo contó?!

—Ah, claro. Porque cuando uno intenta conquistar a una mujer, lo primero que menciona es: por cierto, mi mejor amigo griego tiene un avión privado más bonito que el mío.

Sonreí. Por primera vez en horas. Y cuando Aias me abrazó, me dejé sostener.

Tal vez estaba tomando la decisión equivocada. Pero en ese momento, lo único que necesitaba era un poco de aire… y un griego con paciencia.

Aias había alquilado un ático muy elegante porque según él, los hoteles se sentían muy impersonales. Tenía esa decoración minimalista que grita tengo dinero y gusto, pero no lo suficiente como para parecer que me importa demasiado.

Mármol, acero, ventanales de cristal infinito. Ah, y una vista que haría llorar de envidia a cualquier influencer con dron.

—Este es tu cuarto —me dijo, abriendo una puerta doble que daba a una habitación de invitados más grande que todo mi piso en Sídney. Cama king, sábanas perfectas y una lámpara de diseño que probablemente costaba más que mi coche.

—¿Estás seguro de que es de invitados? Porque esto parece la suite presidencial de un hotel boutique en Milán.

—Sí, lo sé. La alquilé hace dos meses, en plan discreto. No me gusta que me reconozcan cuando me quedo en la ciudad —dijo, como si eso fuera lo más normal del mundo—. Además, tiene la ventaja de estar cerca de ti… por si acaso.

Ese acaso era peligroso, especialmente con Aias, así que no respondí.

Cenamos algo ligero, ensalada, pan artesanal, vino tinto que me hizo cuestionar todos mis estándares de supermercado, y luego nos sentamos en el sofá mientras la tele pasaba alguna serie que ni registramos.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Estoy… algo mejor —murmuré—. Al menos aquí no tengo a Duke persiguiéndome con preguntas ni a mi teléfono explotando con más drama.

—Y a mí me arruinaste una noche épica. Tenía una cita con una pelirroja que usaba perfume de escándalo y zapatos que gritaban *soy un problema.* Y mírame ahora: en casa, con pantalones de chándal, viendo series y cuidando a una fugitiva emocional.

—Vas a sobrevivir.

—Estoy seguro de que sí. Pero quiero que sepas que es un sacrificio inmenso —se quejó dramáticamente mientras me pasaba una manta—. ¡Tú me debes una noche loca, por lo menos!

—Te la pago con brownies y mi eterna gratitud.

—Acepto —sonrió.

Nos abrazamos. Un momento rápido, cálido, sin doble intención. Aias era eso. Cuidado envuelto en sarcasmo. Protección disfrazada de desdén sexy. La clase de amigo que te haría reír mientras cargas una bomba nuclear.

Después me metí en la cama de sábanas de algodón egipcio, y pensé que tal vez, solo tal vez, estaba recuperando el control.

Spoiler: no.

Porque mi móvil vibró. Y como toda idiota con acceso a tecnología, lo miré.

Un mensaje nuevo.

*DarkHound*: Sabía que ibas a darte cuenta de que Duke no es el hombre para ti. Pronto estaremos juntos, amor, pronto.

Me quedé mirando el mensaje como si pudiera borrarse solo con el poder de mi incredulidad.

Pronto estaremos juntos, amor.

¿Cómo diablos sabía que me había ido?

¿Cómo sabía que no estaba con Duke?

Ni siquiera yo había tenido tiempo de procesarlo del todo.

¿Me estaba siguiendo?

¿Tenía alguien espiándome?

¿O simplemente estaba tan obsesionado que ya había cruzado esa delgada línea entre deducción y paranoia?

La idea me revolvió el estómago. No porque me sintiera vigilada, que sí, y bastante, sino porque empezaba a entender que esto no era un juego para él. Que tal vez nunca lo había sido.

Y lo peor no era lo que había escrito.

Lo peor era lo que no.

Ese pronto.

Ese maldito pronto que me sonaba más a amenaza que a promesa.

Me di la vuelta en la cama, apagando el móvil.

El problema es que, aunque apagues la pantalla, la ansiedad sigue ahí.

Parpadeando en la oscuridad como un mal presentimiento con Wi-Fi.

Dormir no fue una opción. Lo intenté, lo juro. Me tapé con la manta de lino egipcio como si pudiera protegerme de psicópatas, exnovios dolidos y hackers con complejo de Cupido. Spoiler: no funcionó.

El techo del ático de Aias era blanco. Tan blanco que daba rabia. Porque mientras todo en mi cabeza era caos, él tenía un techo perfectamente pintado, sin grietas, sin manchas. Sin amenazas anónimas de amor eterno y secuestro opcional.

Cerré los ojos. Los volví a abrir. Una y otra vez.

No pensaba en Duke.

Mentira. Claro que pensaba en él.

En su forma de gritar cuando lo tocabas donde dolía.

En su manera de mirarme como si pudiera romperse si me alejaba.

Y en cómo lo había dejado parado en medio de su mansión como si no fuera, en el fondo, lo más parecido a casa que había tenido en años.

Y aun así me había ido.

¿Estaba huyendo?

¿O simplemente haciendo lo que debía haber hecho desde el principio?

Aias dormía del otro lado del pasillo. O eso quería creer. Porque si me encontraba de pie en la cocina con una botella de vino en la

mano a las tres de la mañana otra vez, me iba a dar un sermón griego con referencias filosóficas incluidas. Aristóteles, probablemente. Siempre tan intenso.

Volví a mirar el móvil.

Solo por si había otro mensaje.

Solo por si DarkHound había decidido declarar la guerra oficialmente.

Nada.

El silencio, a veces, es más aterrador que el ruido.

Apoyé la cabeza contra la almohada y me obligué a respirar. Lento. Profundo. Como si pudiera llenarme de paz con solo fingir que no pasaba nada.

Mentirme siempre fue mi talento oculto.

Pero por primera vez, no estaba segura de si iba a creerme.

# Capítulo 21

## *Grace*

Me desperté con la cara pegada a la almohada, el pelo como si hubiese peleado con una licuadora, y esa sensación incómoda de haber tomado demasiadas decisiones sin consultar con mi cerebro. O con el sentido común. O con un adulto responsable.

Pero estaba sola.

Y eso, por un segundo, se sintió como libertad.

Hasta que entró Aias, en camiseta y pantalones de chándal, como si no fuera uno de los hombres más guapos del planeta.

—¿Quieres café o prefieres seguir autodestruyéndote con dignidad? —me preguntó mientras dejaba una taza sobre la mesita de noche.

—¿Puedo hacer las dos cosas?

—Tú puedes hacer lo que quieras. Por eso estás aquí.

Spoiler: esa fue la frase más amable del día.

Porque unas horas más tarde apareció Elsa, porque Aias le había encargado pasar por mi apartamento y traerme algo de ropa. Me saludó con una sonrisa tan dulce que me dieron ganas de huir por la ventana.

—Qué guapa estás —dijo como si no estuviera analizándome de arriba abajo—. ¿Dormiste bien?

—Como una piedra. En llamas. En medio de un volcán.

Sonrió. Ignoró mi ironía con la gracia de alguien que ha sobrevivido a años de política corporativa.

—¿Has pensado en volver al trabajo? Aunque sea un rato. A veces, lo que necesitamos para recuperar el equilibrio es volver a lo que conocemos.

Volver a lo que conoces. Suena poético. Hasta que recuerdas que lo que yo conocía era ansiedad, sobresueldos miserables y una jefa que olía a ego.

—Podría intentarlo —dije, más para que se callara que por convicción.

Pero al final, me vestí. Me peiné. Me puse algo parecido a un conjunto decente. Y salí.

Antes de que cruzara la puerta, vibró mi teléfono. Un mensaje nuevo.

De él.

*Me alegra que empieces a recordar quién eres sin ellos. No como Duke, que solo te ve como un trofeo. Yo te veo de verdad, Grace.*

Lo borré.

Y luego me quedé mirando la pantalla durante cinco minutos.

Porque algo en ese mensaje no sonaba tan loco.

Y eso sí que era preocupante.

Volver a la oficina fue… raro.

Como entrar a una casa que alguna vez fue tuya, pero ahora está llena de desconocidos.

Mi escritorio seguía en su sitio, mis cosas estaban donde las había dejado, pero yo no era la misma. Y la gente lo notaba.

La recepcionista me saludó con un hola cargado de entusiasmo incómodo, como si no supiera si abrazarme o rociarme con desinfectante emocional.

Mi jefa me lanzó una mirada que decía *ah, mira quién decidió trabajar*. Y no, no lo dijo. Pero el juicio se notaba desde el ascensor.

Me encerré en una sala de reuniones vacía para revisar informes.

Mentira.

Solo necesitaba aire. Aunque fuera en forma de Wi-Fi.

Y ahí estaba.

Otro mensaje de DarkHound.

*Sé que no es fácil volver. A nadie le importa cómo te sientes, solo quieren que rindas. Duke incluido. Pero yo no soy como ellos. Yo sí te escucharía. Yo sí te cuidaría.*

*¿Te acuerdas cuando en el juego eras imparable? Cuando nadie te hacía dudar de tu fuerza, de tu valor. Yo sí me acuerdo, Grace.*

*Podrías ser eso otra vez. Conmigo.*

Me reí. O intenté hacerlo.

Pero la risa se me congeló en los labios.

Porque ¿me acordaba?

Sí.

Y porque parte de mí quería volver a ser esa chica.

La que no lloraba por hombres en áticos ajenos.

La que no esperaba que la salvaran.

La que no sentía que se estaba cayendo a pedazos.

Apoyé la cabeza contra la pared. Cerré los ojos.

Y, muy en el fondo, odié que sus palabras me dolieran justo donde no quería que dolieran.

En lo que me faltaba.

En lo que había perdido.

En lo que una parte muy estúpida de mí empezaba a preguntarse si alguna vez había tenido.

***

Por la tarde estaba tirada en el sofá, con el pelo hecho un nido y un café frío, cuando me llegó la notificación.

*DarkHound*: Pensé que te gustaría saberlo.

Nada más. Ni un emoji. Ni un hola. Solo un enlace, como un puñal digital.

Dudé unos segundos, porque ya sabía que abrir mensajes de psicópatas emocionales no solía acabar bien, pero como buena imbécil con ansiedad crónica, lo abrí.

Instagram. Cuenta privada. Nombre genérico, de esos que gritan *mira qué bonita soy.*

Y la foto.

Duke.

Con esa mujer. La misma de las fotos del perfil que había visto días antes. Pero esta vez no estaban en la playa ni con copas de vino en la mano.

Estaban en un jardín.

Él tenía al bebé en brazos.

Un bebé real. No de esos que puedes alquilar para una sesión de fotos si quieres parecer responsable.

Tenía su sonrisa ladeada. Esa sonrisa que me dedicaba a mí después de hacer algo tan estúpido como adorable. Pero no era para mí esta vez. Era para ellos.

La ex.

El bebé.

La vida secreta que parecía sacada de un mal drama de Netflix.

—¿Qué carajos…?

Me levanté de golpe, como si el suelo me hubiese escupido. Abrí y cerré la imagen unas diez veces, como si en una de esas el algoritmo decidiera mostrarme algo diferente. Una edición. Un error. Una explicación.

Pero no. Solo el *pensé que te gustaría saberlo.*

Y ahí estaba yo, en el ático de Aias, con la cara ardiendo y el estómago dándome vueltas, mientras el mundo se deshacía otra vez.

Porque si eso era real…

¿Quién carajos era el hombre que decía querer protegerme, que decía amarme?

Y peor aún… ¿quién era yo para él?

***

Después de una noche sin dormir, de dar vueltas en la cama, me encontraba en el balcón, el aire golpeándome la cara como si quisiera despertarme a golpes. No sabía si gritar, llorar o prenderle fuego al universo. Quizá todo. A la vez. Con gasolina.

Entonces escuché pasos detrás de mí. Pesados, seguros. Aias.

—No tienes pinta de haber dormido —dijo, apoyándose en el marco de la puerta con una taza de café que olía demasiado bien.

—No dormí. Me entretuve viendo cómo la gente a la que quiero se ríe de mí.

Aias soltó un resoplido. Ese que usaba cuando iba a decir algo que sabía que no iba a gustarme. O que iba a doler. Lo cual, siendo sincera, parecía el pan de cada día últimamente.

—No voy a hablarte de ella —dijo al fin—. Y no porque no quiera, sino porque no me corresponde.

—¿¡Pero sí te corresponde verme con la cabeza a punto de explotar y seguir callado como si nada?! ¡Vamos, Aias, un poco de solidaridad sería útil!

Él me miró. Largo. Como si buscara algo en mi cara. Quizá una grieta. Quizá la mínima señal de que no era tan fuerte como me gustaba aparentar.

—Te voy a contar algo —dijo, bajando la voz, casi como un secreto—. Fue hace años. Misión en el norte de África. Información errónea, emboscada, estábamos jodidos hasta las pestañas. El helicóptero ya estaba en camino. El jefe era Duke.

Ahí se me detuvo el corazón. Porque Aias no contaba cosas así. Jamás.

Y menos sobre Duke.

—Yo estaba demasiado lejos. Me habían alcanzado. Sangraba y no iba a llegar. Las órdenes eran claras: suban al helicóptero y salgan.

—¿Y…?

—Y Duke no obedeció.

El aire se detuvo un segundo. Literalmente.

—¿Qué?

—Saltó del helicóptero ya despegando. Corrió como un maldito lunático bajo fuego cruzado, me cargó al hombro y nos sacó a los dos vivos. Sabía que por hacerlo podía morir él también. Pero no lo pensó dos veces. Porque eso hace Duke. Puede que no diga lo que sientes que deberías oír. Puede que te saque de quicio con su forma de callarse la mitad de las cosas. Pero cuando llega el momento de la verdad siempre está ahí. Siempre vuelve.

No supe qué decir. Porque esas eran las palabras que yo necesitaba. Pero no venían de él.

Venían de otro hombre que también le debía la vida.

Aias me dio una palmada suave en la espalda, como si dijera *ahí lo tienes, haz con eso lo que quieras*, y volvió a entrar.

Y yo me quedé ahí, mirando la ciudad, sintiendo que el odio que me hervía por dentro empezaba a confundirse con otra cosa.

Duda.
Maldita sea.

# Capítulo 22

## *Duke*

Dormir no fue opción.

No con su voz aún resonando en mi cabeza. No con esa imagen grabada a fuego: alejándose con Aias, como si yo no significara una mierda.

La casa entera olía a ella. A su perfume, a su café, al champú que dejó en el baño. A su risa desordenada, al sarcasmo en sus ojos. Todo era ella y, al mismo tiempo, ausencia.

Me había dejado.

Y lo peor no fue que se marchara. Fue cómo.

Con rabia. Con orgullo. Con esa frase de mierda que aún me cortaba por dentro.

*Cualquier hombre puede protegerme. Incluso Aias.*

Pegué un puñetazo a la pared esa noche. Ni lo sentí.

Me encerré en el despacho porque el dormitorio me olía a guerra perdida. Me acabé media botella de whisky sin enterarme, solo esperando que el maldito amanecer me distrajera del infierno que era pensar en ella.

No pude llamarla. Lo pensé. El dedo llegó a rozar su contacto, pero...

Soy un imbécil orgulloso. Y ella también.

Al día siguiente, al mediodía estaba por rendirme. Por marcar. Por decirle algo, lo que fuera. Un mensaje, una nota, un gruñido que sirviera de disculpa. Cualquier mierda con tal de que volviera.

Y entonces apareció Elsa.

Ni llamó o alguien del servicio la dejó entrar. Lo hizo como si la casa fuera suya.

—¿Interrumpo?

Levanté la vista con un nudo en el estómago. Corté la llamada sin pensar. Me arrepentí medio segundo después.

—Pensé que estabas en Melbourne —gruñí, ya sin energía para aparentar cortesía.

Ella sonrió. Esa sonrisa suya de yo sé más que tú.

De yo ya estuve aquí antes y sé cómo termina.

—Pasé a verte. Te noto decaído.

Decaído.

Lo que estaba era jodido, gracias.

Se sentó sin que la invitara. Dejó una caja de pastas sobre el escritorio como si un poco de azúcar fuera a arreglar el desgarro que tenía en el pecho.

La miré. No dije nada. A estas alturas, sabía que los silencios eran más eficientes que las palabras.

—Hablé con Grace esta mañana.

Ah.

Ahí estaba.

Noté cómo se me tensaban los músculos.

—¿Qué te dijo?

—Que está bien. Que no la busques. Que necesita espacio, tiempo. Y que... —hizo una pausa perfecta, estudiada, quiere volver a su vida. A su trabajo.

La garganta se me cerró.

Mentira o no, dolía como si me estuvieran arrancando el corazón con una cuchara.

—Eso dijo —repetí, con la voz más neutra que pude reunir.

Elsa asintió.

—Lo siento, Duke. De verdad. Sabes que solo quiero lo mejor para ti.

Claro.

Siempre lo quiso. Sobre todo, si ese *mejor* incluía que yo volviera a su lado.

Se acercó, me tocó el brazo.

—No funcionó. No pasa nada. Fue intenso. Pero hay personas que simplemente no están hechas para durar. Y tú y Grace son como gasolina y cerillos. Siempre arden. Siempre terminan destruyéndose.

No dije nada.

Ella sonrió un poco más. Esa media sonrisa de satisfacción apenas disimulada.

—Déjala ir, Duke. A veces perderla es salvarte.

Y con eso se fue.

Dejó silencio. Y un puto vacío que me estaba tragando entero.

Me quedé ahí. Quieto.

El móvil aún en la mano.

El corazón en algún punto entre la rabia y la rendición.

No llamé.

No escribí.

Si ella quería espacio, se lo daría.

Pero algo dentro de mí no se lo creía del todo.

Y eso dolía aún más.

***

El aire estaba denso en la sala. Como si la lealtad pesara. Como si lo que no se decía estuviera tatuado en la mesa.

Rome llegó primero. Siempre puntual. Siempre con cara de *esto va a ser un problema.*

Poppy le siguió, con ese andar de abogado que no necesita un arma para ganar. Lukas entró, por último, cargando su portátil como si fuera un escudo.

Aias ya estaba ahí. Sentado. Con el ceño fruncido. Mirándome como si pudiera leerme la mente.

La verdad es que sí podía.

—¿Dónde está Grace? —preguntó Lukas sin rodeos.

Le lancé una mirada. Él ya lo sabía. Claro que lo sabía. Pero quería obligarme a decirlo. A masticar el sabor amargo de que ella se había ido. Por mi culpa.

—Con Aias —respondí.

Cinco segundos de silencio.

—¿Y por qué no estás tú con ella? —preguntó Poppy, sin sarcasmo, sin juicio. Solo la maldita lógica de siempre.

Me apoyé en la mesa. No tenía intención de justificarme.

—Porque eso ya no me corresponde.

Rome silbó entre dientes.

Lukas parpadeó como si algo no le cuadrara.

Y Aias me miró como si acabara de escupirle en la cara.

—¿Qué mierda estás diciendo, Duke?

—Que, a partir de ahora, Aias será el responsable de su seguridad —dije, directo, sin adornos—. Ella confía en él. Está bajo su techo. Tiene sentido.

—No —espetó Aias, tajante—. No tiene ningún sentido.

Me crucé de brazos. Apretando los dientes. Aguantando la tormenta que sabía que venía.

—Grace no quiere que la proteja yo. No ahora. Tú estás ahí. Eres el único en quien confía sin cuestionar. Eso es todo.

Aias se levantó.

—Eso no es todo. Esto es rendirse, Duke. ¿Desde cuándo tú te rindes?

—Desde que seguir luchando la pone en peligro.

Todos callaron.

Aias bufó, negando con la cabeza. Pero no insistió.

Rome, siempre el mediador, asintió.

—La protegeremos desde la sombra. El virus de Lukas ya está funcionando, pronto sabremos quién está detrás de DarkHound. Poppy y yo estamos rastreando posibles conexiones entre los perfiles falsos y esa mujer del pasado.

—¿La ex? —preguntó Lukas, sin levantar la vista de la pantalla—. ¿Esa que apareció en las fotos con el bebé?

No contesté.

Aias maldijo por lo bajo. Luego se volvió hacia mí.

—Si le pasa algo, es tu responsabilidad. Que quede claro.

—Lo sé —respondí.

Y ahí quedó.

Una decisión tomada. Una carga repartida.

Y una parte de mí sangrando en silencio.

Porque protegerla a distancia no es lo mismo que tenerla cerca.

Pero si era la única forma de no perderla del todo, iba a tragarme el orgullo. Aunque me matara.

La reunión ya casi había terminado cuando Demon entró. Tarde, como siempre. Pero con los ojos brillando. Cuando Demon llegaba tarde y sonreía, algo había encontrado.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, lanzando su chaqueta al respaldo de una silla como si estuviéramos en un puto bar.

—Solo el fin del mundo —murmuró Lukas sin levantar la vista de la pantalla.

Demon ignoró la pulla. Me miró directo.

—Tengo una dirección.

Eso hizo que todos se callaran.

—¿Una dirección de qué? —preguntó Poppy, entornando los ojos.

—DarkHound. O alguien que trabaja con él. O para él. Un patrón de conexión apareció en varias IPs fantasma rastreadas por Lukas. Tres coincidencias físicas en las últimas 48 horas. Una casa vieja en las afueras.

Me puse de pie sin decir nada.

Demon sonrió.

—Sabía que querrías verlo con tus propios ojos.

Maldita sea, sí. Quería verlo y también quería la oportunidad de poner las manos sobre ese hijo de puta.

***

Era de noche cuando llegamos.

Carretera secundaria.

Asfalto agrietado.

Vegetación creciendo por donde no debería.

La casa era vieja.

Demasiado silenciosa para estar abandonada.

Pero demasiado quieta para estar habitada.

Demon aparcó a doscientos metros. No hacía falta decir nada. Esto lo habíamos hecho cientos de veces.

Sin radio. Sin luces.

Solo pasos entrenados, respiración contenida y el zumbido de la adrenalina subiendo por la columna.

—¿Lo sientes? —preguntó Demon al llegar a la verja oxidada.

Asentí.

No era miedo. Era instinto.

Ese que te grita cuando algo no encaja, aunque no sepas qué.

Demon entró primero, en silencio. Yo cubría la retaguardia.

Las tablas crujieron bajo nuestras botas.

Dentro: nada.

Solo polvo. Muebles viejos. Una radio rota. Sillas volcadas. Y silencio.

Ese tipo de silencio que te hace pensar que alguien ya te oyó llegar.

—Está vacía —susurró Demon, aunque no hacía falta.

—O ya no —dije. Me agaché junto a una mesa. Había marcas de arrastre. Alguien había movido ese mueble hace poco.

Demon sacó su linterna UV.

Rastro de pisadas. Recién hechas. De una sola persona.

—Nos estaban esperando —concluyó.

—O nos estaban probando.

Subimos al segundo piso. Nada.

Más vacío. Más ecos.

Una habitación con una cuna.

¿Una puta cuna?

Demon y yo nos miramos, sabiendo que era una provocación. Otra más.

Antes de salir, Demon dejó un micro escondido bajo la escalera.

—Por si vuelven.

Al volver al coche, nadie dijo nada.

Hasta que Demon rompió el silencio:

—¿Crees que Grace está realmente preparada para lo que viene?

No le respondí.

No porque no tuviera una respuesta.

Sino porque, por primera vez no estaba seguro.

El coche olía a noche húmeda, a cuero y a frustración.

Demon conducía con una mano en el volante y la otra golpeando el reposabrazos con los dedos, como si cada toque marcara el ritmo de su paciencia o de su ira contenida.

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que me partas la cara? —dijo al fin.

—No prometo nada.

—¿Por qué coño no le contaste a Grace la verdad?

No hizo falta aclarar a qué verdad se refería.

Miré por la ventana.

El reflejo del parabrisas era lo único que me devolvía la mirada.

—Porque fui un idiota.

—Ah, eso ya lo sabíamos todos. ¿Pero por qué?

Suspiré.

—Porque me dejé engañar por una mujer que sabía jugar con mi ego —dije. Y dolió más de lo que esperaba decirlo en voz alta.

—La rubia —dijo Demon, con tono neutral, aunque sus nudillos se tensaron sobre el volante.

—Sí. Geneviève.

Solo decir su nombre me daba arcadas.

Demasiado perfume caro y promesas vacías.

Demon silbó, bajo.

—Nombre de loca. De las que usan champán para lavarse el alma.

—Me hizo creer que el niño era mío. Lo creí. Durante seis meses.

Hasta que la prueba de ADN dijo lo contrario.

Ni una disculpa. Solo me dijo que necesitaba estabilidad.

Y que yo tenía el apellido adecuado.

Demon giró la cabeza para mirarme. Solo un segundo, pero fue suficiente.

—¿Y pensaste que Grace iba a usarte igual?

—No. Pensé que, si se lo contaba, vería todo lo jodido que estoy. Todo lo que no soy.

Y se largaría.

—¿Y qué pasó?

—Se largó igual —contesté.

Con media sonrisa.

De esas que no llegan a los ojos.

Silencio.

Denso. Cargado.

—Deberías decírselo —dijo Demon.

—¿Y si ya es tarde?

—Entonces la pierdes sabiendo que al menos fuiste honesto.

Pausa.

—Aunque si me preguntas, no creo que esa chica esté lista para rendirse contigo.

Me quedé callado.

No porque no tuviera algo que decir.

Sino porque Demon acababa de decir exactamente lo que necesitaba oír.

Y no estaba listo para admitir que me aferraba a eso con los dientes.

Volví a casa sin recordar cómo llegué.

No había tráfico.

Ni ruido.

Solo la ciudad.

Muda. Indiferente.

Sídney era una postal congelada detrás del cristal del coche. Y yo, un tipo con demasiados recuerdos en el retrovisor y ninguna buena idea en el asiento del copiloto.

Dejé las llaves donde siempre. Me quité la chaqueta como si todavía tuviera que rendirle cuentas al día. Me serví un whisky que no quería y me dejé caer en el sofá con la misma gracia con la que uno se hunde en una pesadilla recurrente.

Por hábito, más que por intención, cogí el móvil.

El juego estaba ahí. Como siempre. Esperando.

Lo abrí sin pensarlo, sin quererlo. Como quien entra en casa de su ex con la excusa de olvidé mi chaqueta, pero lo único que olvidó fue cómo respirar sin ella.

Duchess está conectada.

Lo decía en letras blancas. Tan inocentes. Tan letales.

Mi dedo tembló. Solo un poco. Apenas un parpadeo.

Podía escribirle. Una línea. Un emoji. Una jodida D mayúscula.

Ella respondería. Siempre lo hacía.

Pero no lo hice.

No porque no quisiera. Sino porque me acordé. Me acordé de su voz cuando dijo que se iba. De sus ojos cuando me miró como si ya no me reconociera.

Me acordé de que fue ella quien se marchó.

Y que fui yo quien le dio razones para hacerlo.

Cerré el juego. Apagué el móvil. Lo dejé boca abajo como si pudiera dejar también mis ganas de ir tras ella.

Subí a mi habitación. Me quité los zapatos, la camisa, la coraza.

Y me tumbé en la cama con un pensamiento cruel clavado en el pecho:

Aias estaba cuidando de mi mujer.

Y debería ser yo.

Pero no lo era.

No esta vez.

***

El día siguiente me encontró donde siempre parezco estar cuando no sé qué hacer con mi vida: en una sala de juntas, fingiendo que cerrar un trato es suficiente para distraerme de un corazón roto.

La ciudad se extendía bajo los ventanales, brillante y en calma, como si no supiera que yo me estaba desmoronando lentamente mientras sonreía a tipos con trajes caros y agendas vacías de verdad.

Estaba hablando de proyecciones, acciones, dividendos, mentiras vestidas de números, cuando mi móvil vibró.

Una vez. Luego otra. Luego tres seguidas.

Lukas.

Fruncí el ceño. Él nunca llamaba así, a menos que alguien estuviera muerto o a punto de estarlo.

—Disculpad un segundo —dije, mientras me levantaba ya con el móvil en la oreja.

—Grace está sola —fueron sus primeras palabras. Sin saludos. Sin anestesia—. Fue a trabajar, luego salió a almorzar. No lleva guardaespaldas. Ninguno. Ni Aias. Ni coche asignado. Nada. Está caminando sola por el centro, Duke.

Mi sangre se heló.

—¿Dónde?

—Restaurante St. Claire. Calle William. Acaba de salir hace menos de un minuto. Tú eres el que está más cerca.

No esperé más.

Salí sin despedirme. Dejé la reunión ardiendo tras de mí y crucé las calles como si cada semáforo rojo fuera una ofensa personal.

No recuerdo cómo llegué, pero el corazón me latía tan fuerte que podía oírlo por encima del motor, del tráfico, del ruido del mundo.

Aparqué donde no debía, crucé la calle y casi morí atropellado antes de verla.

Grace.

Justo saliendo del restaurante, con una bolsa de papel en la mano y su melena ondeando con esa naturalidad que me jodía el alma.

Iba sola. Tranquila. Vulnerable.

Y yo llegué justo a tiempo.

—¿Estás loca o simplemente decidiste ignorar todos los riesgos y salir a pasear como si no hubiera un psicópata suelto que quiere hacerte daño? —disparé apenas estuve a su lado.

Ella se giró. Sus ojos se abrieron con sorpresa y luego con hastío.

—Hola a ti también, Duke.

—Esto no es una broma, Grace. ¿Dónde está tu escolta? ¿Por qué estás sola?

Ella alzó una ceja y dio un paso atrás.

—Porque no sabía que tenía que pedirle permiso a nadie para almorzar. Gracias por recordármelo.

No me detuve. No podía.

—Podrías haber muerto. Podrías estar desaparecida ahora mismo y nadie lo sabría hasta que tu cadáver apareciera flotando en algún canal. ¿Lo entiendes?

—Estoy harta de que todos me traten como si no pudiera cuidar de mí misma —disparó. Sus manos temblaban apenas, pero su voz era firme—. No soy una prisionera. Y tú no eres mi dueño.

La tensión era tan espesa que podía romperse a cuchillo.

Yo no quería gritar.

No quería decir lo siguiente.

Pero lo hice.

—No, no soy tu dueño. Pero fui tu pareja. Y aun así decidiste largarte sin mirar atrás.

Ella bajó la mirada, solo por un segundo. Después, me fulminó con esa frialdad suya que nunca era del todo real.

—Y tú decidiste guardarte cosas que me afectaban directamente. Así que, sí. Me fui. Porque también tengo derecho a protegerme.

Y ahí estábamos. En medio de la calle. Como dos idiotas con el corazón hecho trizas y demasiadas palabras sin decir.

Estaba a punto de soltarle a Grace que me daba igual su berrinche, que no pensaba disculparme por protegerla, cuando una voz afilada se clavó en la acera como un clavo oxidado.

— Vaya, qué casualidad encontrarte aquí —dijo la mujer, con una sonrisa que no le despegó ni medio músculo de la cara—. Meses sin responder a mis llamadas y, mírate, de paseo con un desconocido. Mientras tanto tu padre apenas puede respirar. ¿O también te da igual?

El timbre de esa voz era acero envuelto en perfume caro. Grace se quedó helada un instante: vi cómo los hombros se le engarrotaban y la bolsa de papel le temblaba. Dolor primero, fuego después.

— No puedo creer que tengas la desfachatez de hablarme de familia, madre —respondió, con un tono tan bajo que a mí me erizó la nuca. No gritó: no le hizo falta. Cada sílaba era un disparo.

A su lado, un hombre enjuto sujetaba un bastón con más rabia que debilidad. Debía de ser el padre enfermo del que nadie me había querido hablar. La boca apretada, los ojos húmedos: no supe si por vergüenza o por el esfuerzo de mantenerse en pie.

Yo me pegué a Grace, pero me obligué a no intervenir todavía. Esto le pertenecía a ella.

— ¿Sabes cuántos años pasé convencida de que había matado a Anna? —escupió Grace. El nombre le salió rasgado, como si la garganta se le abriera por dentro—. ¿Cuántas noches pidiendo perdón a un fantasma mientras vosotros me dejabais la culpa bien doblada en la almohada?

La mujer parpadeó, desconcertada en apariencia; sin embargo, sus dedos se crispaban sobre el asa del bolso.

— No es el momento ni el lugar —balbuceó. El tono pretendía ser severo; sonó cobarde.

— Ah, ¿no? ¿Cuándo, entonces? ¿Cuándo trajisteis aquel certificado de defunción y seguisteis dejándome con la carga? Tenía siete años, mamá. ¡Nueve! Y os convenía que me culpara para no miraros al espejo.

Un murmullo de transeúntes empezó a rodearnos: la escena tenía la intensidad del choque de dos coches en cámara lenta. Nadie intervenía, pero nadie se apartaba.

El padre dio un paso torpe; el bastón golpeó el asfalto. Su voz salió ronca:

— Nos destrozaste la familia. Todo lo que tocabas se rompía, Grace.

Grace retrocedió un palmo. No por miedo: por asco.

— ¿La rompí yo? ¿O la rompisteis vosotros cuando decidisteis salvar las apariencias en vez de salvarme a mí? —replicó, la barbilla en alto. Los ojos le brillaban, pero no de lágrimas: de furia contenida.

La madre soltó una carcajada seca.

— Mírala, siempre la víctima. Pues tu padre podría morir mañana, y ni un mensaje. ¿Tanto te cuesta dejar tu vida…?

— ¿Mi vida? —la cortó Grace—. Esa vida que me construí porque en vuestra casa no quedaba espacio para mí. Esa vida en la que nadie me llama asesina a la hora de la cena.

Yo di un paso adelante. No la toqué —gracias a Dios—, pero mi sombra cayó sobre los padres como un aviso. La mujer levantó la barbilla, aunque se le había ido el color.

— Se acabó —dije, con la voz que reservo para las negociaciones donde puede haber muertos—. Grace no tiene nada más que decir.

— Nos veremos en el hospital, cuando tu conciencia te despierte —masculló el padre antes de girarse. El bastón resonó como un martillo hasta perderse calle abajo.

La madre lo siguió, sus tacones clavándose en el pavimento, sin volver la vista.

Solo entonces Grace se permitió respirar. Cerró los ojos un segundo, los puños aún apretados alrededor de la bolsa. Cuando sus

hombros empezaron a temblar, la acerqué despacio; ella se dejó envolver, rígida al principio, luego se derrumbó contra mi pecho, sin lágrimas, sin sonidos. Pura electricidad agotada.

— No estás sola —murmuré junto a su sien.

Tardó en contestar.

— Nunca lo estuve, pero aprendí a sentirlo hoy —susurró, con la voz hecha polvo—. Y juro que no voy a dejar que vuelvan a hundirme. Ni a mí, ni a nosotros.

Y allí, en medio de una acera cualquiera, con su respiración tratando de volver a un ritmo humano entre mis brazos, entendí que aquella batalla la había ganado ella, y que mi guerra principal era no fallarle nunca más.

Caminamos en silencio. Sus pasos, firmes y rectos, como su columna parecían desafiar al dolor. Como si ninguna de las palabras que la habían desgarrado segundos antes hubiera calado. Pero lo sabía: cada dardo había atravesado su piel, se habían clavado en ella sin permiso ni advertencia. Esa era Grace. Orgullosa, fiera, rota en mil pedazos que apilaba con cuidado para que nadie viera las grietas.

Yo caminaba a su lado, sin tocarla, sin intentar arreglar nada con palabras vacías. Solo estando. Porque a veces no se trata de decir lo correcto. A veces se trata de no irte.

—Ven —dije finalmente, y aunque no respondió, me siguió.

Entramos a una cafetería cualquiera, una de esas con olor a vainilla rancia, madera vieja y café recién molido que intenta tapar el paso del tiempo. No estaba llena. Perfecto. Elegí una mesa al fondo, contra la pared, un refugio discreto donde nadie pudiera escudriñar sus gestos ni obligarla a fingir que estaba bien.

Pidió un té.

Yo, café solo.

Por largos minutos, solo la vi quedarse mirando la taza, los dedos entrelazados, los hombros aún tensos como si fueran a romperse. Y entonces habló. Y cuando lo hizo, sentí como si me tragara el suelo.

—Tenía siete años, Duke.

No dijo más al principio. Solo eso. Siete años.

—Mi madre no salía de la cama. Mi padre estaba… quién sabe dónde. Paul se perdía en el ordenador. Así que la cuidaba yo. Rose. Mi hermana. Cinco meses. La metí en mi cama porque no paraba de llorar. Al día siguiente, no respiraba.

Me quedé quieto, el mundo alrededor quedó en pausa.

—Durante años, creí que fue culpa mía. A los siete. Pensé que la maté. ¿Te imaginas crecer así? Cada vez que mi madre me miraba con esa mezcla de lástima y desprecio... Cada vez que mi padre soltaba un *deberías haber tenido más cuidado* o *deberías haber muerto tú*. Y luego encontré el certificado de defunción. Muerte súbita. No fue culpa mía. Ellos lo sabían. Lo sabían y aun así…

Cerró los ojos, y por un instante, pareció a punto de quebrarse. Pero no lo hizo. Grace no se quiebra. Se endurece, se blindaba contra un mundo que nunca fue amable con ella.

—Por eso no confío. En nadie. Por eso no quiero tener hijos. Porque si algo llegara a pasarles... no soportaría que alguien viviera lo que viví yo.

Quise decirle que la entendía. Que cada maldito día sin ella era un recordatorio de esa guerra silenciosa que libraba. Que me dolía verla así, atrapada en un pasado que no la dejaba respirar. Pero no dije nada.

Solo puse mi mano sobre la suya. Y esta vez, no la apartó.

—No debes tener hijos si no quieres —dije con la voz baja, firme.

Ella levantó la mirada, y aunque no dijo nada, sus ojos me atravesaron, como siempre, buscando algo dentro de mí. Como si quisiera leer mentiras. O promesas que no fuera capaz de cumplir.

—Lo digo en serio —continué—. No vine a cambiar lo que eres, Grace. Ni a arrastrarte a una vida que no deseas. Solo quería formar parte de la que tienes. La que sea.

Sus labios se curvaron apenas, no una sonrisa, sino esa mueca de incredulidad que ponía cuando dudaba si creérmelo o tirarme el té encima.

—Y, sin embargo, nunca me contaste nada de ella —susurró—. De tu ex. Del bebé. De todo lo que vi en esa maldita foto. ¿Eso también era parte de tu vida conmigo?

Me quedé en silencio. Porque sí, había sido un idiota.

—No —dije finalmente—. Eso fue parte de una vida que me avergonzaba. Me dejé engañar. Fui estúpido. Me aferré a algo que nunca fue real. Y cuando quise olvidarlo, encerré todo en una caja con candado. No porque no confiara en ti, sino porque no confiaba en mí mismo para abrirla sin joderlo todo.

Grace suspiró. No un suspiro dramático, ni una descarga para lanzarme a la cara. Era un suspiro vacío, como si llevara años conteniendo la respiración.

—¿Y el bebé? —preguntó—. ¿Era tuyo?

Negué.

—No. Pero durante un tiempo, ella me hizo creer que sí. Me manipuló. Me usó. Me tuvo tan confundido que no sabía quién era. No volví a ser yo hasta que terminé con todo. Y entonces te conocí. Y quise empezar desde cero. Pero fui un cobarde.

Ella me miró largo rato, como decidiendo si eso alcanzaba. Si podía perdonar la omisión. Si podía permitirse aflojar la armadura que llevaba pegada a la piel.

—¿Quieres hijos, Duke?

La pregunta me pilló desprevenido. No por lo que preguntaba, sino porque no esperaba esa vulnerabilidad en ella. No después de lo que acababa de contarme.

Quería hijos con ella, pero no se lo dije porque la quería a ella más que a otra en el mundo.

—Quiero una vida contigo —dije sin dudar—. Si eso incluye hijos, bien. Si no... también. Pero quiero que seas tú. No hay nadie más que tú en mi vida y, nunca la habrá.

Grace bajó la mirada. No habló. No hubo respuestas ni decisiones. Solo dejó que mi mano se quedara sobre la suya mientras el té se enfriaba.

Para mí, eso ya era un comienzo.

—Necesito tiempo —dijo finalmente.

Dos palabras. Sencillas. Casi suaves. Pero me golpearon como una sentencia.

Asentí, aunque todo en mí quería hacer lo contrario. Agarrarla, no soltarla, decirle que el tiempo sin ella se siente como estar en

guerra: silencioso, sucio, interminable. Pero no lo hice. Porque no podía fallarla otra vez.

—Está bien —murmuré—. Tómalo.

Ella respiró hondo, como si llevara años conteniéndose. Tal vez toda su vida había sido eso: contenerse. Ser fuerte cuando nadie más lo era. Romperse en silencio. Aguantar. Sobrevivir.

—Volveré con Aias —añadió después, apartando la mirada.

Mi mandíbula se tensó. No por desconfianza hacia Aias, él era parte de mi equipo, mi hermano, sino porque me mataba saber que no era yo quien estaría ahí con ella.

—Está bien —dije otra vez, con esfuerzo—. Pero prométeme algo.

Grace levantó una ceja.

—No vuelvas a salir sola. No sin protección. No después de lo que pasó.

Ella rodó los ojos, pero no discutió.

—Lo prometo.

No fue un *lo juro por mi vida* ni un *nunca lo haré*, pero fue suficiente. Porque era ella. Porque me lo decía a mí.

Me incliné ligeramente, los dedos rozando los suyos en la mesa, sin tocarlos.

—No sabes lo que haría por ti, Grace.

Ella me miró. Con ese brillo raro que no sabía si era rabia, tristeza o cansancio.

—Eso es lo que me asusta —susurró.

Y ahí lo supe.

No había ganado la guerra. Pero al menos, estaba de nuevo en el campo de batalla.

# Capítulo 23

## *Grace*

Cuando entré al ático, la primera en aparecer fue Elsa.

Sentada en la barra, con una copa de vino blanco y esa postura de modelo retirada con opiniones peligrosas.

No dijo nada al principio. Solo me miró. Una mirada larga, ladeada, con media sonrisa en los labios, como si ya supiera en qué había terminado el capítulo antes de que yo abriera la boca.

Aias fue el que rompió el silencio.

—¿Todo bien?

Una pregunta sencilla. Y aun así me atravesó el pecho.

No porque quisiera mentir, sino porque no sabía cuál de todas las verdades decir.

—Hablamos —dije al fin, dejándome caer en el sofá como si me lo debiera—. Duke y yo. Solo hablamos.

—¿Y? —preguntó Aias, sentándose enfrente, sin su tono burlón de siempre.

—Le pedí tiempo. Necesito pensar. Asimilar todo.

—Hmm —asintió, cruzándose de brazos—. ¿Y él lo aceptó?

—Sí.

—Claro que sí —intervino Elsa con voz suave, casi melosa—. Los hombres dicen muchas cosas cuando no quieren perder. Es su forma de negociar, pero sin contrato firmado.

La miré, ladeando la cabeza.

—No es eso —dije, con más fuerza de la que sentía—. Él fue honesto. Por primera vez, realmente lo fue.

—Oh, querida —suspiró ella, bebiendo un sorbo de vino sin dejar de mirarme—. ¿Y tú cómo sabes cuándo un hombre es honesto? ¿Viene con garantía extendida o con número de serie?

Aias resopló, intentando contener la carcajada.

—Elsa...

—Lo siento —dijo ella, sonriendo—. No quise sonar cínica. Es solo que a veces, las palabras suenan muy bonitas. Especialmente cuando uno quiere que lo sean.

—Estoy cansada, Elsa.

—Lo sé. Por eso mismo te lo digo. El cansancio nos vuelve indulgentes con lo que deberíamos cuestionar.

No fue un ataque. Ni un juicio. Fue apenas un susurro envuelto en terciopelo y sutileza.

Y dolía igual.

Aias me observaba en silencio, como si supiera que cualquier intervención rompería algo.

Me ofreció una cerveza sin decir nada más. La acepté. Me hundí más en el sofá.

No sabía qué dolía más: la conversación con mis padres, la de Duke o esta pequeña verdad disfrazada de cortesía que acababa de servirme Elsa.

Pero no respondí. Porque parte de mí también quería que Duke tuviera razón. Que esta vez fuera diferente.

Aunque algo en el fondo —algo oscuro, muy parecido al miedo— no dejaba de susurrar: ¿Y si no lo es... qué vas a hacer entonces, Grace?

La noche ya había caído por completo, y el ático estaba en silencio.

Aias dormía, o eso quería creer, tras cerrarse la puerta de su habitación.

Elsa se había ido antes, no sin dejar otra de sus frases envueltas en ironía:

*El problema de los cuentos de hadas es que nadie te dice qué pasa cuando el príncipe también tiene una exnovia manipuladora.*

Me metí en la cama con el móvil en la mano.

Error de principiante.

00:17.

Un mensaje. No uno cualquiera.

Un mensaje de él.

*DarkHound*: Lo sabía, Duchess. Sabía que ibas a darte cuenta. Él no es lo que tú crees. Nunca lo fue. Te vendió una versión edulcorada de sí mismo, la que tú necesitabas ver. Pero yo nunca te he mentido.

Respiré hondo.

El pulso, acelerado sin motivo lógico.

O tal vez demasiado lógico.

Otro mensaje llegó al instante.

*DarkHound*: ¿Quieres saber por qué Duke no te buscó de inmediato? Porque no eras su prioridad. Porque alguien le susurró algo y él creyó lo peor de ti sin luchar. ¿Eso hace un hombre que te ama?

Mi dedo temblaba. Quería bloquearlo, pero no podía. Quería borrarlo. Pero parte de mí también quería saber qué más tenía para decir. Qué más sabía.

*DarkHound*: Si de verdad te amara, estaría contigo ahora. No delegando tu protección como si fueras un activo por vigilar. Aias es leal. Pero incluso él duda. Yo no dudo, Grace. No contigo.

Y como si supiera exactamente en qué rincón de mi mente cavar, el último mensaje me dejó sin aire:

*DarkHound*: Dime una cosa… ¿Realmente crees que Duke te perdonaría si supiera todo sobre ti?

La pantalla brillaba en la oscuridad.

Y yo, tumbada en una cama que no era la mía, en un ático que no era mi hogar, volví a preguntarme en voz baja, casi como una plegaria:

—¿Quién eres, DarkHound?

Y más aún…

¿Cómo sabes tanto sobre mí?

Decidí que me vendría bien un poco de conversación con las chicas y abrí el chat.

*Sally*: ¿Vas a seguir ignorándonos o por fin vas a contar qué mierda pasa?

*Duchess*: Estoy aquí —tecleé rápido—. Solo necesitaba pensar.

*Kookie*: ¿Pensar? ¡Llevas dos días en modo alma en pena con Wi-Fi! Y eso que estás en el ático de Aias, el griego irresistible. Yo en tu

lugar ya me habría inventado una excusa para caerme en su cama.

*Denci*: Ya sabemos que tú lo harías, Kook. Pero venga, cuenta. ¿Sigues con Duke o qué?

Me quedé mirando la pantalla. Las letras parpadeaban esperando mi respuesta, y por un momento me sentí como si estuviera en un confesionario virtual.

*Duchess*: Hablamos. Le pedí tiempo. Me dijo que lo aceptaba. Pero… DarkHound volvió anoche. Y me está escribiendo cosas que me hacen dudar. Sobre él. Sobre mí.

*Sally*: ¡¿Otra vez ese imbécil?! ¿Y qué dice ahora? ¿Qué Duke colecciona exnovias en frascos? ¿Que él es tu alma gemela porque sabe hackear tus pensamientos?

*Duchess*: Casi. Me dijo que Duke no luchó por mí. Que me vendió una versión bonita de sí mismo. Y que él… DarkHound… nunca me ha mentido.

Hubo un momento de silencio. Virtual, sí, pero lo sentí.

*Kookie*: Amiga. Con cariño y sin maquillaje: estás emocionalmente agotada, y este tipo es un parásito emocional que huele tu debilidad como tiburón a la sangre.

*Denci*: Estoy de acuerdo. Pero si de verdad quieres respuestas… entonces juega con él.

*Duchess*: ¿Cómo?

*Sally*: Respóndele. Finge que le crees. Gánate su confianza. Si quiere hablar, déjalo hablar. Si quiere acercarse, déjalo acercarse. Y cuando baje la guardia… zas. Le caemos encima.

Duchess: ¿Y si es peligroso?

*Kookie*: Entonces mejor tenerlo cerca, sabiendo lo que planea, que dejando que te observe desde las sombras. ¿Te crees que Aias o Duke no harían lo mismo?

Me mordí el labio, leyendo sus palabras. Ellas no sabían lo de la imagen con el bebé. Ni la bronca con mis padres. Ni lo que había dicho Elsa.

Pero aun así… sentía que me conocían más que nadie.

*Duchess*: Vale. Lo haré. Pero si salgo muerta, quiero que al menos alguien escriba una novela de esto.

*Sally*: Título provisional: Duchess y el hacker tóxico.

*Denci*: Cuidado con los mensajes después de medianoche.

*Kookie*: Cómo NO enamorarse online, edición extendida.

Y por primera vez en muchas horas, sonreí.

Porque si iba a entrar en este juego, al menos no lo haría sola.

Me quedé mirando la pantalla del móvil como si eso fuera a acelerar la llegada del mensaje.

Medianoche.

Por supuesto. Porque los psicópatas emocionales tienen un sentido perfecto del timing dramático.

Tenía los dedos congelados sobre el teclado, aunque no pensaba escribir nada. No esta vez. No iba a ser yo quien iniciara la conversación.

Que diera el primer paso.

Y lo dio.

*DarkHound*: Pensé que esta noche también me ignorarías. Me alegra ver que me esperas.

Tragué saliva.

Mierda.

¿Cómo sabía eso?

*Duchess*: No te esperaba. Solo no tengo sueño. Estoy jugando.

Mentira número uno. Bien, Grace. Vamos calentando.

*DarkHound*: No necesitas mentirme. No soy como él. Nunca lo fui.

Tuve que resistir las ganas de lanzar el móvil por la ventana. Después recordé que estaba en el ático de Aias. Y si rompía algo, tendría que explicarlo. Y no estaba lista para un interrogatorio griego.

*Duchess*: ¿Como quién?

*DarkHound*: Como Duke. ¿No te cansas de su teatro? ¿De sus medias verdades? ¿De sentir que no eres suficiente para que él te elija primero?

Me dolió. Porque lo que decía… en parte era cierto. O al menos sonaba cierto.

Y eso era justo lo que lo volvía tan jodidamente peligroso.

*Duchess*: Él me salvó. Me protegió. A su manera.

*DarkHound*: ¿Y tú crees que eso es amor? Te protegió cuando le convenía. Pero cuando fue difícil… cuando dolía… No lo hizo. Se calló. Se escondió. Como siempre.

Me dejé caer contra el respaldo del sofá, sintiendo cómo todo lo que había intentado enterrar volvía a trepar por mi garganta.

*Duchess*: ¿Y tú qué sabes de eso?

*DarkHound*: Más de lo que imaginas. Té observé desde el principio. Te escuché cuando él no lo hizo. Yo nunca me habría alejado de ti, Grace.

Nunca usaba mi nombre real. Siempre me decía Duchess. Ver mi nombre ahí, frío y claro, fue como un golpe en el estómago.

*DarkHound*: Pronto voy a demostrarte que nunca estuve mintiendo. Confía en mí. Solo un poco más.

Apagué la pantalla.

No respondí.

No podía. No todavía.

Había cruzado la primera línea.

Pero si él pensaba que iba a jugar a su juego… se estaba olvidando de una cosa muy importante.

Yo también sabía jugar.

Hice una captura. La recorté. La mandé al grupo con un mensaje seco:

*Duchess*: Bueno. Aquí está. Primera semilla plantada.

*Sally*: Título provisional: Duchess y el hacker tóxico. Esto va a ser oro.

*Denci*: Que no se note mucho que nos excita ver caer a un psicópata.

*Kookie*: ¿Y si se lo cree de verdad? ¿Y si cree que está ganando?

*Duchess*: Mejor. Eso es exactamente lo que quiero.

Mucho más tarde él me escribió de nuevo.

*DarkHound*: ¿Estás despierta?

*Duchess*: No podía dormir. Pensaba en ti.

Pausa.

*DarkHound*: ¿De verdad?

*Duchess*: Supongo que empiezo a entenderte. O a necesitarte. No sé qué es peor.

Mentira número cuatro.

O cinco. Ya había perdido la cuenta.

Pero se la tragó y así empezó mí no muy inteligente aventura contra Dark Hound.

***

Día 2

*DarkHound*: ¿Aias sabe que estás hablando conmigo?

*Duchess*: No. Él sigue pensando que estás loco.

*DarkHound*: ¿Y tú?

*Duchess*: Creo que no eres lo que dicen. Que hay algo más. Algo que nadie quiere ver.

Me mordí el labio al enviarlo.

Si Duke leía esos mensajes algún día… probablemente querría estrangularme.

Pero eso era parte del plan, ¿no?

*Sally*: Estoy llorando con esta telenovela.

*Denci:* Necesitamos nombre para la operación.

*Kookie*: Operación Romeo sin terapia.

*Duchess*: Mejor: Operación soy más lista que tú, imbécil.

***

Día 3

*DarkHound*: A veces sueño contigo. Con tus manos. Con tu voz.

*Duchess*: ¿Y qué hago en esos sueños?

*DarkHound*: Me eliges. No como él. No como todos los demás.

Me obligué a no estremecerme.

En vez de eso, escribí:

*Duchess:* Tal vez es lo que debería haber hecho desde el principio.

***

Día 5

La relación falsa se volvía cada vez más convincente.

Incluso para mí.

Y eso era lo verdaderamente preocupante.

A veces, al escribirle, sentía una mezcla rara entre asco y compasión. No porque creyera que DarkHound era inocente.

Sino porque el tipo sabía exactamente qué botones tocar.

Había estudiado mis heridas, mis grietas, mis miedos.

Y los usaba como si los hubiera escrito él mismo.

Pero yo también sabía lo que estaba haciendo.

Y no pensaba parar.

Estaba ganando tiempo. Estaba ganándome su confianza. Estaba construyendo un puente falso, de esos que parecen firmes, pero crujen en cuanto das un paso en falso.

Y pronto iba a hacer que cayera.

*Duchess*: ¿Y si nos viéramos?

Pasó un minuto entero sin respuesta. Un minuto que se sintió como una cuerda tensa a punto de romperse.

*DarkHound*: ¿Lo dices en serio?

*Duchess*: No sé. Pero quiero saber si eres real. Si lo que siento es real.

Mentira número veinticuatro.

Y contando.

# Capítulo 24

## *Grace*

Aias se había ido temprano. Con traje, con su sonrisa de *todo me sale bien*, su perfume caro y ese aire insoportable de *soy el más guapo de esta ciudad y lo sé.*

Y sin mí. Otra vez.

—No seas dramática, Grace —murmuré, dando vueltas por el ático como una loca sin causa.

Pero lo era. Dramática, digo. Me molestaba que no me hubiera llevado. Que se fuera a esa reunión con el Hero Team y me dejara aquí como si fuera una planta decorativa demasiado frágil para entender lo que sea que estuvieran tramando.

*Es delicado*, había dicho. Traducción: No queremos que vengas a escuchar nuestras cosas de hombres importantes porque vas a preguntar demasiado.

Me tiré en el sofá con un bufido, el móvil en una mano y una taza de café frío en la otra. Dejé la tele encendida por costumbre, aunque entre noticias internacionales deprimentes y un reality australiano sobre remodelación de casas, mi cerebro estaba a punto de firmar su carta de renuncia.

Y entonces sonó el timbre.

Fruncí el ceño. ¿Aias? ¿Duke? ¿Un asesino en serie? Porque, sinceramente, con mi suerte, cualquiera era posible.

Caminé hasta la puerta con cautela, espié por la mirilla y...

Grité.

—¡¿Pero qué...?!

Cuatro figuras conocidas se apretaban frente a la puerta como si estuvieran recreando una escena de Chicas pesadas versión gamer.

Una rubia con trenzas y gafas redondas que le daban una vibra de científica loca pero sexy (Athena, obvio). Otra, alta, pelirroja, con

una chaqueta de cuero negra y una expresión de *me peleé con medio mundo y gané* (Denci, mi favorita para causar problemas). Una tercera con vestido de lentejuelas azul eléctrico y labios rojos como el pecado (Kookie, reina del drama). Y finalmente, Sally, con un vestido corto, sonrisa brillante y una botella de tequila como si fuera su pasaporte diplomático.

—¿Sorpresa? —canturreó Kookie, agitando los dedos como una princesa de cuento ligeramente borracha.

—¿Nos vas a invitar a pasar o qué? —preguntó Denci, cruzándose de brazos con amenaza cariñosa en los ojos.

—Traemos tequila —añadió Sally, levantando triunfante la botella como si fuera la espada de Gryffindor.

—Y yo traje memes y dulces japoneses —intervino Athena, sonriendo como si supiera exactamente cuándo había que decir algo adorable.

Abrí la puerta de par en par sin poder cerrar la boca.

—Están locas. ¡Están completamente locas!

—Lo sabemos —dijeron las cuatro a coro, entrando al ático como si fuera suyo, como si las hubiera estado esperando desde siempre.

Y puede que así fuera.

Nos quedamos charlando en el sofá hasta que el sol empezó a esconderse por las ventanas del ático de Aias, pintando todo con esa luz dorada que hace que incluso los días horribles parezcan sacados de un videoclip de los noventa.

Sally se había quitado los tacones y los tenía colgando de un dedo mientras contaba cómo una vez la invitaron a una boda y terminó escapando con el camarero.

Kookie ya había vaciado medio minibar y estaba convencida de que una de las plantas del salón la miraba raro.

Athena jugaba con su móvil, editando un meme en el que comparaba a Aias con un pingüino elegante, y Denci… bueno, Denci estaba más callada que de costumbre, revisando su maquillaje en el reflejo del microondas como si fuera a una gala.

Aun así, se veía preciosa. Todas lo estaban.

—¿Y si vamos a conocerlos? —preguntó Sally, sin disimular su emoción—. Vamos, Duchess, ¿dónde escondes a esos hombres tan

guapos?

—No los escondo, están en una reunión con Demon. Cosas de hombres peligrosos que hacen cosas de hombres peligrosos —dije, rodando los ojos—. Y Aias no me quiso llevar. Dice que el lugar no es para mujeres. Como si no supiera apretar un gatillo.

No lo sabía, pero es que tampoco ellos iban a un sitio peligroso. Lo que quería Aias era follar con la mirada a todas las mujeres antes de decidirse por una a la que llevar a casa y follar de verdad. Bueno, a un hotel porque yo estaba en su casa y según él, me respetaba demasiado para traer mujeres bajo el mismo techo.

—Aias no sabe lo que se pierde —suspiró Kookie mientras aplicaba gloss en sus labios como si se preparara para conquistar la ONU—. Vamos, haz una llamada. O mejor, aparece sin avisar. Eso siempre los desconcierta.

—¿Y si se molestan? —pregunté, aunque ya estaba en pie, buscando mis botas.

—Mejor —contestó Sally con una sonrisa de esas que prometen travesuras—. Así sabremos quién es el más divertido. O el más peligroso. O el más casado.

Nos reímos las cinco. Bueno, menos Denci, que simplemente se levantó, se puso su chaqueta corta con brillo y dijo:

—Que se preparen.

Y así, en tacones, con risas y energía de película de espías, salimos del ático. No sabíamos a qué íbamos, pero íbamos divinas.

Y sí, puede que yo también estuviera un poco nerviosa. Por Aias, por Duke, por los secretos que tenía que seguir guardando. Pero por una noche, solo por una quería divertirme.

Recordaba la dirección de Demon por esa noche que nos invitó a cenar.

El coche se detuvo frente al edificio. Las chicas bajaron como si fueran protagonistas de una serie de HBO: tacones, actitud y cero intenciones de pasar desapercibidas. Sally se quitó las gafas de sol como si fuera de día —spoiler: no lo era—, Kookie desfilaba como si el ascensor fuera una pasarela de París, Denci caminaba como si acabara de ganar un juicio contra la vida misma, y Athena se

ajustaba su mochila con pegatinas de anime como si fuera a hackear un satélite en lugar de conocer al Hero Team.

Yo simplemente intentaba que mi vestido no se levantara con la brisa.

Subimos al último piso. Porque claro, si te llamas Demon y trabajas para una empresa de seguridad, por supuesto que vives en un ático. ¿Dónde más? ¿En un monoambiente con vistas al supermercado?

Toqué el timbre.

Demon abrió la puerta, con una camisa negra remangada y una sonrisa de esas que vienen con cláusula de advertencia. Sus ojos me reconocieron al instante.

—Grace. —Su sonrisa se amplió, divertida—. Y vienes acompañada.

—¿Cómo lo adivinaste? —pregunté, ladeando la cabeza mientras Sally y Denci se asomaban por detrás mío como dos ángeles vestidos de pecado.

Los ojos de Demon se movieron de una a otra como quien entra a una joyería y no sabe por cuál diamante empezar.

—Bueno, bueno… y yo que pensaba tener una noche tranquila —dijo, apoyándose en el marco de la puerta como si no acabara de ver aterrizar un escuadrón de problemas con tacones.

—Hola —dijo Kookie con una sonrisa dulce que ya lo tenía medio hipnotizado.

—Mucho gusto —añadió Sally, alzando una ceja, divertida. Porque sí, lo había cazado en pleno escaneo descarado y no tenía pensado dejarlo pasar.

—Demon —dijo él, sin pizca de vergüenza, haciendo una mini reverencia—. Y si los nombres dicen algo, el mío no miente.

—¿Siempre abres la puerta así o solo cuando llegan mujeres peligrosas? —preguntó Denci, con esa voz suya que sonaba a caricia y amenaza al mismo tiempo.

—Solo cuando intuyo que la noche va a mejorar notablemente. —Se hizo a un lado, sonriendo—. Pasen. Aunque aviso, aquí adentro se han perdido mentes más lúcidas que las nuestras.

Sally se rio, Kookie lo miraba como si ya lo estuviera dibujando mentalmente sin camisa, y Denci… bueno, Denci tenía esa mirada de *más te vale sorprenderme*.

—Y ella es Athena —dije, señalando a la última integrante del escuadrón, que venía un paso detrás, con labios rojos y mirada afilada.

—Un gusto, Demon —dijo ella, rozándole el brazo al pasar—. Lindo ático. ¿Incluye trampas o solo hombres armados?

—Ambos. Pero tú pareces saber sortear peligros —respondió él, girándose para mirarla con renovado interés.

Yo pasé última, lanzándole una mirada de advertencia.

—Ni se te ocurra hacerles test de inteligencia emocional.

—¿Yo? Jamás. Pero no prometo no enamorarme un poco —dijo, y entramos.

El ático era tan amplio como su ego, pero esa noche había espacio para todo. Para el flirteo, la chispa, las risas y para el desastre que seguro se venía. Porque juntar a los miembros de PaL en la vida real era como meter dinamita en una coctelera.

Y yo no podía esperar a ver la explosión.

El salón parecía sacado de una película de mafiosos millonarios: sofás de cuero, luces cálidas, alguna que otra copa olvidada sobre una mesa de mármol, y ese aire entre testosterona contenida y guerra fría emocional que los chicos manejaban tan bien.

Demon nos hizo pasar como si estuviéramos entrando al escenario principal de un reality. Y en cierto modo lo estábamos.

Ahí estaban.

Aias, con una cerveza en la mano y esa pose de *no me importa nada* que solo le duraba hasta que alguien le hablaba de armas o mujeres. Rome, relajado en una esquina, como si en lugar de comandar media seguridad internacional, estuviera viendo una partida de ajedrez que igual iba a ganar.

Poppy revisaba su móvil con gesto serio, aunque levantó la vista al notar nuestra entrada. Y Duke estaba de pie junto a la ventana, camisa remangada, mirada perdida en las luces de la ciudad. Dramático como solo él podía serlo.

—Bueno, bueno… mira lo que trajo la tormenta —dijo Aias, alzando la vista y poniéndose de pie con una sonrisa torcida cuando nos vio entrar.

—Eso o una invasión glamorosa —añadió Rome, levantándose también, y dándole un codazo discreto a Poppy, que ya se había olvidado del móvil y observaba como si no supiera si correr o prepararnos alguna bebida.

Duke se giró. Por un segundo, sus ojos se cruzaron con los míos y se quedaron ahí. El salón entero se evaporó. Hasta que Denci soltó:

—Así que estos son los legendarios caballeros del apocalipsis.

—¿Esperaban más músculo o más humildad? —preguntó Poppy, caminando hacia nosotras con una sonrisa que sabía usar en tribunales y, al parecer, también en fiestas.

—Esperaba menos ropa, pero supongo que eso viene después —dijo Sally, guiñándole un ojo.

Aias se rio por lo bajo y murmuró algo en griego que no quise preguntar. Probablemente una oración para mantenerse tranquilo o una predicción del caos inminente.

—Chicos, ellas son Kookie, Sally, Denci y Athena —dije, cruzándome de brazos como si presentarlas no fuera como lanzar granadas de personalidad pura en una sala cerrada.

—Y somos mejores que nuestras estadísticas en el juego —añadió Kookie, estirando la mano hacia Rome.

—Mejor que tus estadísticas sería casi ilegal —respondió él, dándole la mano con una sonrisa tan encantadora como mortal.

—Poppy, ¿no? —dijo Denci, acercándose a él como quien examina un trofeo de cerca—. Tú eres el abogado. Se te nota.

—¿Por lo elegante?

—Por lo complicado —respondió ella, con una sonrisa ladina.

Sally se acercó a Aias, sin sutileza alguna.

—Tú eres dios griego.

—Tengo nombre también, pero puedes seguir usando ese —dijo él, apoyando un brazo en el respaldo del sofá mientras la miraba de arriba abajo con descaro.

—No te preocupes, me voy a acordar de ti —añadió ella, bajando la voz y dándole un trago a su copa como si ya supiera el final de esa historia. Spoiler: sí lo sabía.

Athena, mientras tanto, se acercó a Rome con una sonrisa inocente que no engañaba a nadie.

—¿Tú eres el cerebro del grupo?

—Depende quién lo pregunte —respondió él, sin perder el ritmo.

—Una mente brillante es tan peligrosa como un arma —le dijo, y luego, en voz más baja—. A veces más.

—No sé si eso fue un piropo o una amenaza —sonrió Rome.

—Dejémoslo en promesa —respondió ella, y se fue hacia la barra a servirse algo como quien ya marcó territorio.

Y sí, la noche apenas empezaba.

Kookie se mantenía cerca de Rome, quien parecía absolutamente cómodo siendo el centro de atención involuntaria.

Y yo observaba.

Observaba a Duke, que no se acercaba, pero no dejaba de mirarme.

Observaba a mis amigas, que se movían por el lugar como si ya lo conocieran, porque claro, después de meses jugando juntos, ya lo hacían.

Ese era el punto.

No eran desconocidos.

No eran *estos son mis amigos del juego*.

Eran personas que se habían acompañado en días buenos, malos, caóticos. Que habían peleado juntos, llorado juntos, ganado y perdido juntos, aunque fuera detrás de una pantalla.

Ahora estaban todos en una misma habitación. Y aunque el aire estaba cargado de bromas, flirteos y sonrisas ensayadas… lo cierto es que algo en mí sabía que esta noche iba a cambiarlo todo.

Duke caminó hacia mí. No dijo nada. Solo me alcanzó una copa.

—No pensé que fueras a venir —murmuró.

—No pensé que lo ibas a notar —respondí.

—Siempre te noto.

Y con eso, brindamos. O fingimos hacerlo. Porque lo que realmente celebrábamos era que el tablero había cambiado.

Y esta vez, las piezas estaban todas en el mismo lugar.

—¿Y Lukas? —preguntó Kookie, echando un vistazo alrededor como si se le hubiera escapado un cachorro muy caro.

—Debe estar en el despacho de Demon —respondió Rome, mirando hacia el pasillo con una ceja alzada—. Estaba revisando algo de seguridad.

No hizo falta que lo llamáramos. El sonido de pasos firmes y muy poco felices anunció su aparición antes de que se abriera la puerta.

Y ahí estaba. Lukas.

Con la mandíbula apretada, las mangas arremangadas como si fuera a pelearse con el servidor central, y esa expresión de científico loco que no dormía hacía días y ahora tenía un objetivo claro: mi cuello.

—¿En qué diablos estás pensando? —soltó apenas me vio. Sin saludar. Sin respirar. Sin mirar a nadie más.

Ups.

—Hola a ti también, Luk —dije, intentando mantener la compostura mientras todos en el salón se daban vuelta como si acabara de comenzar un nuevo episodio del drama.

—¿En serio, Grace? ¿Chateando con DarkHound como si fuera tu nuevo mejor amigo? ¿Inventándote mentiras para que confíe en ti? ¿Sin protección real? ¿Sin avisar a nadie?

No iba a mentir: me encogí un poco. Sí, tal vez había exagerado. Y sí, tal vez estaba esperando esa bronca. Pero no esperaba que sonara tan decepcionado.

Y tampoco esperaba que, antes de que pudiera abrir la boca, Kookie se interpusiera entre nosotros como un rayo con tacones.

—¿Te parece normal gritarle así? —le soltó, clavándole una mirada tan intensa que por un segundo creí que lo iba a prender fuego.

—¿Perdón? —Lukas arqueó las cejas, visiblemente sorprendido. Y ligeramente intimidado. Bien por ella.

—Está haciendo lo que puede. Como puede. ¿O tú tienes una guía de cómo sobrevivir a un acosador psicópata, hackers internacionales y un ex que parece sacado de un drama coreano con problemas emocionales?

—Ella debería haberlo consultado. No está sola —gruñó él, pero ya no sonaba tan firme.

—No está sola —repitió Kookie, dando un paso más cerca. Muy cerca. De esos que gritan tensión sexual inmediata—. Pero tú tampoco eres su guardián personal. Si quieres cuidarla, empieza por escuchar. No por juzgar.

Se miraron. Intensamente. El aire entre ellos crepitó.

Yo juraría que vi chispas salir del suelo.

—¿Y tú quién crees que eres? —preguntó Lukas, sin moverse ni un centímetro, con esa voz grave que usaba cuando alguien lo desafiaba intelectualmente.

Kookie sonrió. Sonrió con los labios, con los ojos, con el alma.

—La que te va a volver loco —dijo.

Y no sé cómo ni cuándo, pero todos nos habíamos quedado en completo silencio.

Aias se aclaró la garganta, Rome disimuló un trago de su whisky, Poppy miró hacia el techo como quien quiere escapar de una conversación familiar incómoda, y Duke…

Bueno, Duke me miró de reojo. Como diciendo ¿esto está pasando de verdad?

—Genial —dije, dando un paso al costado para observar el nuevo incendio con mayor claridad—. Esto se está poniendo más divertido que el juego.

Lukas no respondió. Ni se apartó. Ni negó lo que todos estábamos viendo. Solo sostuvo la mirada de Kookie como si acabara de encontrar su nuevo rompecabezas favorito.

Y, a juzgar por la forma en que ella lo miraba, no pensaba dejárselo fácil.

Bienvenidas al campo de batalla, chicas. Esto recién empezaba.

—La que me va a volver loco, ¿eh? —repitió Lukas, con una ceja arqueada y esa media sonrisa arrogante que solía usar cuando estaba a punto de hackear algo que no debía.

—Exacto —dijo Kookie, sin titubear ni un poquito. Le mantuvo la mirada, los brazos cruzados, las caderas levemente ladeadas como si fuera a clavar un jaque mate en tres movimientos.

—¿Esa es una amenaza o una promesa?

—Depende de si tienes lo que se necesita para aguantarme —contestó ella. Y juro que nadie respiró.

Yo, por supuesto, estaba entretenidísima. Me serví un puñado de almendras del tazón sobre la mesa baja sin dejar de mirar. Esto era mejor que cualquier reality.

—¿Puedes dejar de seducir a mi técnico de seguridad en medio de una crisis internacional? —murmuró Poppy a mi lado, en tono de broma, aunque no le sacaba los ojos de encima a Lukas. O tal vez a Kookie. Difícil saberlo.

—No estoy seduciendo a nadie —dijo ella, alzando la voz sin dejar de mirar a Lukas—. Solo le estoy mostrando que no puede llegar a gritarle a mi amiga como si fuera su subordinada.

Lukas dio un paso más cerca. Estaban a menos de veinte centímetros. Podía escuchar la estática.

—No grité. Hablé con autoridad. Y si me metí, fue porque me importa.

—Entonces aprende a decirlo sin parecer un tirano de laboratorio —contestó ella, bajando un poco el tono, pero no la intensidad.

Lukas se le quedó mirando. Lento. Como si estuviera absorbiendo cada palabra, cada gesto, cada milímetro de ella. La tensión seguía ahí, pero ahora era otra cosa. Algo más denso. Más crudo.

—¿Y tú a qué te dedicas, Kookie? —preguntó de repente, con ese tono casual que era cualquier cosa menos casual.

—Soy profesora de literatura. Y escritora de romance erótico en mi tiempo libre. ¿Algún problema?

El silencio fue instantáneo. Duke se atragantó con la cerveza. Aias hizo un leve gesto como de wow, y Demon directamente silbó, impresionado.

—Ninguno —dijo Lukas, sin apartar la mirada—. Pero necesito que me digas el nombre de tus libros. Por investigación.

Kookie se rio. Alta, musical, peligrosa.

—Claro. Y yo necesito tu número. Por si se me ocurre otro personaje con complejo de genio insoportable.

Ahí fue Lukas el que sonrió. Con los dientes. Y por primera vez parecía humano. Casi encantador. Casi.

—¿Quieres mi número? —preguntó, ya sin sarcasmo.

—Lo quiero todo, Luk. Pero podemos empezar por el número.

Yo aplaudí. Literalmente. No lo pude evitar. Me sentía como la orgullosa directora de orquesta de un espectáculo que no sabía que necesitaba ver.

—Bien —intervino Rome—. ¿Alguien más quiere pelearse y enamorarse en la misma conversación, o podemos pedir comida?

—Yo quiero tacos —dijo Sally desde el sofá, alzando la mano como una alumna aplicada—. Y tequila.

—Voy pidiendo todo —dijo Demon, ya con el móvil en la mano—. Pero necesito que alguien me explique si esta casa ahora es una telenovela, una operación militar o una novela de Jane Austen con WiFi.

—Todo junto —murmuré, sonriendo mientras veía a Kookie y Lukas aún enfrentados, aún conectados por algo que ninguno de los dos entendía del todo—. Pero dame un bol de palomitas, y yo me quedo a mirar.

Y sí. Me quedé. Porque la historia de Kookie y Lukas apenas empezaba. Y algo me decía que iba a arder hasta el final.

# Capítulo 25

## *Grace*

La terraza era amplia, con una vista que cualquier turista pagaría por tener. Pero a mí no me importaba la ciudad iluminada ni el aire fresco de la noche. Me importaba Duke.

O, mejor dicho, la forma en la que me estaba mirando. Tranquilo. Demasiado tranquilo.

Ese tipo de tranquilidad que solo tienen los hombres cuando están muy, muy cabreados y no quieren gritar.

—¿Cuánto hace que hables con él? —preguntó finalmente. La voz baja, el tono perfectamente medido. No era una pregunta. Era una bomba disfrazada de cortesía.

Me giré hacia la barandilla, buscando un respiro. No lo encontré.

—Unos días —respondí, bajito. Ni siquiera traté de justificarlo. Sabía que no había manera de maquillar lo que era.

Lo vi asentir con lentitud, como si ya lo hubiera sabido. Como si hubiera querido no tener razón, y ahora se odiará por acertar.

—¿Y qué quieres conseguir con eso?

—Lo que todos queremos —dije—. Encontrarlo. Saber quién es.

—¿Seduciéndolo? —preguntó. Y ahí estaba el filo. Ahí estaba la herida.

Me mordí el labio. Me dolía. No lo que él pensaba. Me dolía lo que yo sentía. Porque sí, había una parte de mí que se sentía como una traidora. Como si, al responderle a ese imbécil, le estuviera fallando a Duke.

Aunque supiera que era parte del plan. Aunque supiera que todo era mentira.

—No lo estoy seduciendo —susurré—. Estoy fingiendo que me importa. Es diferente.

—¿Y a mí me vas a decir que eso no te está destruyendo por dentro?

Lo miré. De verdad lo miré.

—Sí, me está destruyendo. Pero no porque me interese DarkHound. Me está destruyendo porque cada vez que le escribo, siento que te estoy fallando a ti.

Se acercó. Solo un paso. Pero lo sentí como si me acorralara con el cuerpo entero. Con su presencia. Con todo lo que era él.

—Entonces deja de hacerlo.

—No puedo —dije. Y la culpa me recorrió entera. Fría. Sucia. Real—. Tengo que seguir. Es nuestra mejor opción.

—No, Grace. Es tu decisión —corrigió, con esa calma helada que solo usaba cuando estaba realmente herido—. Y está bien. Puedes decidir eso. Pero yo también tengo derecho a sentir lo que siento. A estar enfadado. A querer partirle la cara a ese idiota. A querer que no tengas que escribirle nada a nadie que no sea yo.

Y ahí estaba. El fondo de todo. No era solo la estrategia. No era solo el peligro.

Era que esto, todo esto, dolía. A los dos.

—Duke…

—No quiero perderte —dijo, rápido, sin dejarme hablar—. Pero tampoco quiero tener que compartirte con un fantasma. Ni siquiera por una buena razón.

Suspiré. Me acerqué. Lo toqué. Solo su brazo. Pero era como intentar tocar algo que estaba a punto de explotar.

—No quiero estar con él. Solo quiero terminar esto. Lo juro.

Él me miró. Lento. Con esos ojos que siempre parecían saber más de mí que yo misma.

—Entonces terminemos esto rápido. Porque si sigo pensando en tus conversaciones con él voy a empezar a olvidarme de que no debería asesinar a nadie.

Lo dijo con una calma feroz. Como una advertencia. Como un rugido bajo la superficie.

El aire se volvió espeso. Pesado. Y sentí su respiración rozarme los labios.

Y ahí fue cuando supe que estábamos a segundos de cruzar otra línea.

Pero esa es otra historia.

Me apoyé contra la barandilla. No había viento. No había ruido. Solo él.

Sentí que el silencio nos envolvía como una manta eléctrica, de esas que no abrigan… queman.

Duke no dijo nada cuando me acerqué. Tampoco se apartó. Solo me miró, con esa expresión que usaba cuando estaba a punto de hacer algo de lo que no se iba a arrepentir.

Yo fui la primera en ceder. No porque quisiera terminar ahí.

Sino porque lo necesitaba. Porque él era mi casa, incluso cuando todo estaba en ruinas.

Apoyé la frente en su pecho. Su camisa olía a limpio, a noche, a él.

Y cuando sus brazos me envolvieron, supe que no estaba bien, pero estaba a salvo.

Y eso era todo lo que necesitaba.

—No tienes idea de lo difícil que es esto para mí —susurré, con la voz quebrada.

—Tengo una idea —dijo él—. Pero preferiría no tenerla.

Me aferré a él. Como si dejar de hacerlo significara caer.

Como si mis piernas no fueran suficientes para sostenerme sola.

Y tal vez no lo eran.

Sus manos me atraparon por la cintura y me alzó como si no pesara nada. Me sentó sobre la barandilla, ancha, firme… segura. Pero igual sentí vértigo.

No por la altura.

Por él.

Por su boca, que me buscó con hambre.

Por la forma en que su cuerpo encajó entre mis piernas, haciéndome olvidar cómo se respiraba sin él.

Me besaba como si estuviera tratando de memorizarme. O de borrar el tiempo que habíamos pasado separados. Su lengua se entrelazó con la mía, y entonces ya no hubo dudas. Solo ese calor

imparable creciendo entre nosotros, empujando contra todo lo que debía contenerse.

Sus manos viajaban por mis muslos, subían lento, apretaban. Me sujetaba por la espalda, por las caderas, por el alma. Tiró un poco de mi vestido para tener más espacio, como si necesitara contacto directo para convencerse de que estaba allí. Real. Presente.

Yo me aferré a su cuello, enredando los dedos en su pelo, atrayéndolo más cerca, más profundo, más mío. Mi cuerpo respondía a cada roce, a cada presión, como si ya no recordara cómo no desearlo.

—Dime que esto es real —susurró contra mi cuello, justo antes de morderme suave—. Dime que todavía soy yo.

—Siempre fuiste tú —respondí, temblando—. Incluso cuando no quería que lo fueras.

Sus labios bajaron por mi clavícula, abiertos, húmedos, impacientes. Cada beso dejaba una promesa escrita sobre la piel. Un reclamo. Un "te pertenezco, y tú a mí".

Y yo no quería escapar.

La ciudad seguía brillando detrás de nosotros, pero ya no existía.

Solo existía él.

Su pecho contra el mío, su respiración desbocada, su deseo que se sentía igual que el mío: crudo, urgente, sin disculpas.

Y en esa noche suspendida entre lo imposible y lo inevitable, nos olvidamos del mundo. Aunque fuera solo por un rato.

Porque a veces el amor no se trata de lo que es correcto.

Se trata de lo que arde.

Y yo siempre ardí por él.

No sé cuánto tiempo pasó. Podrían haber sido minutos. O la eternidad.

Lo único que sabía era que su boca era mi hogar, sus manos eran fuego, y su cuerpo una súplica muda quédate, quédate, quédate.

Tenía las piernas enredadas en su cintura, su piel bajo mis dedos, el cuerpo entero reclamando más. Mis caderas se movían contra él sin que lo decidiera. O tal vez sí. Ya no sabía dónde empezaba mi voluntad y terminaba el instinto.

Sus labios rozaban mi cuello, mi oreja, mi mandíbula, como si estuviera intentando romperme en mil pedazos y después reconstruirme desde ahí.

Y yo lo dejaba.

Hasta que escuchamos el clic.

No mental. Literal.

Una puerta.

Abriéndose con la discreción de una avalancha.

—Pero ¿qué diablos? —La voz de Denci explotó nuestra burbuja —. ¿Esto es un abrazo o algo que debería fotografiar para subir al chat de la alianza?

Duke no se movió. Solo apoyó la frente en mi hombro y suspiró. Contaba hasta diez. O hasta cien. O hasta que desapareciera el universo.

Yo me aparté un poco, aunque todavía lo rodeaba con las piernas, como si aún necesitara esa última defensa contra el mundo.

Miré por encima de su hombro.

Denci estaba en la puerta con una ceja levantada y esa sonrisa que no se molesta en disimular. Su mirada recorría la escena como si ya estuviera redactando el resumen.

Y lo peor es que iba a ser buenísimo.

—Por si les interesa —añadió, con esa voz suya que parecía nata montada con cuchillas—, Elsa acaba de llegar. Está en el salón con Aias. Y no parece muy feliz.

—Genial —murmuré, bajando de la barandilla con las piernas flojas y el orgullo hecho polvo.

—Ah, y Sally te anda buscando también —agregó, dándose media vuelta con la tranquilidad de quien acaba de soltar una bomba y se va silbando bajito—. Dijo algo de tequila. Y de que le debes una historia picante. No sé, tú sabrás.

Cuando se fue, me apoyé contra la barandilla y traté de recuperar el aire. No solo el físico. El emocional también.

Duke me miraba. Esos ojos de tormenta. Esa mandíbula tensa. Ese cuerpo que gritaba *seguimos en pausa, pero no es el final.*

—Tengo que ir —murmuré, sin moverme.

—Lo sé.

Me aparté, aunque me dolió más que cualquier discusión.

Pero en el fondo sabíamos que no era un adiós. Solo un todavía no.

Y eso era suficiente.

Por ahora.

***

La cena había sido un caos delicioso. Platos por todos lados, copas a medio llenar, risas que se superponían, y comentarios pasivo-agresivos disfrazados de humor. Poppy y Demon discutían sobre cuál de los dos tenía más estilo al infiltrarse en una operación encubierta —spoiler: ninguno—, mientras Elsa y Rome hablaban sobre vinos como si fueran críticos de revista. Kookie no paraba de mirar a Lukas, quien, milagrosamente, no la corregía cada tres segundos. Y Sally… bueno, Sally había desaparecido en algún momento entre el segundo brindis y la tercera insinuación a Aias.

Todo estaba tan bien, tan cómodo, tan esto podría durar para siempre, que, obvio, no duró.

Cuando los primeros bostezos empezaron a circular por la mesa, alguien propuso que ya era hora de irse. Yo me levanté, estirando los brazos como si eso pudiera sacarme el nudo que tenía en el pecho desde la terraza.

—Yo me vuelvo al ático de Aias —dije, buscando mi bolso. Nadie contestó.

Me giré hacia los chicos. Estaban demasiado ocupados sirviéndose más vino o hablando entre ellos, como si no hubieran escuchado.

—¿Alguien vio a Aias? —pregunté, ya con una ceja levantada.

Silencio.

Una de esas pausas incómodas que no vienen solas.

Rome se rascó la nuca. Poppy tomó un trago largo. Duke no dijo nada, pero clavó la mirada en su copa como si acabara de descubrir algo fascinante en el Malbec.

—¿Qué saben que yo no? —preguntó Elsa, entornando los ojos.

—No sabemos nada —dijo Demon, demasiado rápido.

Y ahí supimos todos que, efectivamente, sabían todo.

—Yo lo busco —dije, ya harta de rodeos.

—Te acompaño —añadió Elsa, dejándose caer de la silla como si fuera una reina aburrida de tanto disimulo.

Recorrimos el pasillo del segundo piso. Puertas cerradas. Una entreabierta. Ruidos.

Y ahí lo vimos.

La escena no necesitaba descripción. Pero mi cerebro, traidor como siempre, decidió grabarla en alta definición y cámara lenta.

Aias estaba sin camisa, sentado al borde de una cama deshecha, con Sally encima. No en plan "casualidad", no en plan "nada pasó". En plan esto pasó y acaba de seguir pasando.

Ella estaba abrazada a él, sus piernas cruzadas a ambos lados de su cintura como si hubieran nacido para encajar ahí. Su cuerpo se balanceaba despacio, como si todavía no quisieran soltar el momento.

Él tenía las manos abiertas sobre su espalda baja, los dedos presionando suave, marcando territorio. La cabeza inclinada hacia su cuello, murmurándole algo que la hizo reír en ese tono bajito y ronco que una solo usa cuando acaba de tocar el cielo.

La luz tenue del cuarto les daba ese aire de escena robada, cruda, privada. De esas que uno no debería mirar, y sin embargo mira. No fue una escena sexual. Fue peor.

Fue íntima.

Fue piel contra piel.

Fue respiraciones aún desacompasadas.

Fue ese instante justo después de un huracán, cuando todavía huele a tormenta y nadie quiere moverse para no romperlo.

Y lo más jodido es que se veían bien.

Demasiado bien.

Me giré antes de que pudieran verme.

O eso intenté.

Porque el zumbido en mis oídos era real, y lo que sentía en el pecho no era sorpresa. Era otra cosa. Algo más parecido a un "esto no significa nada, pero igual duele"

—Bueno —dije, cerrando la puerta sin apuro, sin ruido—. Ya lo encontré.

Elsa se quedó parada, inmóvil, mirando a la nada. O, mejor dicho, a la puerta cerrada.

—¿Estás bien? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Obvio —respondió. Esa palabra le salió con filo—. Solo estaba buscando una copa más de vino.

No dije nada. Porque sabía lo que era fingir que algo no te importa.

Y también sabía lo que dolía cuando sí.

Volvimos al salón sin hablar. O, mejor dicho, sin decir nada que importara. Porque Elsa soltaba frases vacías —que si el vino, que si el calor, que si le dolía el pie— y yo asentía, como si no acabara de ver su mundo tambalearse detrás de una puerta mal cerrada.

Me acerqué a la barra y serví dos copas. Le tendí una sin decir nada. Ella la aceptó como si no supiera qué hacer con las manos.

—¿Y si hablamos de lo que acaba de pasar? —solté, porque ya bastante falsa era la sonrisa que llevaba.

—¿Qué cosa? —respondió ella, con una elegancia tan ácida que casi me dieron ganas de aplaudirle. Casi.

—Lo de la habitación. Lo de Sally montando a lo vaquero al hombre que te gusta.

Elsa chasqueó la lengua.

—No es que me guste.

—Ah, no. Entonces solo lo miras como si hubieras visto a Dios bajarse del Olimpo sin camiseta.

—Sally es libre de hacer lo que quiera. Y Aias también.

—Sí, claro. Y yo soy fan del brunch y las películas de Hallmark. Vamos, Elsa. No eres de hielo, por más que te guste actuar como si lo fueras.

La vi tragar saliva. Y ahí estaba: esa mínima grieta. Apenas un gesto, un movimiento sutil en su mandíbula. Pero era suficiente. Suficiente para saber que no le daba igual.

—Solo me molestó porque fue tan fácil para ellos. Así de simple. Como si no importara nada más.

—¿Y tú querías que importara? —pregunté en voz baja.

Ella no contestó. Dio un trago, largo, como si el vino pudiera borrar la escena de su cabeza.

—Ni siquiera sé qué siento. Es solo que… pensaba que había una conexión. Algo real. Y ahora me siento ridícula.

—No eres ridícula. Eres humana. Y eso es bastante jodido ya de por sí.

Elsa se rio, bajito. Un poco triste. Pero al menos era una risa.

—Gracias, Duchess.

—De nada, reina del sarcasmo. Pero ojo, si te tiras a llorar en el baño, me voy contigo y te grito hasta que te maquilles de nuevo.

—No lloro. Tengo reputación que mantener.

—Entonces vamos y usa esa reputación para burlarte de Lukas y Kookie antes de que se coman vivos.

—¿Están en plan intenso?

—Están en plan quiero arrancarte la ropa, pero también explicarte la física cuántica. Es rarísimo.

Elsa se rio de nuevo. Esta vez más fuerte. Y todo volvió a ser lo de siempre. Drama, risas y amigos.

***

Duke me acompañó hasta el ático de Aias. No dijo que lo haría, simplemente lo hizo. Como si fuera lo más natural del mundo caminar a mi lado mientras yo arrastraba los pies por culpa de un día que parecía escrito por algún guionista de telenovela con insomnio.

Subimos en silencio. No era incómodo, más bien denso. Como si cada paso escondiera palabras que ninguno se animaba a decir.

—¿Estás bien? —preguntó al fin, cuando llegamos a la puerta.

Mentirle a Duke era inútil. Él no necesitaba escucharme para saber cómo me sentía, y eso me sacaba de quicio. Y también me gustaba. Lo odiaba un poco por eso.

—Estoy sobreviviendo —contesté. No era una respuesta honesta, pero tampoco una mentira.

Él asintió despacio. Dio un paso más y me acorraló suavemente contra la puerta, como si el mundo se hubiera achicado hasta dejarnos a solas en ese pasillo con olor a madera y vino barato.

—Te voy a decir algo cursi, así que no pongas esa cara —murmuró, su voz raspando justo donde más vulnerable me sentía—. Si pudiera encerrarte en una burbuja solo para que nada te hiciera daño, lo haría. Pero como no puedo, voy a tener que quedarme cerca. Muy cerca.

Y entonces me besó.

No fue un beso tranquilo. Fue uno de esos que duelen un poquito, que hacen que te olvides de respirar, que te dejan tambaleando en el umbral entre el deseo y el por qué mierda no se queda esta noche.

Me agarré a su chaqueta porque las piernas me flaquearon un segundo, y cuando nos separamos, él apoyó la frente en la mía y soltó un suspiro que parecía contener todo lo que no podíamos decir.

—Dulces sueños, Duchess.

—Nos vemos mañana… —murmuré, aunque no estaba segura de qué parte de mañana iba a sobrevivir.

Entré al ático y me desplomé en la cama sin sacarme los zapatos. El vestido de fiesta seguía en mi cuerpo como recordatorio de que, en algún universo paralelo, tal vez yo era una mujer con una vida simple y tranquila. En este tenía un hacker acosador y un millonario que besaba como si me conociera el alma.

El celular vibró.

*Duke*: Estoy contando los minutos para volver a besarte. Si sueñas conmigo, prometo hacerme cargo de tus pensamientos mañana. Besos. Muchos.

Rodé los ojos. Cursi. Y, sin embargo, sonreí.

Vibró de nuevo.

*DarkHound*: Necesito verte mañana. Sola. Tengo algo que decirte. No tardes en responder.

Y ahí se fue mi sonrisa al carajo.

Porque si Duke era fuego, DarkHound era sombra. Y ambas cosas estaban bailando alrededor mío, esperando que eligiera a cuál prenderme fuego.

***

A la mañana siguiente, la resaca emocional era peor que cualquier borrachera barata. Me desperté con el móvil pegado al pecho, como si abrazarlo pudiera resolver mis problemas. No resolvió nada, claro. Solo me dejó una línea roja en la mejilla.

Bajé a la cocina con la energía de un cactus deshidratado y encontré a Sally, Kookie y Denci esperando con café, tostadas y esa cara que las chicas ponen cuando saben algo que tú no.

—¿Qué hicieron ahora? —pregunté, porque aprendí a no confiar cuando están demasiado calladas.

—Tenemos una misión —anunció Denci, con ese brillo en los ojos que solo aparece cuando está a punto de hacer algo ilegal o peligrosamente divertido.

—Operación: Duchess y el hacker imbécil. Segunda fase: contacto directo —dijo Sally, levantando su taza como si fuera una espada. — La cita.

—No es una cita —gruñí, sentándome—. Es una trampa.

—¿Y qué diferencia hay entre una trampa y una cita? —preguntó Kookie, cruzando las piernas con elegancia y sonrisa de demonio.

—Que en una trampa intentas capturar a alguien. En una cita te dejas capturar —repliqué.

Me miraron. Yo las miré. Suspenso dramático. Y luego las cuatro estallamos en carcajadas.

—Va en serio —dijo Sally cuando recuperó el aliento—. Ese tipo es peligroso. No podemos dejarte sola. Necesitamos un plan.

—Estoy de acuerdo —Denci asintió, seria de repente—. Necesitamos tener ojos cerca. Una excusa para entrar rápido si algo sale mal. Yo puedo seguirlo si se mueve. ¿Kookie?

Kookie levantó la mano como si estuviéramos en clase.

—Tengo una pistola de electrochoque. Y algo de práctica. No pregunten por qué. Vale, sí, fui a clases de defensa personal, y me enganché. No está mal saber cómo bajarte a un idiota.

—Perfecto —Denci sacó un pequeño cuaderno y empezó a hacer dibujos que parecían más el plano de un atraco a un banco que el esquema de una cita.

—¿Y si él no va solo? ¿Y si es una emboscada? —pregunté. La ansiedad me estaba raspando por dentro, como papel de lija en el

pecho.

—Entonces le explotamos el ego a golpes —Sally sonrió—. Tranquila, Duchess. No vamos a dejar que te pase nada. Solo tienes que jugar tu papel. Coqueta, rota, perdida. Ya sabes, tu yo de hace tres meses.

—Qué simpática, gracias —bufé.

—De nada. Ahora, ¿ya tienes algo para ponerte? —preguntó Kookie.

—¿Voy a seducirlo o a distraerlo? —dije, arqueando una ceja.

—Ambas cosas —respondieron al unísono.

Suspiré. Estaba rodeada de locas. Locas peligrosas y brillantes. Y gracias a eso, tal vez, solo tal vez, sobreviviría esta maldita cita con el hacker más obsesivo del mundo digital.

—Oigan… —dijo Sally, con tono más bajo y una mueca rara que no era sonrisa, pero tampoco preocupación del todo—. Tal vez deberíamos avisarles a los chicos.

Asentí, justo cuando mi celular vibró otra vez.

*Athena*: Tuve que volver a casa por un tema urgente de trabajo. Lo siento, me hubiera encantado quedarme, pero sabes cómo es esto. Espero que todo salga bien mañana. Cuídate mucho.

Miré la pantalla con una mezcla de gratitud y culpa. Athena siempre estaba ahí, incluso cuando no podía estar físicamente.

El silencio fue instantáneo. Denci dejó de garabatear su mapa mental, Kookie la miró como si acabara de decir que confiaba en el horóscopo, y yo bueno, yo resoplé.

—¿Qué chicos? —pregunté, como si no supiera.

—Los chicos. Nuestro escuadrón de élite con abdominales y problemas emocionales. Aias, Duke, Lukas, Poppy, Rome, Demon. —Sally enumeró, tomando un sorbo de café como si acabara de leer la alineación titular del Real Madrid.

—Sí, claro —dijo Denci, con los ojos entrecerrados—. Genial idea. Vamos a decirles que vamos a cazar a un hacker psicópata con nosotras de carnada. ¿No se les ocurre algo más suicida?

—Imagínate a Duke cuando sepa que vamos en serio —agregué yo—. Le da un infarto. Se desmaya, revive, me grita y me encierra en un maldito búnker. Todo en diez minutos.

—Y Aias —empezó Sally, y ahí fue donde me giré hacia ella. Porque la forma en que dijo Aias... ay, mamá.

—¿Qué pasa con Aias? —pregunté, con la sutileza de un martillo.

Kookie sonrió, como quien huele el drama antes de que llegue. Denci rodó los ojos y murmuró algo como *ya era hora.*

—Nada —dijo Sally, y su tono era de todo menos nada—. Solo que anoche fue increíble. No me refiero solo a.… ya sabes. Eso también, cuatro veces. Pero él. Él fue distinto. Cuidadoso. Dulce. Me escuchó como si cada palabra mía importara. Como si yo importara.

Oh.

—¿Cuatro veces? —preguntó Kookie.

Denci repitió las dos palabras y yo me atraganté un poco con mi café. Un poco más, ¿para qué mentir?

—¿Estás diciendo que el griego bárbaro, el hombre que vive en modo alfa veinticuatro siete, fue tierno?

—No tierno. —Sally negó, sonriendo—. Fue presente. Real. Me preguntó cosas. Me hizo reír. Me miró como si me estuviera viendo. No como una más. No como un desliz. Como yo. Fue una noche que no quiero olvidar.

Silencio. Uno de esos buenos. Cómodos. Con las emociones flotando entre nosotras como vapor en el aire.

—¿Y qué pasa ahora? —preguntó Kookie, más suave de lo habitual.

Sally se encogió de hombros. Pero sonrió. Y eso lo dijo todo.

—No lo sé. Pero no me arrepiento. Ni un segundo.

Y ahí, justo ahí, pensé que no todas las sorpresas eran malas. Que a veces, cuando menos lo esperas, alguien te mira y te hace sentir como si siempre hubieras estado ahí, solo que nadie había tenido el valor de verte.

Claro, después recordé que estábamos cazando a un hacker con tendencias a psicópata romántico, y se me pasó la ternura.

—Bien, chicas —dije, incorporándome—. Volvamos al plan. Esta historia tiene que terminar. Y nosotras vamos a escribir el último capítulo.

Llegué al lugar con el corazón haciendo parkour en mi pecho. No por nervios. No por expectativas. Por pura adrenalina. Esa que se

mezcla con la estupidez cuando sabes que vas directo a una trampa y aun así caminas como si fuera la pasarela de tu vida.

Estaba oscuro. El tipo había elegido un parque al borde de la ciudad, lo suficientemente lejos para que gritar fuera inútil, y lo suficientemente público para que no pareciera una emboscada. Inteligente. Sospechoso. Cliché.

Vi el coche antes que a él. Negro, de esos que parecen sacados de una película donde nadie sale vivo. Se bajó despacio, con ese aire de te estoy haciendo un favor al existir. Tenía capucha, lentes de sol. A medianoche. Por supuesto.

—Hola, Grace —dijo, y fue la primera vez que escuché su voz. Tenía esa tonalidad suave que usan los hombres peligrosos cuando no quieren asustarte. El murmullo antes del desastre.

—Hola, Dark —respondí, clavando los ojos en los suyos, aunque ni siquiera los podía ver. El tipo no sonrió. Pero algo en su mandíbula se movió. Tensión. Excitación. O ganas de hacerme desaparecer. Difícil saberlo.

—No traje micrófono oculto. Ni armas. Por si te lo estás preguntando.

—No necesito saberlo —dije, y me abrió la puerta del copiloto como si fuéramos a una cita normal. A tomar helado. A morir lentamente.

Spoiler: me subí.

Porque así soy. Porque a veces la única forma de llegar al monstruo es entrar en su cueva. Porque las chicas estaban cerca, listas para intervenir. Porque el plan era simple: entretenerlo, ganar tiempo, ubicarlo y luego... bam. Fin de cuento.

Pero DarkHound no leía guiones.

La puerta se cerró automáticamente. Cerraduras. Silencio.

—¿A dónde vamos? —pregunté, con una sonrisa forzada que dolía.

—A donde podamos hablar sin interrupciones.

Y fue ahí, justo cuando intenté abrir la puerta, que supe que no había vuelta atrás. Cerrada. Bloqueada.

—Sabes que esto es secuestro, ¿no? —pregunté como tonta.

Este hombre estaba obsesionado conmigo, ya me había hecho daño una vez. ¿Aprendí mi lección? No, claro que no.

—Lo sé. Pero no me diste otra opción, Grace.

Y arrancó. Rápido. Asfalto tragado por las ruedas. Luces perdiéndose en el retrovisor. Mi garganta hecha un nudo y mis dedos tanteando el celular en el bolsillo interno del abrigo. Nada. Él lo había sacado cuando me abrazó para ayudarme a subir. Tan fácil. Tan perfecto.

La adrenalina se volvió miedo. Pero el miedo es un viejo conocido, y yo no soy de las que lloran en el asiento del acompañante. Miré por la ventana. Calculé. Llamé mentalmente a mis amigas. A Duke. A la suerte.

Porque esta historia acaba de cambiar de género.

# Capítulo 26

## *Sally*

El coche se alejaba. Con Grace dentro.

Con ese idiota dentro.

Con el hacker, el psicópata, el ser con nombre de videojuego dramático dentro.

—¡Grace! —gritó Denci, aunque sabíamos que era inútil.

—¿Acaba de subirse con él? —preguntó Kookie, paralizada.

—Sí —respondí, sin dejar de mirar las luces traseras—. Acaba de hacer la cosa más estúpidamente valiente del siglo.

Nadie dijo nada. Solo se oía la respiración agitada de Kookie, y los pasos nerviosos de Denci, que empezaba a maldecir en tres idiomas distintos.

Entonces lo escuchamos.

Un motor. Rugiendo como si la calle le perteneciera. Un todoterreno negro apareció de la nada, frenó frente a nosotras con un derrape que casi nos depila las piernas, y dos puertas se abrieron de golpe.

Dos tipos salieron como si vinieran directos de una escena eliminada de Misión Imposible.

El primero era enorme. Como si un semidiós griego se hubiera aburrido del Olimpo y decidiera unirse a la mafia. El segundo bueno, tenía menos músculos, pero más intensidad. Como si pudiera destruirte solo con una frase dicha en voz baja.

—¿Qué demonios estaban pensando? —tronó el grandote. Tenía acento griego. Por supuesto. También tenía cara de que no le temblaba la mano para encerrar adolescentes rebeldes en sótanos sin señal de Wi-Fi.

—¿Y ustedes quiénes son? —saltó Denci, siempre dispuesta a luchar, aunque midiera metro y medio con suerte.

—Shafoo —respondió el grandote, sin dejar de fulminarnos con la mirada. Y él —dijo, señalando al otro con un gesto que parecía acusatorio— es Jack.

El tipo me miró. Me miró como si ya supiera quién era. Como si conociera todos mis secretos y aun así no pensara compartir los suyos.

—¿Jack? —repetí. El nombre me sonó como una bofetada mezclada con déjà vu.

—Sí, Jack —agregó Shafoo, ya caminando hacia el coche.

—¡Suban! —ordenó Jack, abriendo la puerta del todoterreno como si fuera el maldito director de operaciones del FBI—. Vamos tras ella.

Y lo hicimos.

—Un segundo —dije, mirándolo más de cerca mientras el todoterreno avanzaba a toda velocidad por la autopista—. ¿Jack... mi Jack?

El tipo giró apenas la cabeza y sonrió de lado.

—Pensé que lo habías olvidado.

—¡Claro que no!¡Te pasaste semanas flirteando conmigo en el chat! —exclamé, sin poder ocultar la sorpresa—. ¡Y decías que vivías en Canadá!

—No mentí. Tengo casa allí. También en otros países. Gajes del oficio.

—¿Oficio de qué, exactamente? ¿Espía? ¿Sicario?

—Jugador de la vieja guardia. Como Shafoo —respondió con naturalidad, sin dejar de mirar la carretera—. Solo que preferimos mantenernos en la sombra hasta que hay que salir a limpiar el desastre.

—¿Y qué haces tú en el juego? —preguntó Denci, desde el asiento trasero.

—No necesitas saberlo —dijo Jack—. Y antes de que pregunten: sí, sabíamos sobre vuestro estúpido plan.

—No es estúpido —espeté.

—Ah, ¿no? Se ha llevado a Grace, ¿o es que está aquí y no la veo?

—Vamos a dejar la pelea para luego—gruñó Kookie, mirando el mapa en la tablet—. ¿Vamos a alcanzarlo o no a ese cabrón o no?

—Lo haremos —dijo Shafoo por primera vez, su voz profunda y serena—. Pero se está moviendo rápido. No quiere que lo sigamos.

Shafoo pisó el acelerador, y el todoterreno rugió como si fuera parte de una jauría. Las luces se tragaban la oscuridad del asfalto mientras esquivábamos coches, semáforos y peatones como si estuviéramos en un maldito videojuego. Kookie había conectado el rastreador alternativo que llevaba Grace en la pulsera —una idea suya, por si las cosas salían mal—, y todos mirábamos la pantalla mientras el punto se alejaba de la ciudad.

—Se dirige a las afueras —dijo Kookie, con el ceño fruncido—. Esto no es un simple susto. Quiere aislarla.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Denci, claramente preocupada.

—Porque cuando ya no puedes manipular la mente de alguien, lo intentas con su miedo —murmuré. Todos guardaron silencio.

Conforme avanzábamos, el paisaje cambió. Las luces de la ciudad se fueron apagando, reemplazadas por sombras de árboles y señales oxidadas. La señal del rastreador se estabilizó. Había dejado de moverse.

—Se detuvo —dijo Kookie, susurrando como si tuviera miedo de decirlo en voz alta—. En medio del bosque.

—Perfecto —dijo Jack, sacando un arma corta del compartimento lateral—. Me encantan las fiestas improvisadas en casas de psicópatas.

—No vas a entrar ahí solo —le dije.

—Sally, se buena chica y déjame hacer mi trabajo.

Me mordí la lengua y no lo envié a visitar a sus ancestros, pero solo porque la vida de Grace estaba en peligro.

El coche frenó en seco. Delante de nosotros, una casa de madera emergía entre los árboles, con una única luz encendida y ningún sonido en kilómetros a la redonda.

Allí estaba Grace.

Y nosotros habíamos llegado.

—Esperen. No se muevan.

La voz de Jack cortó el aire como una navaja. Su móvil estaba sonando y su expresión cambió en segundos.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando mirar la pantalla de su móvil.

Jack se apartó un paso, poniéndose de espaldas a nosotras, pero alcanzamos a escuchar el gruñido contenido del otro lado de la línea. Era Duke. Reconocería esa voz incluso si saliera del infierno.

—Escúchame bien —dijo Duke—. Asegúrate de que Grace esté bien, pero no hagas nada hasta que lleguemos. Vamos en camino.

—¿Cuánto tardarán?

—Treinta minutos. ¿La señal sigue activa?

—Sí.

—Entonces no te muevas. Repito: no. Te. Muevas.

Jack guardó el móvil y suspiró, pasándose una mano por el rostro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kookie, cruzándose de brazos.

—Ahora esperamos.

—¿Esperamos? —bufé—. ¿Qué parte de la *tienen secuestrada en una cabaña en el medio de la nada* no se entiende?

—Orden directa de Duke. Nadie se mueve —repitió Jack, como si eso resolviera todo.

—¿Y si le está haciendo algo en este momento? —susurró Denci, con los ojos brillando de furia contenida.

Kookie y yo nos miramos. No dijimos nada. Solo nos entendimos con los ojos.

Esperamos cinco minutos.

Cinco eternos, malditos minutos.

Jack se apartó un poco, revisando el perímetro con Shafoo. No nos estaban mirando. Mala suerte para ellos.

—Ahora —dije.

Kookie asintió. Denci no necesitó más. Las tres nos escabullimos entre los árboles, con cuidado de no hacer ruido. La maleza crujía apenas bajo nuestros pies. Avanzamos como sombras. Cuando llegamos a la casa, nos pegamos a una de las ventanas laterales, justo donde se proyectaba una tenue luz.

—¿Ves algo? —murmuré, intentando no respirar fuerte.

Kookie fue la primera en mirar. Sus labios se fruncieron, pero no dijo nada. Me incliné a su lado.

Y ahí estaba.

Grace.

Sentada en una silla, atada de manos, con la cara vuelta hacia un lado. Parecía… tranquila. O tal vez resignada. No sabíamos si estaba inconsciente o simplemente esperando su oportunidad. No podía verla bien.

—¿Está herida? —preguntó Denci, mordiéndose el labio.

—No lo sé… —susurré.

Entonces lo vimos a él.

DarkHound.

De pie frente a ella, moviéndose de un lado a otro con una energía ansiosa, como un animal enjaulado. Hablaba, aunque no podíamos escuchar nada. Parecía nervioso. Alterado.

Y en ese momento, Grace giró la cara.

Estaba despierta.

Y cuando lo miró, sonrió.

Una sonrisa pequeña. Pero la vimos.

—Está ganando tiempo —dije, sintiendo un nudo en el estómago —. Lo está manipulando.

Kookie maldijo por lo bajo.

—Tenemos que entrar.

—No. Aún no —susurré, mordiéndome la lengua—. Pero si le pone una mano encima…

Kookie se llevó la mano a la bota. Sacó algo que no pude ver del todo, pero juraría que era un cuchillo.

Duke, más te vale llegar en esos malditos treinta minutos, pensé, o este idiota va a conocer lo que es la furia femenina en estéreo.

# Capítulo 27

## *Grace*

El silencio de la casa era espeso, como si absorbiera hasta el más mínimo suspiro. Estaba atada, pero no con crueldad: más bien con torpeza. Las sogas eran de esas que uno encuentra en un garaje cualquiera, y el nudo en mis muñecas tenía holgura. No era un psicópata organizado. Eso me tranquilizó. Un poco.

A mi alrededor, la habitación era un caos: platos sucios, botellas vacías, latas de bebidas energéticas, cables enredados. En una esquina, una laptop abierta, con múltiples pantallas y código corriendo en bucle. Había posters de videojuegos, dos sillas gamer y una figura de acción de un dragón al lado de un router.

—¿Estás bien? —preguntó una voz.

Me giré.

Y lo vi.

Era un nene.

O casi. No tenía más de veinte. La cara pálida, angulosa, marcada por el insomnio y la ansiedad. Ojeras como sombras permanentes. Ropa de gamer que no había salido de su cuarto en semanas: sudadera gris, jeans gastados, zapatillas con la suela suelta.

No tenía la pinta de un secuestrador.

Tenía la pinta de alguien que se rompe en silencio.

—¿Tú eres DarkHound? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Asintió.

Miraba al suelo. Como si le pesara el propio nombre.

—Pensé… —empezó a decir, la voz débil, sin estructura—. Si te llevaba lejos, si te alejaba de ellos… ibas a entender. Ibas a ver que yo era el único que te escuchaba de verdad.

Lo miré. De cerca. Sin rabia.

Y ahí estaba: el hueco en el pecho, el temblor en los dedos, el colapso emocional de alguien que confundió un "gracias por curarme en batalla" con una declaración de amor eterno.

No era un monstruo.

Era un chico roto. Uno que había confundido el juego con la vida real. Y que había sido usado. Moldeado.

Alguien le había dado un guión que él creyó verdad.

—¿Quién te dijo que yo era peligrosa? —pregunté, con la voz baja—. ¿O que tenía que irme?

Tardó. Se removía como si la sudadera quemara. Jugaba con el cordón, se mordía el labio.

—Ella me mostró cosas —murmuró—. Chats. Videos. Me dijo que tú… manipulabas a todos. Que te hacías la buena, pero que estabas usando a Aias. Y ahora a Duke.

—¿Ella?

Silencio.

—¿Fue Elsa?

Me miró. Los ojos grandes, con esa culpa que duele. No negó. No hacía falta.

No era odio.

Era dolor. Celos ajenos. Confusión prestada.

Y de fondo… otra verdad. Una que se escabullía entre las grietas.

Porque no la veía a Elsa como una villana de película.

La veía como una sobreviviente.

Fría, sí. Manipuladora, puede ser.

Pero ¿y si ella también estaba rota?

—¿Te das cuenta de lo que hiciste? —pregunté, firme, sin levantar la voz.

Él apretó los labios. Bajó la cabeza.

—No iba a hacerte daño. Solo quería que me vieras. Que dejaras de ignorarme. Que me eligieras.

Elegirme.

Como si esto fuera Tinder, pero con dagas.

Respiré hondo. Tenía que mantener la calma. No por mí. Por él.

Porque alguien lo había enredado tan fuerte, que ya no distinguía la lógica del deseo.

—¿Cómo te llames?

Tardó.

—Matt.

—Está bien, Matt. Escúchame. Esto no puede seguir así.

Él tragó saliva. Y negó. Las manos le temblaban. La capucha le caía torcida. La desesperación le salía por los poros.

—No puedo —dijo, casi llorando—. Si vuelvo sin ti… me matan.

—¿Quién?

Se rio, sin alegría. Un espasmo amargo.

—Duke no es como Aias. Aias te perdona si haces chistes. Duke… Duke no olvida. Duke es final. Y tú eres lo único que le importa.

Me mordí la lengua. No iba a discutir eso. No ahora.

—Escúchame, Matt —me acerqué lo justo. El sillón donde me había dejado seguía atado con una cuerda patética de ferretería barata—. Si me sueltas, yo me encargo. Te prometo que él no te va a tocar.

—Ella dijo que ibas a mentir —espetó—. Que ibas a decir lo que fuera para escaparte.

—¿Elsa?

—¡Sí! —gritó. Y pateó una silla. El golpe seco hizo vibrar todo.

—Dijo que eras una falsa. Que, si no te sacábamos del juego, ibas a arrastrar a todos. A Duke, a Aias, a mí…

Lo miré. Ya no era DarkHound. Era Matt. Un chico asustado. Uno que confundió atención con amor, compañerismo con destino.

Y alguien había llenado sus vacíos con miedo.

—¿Crees que yo podría hacerle daño a Aias?

—No sé. ¡No sé nada ya! —giró, frustrado—. Solo quiero que pares. Que todo esto pare.

Y entonces lo vi.

Reflejado en el microondas sucio.

El cajón abierto.

La mano bajando.

Brillando.

Un cuchillo.

Mi cuerpo entero se paralizó.

—Matt —dije, bajito, como si cada letra fuera una cuerda floja—. No hagas esto.

Él lo sostenía. Pero sin intención. Como si ni siquiera supiera por qué lo había agarrado. Como si lo necesitara para sentirse fuerte, aunque no pudiera sostenerlo bien.

—Yo no iba a lastimarte —dijo, roto—. Solo quería demostrarte que te importo. Que existo.

Ahí lo supe.

La herida no estaba en la mano.

Estaba en el alma.

Y Elsa…

Tal vez no era mala por deporte.

Tal vez creyó que lo estaba protegiendo.

O tal vez solo tenía miedo de perder algo que nunca fue suyo.

El punto es que ninguno de nosotros estaba del todo limpio.

—Matt, mírame. Estoy acá. No tengo miedo —dije—. No porque confíe en ti. Sino porque sé que no eres malo. Solo estás perdido.

Me miró.

Y ahí, justo en ese segundo, lo vi dudar.

Y justo entonces, todo explotó.

Sé rompió la ventana. El vidrio estalló.

Un grito.

Un golpe.

Y el caos entró por la puerta como si tuviera llave.

Un coche frenó en seco.

—¡GRACE!

La voz de Sally.

Matt se giró hacia la puerta como un rayo, y yo aproveché la confusión para tirar fuerte del nudo. Se soltó. Corrí hacia él. No para escapar.

Para sacarle el cuchillo.

Tropezamos. Caímos al suelo.

Hubo sangre. No supe de quién. No me importó.

Todo fue gritos, golpes, caos.

La puerta explotó hacia adentro.

Y entonces lo vi.

Duke.

Con la cara del demonio desatado.

Duke entró como una bala. Literal.

No fue una metáfora poética. Fue real.

La puerta se vino abajo de una patada. La madera crujió como una costilla rota, y él entró, con el pecho agitado y los ojos convertidos en puro fuego.

Matt se quedó congelado.

Yo no.

—¡Duke! —grité, pero era tarde.

Duke no escuchaba.

Ya no era el CEO encantador, el tipo de traje y reloj caro. Era otra cosa. Una criatura primitiva hecha de furia y miedo. Me había visto en el suelo, sangrando, con el vestido roto y el rostro lleno de pánico.

Y eso había bastado.

Fue directo a Matt.

El primer puñetazo le quebró el labio.

El segundo le sacó un diente.

—¡¿QUÉ LE HICISTE?! —rugió Duke, una y otra vez, entre golpes, mientras yo intentaba levantarme.

—¡DUKE, BASTA! —le grité, arrastrándome como podía—. ¡Está mal! ¡No está bien de la cabeza! ¡Vas a matarlo!

Pero él no escuchaba.

La sangre de Matt salpicaba el suelo, las paredes, mi vestido.

Yo sentía mi costado arder como si me hubieran encendido una bengala bajo la piel.

Toqué la herida y vi mis dedos teñidos de rojo.

Un corte. Profundo. Jodido.

—¡DUKE! —aullé.

Mi voz finalmente lo alcanzó.

Se detuvo, jadeando. Miró a Matt debajo de él, apenas consciente.

Luego a mí.

Al charco bajo mi abdomen.

Y entonces su rostro cambió.

—Nena…

—Estoy bien —mentí, conteniendo un gemido—. Solo… ayúdame.

Duke se levantó.

Me levantó con una suavidad que no le había visto nunca. Sus manos temblaban.

—¿Qué te hizo?

—No fue a propósito —susurré—. Se asustó. Yo intenté quitarle el cuchillo.

Matt se rio desde el suelo.

Fue una risa triste. Hueca. Como si ya no importara nada.

—Mátame —murmuró, con la boca llena de sangre—. Si no lo haces tú, lo hará él.

Duke se giró.

—¿Qué dijiste?

—No importa —susurró Matt—. Ya está en camino. Ya sabe lo que hice. Él no deja cabos sueltos.

Yo sentí que el corazón me daba un salto tan fuerte que casi me desmayé.

—¿Quién? —pregunté.

Matt sonrió, delirante.

—Él.

Silencio.

Y después, gritos afuera. Jack. Sally. Shafoo. La estampida.

Pero yo ya no podía oírlos.

Solo escuché el zumbido de la sangre en mis oídos… y esa palabra extraña flotando en el aire como una sombra: Él.

Y con eso, perdí el conocimiento.

***

Despertar fue como nadar hacia la superficie de un lago helado con los pulmones llenos de piedras. No dolía tanto como esperaba. Eso era lo preocupante.

Había demasiada luz.

Un pitido constante me anclaba al presente. A eso y al olor a desinfectante que me raspaba la garganta como una promesa de

dolor. Tardé varios segundos en recordar dónde estaba. O por qué.

Entonces lo vi.

Duke.

Sentado junto a mi cama, con la cabeza agachada y una mano aferrada a la mía como si se le fuera la vida en ello. Su camisa blanca estaba arrugada, manchada de sangre. Mi sangre, probablemente. Su mandíbula tenía una sombra de barba que no era habitual en él, y el entrecejo se le había convertido en una grieta.

Me dolía más verlo así que el puñal que me había atravesado el costado.

—Estás haciendo que me sienta peor —dije con voz rasposa.

Él levantó la cabeza como si le hubiera hablado un fantasma.

—Grace —susurró, y el alivio en su rostro fue tan brutal que me dolió más que la herida.

Me miró como si no pudiera creer que estaba viva. Y luego me besó la mano. Y la frente. Y otra vez la mano. Como si tuviera que comprobarlo mil veces.

—Estás bien. Estás bien. Estás viva, nena.

—Sí, creo que sí. Aunque podría estar muerta y esto ser el infierno. Estás tú, yo estoy en una cama, y no hay chocolate a la vista.

Duke esbozó una sonrisa rota. No llegó a los ojos.

—Te operaron hace unas horas. Perdías mucha sangre. Te desmayaste en mis brazos, y pensé… —se le quebró la voz y se la tragó—. No quiero pensarlo.

—Entonces no lo hagas —dije, débil—. Ya estoy bien.

—No. No estás bien —replicó, acariciándome la mejilla con los nudillos—. Tenías un cuchillo en el abdomen, Grace. Ese maldito mocoso te apuñaló.

—No lo hizo a propósito.

—¡No importa! —espetó, y luego bajó la voz como si se odiara por haber gritado—. No importa. Solo no vuelvas a hacer eso. No vuelvas a poner tu vida en peligro por alguien como él.

—¿Y por quién sí debería hacerlo? ¿Por ti?

Me lanzó una mirada larga, como si esa frase le hubiera abierto una herida nueva.

—Yo jamás dejaría que te pasara algo —dijo—. Y si llego tarde, como hoy arrastro al mundo conmigo.

Suspiré.

Me ardía el costado, pero lo que más dolía era el hueco invisible que había entre nosotros. Esa distancia que se había colado como un ladrón entre todos nuestros silencios no dichos.

—¿Estás enojado conmigo?

—No —dijo. Pero no era verdad—. Solo estoy furioso con todos. Conmigo. Con Matt. Con ese juego. Con el universo. Y quizás un poco contigo —añadió después, sin mirarme.

—¿Por qué?

Duke me miró por fin. Sus ojos eran tan oscuros que casi me ahogué en ellos.

—Porque no te dije antes que te amo. Y porque ahora siento que podría perderte en cualquier momento.

Me quedé en silencio. No porque no supiera qué decir. Sino porque las palabras pesaban demasiado. Eran una tormenta contenida justo detrás de los labios.

—Duke…

—No me lo digas ahora —me interrumpió, con una sonrisa rota —. Estás drogada, débil y medio enamorada de la adrenalina. Solo deja que me quede aquí. Un rato más.

Le apreté la mano. Era lo único que podía prometerle sin mentirle.

Y en ese silencio compartido, con la máquina pitando a mi lado y su pulgar dibujando círculos sobre el dorso de mi mano, supe que estábamos muy lejos de estar bien.

Pero también supe que ninguno de los dos estaba dispuesto a soltarse.

Todavía tenía los párpados pesados y un gusto a metal en la lengua cuando escuché la primera voz.

—¿Podemos entrar? ¡Prometemos no hacer escándalo! Bueno, prometemos intentarlo.

Sally.

Duke gruñó algo entre dientes que sonó sospechosamente como por Dios, no ahora, pero se levantó con resignación.

La puerta se abrió con un chirrido de hospital, es decir, uno cargado de culpa y linóleo, y entonces entraron ellas.

Sally, primero, con una bolsa de snacks en una mano y una planta en la otra.

—Te trajimos comida de verdad —dijo—. Y una planta que probablemente no sobreviva ni dos días, pero la señora de la floristería aseguró que da buena suerte.

Detrás de ella apareció Kookie, vestida como si acabara de salir de una misión encubierta. Tenía los labios apretados y la mirada más asesina que dulce.

—¿Quién está muerto? —preguntó al entrar.

—Yo, en el fondo —contesté, débil pero viva.

—No, hablo en serio —insistió Kookie mientras dejaba una caja metálica en la mesita—. Porque si ese idiota de Matt sigue respirando, me decepcionan profundamente.

—Grace dijo que no —murmuró Duke, como si aún estuviera en desacuerdo con esa decisión.

—La próxima vez hay que preguntar después —espetó Kookie, y me guiñó un ojo. Supuse que eso era su versión de un me alegra que estés viva.

Denci apareció detrás, bajando la mirada como si entrar a una habitación de hospital fuera demasiado íntimo para su gusto. Aun así, se acercó y me agarró la mano libre.

—Nos disté un susto de mierda —dijo, tan suave que casi no la escuché.

Y eso, por algún motivo, me quebró un poco por dentro.

—Estoy bien —susurré. Mentira a medias. Estaba viva, al menos.

—¿Dónde está Elsa? —preguntó Duke desde el rincón de sombra que había ocupado otra vez. Podía estar sentado en una esquina y aun así llenar la habitación con su presencia.

—No sé —dijo Denci—. Pero esta tarde voy a quemar su ciudad.

—Aias va a quemar la tuya si lo haces —intervino Sally, cruzada de brazos.

—Le voy a pedir ayuda a Demon. O a Poppy —dijo Denci, y su sonrisa dejaba claro que no era lo único que pensaba pedirles a los chicos.

—No vamos a quemar nada. No necesitamos una guerra en el estado. A menos que quieras explicarle a Chim qué carajo está pasando.

—¡Chim me ama! —espetó Denci, ofendida.

Me reí, lo cual fue un error monumental.

Dolía. Todo dolía.

Pero también estaba bien. Por un minuto, estaba bien. Con ellas ahí. Con Duke cerca. Con el pitido de fondo como un metrónomo que me recordaba que el corazón todavía aguantaba.

—Chicas, gracias por venir.

—Obvio que vinimos —dijo Sally—. Es lo que hacen las SS.

—¿Las qué?

—Silly Squad—contestó Kookie como si fuera evidente—. Es nuestro nombre clave.

—¿Desde cuándo tenemos nombre clave?

—Desde que casi te matan —dijo Denci—. Era eso o *Las idiotas que se dejaron secuestrar*. Este suena mejor.

Me dolía el abdomen, sí. Pero me dolía menos. Ellas eran mi analgésico.

—Chicas, ¿pueden hacerme un favor?

—Lo que quieras —dijeron casi al unísono.

—¿Pueden no dejarme sola con Duke? No estoy lista para el nivel de drama emocional que él maneja.

Duke soltó un bufido, pero se le escapó una sonrisa.

—De nada por salvarte la vida —dijo.

—De nada por dejarte hacerlo —contesté.

Las chicas se rieron. Duke negó con la cabeza. Y por un momento, en ese cuarto blanco, entre máquinas y bolsas de suero, todo volvió a parecer perfecto.

# Capítulo 28

## *Grace*

El sol ya casi se había escondido por completo cuando salí al balcón. La brisa era suave, como si el mundo intentara acariciarme después de todo lo que había pasado. Apoyé los codos en la barandilla. El vendaje tiraba un poco al respirar, pero por primera vez en días, no me importaba el dolor físico. Era manejable. Todo lo demás, no.

Duke estaba detrás de mí. Lo sentí antes de oírlo. Ese tipo de presencia que no necesita anunciarse, que simplemente ocupa el espacio como si fuera suyo por derecho.

—No deberías estar tanto tiempo de pie —dijo en voz baja, sin acercarse del todo.

—No deberías hablarme como si tuviera cinco años.

Escuché un suspiro. Corto, frustrado. El mismo que usaba cuando no podía controlarlo todo. Lo mismo que me atraía de él y lo que más miedo me daba.

—Estabas sangrando en mis brazos hace menos de cuarenta y ocho horas, Grace. Déjame preocuparme por ti. Aunque sea un poco.

Me giré lentamente, con cuidado, y lo miré. Estaba más despeinado que nunca. Tenía la camisa arrugada, las mangas remangadas, ojeras marcadas y esa expresión tensa de quien ha estado a punto de perderlo todo y aún no está seguro de que no lo haya perdido.

—Duke... —empecé, pero me interrumpió.

—No me digas que estás bien. No lo estás. No me digas que fue un error o que no importa, porque sí importa. Y no me pidas que me calme, porque no puedo. No contigo. No con esto.

Me quedé en silencio un segundo. Y otro. Él bajó la mirada por primera vez desde que lo conocí. No estaba actuando. No estaba jugando. Y eso me asustó más que cualquier otra cosa.

—No sé cómo hacerlo —dijo por fin, arrastrando las palabras como si le dolieran—. No sé cómo estar contigo sin perder la cabeza. Cuando no estás, pienso en ti. Cuando estás, lucho conmigo mismo para no tocarte. Y cuando te tocan otros quiero destruir cosas. Personas.

—Eso no es amor, Duke —susurré.

Él levantó la mirada. Directo a la mía. No había rabia ahí. Solo verdad.

—Lo sé. Pero tampoco es solo deseo. Es algo en medio. Algo que no sé nombrar. Algo que me deja sin aire cuando te miro. Algo que no sentí por nadie antes.

Tragué saliva. Me dolía el estómago, y no solo por la herida.

—No soy fácil, Dean. No soy buena en esto. A veces quiero que me abraces, y otras, que me dejes sola. A veces quiero huir de ti porque me gustas demasiado.

Se quedó quieto. Entonces se acercó. Un paso. Otro. Con calma. Como si tuviera miedo de que me rompiera en mil pedazos. Me tomó la mano, con esa firmeza suya que no era fuerza, sino decisión.

—Grace, si quieres huir, huye. Pero dímelo de frente. No me apagues de a poco. No te vayas sin mirar atrás. Porque no sé si voy a ir a buscarte o si voy a hacer algo estúpido para olvidarte.

Me reí. No porque fuera gracioso. Porque era tan él. Tan brutalmente honesto que dolía.

—No quiero irme —le dije, con un nudo en la garganta—. Solo tengo miedo. Miedo de enamorarme de ti y que esto termine mal. Miedo de darte todo lo que soy y que no sea suficiente. Miedo de perderte.

—Ya me lo disté todo, Grace. Y si no es suficiente, entonces el problema soy yo.

Me atrajo hacia su pecho y apoyé la frente contra él. Su corazón latía fuerte. Rápido. Como el mío.

—No me dejes sola —murmuré.

—No podría, aunque quisiera.

Nos quedamos así, abrazados, mientras la noche caía por completo. No teníamos las respuestas. No teníamos garantías. Pero por primera vez, no las necesitaba.

Solo a él.

***

El coche avanzaba por las calles iluminadas de Sídney, envuelto en ese silencio cómodo que se construye cuando ya se ha dicho lo más importante, pero aún quedan preguntas flotando en el aire.

Duke tenía una mano en el volante y la otra descansaba sobre mi muslo, como si necesitara asegurarse de que seguía ahí. De que estaba viva. De que no me iba a evaporar.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó al fin, rompiendo el silencio con suavidad—. Al ático de Aias o a tu apartamento. Ya no hay peligro. Puedes volver a donde quieras.

Miré por la ventana un segundo. Las luces de la ciudad eran borrosas, como si mi cabeza todavía flotara en ese limbo entre el susto y el alivio. Y su pregunta era justa. Era simple. Pero escondía algo más.

—¿Y tú? —pregunté, sin mirarlo—. ¿Vas a quedarte en Sídney ahora que DarkHound ya no es un problema?

DarkHound estaba en la cárcel y es donde iba a estar para muchos años.

Tardó en responder. Lo suficiente como para que el silencio pesara.

—Eso depende de ti.

Me giré hacia él. Me miraba con esa mezcla suya de calma tensa y ternura contenida. Como si tuviera miedo de presionar demasiado. Como si tuviera miedo de perderme.

—¿Y si te digo que ya sé a dónde quiero ir?

Levantó una ceja.

—Dime.

—A casa.

—¿A tu casa o…?

—A la tuya —dije, y respiré hondo antes de continuar—. Contigo.

El coche se detuvo en un semáforo y él giró completamente hacia mí. No dijo nada enseguida. Solo me miró como si acabara de entregarle el universo entero. Y tal vez, de alguna forma, lo había hecho.

—¿Estás segura? —susurró, como si no quisiera romper el momento.

—Estoy cansada de tener miedo —le respondí, apoyando mi mano sobre la suya—. Cansada de huir, de esconderme, de fingir que no me importas. Quiero saber cómo es esto sin filtros. Contigo. Con todo.

El semáforo cambió. Él no se movió.

—Entonces, vamos a casa —dijo con una sonrisa leve, pero que le encendió los ojos como si acabara de ganar una batalla de esas que nunca se dicen en voz alta.

Y arrancó.

La noche en casa de Duke fue todo lo que mi cuerpo cansado necesitaba y todo lo que mi corazón temía.

Después de la locura, del dolor, de la sangre y de los gritos de Matt, la calma me asustaba más que el caos. Porque en el silencio no había dónde esconderse. Pero Duke sí. Él era mi refugio. Aunque su refugio tuviera una cama con sábanas caras, una cocina impecable y el aroma suave de su colonia incrustado en cada rincón.

Cenamos en la terraza, bajo una manta que insistió en ponerme sobre los hombros. No hablamos mucho. Nos miramos. A veces eso bastaba.

Duke me preparó té, y me senté con las piernas cruzadas en su sofá mientras él hojeaba uno de esos libros que tenía solo por decoración. Fingía leer. Lo sabía porque pasaba las páginas demasiado rápido como para estar entendiendo algo.

—¿Estás bien? —me preguntó en un momento, sin mirarme.

—Estoy viva —respondí, y él finalmente levantó la vista.

Su expresión fue un poema que no me atreví a leer del todo.

Dormimos juntos, y no pasó nada que no debiera. Lo que sí pasó fue que desperté en mitad de la noche, y Duke tenía su mano sobre la mía, como si incluso dormido quisiera recordarme que estaba ahí. Como si no pudiera permitirse perderme ni en sueños.

Cuando amaneció, supe que había hecho lo correcto. Elegirlo a él. Elegirme a mí.

Al día siguiente estábamos en la cocina, yo robando cucharadas de helado directamente del envase y él fingiendo indignación, cuando sonó el timbre.

Abrí la puerta esperando encontrar un paquete u otro ramo de flores que los chicos no paraban de enviar. Por la mañana recibía rosas de Poppy, por la tarde lirios de Demon, por la noche tulipanes de Rome.

Pero eran ellas.

Kookie, Sally y Denci. La cara de preocupación que llevaban colgada como si fuera un accesorio más del conjunto.

—Tenemos un problema —dijo Sally, sin siquiera saludar—. Es Aias.

Duke apareció a mi lado, alerta de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Se encerró en su ático desde hace días. No responde mensajes, no contesta llamadas y, por lo que nos dijeron, ha estado bebiendo. Mucho.

Kookie asintió con los labios apretados. Denci miraba al suelo. Las tres tenían esa expresión que precede a una catástrofe emocional.

—¿Y Elsa? —pregunté, aunque algo en mí ya sabía la respuesta.

—Desaparecida —dijo Kookie—. Como si se la hubiera tragado la tierra. Su móvil está apagado. No volvió al hotel.

—¿Cree que ella estuvo detrás de todo? —preguntó Duke, cruzándose de brazos.

—Más que creerlo —intervino Sally—, está destrozado. No puede entender cómo no lo vio venir. Y menos aún, cómo pudo dejarse engañar.

El golpe en el pecho me llegó como si Aias me lo hubiera dado a mí.

Porque claro, de todos nosotros, él era el que más creía en Elsa. El que le había dado su confianza. El que, tal vez, solo tal vez, la quería.

Suspiré y miré a Duke.

—Tenemos que ir a verlo.

Él asintió.

—Vamos.

***

El ascensor subió al ático de Aias como si supiera que llevaba una bomba de tiempo en su interior. Nadie dijo nada. Ni una sola palabra. Solo respiraciones tensas, miradas rápidas entre Duke y Jack que por alguna razón estaba frente al edificio cuando llegamos, y el sonido mecánico del piso subiendo.

Cuando la puerta se abrió, el silencio se volvió otra cosa. Una sospecha.

El lugar estaba como siempre: ordenado a la fuerza, lleno de minimalismo caro y con ese olor a madera pulida mezclado con algo más crudo. Whisky, probablemente. Pero no había señales de Aias. Ni un maldito rastro.

—¿Seguro que no salió? —preguntó Sally, avanzando primero.

—La seguridad del edificio no lo vio —respondió Duke. Su voz tenía ese tono que usaba cuando la situación era peor de lo que parecía, pero no quería que cundiera el pánico.

Kookie revisó la cocina. Denci abrió la puerta del baño. Jack se asomó al balcón. Denci murmuró algo mientras abría una de las habitaciones con cara de pocos amigos.

Nada.

Ni siquiera una nota. Y Aias no era el tipo de hombre que desaparece sin decir nada… salvo que estuviera al borde del colapso. O en el fondo de él.

—No está —dijo Duke. No fue una observación. Fue una orden mental. Una línea de arranque.

Y como si todos hubieran estado esperando eso, el plan se activó.

—Rome y Poppy vienen en camino —dijo Jack, mirando su teléfono—. Lukas dice que puede rastrear el coche si está encendido. Tenemos que movernos ya.

—Vamos con ustedes —dijo Sally, firme.

Duke la miró.

—No.

—¿Perdón?

—Es una misión de localización. Puede haber peligro. Y no sabemos si Elsa tiene algo que ver. Las chicas se quedan.

—¿Las chicas? —saltó Kookie—. ¿En serio estás usando esa palabra ahora, justo ahora?

—Estamos hablando de Aias. Del mismo hombre que daría la vida para nosotros—añadió Denci.

Duke no contestó. Pero tampoco cedió.

—Os podéis quedar aquí —intervino Jack—. Es más seguro. Grace todavía no está al cien por ciento.

—Claro —murmuré, cruzando los brazos mientras me apoyaba contra la pared. No porque estuviera enojada. Bueno, un poco. Pero sobre todo porque me dolía. Mucho. La herida. El susto. Todo.

—No puedes venir —me dijo Duke con la suavidad de quien intenta convencer a un animal herido de que no es una amenaza.

—No iba a ir —mentí. O no. No estaba segura.

Los ojos de Duke me buscaron con algo que parecía disculpas. Y promesas.

—Pero nosotros vamos —declaró Kookie mirando a los hombres con dagas en los ojos.

Cedieron y no podía culparles, Kookie enfadada era peligrosa.

Y entonces, sin más, se fueron.

Los chicos bajaron del ático como una unidad. Las chicas detrás, protestando medio en broma, medio en serio. Y yo me quedé ahí, en la entrada, con el corazón en la garganta y una pregunta gigante martillándome las costillas.

¿Dónde estás, Aias?

Y, más importante aún…

¿Estás bien?

La puerta sonó como si el universo hubiera decidido darme un puñetazo en el estómago. No fue un timbre. No fue un golpe fuerte. Fueron tres toques suaves, como si la culpa tuviera manos de terciopelo.

Me levanté del sofá con una mueca. El abdomen me dolía todavía, y no estaba de humor para visitas. Pensé en ignorar. Pensé

en llamar a Duke. Pensé en muchas cosas.

Pero abrí.

Y ahí estaba.

Elsa.

Parada en el pasillo como si no acabara de dinamitar la vida de todos. Con esa cara de muñeca rota, sin maquillaje, sin expresión. Ni rastro de su perfección habitual. Solo una Elsa humana, pálida, con ojeras, y los labios temblando.

—Hola —dijo. Apenas se oyó.

No contesté. Me apoyé en el marco de la puerta, cruzando los brazos como si eso pudiera protegerme del veneno.

—¿Puedo pasar?

—¿Vienes a terminar lo que empezaste?

Se le quebró algo en la mirada. Bajó la cabeza. No respondió.

Me aparté sin hablar. La dejé pasar. No porque quisiera. Sino porque algo en su rostro me dijo que esto no iba a durar mucho. Ni ella.

Caminó hasta el centro del salón como si no supiera a dónde ir. Como si su propia piel le resultara ajena.

—No hay nadie —dije—. Si vienes a buscar a Aias, no está.

Se giró. Y me miró. Por fin. Sin esa fachada dura. Sin el personaje.

—No vengo a buscarlo. Vengo a hablar contigo.

Solté una carcajada. No porque me hiciera gracia, sino porque, si no reía, acabaría gritando.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Porque si espero un minuto más quizá me trague esta culpa y me quede callada para siempre. Y no estoy dispuesta. No después de todo.

Asentí, muy despacio.

—Entonces habla.

Elsa tomó aire, cerró los ojos y, cuando los abrió, parecía otra: una versión desarmada de sí misma.

—Te tenía celos —dijo, sin rodeos. Un disparo.

Me quedé rígida.

—¿Qué?

—De ti. De Duchess. De Grace. De todo. No soportaba cómo Aias te hablaba, cómo te defendía, cómo se reía en el chat, cómo te llamaba *nena* mientras a mí apenas me saludaba si no era para pedirme algo.

—¿Por eso intentaste arruinarme la vida?

—Lo hice porque me sentía invisible. Pensé que, si te sacaba del juego, él volvería a mirarme; que te cansarías, que no pelearías. Pero peleaste y Aias no volvió.

El pecho se me cerró, como si sus palabras me arrancaran el aire.

—¿Y por eso usaste a DarkHound? ¿A un chico perdido, enfermo?

—Sí —susurró—. Vi que tenía una obsesión, que podía hacerte daño si movía los hilos adecuados. Le di motivos, le di excusas. Nunca imaginé que iría tan lejos y cuando lo hizo, tampoco lo detuve.

—¿Y por qué no querías que estuviera con Duke?

Parpadeó; esa fue la única pregunta que pareció herirla de verdad.

—Porque, si yo no podía ser feliz con Aias tú tampoco podías serlo con Duke.

Aquello fue un cuchillo oxidado. No por rabia, sino por tristeza. Lo dijo llorando: Elsa, la invencible, sollozando como una niña que ha roto su juguete favorito.

—No quería llegar tan lejos —murmuró—, pero ya estaba demasiado metida. Cuando quise reaccionar, era otra persona.

—No —respondí, seca—. Eras tú. Solo que sin máscaras.

Se cubrió el rostro con las manos. Lloró en silencio: lágrimas dignas, contenidas, amargas.

No la consolé. No podía.

—¿Dónde está Aias? —preguntó entre sollozos—. No responde, no me busca.

—Porque lo destrozaste —dije—. Y, si algún día vuelve a mirarte, será con el corazón hecho cenizas.

No replicó. Caminó hacia la puerta. No se despidió; tampoco se excusó. Simplemente se fue.

Cuando la puerta se cerró, me quedé ahí, de pie, temblando.

Porque incluso el peor enemigo, a veces, sangra igual que una misma.

# Epílogo

## *Grace*

La noche me encontró sentada en el borde del sofá, con las piernas recogidas, envuelta en la camiseta de Duke, que él había olvidado a propósito, y una taza de té ya frío entre las manos.

No había puesto música. No tenía la tele encendida. Solo la ciudad de fondo y un vacío extraño en el pecho.

Había pasado tanto en tan poco tiempo que el cuerpo no sabía si doler, temblar o rendirse.

Entonces alguien llamó a la puerta.

No como Elsa.

Esta vez fueron dos golpes secos. Con intención.

Me levanté sin pensar, y ahí estaba él. Duke. De pie. Tan agotado como hermoso. Con la mandíbula apretada y los ojos claros buscando los míos.

—¿Puedo pasar? —preguntó, aunque ya lo hacía.

—Siempre puedes —susurré.

Cerró la puerta detrás de sí, me miró un segundo y me abrazó.

Así, sin palabras.

Me rodeó como si le fuera la vida en ello, como si necesitara tocarme para confirmar que seguía ahí, que no era un mal sueño, que no me había perdido en ese bosque ni en el quirófano.

Y entonces sí, respiró.

—Lo encontramos —dijo junto a mi oído.

—¿Aias?

Asintió contra mi cuello antes de separarse apenas.

—Estaba en la playa. Solo. Sentado en una roca, con una botella vacía y la mirada perdida. No hablaba. No se movía. Lukas logró que subiera al coche.

—¿Y ahora?

—Denci se quedó con él. Aias no quería a nadie, pero ella no preguntó. Solo se sentó a su lado y sacó una manta. Lo cubrió y se quedó en silencio. Y él no la echó.

Suspiré. Había tanto dolor acumulado en todos que ya ni sabíamos a quién curar primero.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Cómo estás?

Duke se sentó conmigo, de frente, rodilla contra rodilla. Su mirada estaba limpia, pero tensa. Como si lo que iba a decir necesitara espacio.

—Estoy cansado, Grace. Pero no por ti. Por todo lo que esto removió. Por lo que vi en Aias. En Elsa. En mí mismo.

—Lo sé.

Se quedó callado un momento.

—Estaba pensando en volver a Estados Unidos.

Mi corazón se encogió.

—Pero —añadió— entonces pensé que eso era lo fácil. Irme, huir, meter todo en una maldita caja y seguir con mi vida como si nada hubiera pasado.

Lo miré, en silencio.

—Y no quiero eso —continuó—. No quiero que esto termine como algo que pasó en Sídney. Como una historia. Como una excepción.

—¿Entonces?

—Entonces voy a quedarme. Quiero vivir aquí, contigo. Para siempre. Si me dejas.

Mi garganta ardió.

—Voy a tener que viajar. Mucho. Por trabajo. Por reuniones. No siempre voy a estar. Pero quiero que esta sea mi base. Mi casa. Nuestra casa, si quieres.

—Quiero —lo interrumpí, sin pensarlo.

Él me sonrió por primera vez esa noche. Y fue una sonrisa cansada, honesta, preciosa.

—No te prometo estabilidad —añadió—. No te prometo que no va a haber caos, distancia, ni días en los que te enojes conmigo por estar a diez mil kilómetros de distancia. Pero te prometo que siempre voy a volver.

—Y yo te prometo que voy a estar —dije.

Nos quedamos así, mirándonos. Ya no como Grace y Dean. Ni como Duchess y Duke. Sino como lo que habíamos decidido ser, con todo el peso de nuestras cicatrices, heridas y ese amor imperfecto que sobrevivió a casi todo.

—¿Nos vamos a casa? —me preguntó.

—Ya estamos en casa.

***

El primer mes fue como despertar en una vida paralela.

Una buena. Una sin sobresaltos, sin rastreadores, sin bolsos volando por la ventanilla ni cuchillos en el abdomen.

Solo él y yo.

Bueno, y su avión privado. Y los horarios locos. Y mis miedos.

Me ofrecieron un nuevo trabajo una semana después de toda la locura. Uno que podía hacer desde casa. O desde un hotel. O desde el asiento de una limusina, si me ponía creativa. Traducciones técnicas y revisión de contenido. Lo acepté sin pestañear. No porque me viera como la nueva nómada digital de Instagram, sino porque no quería perder ni un minuto más lejos de Duke.

Había pasado demasiado tiempo pensando que podía perderlo. Que lo nuestro era una pausa entre guerras. Una trinchera emocional.

Y no.

Era la vida.

Mi vida.

Viajamos juntos a Los Ángeles. Su casa me recibió como una de esas casas de película, con ventanas de cristal y café recién hecho. Pero lo que me desarmó fue encontrar una habitación vacía con una nota en la puerta que decía: Tu oficina. Haz lo que quieras con ella.

La hice mía.

La llené de libros, de luz, de post-its y hasta de una manta ridículamente suave que Duke odiaba, pero usaba igual cuando se

quedaba dormido en el suelo mientras yo trabajaba.

Él tenía sus llamadas a las cinco de la mañana. Yo tenía mis entregas a las tres de la tarde.

A veces comíamos a deshoras.

A veces discutíamos por el aire acondicionado.

A veces él dejaba todo para venir a besarme en mitad de una frase.

Y otras veces...

—¿Sabes lo que más me gusta de vivir contigo? —me preguntó una noche, mientras estábamos en la cama, piernas entrelazadas, su mano dibujando círculos en mi espalda.

—¿Que no tengo plantas que matar? —bromeé.

—Que estás aquí. Y que estás bien.

Ese bien era mucho más que físico.

Me abracé a él, escondí la cara en su cuello y lo apreté fuerte. Porque sí, en el fondo había tenido miedo. De perderlo. De perderme. De que el caos nos pasara por encima.

Pero no lo hizo.

Porque Duke no solo se quedó.

Me eligió.

Cada día. Cada noche. En cada gesto.

Como cuando me preparó café sin preguntarme cómo lo quería y, aun así, acertó.

Como cuando se despertaba antes para no hacer ruido mientras hablaba por teléfono.

Como cuando me acariciaba la cicatriz en el abdomen con los labios, como si pudiera pedirle perdón al tiempo.

Una mañana, después de una noche larga, de esas que no se cuentan, solo se sienten en las piernas al día siguiente, lo miré mientras dormía. Desordenado. Tranquilo. Feliz.

Seguíamos jugando.

No tanto como antes. No como cuando era una vía de escape, una adicción o una necesidad emocional.

Jugábamos porque queríamos. Porque era divertido.

Y porque, honestamente, era muy gracioso ver a Duke, el gran tiburón de negocios, con su nuevo alias en el juego: Duchess’s Duke.

Sí. Le había cambiado el nombre. Y no me consultó.

Cuando lo vi conectado con ese alias por primera vez, casi dejo caer el móvil del susto.

—¿En serio? —le pregunté, riéndome mientras me acomodaba sobre su pecho en el sofá.

—¿Qué? —respondió como si nada—. Es descriptivo. Y preciso.

—También es empalagoso.

—Y romántico.

—Y egocéntrico.

—Y tuyo.

Me besó la frente como si acabara de ganar un torneo y después me tiró una almohada en la cara.

Todo muy maduro.

Jugábamos desde la cama, o desde el sofá, o desde cualquier parte donde estuviéramos juntos. Con las piernas enredadas, con la risa a flor de piel, con el chat explotando de comentarios.

Y era mejor ahora.

No solo porque nos amábamos, aunque, vale, eso ayudaba, sino porque los conocíamos. A todos. A los jugadores que antes eran solo nombres en la pantalla.

Ahora eran nuestros amigos.

Aias, aunque ya no era el mismo.

Había algo en él roto. No completamente, pero sí lo suficiente como para que se notara. Como si el brillo que tenía en el juego no se hubiera recuperado del todo. Jugaba menos. Hablaba menos. A veces se conectaba en silencio y solo nos seguía en las misiones sin decir nada. Pero estaba ahí.

Kookie era otra historia. La reina de la justicia online. El azote de los trolls. Y, claro, la primera en proponer echar a Elsa del juego.

—¿La baneamos? —preguntó en el chat grupal, sin anestesia.

—No —respondí.

Silencio.

Hasta que Kookie escribió:

—¿No? ¿Estás de coña?

—Estoy bien. Ella puede seguir aquí. No la quiero en mi vida, pero tampoco voy a hacerle lo mismo que ella intentó hacerme a mí.

Más silencio.

Y luego Denci, con su estilo pasivo-agresivo, puso:

—Grace 1 – Elsa 0.

—Grace siempre gana —añadió Sally.

—Obvio —escribió Jack.

—Eso no es una opinión. Es un hecho científico —cerró Duke.

Me reí.

Y por primera vez, sentí que aquel lugar, ese mundo digital que nos había unido, herido, separado y vuelto a juntar, ya no era una herida.

Era parte de nuestra historia.

De la mía.

Y no, no se trataba solo del juego.

Se trataba de nosotros.

***

El sol se ponía suavemente, bañando la ciudad con una luz cálida que parecía hacer que el aire respirara con más calma. Estábamos en casa de Duke, todos reunidos alrededor de la mesa, disfrutando de una cena improvisada. Sally había llegado a la ciudad para visitarnos, y, como siempre, su energía había iluminado la noche. La casa estaba llena de risas, conversaciones cruzadas y el sonido de copas chocando. La comida había sido excelente, una mezcla de platos caseros y un toque especial que solo Poppy sabía dar.

Yo estaba abrazada a Duke, con la cabeza en su hombro mientras nos reíamos de una de las historias de Kookie sobre sus últimos desastres en el trabajo. A lo lejos, Denci y Aias discutían sobre algo trivial, pero todos sabíamos que se trataba de un juego que solo ellos entendían. El ambiente era perfecto, relajado, lleno de vida. Y yo, en ese momento, me sentí completa.

Al mirar alrededor, me di cuenta de lo lejos que había llegado. Ya no sentía el vacío que antes me acompañaba. El lugar que una vez ocupó la desesperanza, ahora estaba lleno de risas y amor genuino. No había espacio para mi familia biológica, no más llamadas frías, no

más mensajes ignorantes. Ellos ya no formaban parte de mi vida, y yo ya no tenía ninguna necesidad de ellos. Había bloqueado su número semanas atrás, un acto que me había costado, pero que en última instancia me había liberado.

Pensé que me dolería más, que me quedaría con un vacío en el corazón, pero no. Ya no era esa chica rota que huía de su pasado. Ya no era la que se conformaba con migajas de cariño. Ahora tenía algo mucho más fuerte, más real: Duke a mi lado, a mis amigos, a mi nueva familia elegida.

A veces, me preguntaba si mi familia se daría cuenta de mi ausencia, si se darían cuenta de lo lejos que los había dejado. Pero ya no me importaba. Ellos seguían con sus vidas, con sus prioridades, y yo con la mía. Ellos no sabían lo que era tener una familia que te apoyara incondicionalmente, que te hiciera sentir que perteneces. Pero, al final, yo ya no los necesitaba para sentirme completa.

Estaba rodeada de las personas que me importaban, que me elegían todos los días, sin importar lo que los demás pensaran. Mis amigos, mi familia. Y al final, eso era todo lo que realmente importaba.

Con Duke a mi lado, con Kookie, Sally, Denci, Aias, Rome y todos los demás, supe sin lugar a duda que había encontrado el lugar al que siempre había pertenecido.

Sonreí, miré a Duke y a los demás, y supe que finalmente estaba en el lugar al que siempre había soñado llegar. La cena continuó, entre risas y bromas, y yo no pude evitar pensar que no había nada mejor que estar rodeada de las personas que te eligen, que te apoyan y que, sobre todo, te aman por lo que eres.

***

Era mi cumpleaños. Aunque, siendo sincera, no pensaba celebrarlo a lo grande.

Después de todo lo que había pasado en los últimos meses, solo quería paz.

Y a Duke.

Pero Duke no entiende la palabra solo.

Así que me llevó a un restaurante escondido entre calles empedradas, de esos que parecen salidos de una película francesa con subtítulos.

Todo era cálido, con luces suaves, copas altas y velas que no chorreaban cera. El pianista tocaba algo tan bonito que me daban ganas de llorar solo porque sí.

Y él estaba guapo. Impecable. Con la camisa blanca, el reloj caro y esa mirada suya que decía: hoy es un día importante, y tú aún no lo sabes.

—¿Por qué me miras así? —pregunté, jugando con la servilleta.

—Porque estás preciosa —dijo, sin parpadear—. Y porque quiero recordar este momento para siempre.

Tragué saliva. Algo pasaba.

La cena fue perfecta. Injustamente perfecta. Como si alguien hubiera escrito el guion y lo estuviera dirigiendo desde la cocina.

Y cuando ya pensaba que vendría el postre con velita y canción cursi, apareció algo muy distinto.

Una cajita.

Negra. De terciopelo.

Silenciosa.

Peligrosa.

Duke la puso sobre la mesa sin abrirla. Solo me miró. Y entonces, lo supe.

—¿Qué es eso? —murmuré, aunque ya lo sabía.

Él se levantó. Vino hacia mí. Se arrodilló.

En pleno restaurante.

En mi cumpleaños.

Con la gente girando discretamente la cabeza como en cámara lenta.

—Grace —dijo, y su voz tembló solo un poco. Suficiente para romperme por dentro—. Desde que entraste en mi vida, todo cambió. Aprendí lo que era la espera, la duda, el miedo y el amor.

—Duke…

—Shh. Déjame acabar, o me voy a desmayar aquí mismo y eso arruinaría el momento.

Me reí, llorando al mismo tiempo. Maravilloso.

—Tú me hiciste mejor. Me hiciste humano. Me enseñaste que no era demasiado tarde para tener un hogar si tú estabas en él.

Abrió la cajita.

Y ahí estaba.

Un anillo perfecto. Sencillo, elegante, con un pequeño diamante en el centro.

No era enorme, ni chillón, ni diseñado para impresionar.

Era justo yo.

Era justo nosotros.

—Quiero pasar todos los días de mi vida contigo. Quiero verte reír, enfadarte, ganar partidas, robarme las sábanas, y mirarme como me estás mirando ahora.

—¿Cómo te estoy mirando? —susurré.

—Como si ya fueras mía.

Y entonces, bajó un poco la cabeza.

—Grace… ¿quieres casarte conmigo?

Todo se detuvo. El mundo. El pianista. La respiración.

—¿Estás llorando? —me preguntó él, sonriendo con los ojos llenos.

—No —dije—. Estoy derritiéndome, que es distinto.

Y entonces lo dije.

Lo único que tenía sentido.

Lo que había sabido desde hacía tiempo, pero nunca había dicho en voz alta.

—Sí. Sí, quiero casarme contigo.

Y entendí que no había ningún final feliz.

Porque esto no era un final. Era el comienzo.

El nuestro.

Pensaba que la noche no podía mejorar.

Me había pedido matrimonio.

Había dicho que sí.

Nos habíamos besado entre aplausos, sonrisas y una señora que lloró más que yo.

Y entonces subimos al coche.

—¿Estás feliz? —me preguntó Duke, con esa sonrisa suya que hace que el resto del mundo parezca ruido blanco.

—No. Estoy en una nube. Estoy tan arriba que los satélites me saludan.

—Pues abróchate el cinturón, amor. Porque esto todavía no ha terminado.

Fruncí el ceño. Pero ya no preguntaba nada. Sabía que con Duke la vida era eso: una sucesión de sorpresas que no paraban ni cuando decías basta.

Llegamos a su casa. O… mejor dicho, nuestra casa.

Y en cuanto abrió la puerta, una ola de gritos, luces, confeti y caos me explotó en la cara.

—¡SORPRESA!

Me quedé congelada. Duke simplemente sonrió como si acabara de ganar la partida final de su vida.

Allí estaban.

Aias, con gafas de sol dentro de casa y una copa en la mano. Ligeramente sobrio esta vez.

Denci, a su lado, con un vestido corto, brillante, y esa expresión de yo sabía que esto pasaría desde el principio.

Kookie, guapísima y peligrosa, apoyada en la pared con ese aire de badass que sí sonríe.

Sally, abrazándome con tanta fuerza que me dolieron las costillas.

Jack, mirándome como si hubiera aprobado un examen de vida muy difícil.

Rome, elegante como siempre, ya hablando de planificar la boda en tres países distintos.

Poppy brindando con una copa de vino mientras decía algo filosófico y bonito a Lukas.

Lukas, feliz, con la camisa mal metida en los pantalones y la mirada fija en Kookie, como si acabara de descubrir la octava maravilla del mundo.

Demon, recostado en el sofá, bebiendo algo oscuro y observando a todos con esa media sonrisa suya que siempre me dio curiosidad y un poco de miedo.

Y luego estaban ellos.

Los otros.

Los que conocía solo por sus nombres de batalla y sus bromas en el chat.

Lady Diamond, con su vestido rojo y su risa contagiosa.

Nikolas, Lord Odalf, alto, de traje, como si acabara de salir de una película de acción.

Ferret, no tan alto, lleno de energía, ya preguntando si podía hackear el sistema de sonido para poner su playlist.

Marynd, que me regaló una pequeña daga de plata por si te casas con él y te arrepientes.

Ruth, dulce, cálida, con una mirada que entendía todo sin que dijeras nada.

Rachel, que me guiñó un ojo y me dijo que ya sabía que Duke era mío desde el primer día.

Athena, con esa mezcla de seguridad y calidez que siempre me hacía sentir protegida.

Major, una joven tranquila que se quedaba atrás y estudiaba con los ojos entrecerrados a cada uno de nosotros.

Chim, la presidenta del estado en el juego, la más fuerte y respetada, con una presencia imponente que hacía callar hasta al más ruidoso. Pero no solo era su poder lo que intimidaba, sino esa belleza que parecía desafiar cualquier lógica.

Tenía el tipo de rostro que te atrapaba al instante: ojos intensos, de un color entre verde y ámbar, que parecían leer tus pensamientos más ocultos. Su piel era tersa, con un brillo natural como si estuviera bañada por la luz de mil soles, y su cabello oscuro caía en ondas perfectas hasta la mitad de la espalda, moviéndose con una gracia letal.

No necesitaba alardear ni sonreír para dejar claro quién dominaba la sala; su sola mirada bastaba para que todos se pusieran en silencio. Pero cuando lo hacía, esa sonrisa era un arma secreta: dulce, segura, y con un toque de misterio que hacía imposible apartar la vista.

Chim no solo mandaba en el juego; lo hacía en cualquier lugar donde estuviera. Era el tipo de mujer que, sin pedir permiso, llenaba

cada espacio con su presencia, y, al mismo tiempo, dejaba claro que nadie podía arrebatarle lo que era suyo.

Mi gente.

Nuestro mundo. Todos míos.

O no… porque todavía quedaba alguien.

—¡Perdón, perdón por llegar tarde! —dijo una mujer que ninguno conocía—. Pero esa maldita vaca se me metió en la casa.

Todos nos giramos al mismo tiempo.

La mujer caminó hasta el centro de la habitación como si fuera la dueña del lugar, le robó la copa de champán a Aias, le dio una palmadita en la mejilla y murmuró:

—Gracias, querido.

Era morena, el cabello oscuro con algunos mechones blancos que no intentaba ocultar, pero no debía tener más de cuarenta y cinco. Tenía presencia, tenía humor… y tenía cara de no soportar ni media tontería.

Solo podía ser Still.

—¿Still? —pregunté, dudosa.

—Claro que soy Still —respondió, ofendida—. Still porque ninguno de vosotros se dignó a preguntarme mi nombre. Y mira que yo hago muchos sacrificios por ustedes, ¿eh? Esa vaca…

—¿Qué vaca? —interrumpió Kookie.

—¡La vaca! —espetó Still—. Esa que dijeron que necesitaban sí o sí para el granero.

—¿El granero? —preguntó Sally, frunciendo el ceño.

Me cubrí la boca justo a tiempo. Recordé la conversación. Duke me miró, intentando entender qué pasaba. Pero no podía responderle. Me estaba riendo demasiado.

—Sí —dijo Still, digna—. Ese granero que querían. Así que he comprado una granja para vosotros, desagradecidos. Y una vaca. Una vaca que, honestamente, parece poseída por el demonio.

—O sabe para qué la vas a usar —soltó Kookie, y la carcajada fue general.

—Yo no. Vosotros —aclaró Still, llevándose la copa a los labios—. Yo solo quería un lugar tranquilo en medio de la naturaleza.

—Pero lo que queremos también es natural, ¿no? —dijo Denci con una sonrisa siniestra.

Lo miramos todas al mismo tiempo. El pobre se puso rojo. Muy rojo. Rojo granero, para ser exactas.

—¿Qué granero? —insistió Duke.

—No es nada, de verdad —intervino Sally, demasiado tranquila. Cuando Sally estaba tranquila, era porque había caos.

—Solo... cosas de chicas —añadió Kookie.

—Cositas —confirmó Denci, sonriendo como una psicópata adorable.

Nadie se tragó esa explicación, pero todos sabían que, si las mujeres de este grupo conspiraban, lo más sano era fingir demencia.

La conversación se desvió —por suerte— hacia el ridículo nombre de usuario de Aias en sus primeros días de juego, y Still aprovechó para pedir otra copa como si hablar sobre vacas endemoniadas en una fiesta fuera algo habitual.

La fiesta fue un caos hermoso. Comida increíble. Música. Juegos. Anécdotas del juego mezcladas con la vida real. Historias que habían empezado con teclas, pantallas y distancias, ahora se reían cara a cara, copa en mano, bailando en la misma habitación.

Y sí, prometimos visitar el granero de Still. Solo entonces averiguaría Duke el secreto.

La fiesta había comenzado a tomar su curso, pero algo me hizo detenerme por un momento. Estaba en el pasillo cuando, sin querer, escuché voces provenientes del despacho de Duke.

Me asomé discretamente y vi a Duke en conversación con Major, quien siempre había sido la chica tranquila, la más "buena" de todos. Bueno, hasta ahora pensaba que lo era.

—Le di un buen susto, Duke —la voz de Major resonó en el pasillo. —Le dije que se detuviera, pero no me escuchó... Así que le di un pequeño... recordatorio de con quién se estaba metiendo.

Mis ojos se abrieron. ¿Qué? ¿La dulce Major había... qué? Me quedé inmóvil, incapaz de moverme, mientras intentaba asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué exactamente hiciste? —preguntó Duke, su voz curiosa pero tranquila.

—Solo le rompí el brazo, un poco —respondió Major con tono casual—. No podrá usarlo por un tiempo, pero se curará. Seguro pensará dos veces antes de meterse con otra persona.

Mi mandíbula casi se me cayó. ¡¿De verdad?! Major había roto un brazo. Lo decía con tal naturalidad que casi me hizo pensar que lo hacía todos los días. Qué sorpresa, ¿quién lo diría?

—¿Y lo demás? —preguntó Duke, ahora con voz intrigada.

—Oh, le dejé algunos moretones, nada permanente —continuó Major con calma—. Pero le dejé una bonita cicatriz en la mejilla, para que tenga un recordatorio. Honestamente, creo que fue demasiado fácil.

En ese momento, no pude evitar soltar una pequeña risa. No sabía si sentirme sorprendida o un poco impresionada. La chica que parecía tan tranquila tenía un lado mucho más... letal.

Por suerte, en ese instante, alguien más apareció en el pasillo. Me enderecé rápidamente, tratando de disimular que no había estado escuchando. Major se acercó a mí con una sonrisa inocente, sin saber que yo acababa de descubrir su otro trabajo.

—Hola, Grace —dijo, aun sonriendo como si nada—. ¿Estás bien? Pareces... sorprendida.

Lo único que pude hacer fue sonreír, intentando ocultar mi asombro.

—Solo... sorprendida por lo sorprendentemente dura que eres —respondí, levantando una ceja, sin poder evitarlo.

Major sonrió dulcemente, como si lo que acababa de decir fuera lo más normal del mundo.

—Oh, puedo ser dura cuando lo necesito. Pero no te preocupes, solo rompo cosas cuando es absolutamente necesario.

Mi risa no pudo evitar salir, aunque traté de sofocarla para no parecer tan sorprendida. Luego volví a la fiesta.

Lloré. Reí. Bailé.

Duke no se apartó de mí ni un solo momento. Me miraba como si yo fuera todo lo que había esperado encontrar.

A las doce, Aias me abrazó, con los ojos un poco brillantes.

—Estoy feliz por ti, Grace.

—Y yo por ti —le respondí—. Aunque todavía no lo sepas.

Se rio bajito, como si no supiera si agradecerme o insultarme.

Más tarde, encontré a Duke en el balcón, mirando la ciudad con una copa en la mano.

—¿Esto también lo planeaste? —le pregunté, abrazándolo por detrás.

—Cada segundo. Hasta el momento exacto en el que te enamorarías de mí.

—¿Y si no lo hacía?

Se giró, me tomó la cara entre las manos y me besó.

—Entonces habría jugado la partida más larga de mi vida hasta que lo hicieras.

Esa noche, después de que todos se marcharon, me quedé unos minutos sola en la terraza de la casa. La fiesta había sido un éxito rotundo.

Jack terminó dormido en una hamaca con un sombrero ridículo que alguien (probablemente Kookie) le encasquetó.

Aias se fue el primero, con una sonrisa en los labios que no le había visto en semanas.

Sally bailó hasta el final, descalza y brillante, como siempre.

Y Duke me miraba como si yo hubiera inventado las estrellas.

Apoyé los codos en la barandilla y cerré los ojos, dejando que el viento cálido me acariciara el rostro. Mi anillo brillaba discretamente en mi mano izquierda. Todavía me parecía irreal.

Yo. Comprometida. Con el hombre más increíble que había conocido.

Y no solo eso: amada, rodeada de amigos, viva.

Porque sí, estuve cerca de no contarlo.

De no vivir esto.

De no llegar hasta aquí.

Respiré hondo.

El aire olía a jazmín, a sal marina, a promesa.

Podía oír las risas apagadas de los últimos en irse. Y dentro, la voz de Duke cantando bajito mientras recogía algunas copas vacías.

Ese hombre que podría comprar un país, y aun así fregaba platos si hacía falta.

Volví la vista al cielo.

No sé si alguna vez había sido tan feliz.

Habíamos sobrevivido a todo. A los secretos, a los miedos, a los celos, a la oscuridad.

Y ahora todo era posible.

Teníamos un futuro.

Uno real.

Mi vida, por fin, parecía encajar en una pieza coherente. Ya no era la chica rota que había escapado de una infancia que dolía.

Ahora era Grace. Solo Grace.

Y mi mundo era este: amigos, juegos, atardeceres, amor.

Duke.

Me abracé a mí misma y sonreí como una idiota.

—Mi vida será genial de ahora en adelante —murmuré.

Y lo creí de verdad.

Con todo el corazón.

No sabía que, unas horas después, el teléfono sonaría.

Que todo lo que habíamos reconstruido temblaría otra vez.

Pero en ese instante, bajo las estrellas, con el corazón lleno y la promesa de un para siempre tan cerca que podía tocarlo, no lo sabía.

Y menos mal.

Porque por una noche, solo una, fui feliz sin sombras.

Fui feliz sin miedo.

Y eso, incluso si todo volvía a romperse, ya era una victoria.

***

La resaca emocional de la noche anterior me duró exactamente hasta que me di cuenta de que Sally no estaba.

Ni en el sofá, ni en la habitación de invitados, ni en la terraza con Demon, ni en la cocina. Y sí, miré debajo de la mesa como una idiota, porque con Sally todo era posible.

—¿La viste esta mañana? —le pregunté a Kookie, que ya estaba en modo alerta total.

—No. Pero dijo que iba a salir a buscar café. Aias, Lukas y Jack iban con ella.

—¿Los tres?

Asintió. Y ahí, justo en ese instante, lo sentí.

Ese escalofrío. Ese instinto.

La certeza brutal de que algo iba mal.

Pasó rápido. Como una sombra. Pero dejó huella.

Duke entró en la sala con el móvil en la mano y cara de piedra.

—Tenemos un problema.

Lo seguí sin preguntar.

Bajamos a su coche. El teléfono sonaba y sonaba, pero nadie contestaba.

Sally. Aias. Lukas. Jack.

Silencio.

Fue Demon quien llamó desde su moto, minutos después.

—Hay un accidente en la salida sur. El coche coincide con el de Jack.

Todo se detuvo.

Hasta el aire.

Cuando llegamos, el mundo era humo, luces azules y rojo sangre en el asfalto.

Un coche calcinado.

Trozos de metal retorcido.

Una explosión, según los testigos. Un giro inesperado, fuego. Nadie vio a nadie salir.

Me agarré a la puerta del coche de Duke porque las piernas dejaron de obedecerme.

—No... —susurré.

No podía ser.

No ellos.

No así.

Duke se bajó, intentó acercarse, pero un oficial lo detuvo. No se podía pasar.

No quedaba nadie.

No había cuerpos.

Solo cenizas y fuego apagado.

El mundo se me rompió por dentro.

Sentí que me desplomaba, pero alguien, no sé si fue Kookie o Demon, me sostuvo antes de caer.

Y ahí, en medio del caos, con el humo aún en el aire, con la noticia en boca de todos, con la sospecha creciendo como una herida infectada…

…una sola pregunta martillaba mi cabeza: ¿Por qué?

Fin

Pero, mientras tanto, en otro lugar:

Desperté con la boca seca, un pitido insoportable en los oídos y una sensación viscosa de miedo pegada a la piel.

No recordaba cómo había llegado ahí. Solo fragmentos. Un coche. Risas. Música. Después, gritos. Fuego. Y ahora… esto.

Estaba atada. Las muñecas, los tobillos, la cintura. Cuerdas gruesas que raspaban mi piel con cada intento de moverme.

Una cama vieja, de hierro oxidado.

Un colchón húmedo.

Paredes de cemento. Sin ventanas.

Y un zumbido constante. Como el de una lámpara fluorescente al borde del colapso.

Una puerta crujió.

Y entonces la vi.

Tacones. Pantalones negros. Una blusa blanca impecable.

Un rostro que reconocí.

Sonrió. Tranquila. Elegante. Como si esto fuera una cena y no un secuestro.

—Buenos días, Sally.

Tragué saliva.

—¿Qué… qué quieres?

Se acercó, sentándose al borde de la cama, como si fuésemos amigas.

—Tú y yo tenemos mucho trabajo por hacer.

Me miró a los ojos.

Y sonrió de nuevo. Esta vez, sin alma.

—Y créeme… esto apenas comienza.

Fin (de verdad)

Agradecimientos

A todos mis lectores... Gracias por sumergirse en este mundo lleno de emoción, risas y, por supuesto, un poco de caos. Cada página, cada palabra escrita, es un reflejo del amor y la pasión que ustedes ponen en la lectura. Sin su apoyo, sin su entusiasmo, este libro no sería lo que es. Espero que hayan disfrutado de cada giro, de cada momento tenso, y de cada risa tanto como yo al escribirlo. ¡Gracias por ser parte de este viaje!

Gracias a Mirna V, Cynthia C, Bego, Mirna M, Angeles, Vanesa Rivero, Yolanda, Euli, Suyi, Faby, Yaima, Ramona, Elena, Ela, Fabiola, Alicia, Lisette, Mara, Delmi, Amaia.